Erin Litteken

La guardiana de recuerdos de Kyiv

Traducción de Rebeca Bouvier

Inspirándose en la historia que el mundo olvidó y que el Gobierno ruso niega, Erin Litteken relata la crisis de una hambruna provocada por el hombre que, en Ucrania, robó casi cuatro millones de vidas. Es 1929 y Katya tiene dieciséis años, está rodeada de su familia y enamorada de su amigo de la infancia. Cuando los activistas de Stalin empiezan a llegar a Ucrania defendiendo la grandeza de la agricultura colectiva, son solo unos pocos. Pero pronto los vecinos empiezan a desaparecer; los que hablan nunca vuelven. A partir de entonces, cada nuevo día se convierte un futuro incierto. La resistencia tiene un precio y, mientras la desesperación y el hambre se apoderan del campo, la supervivencia parece más un sueño que una posibilidad Pero, incluso en los momentos más oscuros, el amor prevalece. Setenta años después, una joven viuda descubre el diario de su abuela, un hallazgo que revelará los secretos enterrados del tormentoso pasado de su familia, a la vez que le enseñará a hacer las paces con el amor después de la pérdida de su marido. Esta es una historia sobre la resiliencia del espíritu humano, el amor que nos acompaña en nuestras horas más oscuras y el verdadero horror del Holodomor, una de las grandes hambrunas de la historia de Europa.

Erin Litteken

La guardiana de recuerdos de Kyiv

ePub r1.0
Titivillus 14.07.2023

Título original: *The Memory Keeper of Kyiv*
Erin Litteken, 2022
Traducción: Rebeca Bouvier

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Al pueblo ucraniano. Vuestra fuerza y resiliencia son una inspiración. Entonces y ahora.

Si un hombre muere de hambre, es una tragedia.
Si mueren millones de ellos, es solo una estadística.
Iósif Stalin

Apreciados lectores y lectoras:

El germen de esta historia echó raíces en mi cabeza incluso antes de la invasión rusa de Crimea en 2014 y aquí estoy escribiendo estas líneas mientras en la televisión se ven las noticias del brutal ataque de Rusia a Ucrania, a sus ciudades, a los civiles, a su futuro. Nunca imaginé que la publicación de mi novela sobre un ataque al pueblo ucraniano en el pasado coincidiría con una tragedia tan similar.

Los ucranianos están luchando hoy por su país con una fuerza y tenacidad que ha cautivado al mundo, pero no es posible negar que la historia se repite. Es espantoso y debemos aspirar a ser mejores.

Como nieta de una refugiada ucraniana de la Segunda Guerra Mundial, la angustia de esta guerra me resulta devastadora. Si bien no puedo cambiar la historia, todos podemos aprender de ella y hacer algo para ayudar al pueblo ucraniano.

Me solidarizo con los valientes ucranianos y ucranianas que defienden su país, su cultura y sus vidas, tanto entonces como ahora. Slava Ukrayini!

1. Cassie

Wisconsin, mayo de 2004

Pese a la insubordinación de su rostro, Cassie forzó una gran sonrisa cuando su hija entró en la cocina. Tenía la esperanza de que, si sonreía lo suficiente, durante el tiempo suficiente, Birdie respondería. Sin embargo, la niña la miró con indiferencia.

Cassie se esforzó por no ceder al impulso de dar cabezazos contra la pared.

Los grandes ojos azules de Birdie contrastaban intensamente con su oscuro pelo rizado. El pijama de princesa de color rosa que tanto había deseado para su cumpleaños le llegaba ahora a las pantorrillas y los antebrazos. Había encogido. O ella había crecido. Quizás ambas cosas. Parecía que, últimamente, prestar atención a estas cosas no se le daba demasiado bien a Cassie.

Harvey se echó a los pies de Birdie, golpeando la cola contra el suelo y calentando los tobillos desnudos de la niña.

—Harvey cuida mejor de Birdie que yo.

Se frotó la cara y reanudó su hábito de forzar una conversación sin propósito. No podía soportar el silencio. Le proporcionaba demasiadas ocasiones para recordar.

—¡Buenos días! ¿Has dormido bien? ¿Qué te apetece desayunar? Tengo gachas de avena, huevos, o puedo preparar quinoa, fruta y miel, si quieres.

Cassie estaba fracasando como madre en muchos aspectos, pero nadie podría acusarla de no alimentar bien a Birdie. La despensa estaba llena de tentempiés orgánicos comprados a granel y el cuenco que había sobre la encimera contenía una amplia selección de fruta. A Cassie no le importaba no cenar, ni desayunar unas galletas saladas, pero estaba decidida a cerciorarse de que Birdie

recibiera la nutrición que necesitaba, incluso si la ropa le quedaba pequeña o si nunca más volvía a hablar.

Birdie señaló la caja de huevos que Cassie había sacado de la nevera y la sartén del escurridero junto al fregadero. Cassie cogió ambas cosas y las colocó junto a los fogones mientras Birdie sacaba una espátula y la mantequera.

—¿Un huevo o dos?, —preguntó Cassie.

Esto lo hacía siempre: intentar arrancarle una respuesta a Birdie sin darle tiempo a pensar. Nunca funcionaba. Birdie llevaba sin hablar catorce meses, una semana y tres días. No había ninguna razón para que hoy fuera diferente.

Birdie abrió la caja, sacó un huevo con cada mano y se los alargó a Cassie.

—Está bien. Dos huevos. ¿Por qué no preparas las tostadas?

Birdie se dirigió silenciosamente hacia la tostadora y metió dentro una rebanada de pan con semillas.

Cassie echó un vistazo a la caótica casa mientras los dos huevos salpicaban y chisporroteaban en la sartén. Una pila de correo tan alta que amenazaba con venirse abajo, bolas de pelo de perro que crecían a un ritmo alarmante por los rincones en el suelo y un cubo de la basura que necesitaba un vaciado urgente no constituían exactamente el retrato de un hogar feliz. Un año y medio atrás, ni muerta la habrían encontrado en una casa tan desorganizada.

Su ordenador portátil asomaba bajo un montón de periódicos. Cassie hizo una mueca al verlo tan abandonado, pero no se había visto capaz de escribir desde aquella noche. Arrojó un trapo de cocina por encima para no tener que ver otro ejemplo de su fracaso. Luego pasó los huevos fritos a un plato de plástico de color rosa que colocó sobre la mesa delante de Birdie. Cuando la niña los atacó, Cassie miró cómo la yema de color amarillo oscuro corría por la tostada que había preparado Birdie y suspiró. Otro día más, igual que ayer y el día anterior. Sin ningún avance, sin curación, sin seguir adelante con su vida. Tenía que cambiar por Birdie, pero no tenía idea de por dónde comenzar.

Sonó el timbre de la puerta y Cassie se quedó petrificada. Incluso ahora, después de tanto tiempo, el sonido de aquel timbre la aterrorizaba. De camino a la puerta se ciñó el albornoz raído por delante. Su psiquiatra diría que usaba el albornoz como mecanismo

de defensa, que trataba de bloquear lo que había al otro lado de la puerta y que intentaba entrar. Cassie diría que lo que no quería era que nadie viera su viejo y ajado pijama. Quizás por eso había dejado de ir a las citas con aquella loquera.

Abrió la puerta. Su madre, sin arreglar y pálida, sonriendo un poco antes de contener un sollozo, irrumpió en la casa y rodeó a Cassie con los brazos.

—Cass. Tenía que venir a decírtelo en persona. No quería que condujeras después de enterarte.

Cassie se puso tensa entre los brazos de su madre y la apartó.

—¿Decirme qué?

—No ha muerto nadie —dijo—. No es nada tan horrible.

—Mamá, ¿de qué estás hablando?

—Se trata de Bobby.

—¿Bobby?

Cassie imaginó a su arrugada abuela de noventa y dos años, bautizada Bobby mucho tiempo atrás, cuando una joven Cassie destrozó la palabra ucraniana para abuela, *babusya*, y se negó a usar el apelativo tradicional, *baba*.

—Ha tenido un accidente.

A Cassie le dio un vuelco el corazón. O dos. Respiró con dificultad e intentó que el pánico no la invadiera, pero las palabras eran las mismas que había oído el año pasado antes de que su mundo se desmoronara.

Cassie permitió que su madre la acompañara hasta una silla junto a la mesa. Anna se inclinó y besó a Birdie en la coronilla.

—Hola, cielo.

Birdie sonrió a su abuela mientras limpiaba la yema del plato con la corteza de la tostada.

—Ocurrió el viernes, pero no quise preocuparte hasta saber más. —Anna se sentó junto a Birdie.

Cassie contó los días.

—Mamá, ¡hace cuatro días! ¿Bobby lleva herida cuatro días y no me podías llamar?

—Como ya te he dicho, necesitaba decírtelo en persona. Cuando me enteré de que no había peligro de que muriera, decidí que lo mejor era que viniera en coche a decírtelo. No he podido apartarme de ella hasta hoy.

—Explícamelo todo —le ordenó Cassie con voz temblorosa.

Anna miró a Birdie y le puso la mano en el hombro.

—Birdie. La abuela y mami tienen que hablar. ¿Quieres ir a ver la televisión?

Birdie recogió su plato y lo metió en el fregadero. Luego pasó junto a las pilas de correo y periódicos en dirección a la sala de estar. Cuando el sonido de la música de los dibujos llenó la estancia, Cassie se volvió hacia su madre con aprensión.

—La semana pasada salió a dar uno de sus paseos —dijo Anna —. Se alejó más de lo habitual en ella y no sé si se giró para mirar o qué, pero un coche la golpeó cuando cruzaba una calle con mucho tráfico.

De una sacudida Cassie se enderezó.

—¿Que la atropelló un coche? ¿Estás de broma?

Anna levantó la mano.

—Está bien. Tuvo una conmoción cerebral leve y le han puesto puntos. No tiene ningún hueso roto. Es asombroso que haya salido indemne.

—¿Dónde está ahora? ¿Está ya en casa?

—No, y es por esto que estoy aquí. Creo que podrá ir a casa esta tarde, pero necesita compañía. Alguien que esté allí y la ayude con sus cosas.

Cassie asintió.

—¿Quieres que venga aquí? ¿Que se quede conmigo?

Anna miró alrededor de la cocina con cara de escepticismo.

—No creo que este sea el mejor lugar para ella. No tiene a sus médicos cerca ni está familiarizada con este sitio. Mira, lo que estaba pensando es que esta es una oportunidad para que hagas un cambio. Deja atrás esta ciudad, este chalé, estos recuerdos y vuelve a casa.

Cassie rio, y la amargura que reverberó por la habitación la sorprendió incluso a ella.

—¿Te crees que puedo dejar atrás los recuerdos así sin más? ¿Crees que puedo cerrar la puerta y que será como si Henry no hubiera existido nunca?

—No, cielo, claro que no me refería a eso —dijo Anna y puso la mano en la mejilla de Cassie—. Nunca le olvidarás. Lo que estaba pensando es que quizás sea hora de que empieces de cero en un

lugar nuevo donde los recuerdos no sean tan arrolladores. Y puesto que Bobby no debería estar sola, me ha parecido la oportunidad perfecta para que te instales con ella durante un tiempo. Sencillamente, cierra esta casa y vete.

—¿Y me voy tal cual? ¿Dejo mi vida? ¿Mi casa?

Cassie hizo un gesto de desagrado cuando su madre hizo amago de acariciarla. Mientras, el dolor apagado que precede siempre a un ataque de llanto palpitó en su garganta.

—Cassie, sé realista.

Anna agarró la mano de Cassie y la miró fijamente. Por lo visto, ya no era hora de sutilezas.

—Quiero que me digas de verdad si eres feliz aquí, ahora. Dime que estás proporcionándole un hogar seguro y acogedor a Birdie. Dime que fuera de este caos llevas una vida.

Cassie se quedó con la boca abierta por la sorpresa. Normalmente, su madre mantenía su lado feroz escondido bajo una capa de sugerencias no demasiado sutiles y golpes pasivo-agresivos. Sin duda, este ataque no era su manera habitual de actuar.

—Estoy muy preocupada por las dos, si quieres que te diga la verdad —continuó—. Bobby es terca. Se niega a considerar siquiera que echemos una ojeada a cualquier tipo de residencia asistida. ¿Y tú? Pues me paso tantas horas en vela, preocupadísima por cómo estás manejando las cosas aquí. Cuando una mujer pierde a su esposo, sin importar las circunstancias, necesita rodearse de familia para superarlo. Quiero ayudarte, pero nunca me dejas. Esta es la oportunidad perfecta para que tú y Bobby os ayudéis mutuamente, y quiero que funcione.

—Básicamente, lo que quieres es esconder tus dos problemas juntitos para que no tengas que preocuparte tanto. Es por esto que has venido, ¿no?

Cassie se puso en pie tan rápidamente que la silla cayó al suelo tras ella. Era injusta con su madre, pero no podía evitarlo. Últimamente sus emociones oscilaban entre apatía e indignación y no había espacio para nada más.

—Necesito tomar el aire y Harvey necesita dar un paseo. Seguro que a Birdie le encantará pasar un rato contigo mientras estoy fuera.

Se dirigió a la puerta trasera dando pisotones y, aunque el

tiempo primaveral era agradable, se puso el abrigo largo de invierno que escondía el hecho de que aún llevaba el albornoz puesto. Se calzó las botas, cogió la correa de Harvey y salió dando un portazo.

Harvey, ajeno al enfado de Cassie, saltaba y ladraba de excitación cuando ella le ató la correa al collar y salieron del jardín. Intentaba aclararse las ideas mientras el perro olisqueaba los árboles de delante de la casa.

Su madre no se equivocaba. Aquí, los recuerdos la rodeaban. Al principio, después del accidente, la casa la arropó, segura y reconfortante. Pero últimamente, una sensación sofocante de encontrarse atrapada había ensombrecido ese consuelo. Al fin y al cabo, este no era su verdadero hogar. Solo habían vivido aquí seis meses antes del accidente. La empresa de Henry lo había trasladado temporalmente aquí, a Madison, Wisconsin, y el contrato solo tenía que durar un año, de modo que alquilaron la primera casa que encontraron con un jardín vallado para Harvey. El traslado vino con una prima enorme, y, una vez hubiera pasado el año, habían planeado regresar a Illinois y comprarse una casa.

Habían pasado horas soñando con esa casa. Ella quería una vieja granja con terreno, un granero y árboles frutales. Henry quería una cabaña con un granero sobre postes y un bosque. Pero el accidente lo cambió todo. Por suerte, el compasivo propietario de la casa le había permitido continuar alquilándola mes a mes después de que venciera el contrato original de un año.

Dobló la esquina frente a su casa y miró el chalé de obra vista. Común y corriente, estaba situado demasiado cerca de la calle y carecía del encanto de los otros chalés en la misma manzana. No se había quedado porque le gustara la casa ni porque se sintiera cercana a Henry en ella. Se había quedado porque era más fácil mantener el *statu quo* y continuar con la inercia de una existencia básica. Despertarse, comer, cuidar de Birdie, dormir, repetir.

Harvey tiró de la correa, excitado, porque quería volver adentro. Cassie vio a Birdie mirando por la ventana de su dormitorio. La saludó entusiasmada con la mano, luego se apartó; aquel era el mayor gesto de expresividad que había visto Cassie en meses.

¿Pensaba realmente en Birdie cuando se enfrentaba a su día a día? ¿Cuántas de sus decisiones se basaban en las necesidades de

Birdie, para que creciera bien, en comparación a lo que ella, Cassie, necesitaba para sobrevivir? A Cassie no le gustaban las respuestas a estas preguntas, de modo que normalmente evitaba planteárselas. Su madre lo había estropeado todo.

Entró fatigosamente en la casa. Su madre seguía en la cocina, sentada en el mismo sitio. Se volvió hacia Cassie cuando esta entró y levantó las manos en un gesto de capitulación.

—Te lo prometo, cielo, no le he dicho una palabra a Birdie, pero en cuanto saliste por la puerta, se fue a su habitación.

Cassie desató a Harvey y colgó el abrigo.

—No pasa nada. Le gusta jugar allí.

—No está jugando, Cass. Está haciendo la maleta. Debe de habernos oído hablar.

—Ha…

La voz de Cassie se fue apagando. No quería hacer la pregunta.

Anna la miró con lástima.

—No. No me ha hablado.

Por supuesto que no había hablado. El silencio de Birdie era otro ejemplo destacable del fracaso de Cassie como madre. Una madre que debía ayudarla a superar el accidente y la pérdida de su padre. Se hundió en la silla frente a Anna, derrotada.

—¿Qué has planeado?

Anna agarró las dos manos de Cassie.

—Quiero ayudarte a hacer las maletas y salir. Corta por lo sano, no te des tiempo para pensar ni cambiar de idea. Te ayudaré con todo. Te prometo que no haría esto si no pensara que es lo mejor. Ya sabes que he estado encima de ti durante meses para que volvieras.

—Ahora tienes la excusa perfecta. —Cassie acabó la reflexión por ella.

—Ahora Bobby te necesita —dijo Anna—. Y creo que tú también la necesitas a ella. ¿Por qué no recogemos lo más indispensable? La ropa, artículos de baño, comida que pueda estropearse. Volveré contigo cuando estés preparada para recoger las cosas de Henry.

—Ya está hecho —dijo Cassie—. La madre de Henry vino el mes pasado y me ayudó con la ropa.

—Bien, pues una cosa más hecha. —El tono de voz de Anna subió una octava.

Un sentimiento de culpa de sobras conocido sorprendió a Cassie.

—Lo siento, mamá. Sé que te ofreciste a ayudarme. Entonces no estaba lista. Pero llegó un momento en que ya no podía respirar con todo aquello. Tenía que sacarlo de la casa y justo en ese momento Dottie vino de visita.

Anna apretó los labios y envolvió a Cassie en un abrazo.

—Oh, mi niña.

Cassie abrazó a su madre y se rindió a ella, igual que cuando era niña. Un hormigueo inesperado de alivio le hizo cosquillas en la cabeza y suspiró.

—Está bien, mamá. Volveré a casa.

Anna se apartó y en su rostro se dibujó una sonrisa temblorosa.

—Será lo mejor para todas. Lo verás.

Titubeó, y luego prosiguió:

—La verdad, estoy preocupada por Bobby. Incluso antes del accidente estaba… distinta. Ya sabes cómo es. Siempre en marcha, siempre haciendo algo. Pero ahora la descubro sentada a la mesa, con la mirada perdida, como si se encontrara en otro lugar, y hablando en ucraniano.

—¿Qué dice?

—No lo sé —respondió Anna—. Normalmente no me habla cuando está en ese estado. Es como si estuviera inmersa tan profundamente en sus recuerdos que no se da cuenta de lo que sucede alrededor suyo. El otro día, le pregunté en qué estaba pensando y, cuando finalmente me respondió, lo único que dijo fue «girasoles».

—Quizás estuviera pensando en lo que quiere plantar en los macizos de flores.

—No. —Anna tamborileó los dedos en la mesa—. Nunca ha plantado girasoles. Siempre me ha dicho que la entristecían.

2. Katya

Ucrania, septiembre de 1929

—Chicas, ¿os hago una foto?, —preguntó tío Marko.

Sostenía en la mano su más preciado tesoro, la única cámara fotográfica en todo el pueblo de Sonyashnyky. El sol se reflejó en la lente y tío Marko sacó un pañuelo para limpiarla por enésima vez aquel día. Hizo un gesto hacia la casa, que todo el mundo utilizaba como fondo, pero la mirada de Katya se dirigió hacia las cabezas oscilantes de los girasoles que Marko tenía detrás. El brillo del despejado cielo azul complementaba los orbes dorados de los girasoles en una combinación cromática tan rica y bella que emocionó a Katya.

—¿Y bien?

Se metió el pañuelo de nuevo en el bolsillo.

—¡Sí! Pero aquí por favor —dijo Katya y agarró la mano de su hermana mayor—. Ven, Alina. Mama quería que hoy nos hiciéramos una foto juntas.

Alina alargó la mano y alisó los mechones oscuros que habían escapado de la trenza de Katya.

—Deja que te arregle el pelo.

—Seguro que ya está bien.

Katya tiró a Alina por el patio. Quería hacerse la foto ya para no olvidarse luego y ganarse la ira de su madre, y no encontrarían un fondo mejor que el campo de girasoles.

—Está bien, pero tienes que sonreír —dijo Alina—. No quiero que pongas cara de pocos amigos.

Katya frunció el ceño y soltó la mano de Alina.

—Nunca pongo cara de pocos amigos.

Alina hizo una mueca mientras le arreglaba la blusa a Katya.

—Claro que no.

—Poneos más juntas —sugirió tío Marko cuando giraba la cámara hacia ellas. Alina se agarró al brazo de Katya.

—Ven aquí —dijo inclinando la cabeza hacia la de su hermana —. No importa cuanto te incordie, no te librarás de mí. Hermanas para siempre.

La irritación de Katya desapareció al oír la frase que su madre les había recordado siempre que se peleaban de niñas. «Más os vale llevaros bien. Seréis hermanas para siempre». Se había convertido en una broma entre ellas, pronunciada cuando una hacía enfadar a la otra. Siempre lograba reducir la tensión.

La cámara hizo clic y tío Marko sonrió.

—¡Perfecto!

Los tenues primeros compases de la música de acordeón y violín llegaron desde la carretera, indicando que se acercaban el novio y su partida, y provocando un estallido frenético de energía de último momento. Katya se apartó de su hermana cuando las mujeres empezaron a chillar, las cintas a revolotear y platos de comida a aparecer en todas las superficies planas. Recogió una cesta de girasoles y esquivó, agachándose, los brazos de su tía. Escapando del caos, ocupó su lugar junto a Alina y su prima Sasha en la aromática mesa cubierta de flores que bloqueaba la puerta de entrada a la casa de Sasha. Katya dejó la cesta junto a las demás y se cogió las manos para que dejaran de temblar. Entrecerrando los ojos se esforzó por reconocer a los hombres que bajaban caminando por el camino de tierra en dirección a ellas.

—Deja de hacer eso —le dijo Alina dándole un codazo—. Estás arrugando la nariz y no resulta nada atractivo.

—Estoy intentando ver.

Katya le devolvió el codazo a su hermana, luego tiró nerviosamente de una flor entretejida en su gruesa trenza morena. Cuando su mirada se detuvo en Pavlo, el hombre alto y de anchos hombros que caminaba junto al novio, su corazón se aceleró. Se tocó con un dedo tembloroso la mejilla que él había besado la semana anterior. Ese acto impulsivo había cambiado todo entre ellos. Necesitaba hablar con él, pero, sin saber qué decirle, lo había evitado durante la ceremonia en la iglesia.

—Veo a Kolya —dijo Alina interrumpiendo las cavilaciones de

Katya.

Alina había estado enamorada de Mykola, o Kolya, como le llamaban todos, el hermano mayor de Pavlo, desde que Katya tenía memoria. Por suerte para ella, el sentimiento era mutuo.

Tías, tíos, primas, primos y amistades salieron de la casa y se reunieron alrededor de la mesa mientras la alegre música se intensificaba. Olha, la novia y hermana de Sasha, permanecía dentro, esperando a que el novio pagara el rescate a la familia.

Al cabo de unos minutos, Boryslav, con el pecho henchido de orgullo, entró dando zancadas en el jardín con una cesta y una botella de vodka. Rodeado de sus amigos más cercanos y familia, que llevaban todos lo mismo que él, Boryslav se acercó y Sasha gritó:

—¿Para qué has venido?

Boryslav esbozó una ancha sonrisa.

—¡Para recibir a mi bellísima novia, Olha!

—¿Y qué has traído para demostrar tu aprecio por Olha?, —preguntó Alina.

Boryslav dejó la cesta llena de dulces y dinero en la mesa y a Katya se le hizo la boca agua al ver los bombones de chocolate. Nadie en su pueblo hacía nada igual. Boryslav debía de haber viajado muy lejos para conseguirlos.

—¿Y crees que eso es todo lo que vale nuestra encantadora Olha?

Katya formuló la pregunta que le habían ordenado que hiciera, intentando no encontrarse con la mirada inquisitiva de Pavlo.

—¡Claro que no!

Hizo un gesto con los brazos y dos de sus padrinos de boda se acercaron con cestas llenas de hogazas de pan.

—Olha no tiene precio, pero he traído estos regalos para demostrar mi amor por ella.

Pavlo, a su derecha, hizo una reverencia mientras colocaba la ofrenda de Boryslav sobre la mesa. Sonrió y le hizo un guiño a Katya, que provocó que tartamudeara la siguiente pregunta.

—Háblanos de la belleza de Olga, Boryslav.

—Ah, eso es fácil. Sus ojos destellan como el cielo más azul de un día de verano. Su larga melena dorada ondea como el trigo que resplandece al sol. Su sonrisa ilumina cada estancia y lleva a los

hombres a postrarse.

Katya por poco suelta una carcajada ante la idea de Pavlo pronunciando estas palabras de amor para ella, pero la intensidad ardiente de la mirada del joven en su rostro la frenó, y bajó los ojos.

Sasha siguió con las preguntas, luego el grupo de Boryslav procedió a elogiar al novio para equilibrar la negociación y asegurarse de que Boryslav no «pagara» demasiado por la mano de Olha. Por supuesto, todo era un juego. A Olha no se la podía comprar, ni Boryslav irrumpiría nunca en la casa para reclamarla. Interpretar esta vieja tradición era tan solo una parte graciosa de la celebración de la boda, y los asistentes rieron y jalearon con el espectáculo.

Cuando finalmente se le permitió a Boryslav entrar en la casa, la fiesta pudo empezar al fin. En un santiamén, las mesas preparadas afuera se llenaron de comida deliciosa: *varenyky*[1] de carne, patata y cereza agria, *holubtsi*[2] patatas, rodajas de jamón, hogazas de pan, queso, fruta y, por supuesto, el pan nupcial con complejas decoraciones llamado *korovai*. La gente se sentó alrededor de las mesas, charlando mientras el licor era servido de las botellas que Boryslav había traído como regalo. Los músicos empezaron a tocar junto al área reservada para bailar.

Katya encontró a Mama y a Tato[3] hablando con la prima de Mama, Lena, y su marido, Ruslan. Era evidente la preocupación en sus caras y hablaban a susurros.

—Cuando llegaron al pueblo de mi hermano, el proceso empezó de inmediato. Formaron brigadas, establecieron un cuartel general y arrestaron a algunos de los vecinos y los deportaron.

Ruslan se inclinó más cerca de todos y continuó en voz baja:

—Los que tenían las mejores casas fueron los primeros en desaparecer, claro.

Katya tenía muchas preguntas, pero no se atrevió a hacerlas. En cuanto empezara, sus padres cambiarían de tema y hablarían de cosas que consideraban más apropiadas para sus oídos.

—¿Deportaron? ¿Adónde?

Tato descorchó una botella de vino.

—He oído decir que los envían a Siberia —dijo Yosyp, el padre de Pavlo, que se unió al grupo mientras Tato empezaba a llenar las copas.

Fedir, el primo mayor de Pavlo, bajó el tono de voz:

—He oído decir lo mismo. Mi tío me ha dicho que forzaron al pueblo entero a unirse a la cooperativa.

—Todo esto suena a exageraciones —dijo Mama haciendo un gesto con la mano desechando la idea—. No pueden quitarnos nuestros animales y nuestras tierras sin permiso.

Ruslan levantó su copa.

—El pueblo de mi hermano está más cerca de la ciudad y es mucho más grande que el nuestro. Quizás no se molesten en venir hasta aquí.

—Estamos lo bastante cerca de la ciudad. ¿De verdad creéis que los soviéticos van a hacer distinciones entre pueblos? Todos formamos parte de la *okruha* [4] de Kyiv —dijo tío Marko.

Katya recordó las horas que tío Marko había pasado yendo a pie y cogiendo trenes para ir hasta la bella ciudad junto al río Dniéper y comprarse su cámara fotográfica. A pesar de que el pueblo formaba parte de la región de Kyiv, la gran ciudad se encontraba a casi ciento cincuenta kilómetros de distancia.

—No importa. Irán a donde quieran. Ucrania es fértil y nuestras cosechas, abundantes, y Stalin cree que tenemos que ser la cesta del pan de la Unión Soviética —dijo Tato. Dio vueltas al líquido dentro de su copa, pero no bebió—. Para lograrlo, quiere que cedamos nuestras tierras y nos unamos a las cooperativas. Lleva meses sucediendo en pueblos de toda Ucrania y podrían llegar aquí en cualquier momento.

—Pero Stalin dijo que la colectivización debía ser voluntaria para que funcionara —insistió tío Marko.

—He oído decir que ha cambiado su postura otra vez. Me pone nervioso.

Tato sorbió el vino.

Tío Marko dejó la copa sobre la mesa.

—Sigo diciendo que no nos obligarán a colectivizarnos. La elección será nuestra.

Tato hizo una mueca de desagrado.

—¿Desde cuándo hemos tenido elección en lo que a Moscú se refiere, Marko?

Katya dio un gritito ahogado y Tato la miró.

—Ya hemos hablado suficiente. Hoy es un día para celebrar a

Olha y Boryslav.

El padre de Katya tomó a su hija del brazo y la apartó del grupo.

—Tato, ¿de qué estabais hablando?

—Nada de lo que debas preocuparte.

Su voz vaciló tan levemente que Katya no estaba segura de haberlo notado.

—Son todo rumores.

—¿Qué estás haciendo?, —dijo Alina, que agarró a Katya por los hombros y, con su alegría contagiosa, le dio la vuelta—. Deja de escuchar los chismes de estos viejos. ¡Es hora de bailar!

Nada podía disuadir a Alina una vez que tenía algo en mente, de modo que Katya se tragó su preocupación y se dejó llevar a través de la multitud. Echó una mirada furtiva hacia su padre, que apuró su copa con disgusto.

—Tienes el ceño fruncido.

Alina apretó con un dedo el entrecejo de Katya.

—Relájate, Katya. Podemos preocuparnos de todo mañana. ¡Esta noche nos vamos a divertir!, —dijo, cogiendo una copa de *kvass* endulzado con fruta, una bebida fermentada a base de pan de centeno. Tomó un trago y se la pasó a Katya.

A pesar de la sensación de desasosiego que la agobiaba, o quizás por ello, Katya se dejó llevar por su hermana. Levantó la copa y se tragó a la fuerza su aprensión junto con la bebida, que cosquilleó su garganta mientras descendía hasta su estómago. La música llenaba el ambiente. Los pies marcaban el compás y las risas enfatizaban el sonido cadencioso del violín, que se mezclaba con el del acordeón y la flauta *sopilka* para crear el ritmo que palpitó a lo largo de toda la noche.

Su mirada se apartó hacia donde habían empezado a bailar los hombres y aterrizó en Pavlo. Los movimientos vigorosos de su baile resaltaban su físico musculoso, y una oleada sorprendente de anhelo la atravesó mientras lo admiraba. Él notó su mirada y sonrió, y ella apartó la vista. Sus emociones eran un caos borroso. ¿Qué ocurriría si aquel beso y estos sentimientos provocaban la pérdida de la profunda amistad que habían disfrutado a lo largo de sus dieciséis años de vida? Él era su mejor amigo.

Alina le dio un codazo y soltó una risita.

—Tienes cara de culpable. ¿Ha pasado algo? ¿Te ha dicho por

fin lo que siente?

Katya soltó un suspiro trémulo. Alina no sabía que Pavlo la había besado. Pero, de repente, las palabras de su hermana calaron hondo y Katya se volvió para mirar a Alina.

—Espera, ¿qué quieres decir? ¿Qué es lo que siente?

—¡Por favor! Todo el mundo sabe lo de vosotros dos —se rio Alina por encima del hombro mientras escapaba a los brazos de Kolya.

—¿Sabe qué?

La pregunta de Katya fue apagándose. ¿Especulaba Alina, o le había dicho Pavlo algo? Miró alrededor con cara de rea y escapó de la sofocante muchedumbre. Afuera, lejos del gentío, cogió bocanadas profundas del aire fresco de otoño.

¿Cómo había llegado a este punto? Hace un año se habría partido de risa ante la idea de ella y Pavlo juntos, de esta manera. Y, sin embargo, aquí estaba, pensando de nuevo en el instante, la semana anterior, que lo había cambiado todo.

Había cruzado corriendo el prado hasta la granja de Pavlo para ver si tenían un par de huevos para Mama, que estaba preparando un postre para la boda. Los padres de Pavlo habían ido al pueblo y Kolya estaba en casa de Katya con Alina, de modo que fue Pavlo quien abrió la puerta, sin camisa y secándose el pelo con una toalla.

Katya puso los ojos en blanco al verlo de aquella guisa.

—¿No te pones ropa antes de abrir la puerta?

Sus movimientos, largos y lánguidos como los de un felino, resaltaban su típica actitud relajada. Sonrió.

—Me estaba lavando. He tenido un accidente con un lechón descontrolado. Ha podido conmigo en el barrizal y me he roto la camisa.

Ella se llevó la mano a la boca y lanzó una risotada.

—Me hubiera gustado verlo.

Él entrecerró los ojos y arrojó la toalla al suelo.

—No lo dudo. En fin, ¿qué te trae por aquí?

Katya reprimió una sonrisa.

—Vamos, no seas tan sensible, Pavlo. Mama necesita dos huevos y nos hemos quedado sin.

—Tendremos que ir al gallinero. Me he comido todos los huevos esta mañana.

—Bueno. Pues voy allí de camino a casa.

—Voy contigo.

Avanzó hacia ella. Ella dio un paso atrás.

—¿No quieres ponerte una camisa?

—Lo haré más tarde —dijo él encogiéndose de hombros.

Ella arqueó una ceja y luego se dio la vuelta y se dirigió al corral. Él aflojó el paso para adaptarse al de ella, pero permanecieron en silencio.

Ella lo miró cuando entraron dentro.

—¿Algún problema?, —preguntó mientras metía la mano bajo una gallina en uno de los nidos. La gallina respondió con un cloqueo de sorpresa y Katya la hizo callar.

—No —dijo él. Su voz sonaba tensa.

Incluso de niño, jamás había sido capaz de esconderle nada y, curiosa por su extraño humor, lo miró con el rabillo del ojo mientras se metía dos huevos en el bolsillo. Le dio a él otros dos huevos, que Pavlo colocó encima de la caja del nido antes de volverse para mirarla fijamente.

—¿Qué? ¿Tengo heno en el pelo?, —dijo y se arregló la indisciplinada trenza—. He estado ayudando a mi padre a subirlo.

—Tu pelo está perfecto.

Sus palabras eran roncas y graves.

Katya notó una inesperada sacudida en el estómago. La lengua, repentinamente gruesa e inútil dentro de su boca, dejó de funcionarle.

—Gracias por los huevos —fue lo que consiguió decir y pasó junto a él para continuar el camino a su casa.

Su gran salida falló cuando su pie quedó atrapado en un agujero y tropezó. Pavlo saltó adelante y la cogió, y Katya cayó contra su pecho desnudo. Ella levantó la mirada, su cara a pocos centímetros de la de él. Pavlo se quedó quieto, sosteniéndola contra él. Katya pudo ver cada una de las gruesas pestañas de color miel que rodeaban sus luminosos ojos pardos, así como las pecas que salpicaban su nariz. Todo alrededor de ella fue desdibujándose cuando, por primera vez, lo vio a Pavlo de verdad, y sintió que se le revolvía el estómago. El calor que emanaba del cuerpo de él quemó sus manos y, consciente ahora de su proximidad, intentó empujarlo. Los brazos de él se tensaron alrededor de su cintura por un breve

instante, como si fuera reacio a dejarla ir. Se inclinó hacia ella y puso sus labios sobre la oreja de Katya, y ese suave toque hizo que el vello de la nuca se le erizara.

—Vas a necesitar más huevos —susurró él.

Katya, que había estado conteniendo inexplicablemente la respiración, recuperó el aliento con un jadeo repentino. ¿De qué estaba hablando? ¿Y qué había esperado ella que le susurrara al oído? Entonces, cuando sus muslos notaron la humedad de las yemas de los huevos rotos en su bolsillo, Pavlo movió los labios a su mejilla y la besó.

Si no la hubiera tenido cogida tan fuerte habría vuelto a caer, aunque Katya no lo admitiría nunca.

Él se apartó con una sonrisa llena de confianza y ella hizo lo único que se le ocurrió. Le dio una bofetada.

—¿A qué juegas, Pavlo?

La confusión le nubló la mente, pero su enfado estaba saliendo a la superficie. ¿Quién se creía él que era para besarla sin preguntar?

Sin dejar de sonreír, Pavlo se llevó la mano a la marca roja que ella le había dejado en la mejilla.

—No esperaba menos de ti, Katya. Piénsatelo. Ordena tus sentimientos. Ya he decidido lo que quiero. Avísame cuando sepas lo que quieres tú.

Se inclinó, cogió los otros dos huevos y se los puso en sus temblorosas manos. Ella los tomó. El contacto con él envió un hormigueo por todo su cuerpo y corrió a casa.

Desde aquel día de la semana anterior, había revivido la escena una y otra vez. ¿Lo había planeado? ¿A qué se refería cuando decía que había decidido lo que quería? ¿Qué era lo que ella realmente quería, ahora que él había destruido su amistad?

Fuera lo que fuera lo que ocurriese en el futuro, ese beso no podía ser olvidado.

—¡Katya! No podía encontrarte.

La voz grave de Pavlo le provocó carne de gallina en los brazos. Con la sonrisa reluciendo en la oscuridad, Pavlo acortó la distancia que los separaba a zancadas.

—No sabía que me buscaras —dijo Katya y sintió el latido de su corazón en los oídos mientras intentaba controlar su reacción física hacia él—. Necesitaba aire fresco para pensar.

—¿Todavía estás pensando?

Él alargó la mano y le dio vueltas a un rizo rebelde con un dedo.

Ella se quedó petrificada, sin saber qué hacer. Sus pensamientos se entremezclaron y un chorro de palabras irrelevantes brotó de su boca.

—No, no sobre aquello. Sobre todo, sobre la siembra, la verdad. Pensaba que deberíamos…

Pavlo le tomó la cara con sus grandes manos callosas y colocó los pulgares sobre sus labios, silenciando su divagación.

—No hago más que pensar en ti.

Todo lo demás se esfumó cuando él apretó sus labios contra los de ella y Katya se fundió con él, poniéndose de puntillas para deslizarse en su abrazo.

—¿Es esto lo único que hace falta, Katya? ¿Un beso te deja a ti, la chica más charlatana que conozco, sin habla?, —dijo riéndose mientras su pelo rubio se alborotaba con la brisa—. Quizás debería haberlo intentado mucho antes. Mi vida habría sido mucho más tranquila.

Sus bromas le costaron un puñetazo en el brazo y se rio entre dientes mientras se frotaba el punto que le dolía.

—Unas cosas cambian, otras siguen igual. ¿Me vas a golpear cada vez que te bese?

—Quizás —respondió y se encogió de hombros, soltando una risita—. No lo he decidido. Y que te haya dejado besarme no significa que puedas olvidar que, en muchos otros aspectos, te supero.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Es parte de tu encanto.

Una oleada de risas les llegó desde un grupo de hombres que estaban afuera de la casa, y a Katya le enfadó aquella intrusión en ese momento especial.

—Vayamos a caminar y alejémonos del gentío —sugirió.

—¿Un paseo bajo las estrellas con una chica bonita? No hay nada mejor que quisiera hacer.

Pavlo hizo una reverencia y le ofreció a Katya el brazo, que ella aceptó. Pasearon bajo las estrellas en medio de la tranquilidad de la noche y, en aquel momento, Katya se sabía la chica más feliz del mundo.

3. Cassie

Wisconsin, mayo de 2004

Dos días más tarde ya había recogido todo en la casa que había considerado su hogar durante el último año y medio, había limpiado y estaba lista para cerrarla con llave. Fue de gran ayuda que, antes de mudarse, tanto ella como Henry pusieran todos los extras —palos de golf, porcelana fina y los regalos de boda que nunca habían utilizado— en un guardamuebles.

—He llamado al propietario, Cass. Le he dicho que dejaríamos las llaves en la encimera de la cocina —le dijo a voces Anna mientras llevaba la última caja de utensilios de cocina al coche.

—¿En serio? ¿Y le pareció bien que me fuera así, tal cual?

—Sí. Parece un hombre muy agradable. Dijo que lo entendía. No te puede devolver el resto del mes, claro, pero te enviará el depósito después de comprobarlo todo.

—Gracias.

Cassie metió una caja en el maletero del SUV y cerró de un golpe.

—Dame las llaves. Iré a dejarlas. Asegúrate de ponerle a Birdie el cinturón de seguridad y ya podemos irnos —dijo Anna alargando la mano.

Cassie respiró hondo, forzó una sonrisa y obedeció porque esto era lo que una hacía cuando Anna llevaba las riendas. De todos modos, no quería volver a recorrer la casa. Dentro no quedaba más que tristeza.

Cassie se inclinó hacia Birdie.

—¿Qué, peque? ¿Estás lista?

Birdie asintió una vez. Tenía los ojos abiertos como platos, brillantes por la emoción.

—¿Estás contenta de volver a casa?, —preguntó Cassie.

Birdie volvió a asentir.

—Creo que yo también. Esto es borrón y cuenta nueva para las dos —dijo Cassie pasando el cinturón de seguridad por delante de Birdie y del asiento elevador—. No se lo digas a la abuela, ¿de acuerdo? No quiero que se haga ideas.

Birdie sonrió. Sus mejillas eran regordetas, sonrosadas y suaves, y Cassie se derritió. ¿Cuándo había sido la última vez que había visto esa dulce sonrisa? ¿Cuánto de Birdie se había perdido durante este último año, mientras Cassie se regodeaba en su dolor?

—¡Vamos!

Anna bajó corriendo los escalones del porche.

—Yo iré delante y tú puedes seguirme.

—Como siempre —dijo Cassie al sentarse al volante.

Conducir ya no era lo mismo para Cassie después del accidente de coche de Henry. A pesar de que ello había hecho todo bien y había cumplido las normas de tráfico, otra persona no lo había hecho y eso le había costado la vida. ¿Cómo puede superar ese miedo a la carretera alguien que sobrevive? Su psicóloga tenía un montón de respuestas, pero ella no estaba de acuerdo con ninguna. Mientras conducía, su mecanismo para afrontar la situación era poner música alegre a todo volumen, sujetar el volante con tanta fuerza que se le quedaban los nudillos blancos, y no bajar la guardia en ninguna circunstancia. Jamás apoyaba la espalda. Se sentaba literalmente al borde del asiento, prestando atención a cualquier posible peligro.

Este tipo de conducción la dejaba exhausta, de modo que evitaba los coches siempre que era posible. Ella y Birdie iban andando a la biblioteca, al supermercado y no tenían la necesidad de ir a otros lugares. Así que, cuando tres horas más tarde se detuvieron delante del chalé de obra vista de Bobby, a Cassie le dolía la espalda, le zumbaba la cabeza y, al soltar el volante, los brazos le cayeron como si fueran espaguetis hervidos.

—¡Hemos llegado!, —le dijo alegremente a Birdie a pesar de la tensión muscular y la trepidación del repentino traslado. Birdie la miró arqueando las cejas y Cassie hizo una mueca. Hasta su hija de cinco años se daba cuenta de que estaba fingiendo.

Abrió la puerta del coche y dejó que el aire frío inundara su

cara. El zumbido en la cabeza había cedido un poco, de modo que salió del coche, estiró los brazos hacia atrás y dobló el torso hacia delante dejando que su cuerpo se relajara.

Birdie se desabrochó el cinturón sola, salió volando del coche y corrió a la puerta de la casa. Una sensación cálida invadió el pecho de Cassie. La casa tenía el mismo aspecto que cuando ella era niña. Unos macizos de flores alargados recorrían la pared de la fachada. En verano estaban llenos de peonías, malvas, zinnias y cosmos. Ahora, los pequeños brotes de plantas perennes eran difíciles de distinguir, y los rincones desnudos pedían a gritos que alguien plantara algo. Los macizos vacíos apelaron a Cassie y, por primera vez en mucho tiempo, tuvo ganas de hacer algo más que limitarse a existir.

—He pensado que primero os instalaremos y luego iremos a recoger a Bobby.

Anna se acercó furtivamente a Cassie y rodeó a su hija con el brazo.

—Me parece bien —respondió Cassie—. Vamos a descargar primero.

En un santiamén juntaron todos los efectos personales que necesitaban en uno de los dormitorios para invitados y el resto de los artículos de la casa los almacenaron en el sótano. Cuando salía, Cassie se detuvo en el rincón sagrado de la pared occidental de la sala de estar. «Los iconos deben estar orientados hacia el este», recordó que le había dicho Bobby. Dos imágenes ornamentadas —una de Jesús y otra de María con el niño— colgaban de la pared enmarcados cada uno por una bella tela *rushnyk* bordada. Los extremos de cada una de las telas colgaban a los lados de los marcos y exhibían idénticas imágenes de un árbol rojo adornado con flores, enredaderas y aves. En la estantería de debajo, unos pequeños grabados de santos, un breviario, velas bendecidas, un jarrito con agua bendita e incienso completaban el espacio donde Bobby rezaba a diario.

Cassie no se consideraba una persona religiosa, pero no podía negar que la importancia que Bobby otorgaba a este rincón sagrado hacía que fuera especial para ella también. Su ansiedad por la repentina mudanza desapareció cuando le volvieron recuerdos agradables de Bobby. Quería estar aquí para ayudarla y para darle a

Birdie una oportunidad de llegar a conocer bien a su bisabuela.

—¿Puedes llevar esto al dormitorio de Bobby?, —dijo Anna al entrar por la puerta principal con un cesto de ropa limpia doblada —. Quería dejarlo antes, pero lo olvidé.

—Claro.

Cassie cogió el cesto y lo llevó al dormitorio que había al final del pasillo. La habitación olía al perfume de Bobby y la inundó otra oleada de nostalgia. Dejó el cesto sobre la cama hecha con esmero y se detuvo al ver un libro abierto en la mesilla de noche, como si alguien lo hubiera dejado un momento para retomarlo después. Un resto de vela emergía de un montón de cera fundida seca sobre un candelabro deslustrado, en exagerado contraste con la gran lámpara moderna que se elevaba sobre la escena.

Cassie se acercó al ver las minúsculas palabras en ucraniano que llenaban cada centímetro cuadrado de espacio de la página amarillenta. No era un libro. Era un diario.

Con cuidado, levantó el tomo desgastado y lo cerró, recorriendo con los dedos la cubierta de piel marrón llena de marcas. Surcos y arañazos daban énfasis a la superficie y describían una larga y aprovechada vida.

Como licenciada en historia y periodismo, había intentado durante años entrevistar a Bobby para diferentes trabajos de investigación. Bobby se había negado cada vez. «El pasado ha pasado, Cassie. Debemos mirar hacia el futuro».

No era un consejo demasiado útil para una historiadora en ciernes. La actitud esquiva de Bobby solo había hecho que aumentar su deseo de descubrir más sobre la vida de su abuela, y cada vez que tenía oportunidad, lo volvía a intentar. Al final, se había dado por vencida. La tozudez de Bobby formaba parte del acervo familiar por una razón. Pero si Bobby estaba retrocediendo al pasado, como había dicho su madre, Cassie necesitaría entenderlo si quería ayudarla.

Cerró los ojos y puso la mano abierta sobre la cubierta. Una calidez palpitó a través de ella, como si pudiera sentir que las palabras cobraban vida, dibujando una imagen de los relatos y la historia que había en el interior. Se le puso la carne de gallina y se estremeció.

—¿Cassie? ¿Estás lista? —La voz de Anna rompió el hechizo.

Abrió los ojos.

—Sí. Enseguida voy.

Cassie se llevó el libro al pecho y soltó un suspiro de remordimiento. Si tan solo fuera tan fácil. Pensó en llevarse el diario a su habitación para seguir investigando, pero apropiarse de un objeto tan personal probablemente no fuera la mejor manera de empezar su estancia provisional con Bobby, especialmente si Bobby lo buscara. Además, al no haber aprendido ucraniano, no podía siquiera leerlo. Dejó el libro en la mesilla y lo miró una última vez con anhelo, preguntándose qué respuestas debía de contener. Luego se encaminó al coche.

4. Katya

Ucrania, enero de 1930

—¿Quiénes son esos? —Mama se detuvo delante de Katya cuando salían de la iglesia una fresca tarde de invierno.

Katya la rodeó para poder ver mejor la plaza del pueblo. Bordeada por tiendas, varias casas y la iglesia, consistía en un pequeño espacio abierto donde los vendedores montaban sus puestos los días de mercado. Hoy estaba vacía y un grupo de gente con dos carretas se acercaban desde el este. Los colores oscuros y las líneas nítidas de la caravana resaltaban como una mancha estridente sobre los tenues grises y el blanco del paisaje nevado.

—¿Tato?

Katya miró a su padre, que le había colocado una mano sobre el hombro mientras la gente iba saliendo de la iglesia detrás de ellos.

—Te lo dije, Viktor —dijo Ruslan antes de que Tato pudiera responder—. Son los hombres de Stalin.

Un leve murmullo creció entre la multitud mientras Katya contaba aproximadamente dos docenas de personas caminando fatigosamente delante de las carretas. En el aire flotaba la aprensión y Katya se ciñó el abrigo como si este pudiera resguardarla de la amenaza desconocida que caminaba hacia ellos.

Pavlo, Fedir y Kolya fueron a situarse junto a ellos mientras los recién llegados aparcaban sus carretas. Pavlo le apretó el brazo para tranquilizarla. Un hombre que se presentó como camarada Ivanov, su líder del Partido Comunista, se subió a la carreta para dirigirse a todos con voz aguda y aflautada.

—¡Camaradas! Parece que os hemos pillado en el momento perfecto. Todos tenéis que quedaros a una reunión obligatoria para que podamos explicaros los maravillosos planes que el camarada

Stalin tiene para vosotros.

El camarada Ivanov presentó al pequeño grupo de los Veinticinco Mil —parte de un contingente de aproximadamente veinticinco mil activistas voluntarios soviéticos de habla rusa desplegado por toda Ucrania— que colectivizaría su pueblo.

—Liberaos de los grilletes del capitalismo y elegid una vida mejor. ¡Nuestras granjas prosperarán cuando unamos nuestros recursos y trabajemos juntos!

Con zapatos relucientes, ropa de ciudad y cara pálida, Katya dudaba de que supiera nada sobre agricultura, pero eso no le impidió proseguir.

Mientras presentaba el plan de transferencia del ganado y las tierras a la cooperativa, Katya vio que un activista colgaba un póster a color en la puerta de la iglesia que representaba a un hombre y una mujer sonrientes con un tractor. La leyenda decía:

Trabaja feliz y la cosecha será buena
en primavera, verano, otoño e invierno.

Prokyp Gura tropezó con Katya y, despidiendo un fuerte olor a alcohol, se abrió paso a empujones entre el gentío para ir a presentarse al camarada Ivanov.

—Parece que hay algunos entusiasmados —dijo Katya mientras Prokyp señalaba el póster y se golpeaba el pecho con orgullo.

—Hay algunos que son idiotas —respondió Pavlo.

Fedir se inclinó hacia ella y Pavlo, e hizo un gesto en dirección al grupo de activistas.

—Míralos cómo toman notas.

Los lápices garabateaban furiosamente mientras iban andando por las calles que partían de la plaza e inspeccionaban las casas. Un hombre dio golpecitos a una de las paredes de la casa de Krevchuk. Se dirigió a otro hombre y luego anotó algo.

—¿Notas sobre qué?, —preguntó Katya.

—Probablemente sobre quién tiene la casa más grande —dijo Fedir sacudiendo la cabeza, asqueado—. Tendrán que vivir en algún sitio, ¿no?

Katya miraba, perpleja. Ansiaba extender la mano y aferrarse a la de Pavlo, pero él había cerrado los puños.

Cuando volvieron andando a casa aquella noche, Katya no pudo

callarse las preguntas.

—No tiene sentido. ¿Por qué iba nadie a ceder su independencia?

—Stalin ha estado presionando para que todos en todas partes se unan a la colectivización —dijo Tato—. Era tan solo cuestión de tiempo el que los comunistas llegaran a nuestro pueblo. Él cree que, si la tierra y el trabajo se organizan, la producción será mayor. Su Unión Soviética se llevará los beneficios de lo que nosotros sembremos.

Sacudió la cabeza y prosiguió:

—Es la misma historia de siempre, desde hace siglos. Todo el mundo quiere el suelo fértil de Ucrania para su beneficio, y nadie quiere dejar que los ucranianos lo gobiernen.

—¡Dijiste que eran tan solo rumores!, —dijo Katya y sintió que algo fundamental se rompía dentro de ella al enterarse de la deslealtad de su padre—. ¿Y ahora dices que era solo cuestión de tiempo?

—No quería preocuparte —respondió Tato frenando el paso para caminar junto a ella—. Y esperaba que no vinieran aquí. Rezaba.

—Pues no ha servido de nada.

Katya le dio una patada a una piedra en el suelo, deseando poder apuntar al camarada Ivanov.

—¡Kateryna Viktorivna Shevchenko!, —rugió Mama—. No te burles de las oraciones ni de tu padre.

La única vez que Katya oía su nombre completo era cuando su madre la regañaba, y las mejillas se le llenaron de rubor al tiempo que ofrecía una disculpa contenida.

—¡La idea es ridícula!, —dijo Fedir sacudiendo la cabeza, indignado.

—Quizás, pero estos activistas creen de verdad en este plan.

La preocupación en el tono de voz de Tato hizo estremecer a Katya en el aire fresco de la noche.

—La convicción no les da la razón —dijo Pavlo.

Con su mano acarició la de Katya y la mantuvo allí, piel contra piel. Ella se estremeció de nuevo, pero esta vez no era por el frío ni la preocupación.

—No, no se la da —coincidió Tato—. Ellos nunca han sido propietarios de tierras ni han trabajado en granjas. No conocen la

satisfacción de cosechar los cultivos que uno ha sembrado y cuidado, de alimentar a la familia, de plantar la semilla que uno guarda de la cosecha de otoño para volver a empezar el proceso en primavera. —Abrió los brazos y señaló los campos que los rodeaban —. Eso es lo que nos convierte en granjeros.

—Exacto —asintió Mama, tensa, y puso su mano en el hombro de Tato—. ¿Por qué íbamos a abandonarlo todo?

—¡No lo haremos!, —dijo Katya con firmeza.

A la mañana siguiente, estando Katya sentada junto al cálido flanco de la vaca, el llanto de un niño interrumpió el hipnótico ritmo del chorro de leche goteando en el balde. Cogió el cubo para que la vaca no lo volcara y salió a ver. Su padre estaba cerca del camino, hablando con Polina Krevchuk. Detrás de ella había una carretilla con algo de ropa y sus dos hijos más pequeños montados en ella.

Katya llegó justo a tiempo de oírle decir a Polina:

—Vinieron en mitad de la noche y arrestaron a mi marido. Dijeron que era *kulak* y que se apropiaban de la casa para instalar su cuartel general.

La mujer apretó los dientes intentando contener las lágrimas.

Katya parpadeó al recordar el comentario de Fedir sobre los activistas en busca de casas grandes y la manera en que aquel activista había comprobado la solidez de las paredes de la de los Krevchuk. Era una de las familias más ricas del pueblo y tenían una casa más grande y bonita que la mayoría.

—¿Dónde se supone que has de ir?, —preguntó Tato.

—Dijeron que teníamos que abandonar el pueblo inmediatamente si no queríamos que nos arrestaran también. Voy a ver si mi hermano nos puede acoger.

—Pero ¿y los animales? ¿Tus posesiones? ¿No has podido llevarte nada?

Polina se sorbió la nariz.

—Solo hemos podido coger algo de ropa.

—¿Cuánto tiempo tendrán detenido a tu marido?, —preguntó Katya.

La mujer contuvo un sollozo.

—No lo sé.

A Katya le costó encontrar algo que decir y solo fue capaz de rodear con sus brazos a Polina, que lloraba tapándose la cara con las manos.

Mama apareció con media hogaza de pan envuelta en una tela.

—Toma, Polina. No es mucho, pero os llenará el estómago durante el viaje.

—Gracias —dijo Polina, que se puso derecha y se sonó—. Debemos continuar. Tengo que llevar a mis hijos a un sitio seguro antes de que anochezca.

Cuando se alejaban, el niño más pequeño empezó a llorar otra vez.

—¿Dónde está mi tato? ¡Quiero a mi tato!

Katya cerró los puños.

—No es justo. ¿Cómo pueden los activistas echarlos de su propia casa?

—Nada de preguntas ahora, Katya —dijo Tato. El cansancio había dibujado unos grandes círculos oscuros alrededor de sus ojos —. Ven. Hemos de terminar las tareas.

Esa noche, en la siguiente reunión obligatoria, Katya se enteró de que otros cuatro hombres habían sido detenidos durante la noche y que habían sacado a sus mujeres y niños de sus casas. Todos, como los Krevchuk, pertenecían a familias más ricas que ocupaban posiciones de respeto y poder en el pueblo.

Katya observó detenidamente a las personas reunidas en la iglesia. Cuando los activistas soltaron su perorata, había gente que se reía y hablaba, pero unos pocos se acercaron a la mesa larga y agregaron sus nombres a la lista del partido.

—Algunos se están apuntando —dijo Katya.

Pavlo hizo un gesto de desdén.

—Solo los débiles. No son capaces de sostenerse y creen que la cooperativa cuidará de ellos.

Fedir se mofó.

—No es probable —dijo haciendo un gesto hacia los oradores—. Dudo de que estos idiotas hayan salido nunca de la ciudad y mucho menos que hayan estado en una granja. Justo ayer vi a uno confundir una cabra con una oveja.

—¿Has visto que Prokyp Gura forma parte ahora de un grupo activista?, —preguntó Pavlo—. El borracho del pueblo pretende decirnos cómo debemos trabajar la tierra. ¡Increíble!

Una mujer activista pasó por allí y empujó un papel a las manos a Katya.

—Ven, únete al Komsomol. Deja estas costumbres anticuadas y pásate a los nuevos tiempos.

Pavlo examinó por encima del hombro de Katya la foto de dos jóvenes exuberantes levantando las manos para saludar a Iósif Stalin.

—«¡La Organización Juvenil Comunista te necesita! ¡Stalin te necesita!» —leyó en voz alta Katya. Miró a Pavlo—. No lo vamos a hacer.

—Claro que no.

Pavlo entrecerró los ojos por el enfado mientras cogía el papel y hacía una bola con él.

Por todas partes iban apareciendo posters *anti—kulak* y banderolas de los Jóvenes Pioneros, el equivalente juvenil del Komsomol.

Joven pionero.
¡Aprende a luchar por la causa de la clase obrera!
¡Destruyamos la clase *kulak*!
¡Aparta del camino a los *kulaks*,
enemigos declarados de la colectivización!

Cansada de prestar atención a los discursos redundantes, Katya miró los pósteres durante la reunión, pero, a su entender, no tenían sentido. ¿Qué tenía de malo aquella vida? Le encantaba trabajar con su padre en los campos y cuidar de los animales. Disfrutaba los días en que cultivaba el huerto familiar con su madre, o almacenando la cosecha para tener comida durante el invierno. ¿Por qué tenía que cambiar todo aquello?

Con el paso de los días y la celebración de las reuniones, la iglesia, que había sido requisada para las reuniones del partido, quedó irreconocible. Sacaron todos los iconos sagrados y fueron sustituidos por tela roja y banderolas que propugnaban los beneficios de la colectivización y el comunismo. Muchos habitantes

del pueblo seguían mofándose en privado de la idea de las granjas colectivas, pero las filas de los comunistas se iban llenando poco a poco de granjeros más pobres y desilusionados que se creían la propaganda *anti-kulak*.

El tema del levantamiento contra los *kulaks* se convirtió en el grito de batalla de los activistas y el camarada Ivanov avivaba el fuego.

—Durante años habéis sido esclavos de los *kulaks* mientras ellos se llevaban los beneficios. Ellos viven en sus casas lujosas y se burlan de vosotros. ¡Nunca más! ¡Ahora es vuestra oportunidad de tomar lo que es legítimamente vuestro!

—Así que ahora un *kulak* es cualquiera que no fracase —dijo Fedir entre dientes—. Cualquiera que tenga dinero para contratar ayuda durante la cosecha, o que tenga una segunda vaca. ¿Eso es todo lo que Stalin necesita para considerarlos granjeros ricos?

Sin embargo, incluso Fedir había refrenado sus arrebatos desde que miembros de la OGPU, la policía secreta de Stalin, se habían insertado en el pueblo en mitad de la noche. Con sus guerreras de color oliva y sus miradas gélidas, controlaban ahora el gentío en busca de cualquier señal de falta de respeto o disensión, y su intimidación funcionaba. Nadie quería llamar su atención y correr el riesgo de ser arrestado.

—Stalin ha decidido que Ucrania debe estar libre de clases para que estas granjas colectivas funcionen —dijo Tato en voz baja.

—Pero ¿cómo puede hacer que suceda?

Katya se mordió las uñas cuando un funcionario de la OGPU le arrojó una mirada gélida.

Nadie respondió y la voz del camarada Ivanov tronó:

—¡Abajo con los *kulaks*! ¡Abajo con los *kulaks*!

—Debemos alzarnos en contra de ellos ahora —dijo Fedir. Daba saltitos sobre las puntas de los pies emanando una energía nerviosa.

Katya notó que Pavlo se ponía tenso y le apoyaba una mano sobre el hombro a Fedir, mientras le decía:

—Sé inteligente. Ahora no es el momento, Fedir. La OGPU está mirando.

Fedir se sacudió la mano de Pavlo.

—¡Nunca habrá un buen momento! No puedo seguir escuchando esta cantinela. ¡Y tú tampoco deberías! —Se puso las manos a los

lados de la boca para gritar—: ¡Llevaos vuestras ideas bolcheviques y marchad! ¡No os queremos aquí!

El siseo de unos cuantos susurros se oyó entre el público asistente. El camarada Ivanov se detuvo en mitad de la frase, quedándose con la boca abierta, y lentamente se volvió para fulminar con la mirada a Fedir. Retrocedió y habló con la mujer que tenía a su lado. El público, sin saber cómo reaccionar, esperó que Fedir dijera algo más, pero Kolya y Pavlo lo arrastraron afuera antes de que pudiera volver a hablar.

Tato tomó aire con preocupación.

—Eso ha sido una estupidez.

A pesar de que Katya y Pavlo habían ido al mercado a hacer recados para sus respectivas madres, agradecían el rato que podían pasar juntos caminando de vuelta a casa. El viento de invierno agitó unas pocas hojas tenaces que se agarraban a las ramas desnudas de los árboles que bordeaban el camino. Katya tiritó y levantó la cara hacia el sol, deseando que su calor la alcanzara.

—¿Dónde están todas esas elegantes casas de los *kulaks* de las que hablan los activistas?, —dijo—. Conozco poca gente que tenga una casa así.

Pavlo frunció los labios.

—A sus ojos, un tejado de estaño es un lujo, o una habitación adicional en la casa. Según sus estándares, si no eres miserablemente pobre, eres un *kulak*.

Cuando llegaron a la bifurcación, Pavlo la cogió de la mano.

—Vamos, no hablemos de estas cosas. Quiero disfrutar de esta mañana contigo. ¿Te he dicho que esta mañana estás especialmente encantadora?

—No me lo has dicho —dijo Katya mientras enroscaba los mechones sueltos del extremo de su trenza—. No te cortes. Sigue.

La risa grave e intensa de Pavlo reverberó a su alrededor.

—Podría seguir, pero primero he de pasar por casa de mi primo.

Pavlo hizo un gesto hacia la casa de Fedir, que estaba al final del camino.

—Me pidió que le echara una ojeada a un arnés que necesitaba reparar. Después te haré una lista de todas las evidencias de tu

belleza.

Katya soltó una carcajada.

—Está bien. Pero no podemos quedarnos mucho rato. Mis padres se preguntarán dónde estamos.

Pavlo sonrió cuando doblaron por el camino estrecho que conducía a la casa de Fedir.

—Por supuesto. No queremos que se hagan una idea equivocada de mí.

—Tienes suerte de que mi padre tenga tan buena opinión de ti. Si no sería mucho más estricto conmigo.

—Eso puede que cambie cuando le hable de mis intenciones —dijo Pavlo.

—Ajá. Y, ¿qué intenciones son esas?

—Si te lo dijera, no sería una sorpresa.

Se llevó la mano de Katya a los labios y ella se estremeció.

A pesar de todo, no recordaba un momento más perfecto como aquel. Pavlo no solo la consideraba bonita, sino que tenía intenciones. Saber eso hacía muy difícil pensar en otras cosas.

Anduvieron unos minutos más envueltos en su maravillosa felicidad hasta que Pavlo soltó su mano y Katya regresó bruscamente a la realidad.

—La puerta delantera de Fedir está abierta.

Había desaparecido todo carácter jocoso en la voz de Pavlo y el terror la salpicó como un cubo de agua fría.

Pavlo atravesó corriendo el patio y al entrar sus pies crujieron sobre cristales rotos. En la puerta, Katya tocó una mancha oscura, húmeda, y el olor a cobre de la sangre impregnó su nariz. Miró, embobada, el líquido rojo en sus dedos.

—Pavlo.

Cruzó el umbral con la mano temblorosa levantada.

Ante ella, una escena de total caos llenaba el pequeño espacio: sillas volcadas, la mesa tumbada, platos rotos, ropa desparramada por el suelo.

—¡No está!

A Pavlo se le quebró la voz.

El pánico se intensificó en el pecho de Katya.

—¿Crees que ha sido la OGPU?

Pavlo apretó los dientes y un músculo en su sien empezó a

palpitar.

—¿Quién si no?

Ella miró alrededor de la casita.

—Pero ¡si él no es un *kulak*!

—Se burló de los soviéticos en la reunión de la otra noche, ¿te acuerdas?

Las palabras de Pavlo vibraron de ira.

—Ahora parece que cualquiera que hable contra ellos también es *kulak*.

5. Cassie

Illinois, mayo de 2004

Cuando entraron en el hospital, oyeron el inglés chapurreado de Bobby reverberar a lo largo del corredor. Cassie soltó una carcajada y miró a Anna.

—No puede estarían mal. Parece la de siempre.

Siguieron la voz y la encontraron, con la cara roja y airada, regañando a una joven enfermera.

—¡Se acabó! ¡Me han dicho que me puedo ir a casa! No necesito más pruebas.

—¿Qué está pasando? —Anna entró corriendo en la habitación. Mientras, Cassie se detuvo a ver cómo se desarrollaba la escena.

—Lo siento, señora —dijo la enfermera—. Tenía que controlar una vez más los vendajes antes de darle el alta. No quería agitarla, pero todo está correcto. Iré a buscar al médico para que firme el papel y así podrán irse todas a casa.

—Gracias. —Anna se volvió hacia Bobby—. ¡Te he traído visita!

La cara arrugada y chupada de Bobby se había llevado la peor parte del accidente. Unos moretones de color púrpura afloraban alrededor del ojo izquierdo y la piel fina, como de papel, de sus mejillas revelaba varias rascadas. Sus rizos aplastados de color gris castaño sobresalían por debajo del vendaje de la sien y pequeñas abrasiones salpicaban sus brazos. Sin embargo, sus ojos seguían refulgiendo como los de la Bobby que Cassie recordaba, la que llevaba su casa con mano de hierro y mente ágil.

Bobby sonrió cuando se acercaron a la cama y Cassie la abrazó. La delgadez de su abuela la sorprendió. Los huesos se le notaban a través del camisón de hospital. Había perdido peso.

—Cassie. De vuelta en casa. ¡Qué maravilloso!

Su semblante se suavizó al ver a Birdie.

—Y mi pajarito [5] ha vuelto a mí.

Abrió los brazos y Birdie trepó a la cama para perderse en su abrazo.

Bobby acarició con una mano nudosa la melena de la niña.

—Bueno. Ya está. Aquí estás a salvo.

Cassie miró a su madre. Anna sonreía de felicidad por la reunión y gesticuló:

—Te lo dije.

Cassie puso los ojos en blanco y se sentó junto a Bobby.

—¿Qué te parecería tener visita durante un tiempo?

—¡No necesito una niñera! ¿Es eso lo que te ha dicho tu madre?

Bobby miró con furia a Anna.

—En casa, sola, vivo perfectamente.

—Lo sé —dijo Cassie—. He pensado que podrías necesitar…

Bobby puso cara de pocos amigos y Anna le dio a Cassie una patada en la pierna.

Cassie hizo una mueca y empezó de nuevo.

—He pensado que quizás estaría bien que Birdie y yo nos quedáramos contigo un tiempo. Quiero volver aquí y Mama no tiene demasiado sitio en su casa. Así que tenía la esperanza de que no te importara que nos alojáramos contigo. Quiero decir, hasta que encontremos nuestra propia casa.

—Pues claro.

Bobby sonrió de oreja a oreja.

—Me encantará que os quedéis conmigo. Puedo enseñar a Birdie a plantar flores. Será mi ayudante. Igual que cuando eras pequeña, Cassie.

Apretó la mano de Birdie y la niña asintió con entusiasmo.

—¡Perfecto!, —respondió Cassie, y se puso en pie—. Pues vamos a sacarte de aquí.

—¡Nick!

Mirando por detrás de Cassie, a Bobby se le marcaron las arrugas al sonreír.

En el umbral de la puerta había un hombre alto, de hombros anchos, que llevaba pantalones azul marino y una camisa con el logotipo del parque de bomberos. Su piel tostada casi tenía el mismo tono que su pelo castaño, y ese color monocromático hacía

que sus brillantes ojos azules resaltaran con acusado contraste.

—Disculpad la interrupción. Estamos aquí por un aviso y he oído que se iba a casa, así que he querido pasar. ¿Te encuentras mejor?

Su voz grave y melódica llenó la habitación. La sonrisa de Bobby se ensanchó mientras Birdie hundía la cabeza en el hombro de su bisabuela.

—Sí. Mucho mejor. Nick, esta es mi hija, Anna, mi nieta, Cassie, y mi bisnieta Birdie.

Bobby estaba henchida de orgullo presentando a su prole.

Nick se adelantó y le dio la mano a Anna.

—Encantado de conocerlas a todas.

Birdie espió desde el refugio que eran los brazos de Bobby. Luego volvió a escabullirse.

La minúscula habitación superaba la capacidad admitida con todos apretujados alrededor de Bobby. Cassie dio la vuelta alrededor de su madre para darle la mano al desconocido. Ignorando la calidez y fuerza que palpitaba a través de él, lo evaluó. Sí, era atractivo, decidió, pero le parecía que se tomaba confianzas con Bobby. Demasiadas confianzas.

—¿De qué os conocéis?, —preguntó. Su voz era intensa.

Él sostuvo la mano de Cassie un poco más de lo que dura un apretón. La soltó cuando respondió:

—Fui uno de los paramédicos que la trajo al hospital.

—¿Es normal hacer esto?, —preguntó Cassie sin tratar de ocultar el tono de desconfianza en su voz—. Quiero decir, venir a ver a pacientes al hospital. ¿No hay una norma que lo prohíbe? ¿Leyes de privacidad, o algo?

Él soltó una carcajada que reveló dos hoyuelos profundos y una sonrisa blanca perfecta.

—No, no pasa nada. Siempre y cuando no revele su información médica, creo que nada impide que venga a decirle hola.

—Cassie, no seas maleducada —la regañó Bobby—. Nick también es el nieto de mi amiga Mina.

—¿La señora Koval?, —preguntó Anna—. Sentí enterarme de que había muerto unos meses atrás.

Nick bajó la mirada.

—Gracias. La echo mucho de menos.

Bobby le lanzó a Nick una mirada compasiva.

—Mina le ha dejado a Nick su casa. Se mudó el mes pasado, de modo que a veces viene a verme. Me trae el periódico cuando hace mal tiempo. A veces se lleva comida que me ha sobrado, así que no se estropea.

—La verdad es que me ha tomado bajo su protección —dijo Nick —. Ha sido un placer conocerla.

—No hay de qué. Estoy encantada de hacer esto por Mina. Nick es un buen chico ucraniano. —Asintió mostrando su satisfacción, como si aquel hecho superara todo lo demás y elevara a Nick a otro nivel de gloria.

—Bueno, no nací allí, pero me educaron siguiendo todas las tradiciones ucranianas. Soy la primera generación nacida aquí —dijo Nick.

—Yo también —dijo Anna—. Agradecemos tu ayuda, Nick, pero no queremos molestarte.

Se volvió hacia Bobby.

—Cuando dijiste que un chico vecino te estaba ayudando, pensaba que te referías a un niño que se ganaba un dinerillo extra.

—Nunca me lo has preguntado —dijo Bobby encogiéndose de hombros.

Nick levantó las manos a modo de disculpa.

—De verdad, no me ha supuesto ningún problema. Además, es agradable practicar ucraniano. No me gustaría perderlo después de todos los sábados que mi *baba* me obligó a ir a la escuela ucraniana. Pero tengo que irme. Solo quería pasar a decir hola.

Dio un paso adelante y plantó un beso en la mejilla envejecida de Bobby.

—Cuídate.

—Gracias, querido —respondió Bobby, mientras la daba palmaditas en la mano.

—Encantado de conoceros a todas.

Nick las saludó con la mano al salir por la puerta.

En cuanto estuvo lo suficientemente lejos, Cassie dijo:

—Sigo pensando que es un poco raro. ¿Nunca habéis visto esos programas sobre atractivos desconocidos que consiguen que la gente mayor ponga a nombre de ellos sus cuentas corrientes y sus propiedades?

—Eres horrible —dijo Bobby y le lanzó una mirada furiosa—. Tan suspicaz.

—O tú tan ingenua.

Cassie cruzó los brazos.

La voz de Bobby se endureció al mirar a Cassie.

—Eso es algo que no soy.

Al cabo de un momento, su voz y sus hombros se relajaron.

—Quizás solo sea un buen chico que echa de menos tener a la familia cerca. ¿No se te había ocurrido?

—No. Es mucho más probable que sea un asesino en serie.

Anna medio sonrió.

—Bueno. Eso me parece un poco exagerado. Parece simpático. —Luego, cuando Bobby se dio la vuelta, se inclinó hacia Cassie y susurró—: Pero vigílalo.

Bobby permaneció callada durante el viaje a casa y no habló hasta que Anna fue abrir la puerta mientras Cassie la ayudaba a bajar del coche.

—¿Aún no habla?

Bobby miró a Birdie, que se había adelantado e iba tras Anna.

La cara de Cassie se puso tensa.

—No desde el accidente.

Bobby asintió.

—Cada uno lleva el luto de manera diferente.

Caminaron lentamente por la acera.

—Lo sé —dijo Cassie—. Pero es tan duro. Siento que la estoy fallando.

—Bah. —Bobby desestimó sus palabras—. Lleva tiempo. Ya verás.

Miraron cómo la pequeña se inclinaba e inspeccionaba una de las malvas que acababa de brotar junto al escalón delantero. Una sonrisa iluminó su cara.

—Mira, es una niña feliz —dijo Bobby—. Cuando esté lista, hablará.

—¿Cómo puedes estar tan segura?, —preguntó Cassie cuando cruzaban la puerta de la entrada.

—Estoy familiarizada con la pérdida —dijo Bobby.

—Lo sé, pero el abuelo era mayor cuando murió. Vuestro matrimonio fue al menos muy largo.

Bobby cerró los ojos y respiró hondo.

—No estoy hablando de él.

Cassie la miró fijamente, pero antes de poderle hacer ninguna pregunta, Bobby dijo:

—Es tarde. Me voy a la cama. ¿Puedes acompañarme hasta mi dormitorio?

Esa noche, mientras Anna le leía un cuento a Birdie, Cassie deambuló por la cocina. Abrió la puerta de la nevera y soltó una risita al ver un jamón y un frasco de mayonesa. La hogaza de pan en el mármol de la cocina remataba la comida rápida favorita de Bobby: bocadillo de jamón con mayonesa. Necesitarían ir a hacer la compra con urgencia.

Le llamó la atención un pedazo de papel que asomaba por debajo de la lata de harina que estaba en la encimera, algo atípico en la cocina impecable de Bobby. Llena de curiosidad, tiró de él y otro pedazo lo siguió. Cassie levantó la lata entera y encontró una pila de pequeños cuadrados de papel llenos de una caligrafía enmarañada. Acercó uno a la luz y miró detenidamente las letras cirílicas que le resultaban desconocidas.

—¿Qué es eso?, —preguntó Anna cuando entró en la cocina.

—No puedo leerlo.

Cassie le alargó un pedazo a su madre.

Anna cogió el papel y miró entornando los ojos.

—Es la letra de Bobby.

—Sí. Pero ¿qué pone? ¿Y por qué hay una docena?

Cassie señaló la pila sobre la encimera.

Anna frunció el ceño.

—No lo sé. Nunca he aprendido ucraniano.

Cassie clasificó los pedazos de papel.

—Qué extraño.

—Probablemente sean solo listas de la compra —dijo Anna—. Ponlos donde los encontraste para que no se enfade.

—¿Y si es otra cosa?, —preguntó Cassie—. Anotaciones sobre gente que conocía, o historias sobre su vida.

Anna resopló.

—No te ilusiones. Ya sabes que nunca habla de su pasado.

—Quizás sea diferente ahora que se está haciendo mayor —dijo Cassie. El diario que había visto le pasó por la cabeza—. Quizás esté lista para compartir sus recuerdos.

Anna soltó un suspiro de exasperación.

—Lo dudo. Toda mi vida he intentado obtener información sobre el pasado de Bobby, pero nunca ha hablado. Lo único que me decía era… —y Anna hizo una terrible imitación del chapurreo de Bobby—: «El pasado ha pasado. Debemos mirar hacia el futuro».

—¿Qué decía tu padre?, —preguntó Cassie.

Su abuelo había muerto cuando ella tenía seis años y los recuerdos que tenía de él eran pocos y borrosos.

—A veces hablaba sobre la labranza cuando plantábamos en el jardín, pero si le preguntaba algo específico sobre su niñez en Ucrania, cambiaba de tema. —Se rio al recordar—. Solía comerse todas las sobras. Si no me podía terminar el plato, lo terminaba él, dejaba el plato limpio con un pedazo de pan. Y si había algo de caducidad cuestionable en la nevera, se lo comía, incluso si tenía que quitar un poco de moho para hacerlo.

Cassie palideció.

—Bobby no es muy distinta en este aspecto. Siempre tengo miedo de comer los restos de la nevera. Nunca se sabe lo viejos que son. Incluso si tienen dos semanas, ella te dirá que aún están bien.

—Lo sé —coincidió Anna. Cerró los ojos, perdida en sus cavilaciones—. Dios, no he pensado en esto desde hace años, pero una vez encontré a mi padre sentado en medio del jardín, llorando.

Abrió los ojos y miró a Cassie.

—Era joven y me asusté. Intenté darle un abrazo y preguntarle qué le pasaba, pero no podía hablar. No dejaba de pasar la mano por las hortalizas y sollozar. Era como si yo no estuviera allí.

Anna sacudió la cabeza.

—Más adelante intenté preguntarle algo al respecto y fingió que no sabía de qué estaba hablando. Como si yo me lo hubiera inventado todo.

—¿Se lo explicaste a Bobby?, —preguntó Cassie.

—Le dije que pensaba que mi padre estaba triste —dijo Anna—. Ella me dijo que todo el mundo tiene cosas en su pasado que los entristecen, pero que hay que seguir adelante.

Cassie le dio vueltas a la nota distraídamente.

—¿Recuerdas cuando tuve que hacer aquel proyecto de historia familiar en la facultad? Se negó a todas mis peticiones de utilizar su pasado para trabajos de investigación. Pensé que no sería capaz de decir que no a un trabajo de genealogía. Pero no quiso hacerlo y me dijo lo mismo, lo de mirar hacia el futuro y no preocuparse por el pasado. Finalmente, tuve que entrevistar a tía Maude de papá, y en su vida jamás hubo nada remotamente interesante.

Anna rio.

—Es una señora adorable, pero a menos que estés interesada en recortar cupones de descuento, no es nada excitante.

Cassie resiguió las palabras ucranianas.

—¿Has visto alguna vez que Bobby escribiera un diario?

—¿Escribir un diario? Nunca. ¿Por qué?

—El otro día vi uno en su dormitorio. Tampoco lo pude leer —dijo Cassie.

—¿Crees que es de ella?

—Quizás. Era verdaderamente viejo —dijo Cassie—. Estoy pensando en preguntarle sobre él, y también sobre estas notas.

Las levantó.

—Buena suerte.

Anna se levantó y anduvo de un lado a otro.

—Cass, tengo que decirte algo.

—Nada bueno viene tras esa frase.

Anna sonrió débilmente.

—El médico de Bobby piensa que se podría tratar de la fase inicial de Alzheimer. Le han programado unas pruebas, pero esta no es la primera vez que se va de paseo y se pierde.

A Cassie se le revolvió el estómago.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

Anna se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que no quería admitir que el Alzheimer fuera una posibilidad, pero su médico piensa que es hora de evaluarla.

—¿Crees que está relacionado con lo de hablar ucraniano y lo de desaparecer en su mundo?

Anna se frotó la cara.

—Sí, quizás. A veces también está confundida.

Cassie dio vueltas a una de las notas sobre la mesa.

—O quizás solo es que es mayor y finalmente quiere darle vueltas a todos los recuerdos que ha reprimido. Quizás nos necesita para ayudarla a procesarlos.

—Eso espero, pero no cuento con ello.

Anna sofocó un bostezo.

—Lo siento, estoy agotada. ¿Necesitas que me quede o estarás bien si me voy a casa?

—Estoy bien. Vete a descansar.

Anna le dio un abrazo rápido y prometió volver al día siguiente. Cuando su madre salió por la puerta trasera, Cassie se metió unas pocas de las notas en su bolsillo antes de devolver el resto al sitio original.

6. Katya

Ucrania, febrero de 1930

A medida que pasaron las semanas, los vecinos se adaptaron a la rutina de las reuniones del partido celebradas dos veces a la semana. Cuando los activistas no estaban organizando la cooperativa o los grupos comunistas, recorrían la campiña e intentaban convencer a los hogares individuales para que se unieran.

—He oído decir que enviaron a Fedir a la estación de tren —dijo Tato una tarde.

—¿Para ser deportado? ¿Adónde?, —preguntó Katya.

—No lo sé. ¿Quizás Siberia?

—Kolya y su familia intentaron despedirse, pero no permitieron que nadie lo fuera a ver —dijo Alina.

Katya se estremeció al recordar el desorden en que encontraron la casa de Fedir. —No quiero pensar en lo que hayan podido hacerle.

—Tenemos que hacer todo lo posible por mantener la cabeza gacha y no llamar la atención —dijo Tato—. Estoy seguro de que todo se estabilizará.

Por primera vez en su vida, Katya no se sintió reconfortada por las palabras de Tato. No veía posible que todo esto se estabilizara, ni tampoco cuál era el objetivo. Y, sin embargo, ella continuaba su vida. Cada día se levantaba y hacía sus tareas, ayudaba a su madre, y se escapaba para ver a Pavlo tantas veces como podía. En medio del colapso de la vida de su pueblo, ella soñaba con su futuro, y se sentía culpable por ello.

Mama se aclaró la voz. No le gustaba hablar de lo que estaba sucediendo en el pueblo y prefería ignorar la situación.

—Necesito que alguien lleve esto a casa de Oksana.

Mama sostenía una cesta que contenía un frasco de *borsch*[6] y una hogaza de pan.

—Ha estado enferma y una buena comida les será de gran ayuda.

Katya puso a un lado la labor de zurcido y saltó de la silla.

—¡Voy!

Una risita apareció en el semblante cansado de Tato.

—Incluso después de un día entero ayudándome a limpiar el granero eres incapaz de quedarte quieta, ¿eh, Katya?

—Me apetece ir a caminar.

Se encogió de hombros y sonrió cuando Tato le guiñó el ojo. Haría lo que fuera excepto zurcir ropa, y él lo sabía.

—No debería ir sola. Ve con ella, Alina —dijo Mama—. Has trabajado en los bordados todo el día. Te irá bien tomarte un descanso.

Alina estiró los brazos por encima de la cabeza y suspiró.

—Tienes razón. Me están empezando a doler los ojos. Un paseo me irá bien.

—Es tarde, así que no os entretengáis —dijo Tato. Todo rastro de alegría había desaparecido de su voz—. Dejad la comida y volved directas a casa.

—Sí, Tato.

Katya se abrochó la chaqueta y se pasó un chal grueso por la cabeza. Las constantes tensiones con los activistas mantenían a todos con el alma en vilo, incluido a su normalmente sosegado padre.

Afuera, la nieve brillaba bajo las estrellas y el aire frío e inmóvil hizo que Katya sintiera pinchazos en los pulmones al respirar. Miró al cielo y luego su mirada fue a parar a la granja de Pavlo y Kolya al otro lado del prado.

—¿Echas de menos a Pavlo?, —bromeó Alina.

—No.

Katya miró furiosa a su hermana, luego sonrió.

—Bueno. A lo mejor.

Alina soltó una carcajada y salió hacia el camino.

—Démonos prisa. A lo mejor él y Kolya vendrán a vernos esta noche.

—¿Lo han dicho?

Katya corrió tras ella. El vértigo ante la posibilidad de ver a Pavlo aquella noche aligeró su paso.

Rieron y charlaron mientras caminaban y ya casi habían llegado cuando un disparo resquebrajó el aire nocturno. A Katya se le escurrió de los dedos la cesta de comida y el contenido se esparció por el suelo helado. Corrió por el sendero iluminado por la luna hacia la casa de sus tíos, olvidando el pan y la sopa. Alina le gritó que se detuviera, pero los gritos de Sasha eran más fuertes y mantenían los pies de Katya en movimiento.

Las piernas largas de Alina alcanzaron rápidamente a Katya y la derribó. Aterrizaron en un banco de nieve junto al granero, ocultas a la vista. El pulso de Katya palpitaba en sus oídos y el terror hacía que su cuerpo temblara.

—¡Para, Katya!, —le siseó Alina al oído—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Tenían las piernas enredadas y las pesadas chaquetas se retorcían alrededor de las dos como un tornillo, pero ello no impidió que Katya intentara zafarse de Alina. El brazo le latía allí donde la mano de Alina estaba clavada.

—¡No!

Katya sacó con violencia la pierna izquierda de debajo de Alina y rodó sobre el vientre. La nieve entró en sus botas y por debajo de la gruesa falda. Los cristales helados entumecieron sus piernas.

—¡Tenemos que ayudarles!

El susurro forzado le provocó dolor en la garganta.

Katya se arrancó el abrigo rompiendo los botones y escapó de Alina. Los gritos de Sasha eran ahora un gimoteo, pero seguían pesando en el aire por encima de la silenciosa súplica de su tío.

—¡Por favor!, —le rogó Alina a Katya agarrándole la pierna—. ¡Sabes que es demasiado tarde para ellos! ¿Qué crees que pasará si corres allí?

Katya vaciló. Su hermana tenía razón. Pero ¿cómo podría perdonárselo si no hiciera nada, igual que el resto?

—Te matarán —dijo Alina respondiendo a su propia pregunta a falta de respuesta por parte de Katya—. ¿Y entonces qué? ¿Qué les pasará a Mama y Tato si te pierden a ti también? ¡Debemos volver a casa ahora!

La referencia a sus padres paró a Katya en seco.

—No puedo. Tú puedes volver si quieres. Al menos tengo que ver lo que pasa. Podemos echar un vistazo desde la esquina del granero y no nos verán.

Alina se apretó las manos y miró en dirección a su casa.

—Está bien. Pero no nos separemos. No intentes abandonarme otra vez.

La luna llena que se reflejaba en el suelo nevado iluminó la escena que tenía lugar delante de ellas. Dos hombres corpulentos de la OGPU, con botas negras de caña alta y abrigos oscuros, arrastraron a su sollozante tía afuera de la casa. Con la ropa de dormir y sin abrigo, tía Oksana se encogió cuando la nieve tocó su piel desnuda.

Otros dos hombres estaban en el patio con las pistolas apuntando a tío Marko. Uno, un activista pequeño y delgado, parecía tener la edad de Katya. Su cara pálida mostraba las sombras de un apenas visible bigote, y miraba al hombre mayor y canoso a la espera de instrucciones.

Sasha, con su hermano Denys, apenas un bebé, en los brazos, estaba en el mismo lugar donde Katya se había sentado con su prima el día de la boda de su hermana Olha, tan solo unos meses antes. El hermano mayor de Sasha, Serhiy, casi un adulto, estaba detrás, más cerca de la casa. Cuando vio a su madre moviéndose con dificultad en la nieve, se adelantó para ayudarla.

—¡Quédate ahí!, —dijo el activista más joven apuntando el rifle, vacilante en sus manos, hacia Serhiy—. ¡O esta vez dispararemos a matar!

—Está enferma. Por esto no ha podido venir con nosotros.

Serhiy tenía las manos en el aire y avanzó lentamente hacia su madre.

—Solo voy a ayudarla.

El joven bajó su rifle levemente, como aceptando la respuesta de Serhiy. El otro activista no lo hizo. Apuntó su arma y disparó a Serhiy en el pecho.

Cuando se disparó el arma, Katya se lanzó hacia delante y sus labios se abrieron para gritarle a Serhiy que corriera, a pesar de que ya era demasiado tarde. Antes de llegar siquiera a emitir un sonido, la mano de Alina le tapó la boca con fuerza. Esta tiró de su hermana

contra su pecho —y su corazón palpitó en el oído de Katya— en el momento en que las dos vieron caer a Serhiy. Se desplomó sobre un lecho de nieve recién caída, virgen. Su sangre se derramó con rapidez, extendiéndose en forma de círculo escarlata alrededor de su cuerpo inmóvil.

—Nunca aceptes la insolencia de esta gente. Hace que parezcas débil —ladró el hombre que había disparado.

El joven asintió. Se había quedado con la boca abierta y los ojos pegados al charco de sangre que se filtraba alrededor de Serhiy.

El grito gutural de tía Oksana atravesó a Katya como un cuchillo. Su tía intentó llegar hasta su varón primogénito, pero tío Marko, en cuya cara se había grabado la agonía, la apartó de la casa y de su hijo muerto.

Sasha gimoteaba y le dio la espalda al cuerpo de Serhiy. Sus ojos, abiertos como platos por el *shock*, pestañeaban rápidamente con la vista dirigida a la noche. Katya ansiaba llamarla, salvarla, pero no lo hizo. No pudo.

A Katya le falló su valentía y su labio inferior titubeó cuando tres de los hombres se llevaron a la familia. El joven se quedó atrás para arrastrar el cuerpo de Serhiy al bosque. Katya y Alina se quedaron en medio del frío, aferrándose la una a la otra, hasta que todos desaparecieron.

La voz de Katya, ronca por haber reprimido los gritos, rompió el silencio.

—Tenemos que ir a decirles a Mama y Tato lo que ha pasado.

Alina asintió y regresaron al sendero que las conducía a casa, recogiendo el pan y el frasco de sopa por el camino, pisando la mancha de *borsch* rojo derramado que teñía la nieve igual que había hecho la sangre de Serhiy.

Katya cerró los ojos cuando cruzaron por su mente fogonazos de las posibilidades de lo que Sasha y su familia padecerían. Las lágrimas que tan bien había contenido rodaban ahora por su cara y se helaban en sus mejillas en forma de cristales gélidos. El sonido nítido del disparo había dejado finalmente de resonar en sus oídos, pero la imagen de Serhiy y la nieve roja seguía grabada en sus ojos cuando entraron en el patio.

Pequeña, pero agradable, su casa era la típica del pueblo. Las paredes de zarzo se aferraban al suelo bajo un tejado de paja. El

área de la entrada servía de almacén y conducía a un espacio principal abierto donde estaba el horno *pich*. Decorado con flores pintadas, el *pich* era el corazón de su hogar. Sus gruesas paredes de ladrillo calentaban la vivienda entera en invierno y se proyectaban hacia la habitación formando estantes y huecos.

Katya entró en la casa y la miró con otros ojos. La cocina estaba en el extremo más alejado, donde se ensanchaba el horno, y calderos y ollas se guardaban en un estante. En el otro lado del *pich*, inserta en un banco largo, estaba la cama de Katya y Alina. El resto del espacio abierto contenía una cama para sus padres y una mesa y sillas. Flores y hierbas secas aromáticas colgaban del techo en forma de ramos, e imágenes de colores brillantes y bordados decoraban las paredes. Hasta hoy, se había sentido segura aquí.

Mama se hundió en la silla cuando le explicaron lo sucedido, luego escondió su rostro en un pañuelo.

—Mi dulce hermana. Y esos pobres niños.

—¿Los activistas creyeron que eran *kulaks*?

Katya se esforzaba por mantener la voz firme.

Tato asintió.

—Probablemente. Últimamente han puesto el listón muy bajo.

—Pero ¡no han hecho nada malo!, —gritó Katya—. ¿Hasta dónde llegarán? La gente está desapareciendo en mitad de la noche. Las familias son deportadas. ¿Adónde van? ¿Siguen tan siquiera vivas?

—Katya, baja la voz —dijo Tato—. Stalin quiere eliminar a los *kulaks* con todos los medios necesarios. No le importa cómo. Solo quiere que desaparezcan.

Mama dio un grito contenido mientras Katya andaba de un lado al otro.

—¿Qué podemos hacer ahora? No podemos quedarnos sentados mientras se los llevan.

Katya se tapó la boca tan pronto aquellas palabras brotaron de su boca. Su propia hipocresía hizo que se pusiera colorada. Justamente había hecho lo mismo, apenas unos minutos atrás.

Tato rodeó con sus brazos los hombros agitados de Mama.

—No es tan sencillo. ¿Qué esperas? ¿Que vaya al cuartel general estatal y exija su libertad? Me detendrían junto a ellos. He visto cómo sucedía numerosas veces. Nada de lo que hagamos podrá

traerlos de vuelta.

Los activistas habían dejado claro que ayudar a un *kulak* era delito. Personas valientes como para resistirse o ayudar a familiares y amigos a esconderse habían sido detenidas y deportadas junto a los que habían intentado salvar.

Katya cerró los puños.

—Pero ¿qué pueden hacer contra todos nosotros? Si todos defendemos a nuestros amigos, a nuestra familia, juntos, entonces ¿qué pueden hacerle a todo el pueblo?

Tato hizo una mueca.

—¿No lo ves? Ya lo están haciendo a todo el pueblo. ¿Cuántas casas vacías hay? ¿Cuántas familias han sido deportadas? ¿Quieres que me arriesgue a que me detengan o disparen para satisfacer tu necesidad de hacer algo? ¿O me pides que permita que mi esposa o mis hijas vayan y se arriesguen a ser detenidas? No tengo elección, Katya. ¡Seguro que lo ves!

Sus palabras la desmoralizaron y se dejó caer en una silla delante del cálido *pich*. Intentó imaginar a Tato impotente, incapaz de proteger a su familia. La idea la aterrorizó, y, sin embargo, cuando vio la espalda encorvada y la opacidad de los ojos de su padre, le pareció que su impotencia era ya una realidad. El plan de Stalin de aterrorizar a los ucranianos restantes para que se sometieran y se unieran al régimen estaba funcionando tal como había esperado.

Mama se secó los ojos con su pañuelo húmedo. Se dirigió a la pared que daba al este donde tenía sus iconos sagrados y cayó de rodillas frente a las imágenes de Jesucristo y la Virgen María con el niño. Una tela *rushnyk* blanca con dos árboles de la vida bordados en rojo —uno en cada extremo— colgaba a los lados de las imágenes y enmarcaba el área donde la familia rezaba. Encendió una vela bendita, cerró los ojos y se cogió las manos.

Katya contuvo un suspiro de exasperación. Rezar no le serviría de nada a Sasha ni al resto de su familia. Se volvió hacia su padre.

—No nos uniremos a la cooperativa, ¿verdad?

—Haremos todo lo posible para evitarlo —dijo Tato, pero su voz carecía del vigor habitual.

Más tarde, esa misma noche, con la espalda pegada contra la de Alina en su pequeña cama, Katya no podía dormir. No dejaba de

repetir en su cabeza los acontecimientos de aquel día. La sangre de Serhiy, los gritos de Sasha, el plañido angustiado de tía Oksana. Habían desaparecido, probablemente para siempre, y Katya no había hecho nada. Cerró los ojos con fuerza e intentó borrar las imágenes de la cabeza, pero fue inútil. Metió la mano bajo la almohada y sacó un manojo de papeles que guardaba enrollados alrededor del cabo de un lápiz viejo y, con tan solo la luz de la luna que se colaba por la ventana para iluminar la página, empezó a escribir lo que había visto hasta que sintió el peso de los párpados y finalmente se durmió.

A la mañana siguiente se ocupó rápidamente de las tareas matutinas de ordeñar la vaca, dar de comer al ganado y recoger los huevos, y después cruzó el prado nevado que separaba su granja de la de Pavlo.

Lo encontró fuera, yendo al establo, y se puso a andar a su lado.

—¿Podemos hablar?

Su mano fría se enredó en la de él, caliente, y él la apretó.

—Claro.

Condujo a Katya a las caballerizas. Cada uno cogió un cepillo y, juntos, se pusieron a lavar una vieja yegua. Katya le explicó todo lo que había sucedido el día anterior y él escuchó, y cada palabra que ella pronunciaba provocó que su rostro se volviera cada vez más sombrío.

7. Cassie

Illinois, mayo de 2004

El silencio envolvía la casa. Bobby llevaba durmiendo una hora y Birdie estaba bien arropada en la cama donde Cassie se había acurrucado de niña.

—Esta es mi nueva normalidad —murmuró Cassie.

Abrió la bolsa de lona con su ropa y artículos de baño y se tomó unos minutos para colgar las blusas y poner los pantalones en la cómoda. La cara de Henry le sonreía desde una fotografía de familia que había metido en el fondo de la bolsa.

La dejó en la mesilla de noche y sonrió, recordando lo que se habían reído aquel día cuando el fotógrafo intentaba colocarlos en poses muy embarazosas. La foto enmarcada había sido la mejor y Birdie ni siquiera miraba a la cámara. Miraba a su padre con adoración.

¿Cómo habría podido imaginar que dos semanas más tarde su mundo entero cambiaría cuando Henry se llevó a Birdie a tomar un helado? Cerró los ojos y recordó cada palabra, cada movimiento, como si se los hubieran tatuado en el cerebro.

—No sé, es casi la hora de ir a la cama —había dicho Cassie, haciéndole un guiño a Henry por encima de la cabeza de Birdie.

La cría bajó de la bicicleta y sacó la pata de cabra tal como llevaba haciendo desde hacía tiempo.

—¡Por favor, Mama! ¡Por favor, por favor!, —imploró.

—Vamos, solo por esta vez, Cass. No pasa todos los días que una niña aprende a ir en bicicleta sin ruedas de entrenamiento.

Henry chocó los cinco con su hija.

—¿Cómo voy a discutir con esta lógica?, —se rio.

Henry le cogió la mano.

—Vamos, deberías venir con nosotros.

—No puedo —dijo ella—. Tengo que enviar este artículo al editor esta noche. Id vosotros. Traedme algo bueno.

—Está bien, te traeremos un helado. ¡Vamos, Birdie! ¡Carrera hasta el coche! —Henry rodeó a Birdie y luego salió en dirección al sedán.

Birdie chilló de deleite.

—¡Adiós, mamá!

Cassie miró a Henry meter a Birdie en el asiento y atarle las hebillas. Siempre consciente de la seguridad, había insistido en comprar la mejor silla infantil del mercado cuando tuvieron a Birdie.

Salieron marcha atrás y avanzaron calle abajo en dirección a su heladería favorita a tres kilómetros de distancia. Si Cassie se daba prisa, podría tener el artículo corregido y enviado antes de que volvieran a casa.

Pero nunca volvieron. En lugar de ello, un policía llamó a la puerta y su mundo entero cambió.

Cassie intentó contener las lágrimas, pero se le escapó un sollozo. Henry murió en el acto cuando un camión con tráiler se saltó el semáforo en rojo. Birdie, bien sujeta en el otro lado del coche, había sobrevivido. Los médicos le indujeron el coma para que la inflamación cerebral bajara y, con suerte, prevenir un daño cerebral. Durante cinco días, Cassie postergó el duelo por la pérdida de su marido mientras sujetaba la mano de su hija inconsciente en el hospital, canalizando todos sus pensamientos y energía en lograr despertarla a fuerza de voluntad.

Birdie despertó el sexto día, e impresionó a los médicos con su recuperación, pero no hablaba. Tras una serie de exámenes, todos estuvieron de acuerdo de que era una cuestión psicológica y que hablaría cuando estuviera preparada.

Catorce meses después, seguía sin estar preparada.

—¿Cassie?

La voz de Bobby y un golpecito en la puerta se abrieron camino por el dolor de Cassie.

Se sonó la nariz y puso su falsa voz de felicidad.

—Entra.

Bobby abrió la puerta del dormitorio y se acercó a la cama.

Cassie se apartó un poco cuando Bobby se sentó a su lado y la abrazó.

—Ven aquí, mi niña.

Cassie apretó su mejilla contra la suave franela del camisón de Bobby mientras su abuela le frotaba la espalda. La inundó una oleada de nostalgia y, de repente, volvía a tener nueve años y Bobby podía arreglarlo todo. Una nueva riada de lágrimas rodó por su cara, deseando que fuera realmente verdad, pero nadie podía arreglar aquello.

—Vamos, vamos. Es bueno llorar. Que el dolor salga.

Se agarró a su abuela, y Bobby le acarició el pelo. Cuando las lágrimas fueron secándose, se incorporó y se secó la cara con un pañuelo.

—Le echo tanto de menos.

—Pues claro que sí —dijo Bobby—. Y siempre le echarás de menos. Pero tienes que encontrar una manera de seguir adelante sin él.

Cassie asintió. Era el mismo sentimiento que había expresado su madre, pero, por alguna razón, parecía menos áspero viniendo de Bobby.

—No sé cómo.

—Se necesita tiempo. ¿Hablas con él alguna vez?

—¿Qué quieres decir?

Bobby se encogió de hombros con aire despreocupado.

—En el viejo mundo pedíamos a nuestros seres queridos que vinieran a nosotros. Que nos dieran consejos. Que velaran por nosotros. Deberías pedírselo a Henry. Quizás un mensaje de él te ayudaría a pasar página.

Cassie la miró, perpleja.

—¿Te ha funcionado alguna vez?

Bobby se puso tensa cuando se apartó de Cassie.

—Quizás hace tiempo. Ya no.

Se puso en pie. Tenía los hombros encorvados por el cansancio.

—Deberíamos descansar un poco. Buenas noches, Cassie.

Salió del dormitorio arrastrando los pies y mascullando en ucraniano.

—¿Qué es lo que estás diciendo?, —le preguntó Cassie.

Bobby se detuvo en el umbral y se agarró al marco de la puerta.

—Algo que mi padre solía decirme cuando yo era joven.

—¿Qué es?

Bobby se volvió hacia Cassie y cerró los ojos, como aislándose en su mundo. Su voz se quebró cuando traducía las palabras al inglés.

—Supera este día y espera que mañana sea mejor.

8. Katya

Ucrania, mayo de 1930

—Toma, Katya. Ya tienes edad suficiente y más vale que lo disfrutemos mientras podamos. ¿Quién sabe cuándo vendrán los activistas para llevárselo?

Lavro sirvió una generosa cantidad de *horilka* en un vasito y se lo alargó. Lavro destilaba el mejor *horilka* y nunca faltaba demanda para su licor casero.

Por primera vez durante una reunión de vecinos como esta, se la trataba como adulta. Volvió la vista hacia sus padres y captó el ligero gesto de asentimiento de su padre. Su madre, en cambio, fruncía el ceño, así que Katya fingió no verla.

La voz burlona de Pavlo le habló de muy cerca y su aliento le hizo cosquillas en el oído.

—Ten cuidado, el *horilka* de Lavro no es para niñas.

Ella le dio un codazo en el costado y levantó el vasito con la otra mano.

—*Slava Ukrayini!* —bramó Lavro, en pie con el vaso levantado.

Katya siguió su ejemplo y repitió:

—¡Gloria a Ucrania!

Katya bebió el licor de un trago y el aire de sus pulmones salió disparado en forma de intensa ráfaga. Lavro soltó una risotada y la miró, expectante.

—¡Muy bueno!, —dijo ella atragantándose y forzando una sonrisa mientras el líquido de fuego se abría paso, abrasador, por su garganta y calentaba su estómago.

Satisfecho con el elogio, Lavro asintió mientras continuaba riéndose de la incomodidad de Katya.

—¡Te lo dije!, —sonrió Pavlo.

—¡Lo puedo tolerar perfectamente!, —dijo Katya con voz ronca.

Pavlo rio y le cogió la mano cuando Tomas empezó a hablar. Katya apretó la mano callosa de Pavlo, suspirando satisfecha.

—¡Stalin ha enviado a sus activistas para quitarnos lo que es nuestro!, —gritó Tomas, el primo de Lavro, captando la atención de todos. Lavro había invitado a varias familias vecinas a su casa para disfrutar de una gran comilona antes del inicio de la cuaresma y, tal como Katya había sospechado, la conversación pasó al tema de la cooperativa.

—¡No se lo daremos!, —gritó Lavro mientras empezaba a servir otra ronda de bebidas. Katya dejó su vasito en la mesa para que otros pudieran usarlo y retrocedió un poco, ignorando la risita de Pavlo.

—Pero ¡eso no es todo lo que quiere! —Tomas golpeó la mesa robusta con la mano para dar mayor énfasis después de pronunciar a gritos cada palabra.

Katya se acercó, como todos, para oír mejor lo que tenía que decir.

—Quiere aplastarnos, romper nuestro espíritu y todo lo que es ucraniano. Envía a sus activistas, a su partido, a sus secuaces de la OGPU. ¡Esos Veinticinco Mil! Locos de Rusia que no saben distinguir un grano de trigo de una mazorca de maíz, traídos aquí para obligarnos a unirnos a sus granjas colectivas. Intentan decirnos cómo debemos practicar la agricultura. ¡Bah! Luego nos quitan a nuestros sacerdotes, profesores, a nuestros líderes. ¡A nuestros hermanos y hermanas y vecinos y vecinas! Los hombres de Stalin los detienen sin juicio y los deportan o ejecutan.

Tomas se bebió la copa de un trago y golpeó la mesa con el vasito mirando a cada persona, de una en una.

Katya se estremeció al oír mencionar a las personas deportadas. No sabían nada de Fedir, Sasha, ni su tía y su tío, y los echaba de menos. Aun así, las palabras de Tomas la hipnotizaron. Todos en la estancia lo miraban fijamente, cautivados por su narración. Su voz irrumpió en Katya como una ola y provocó que quisiera luchar contra Stalin con sus propias manos.

—Pero no se detiene con nuestra gente. No. Quiere nuestro ganado, nuestra tierra, incluso las herramientas que utilizamos para trabajarla. ¡Todo! ¡Tenemos que entregar incluso nuestros huertos!

Quieren que hagamos nosotros el trabajo y que dependamos únicamente del gobierno soviético para que nos pague con los frutos de nuestro propio esfuerzo. ¡No!, —terminó, volviendo a golpear la mesa. Lentamente, sus ojos examinaron la estancia.

—Yo soy el que cuida de mi familia, no una granja colectiva cualquiera —dijo Lavro.

—Sí. Pero los que no ceden son considerados *kulaks* —dijo Tomas—. ¿Y qué es realmente un *kulak*? Cualquiera que no esté de acuerdo con Stalin. Cualquiera que se interponga en su gran plan. Si no les gustas, entonces eres un *kulak*, y pueden hacer lo que les dé la gana contigo.

Su voz fue elevándose hasta acabar gritando.

Un murmullo de ansiedad recorrió el grupo reunido y Pavlo se situó más cerca de Katya. La cálida robustez de su cuerpo cerca de ella la calmó cuando la gente empezó a cruzar miradas de inquietud por la estancia. Todos estaban de acuerdo con Tomas, pero, la pura verdad era que pronunciar en voz alta estas blasfemias podía hacer que lo mataran a uno. Cualquiera podía ser un espía. Cualquiera podía entregarte.

—Aun así, ¡hay gente entre nosotros que los recibe con pan y sal! ¿En qué piensan? Estos traidores a Ucrania se arrepentirán de su elección, recordad lo que os digo.

Hizo un gesto de frustración con la mano indicando los restos de pan que su madre había preparado para esta noche.

Katya, igual que cada persona que había asistido, había tomado un pedazo de pan y lo había mojado en sal al entrar en la casa. Intentó imaginar a sus vecinos practicando la misma atesorada tradición de hospitalidad hacia el ruso que había disparado a su primo Serhiy y la ira se apoderó de ella.

—En el pueblo somos más numerosos que ellos. Sus fuerzas están lejos. Debemos atacar ahora y desarmar a los activistas que envían a nuestros pueblos antes de que vengan más. ¡Vamos a demostrarles que no nos doblegaremos!

Tomas levantó el puño al aire y lo agitó.

Katya se sentó, sin aliento, cuando la gente empezó a responder al conmovedor discurso. Era como si Tomas hubiera mirado dentro de su mente y hubiera vocalizado todas las cosas que ella no podía. ¡Tenían que contraatacar! ¡No deberían dejarse pisotear!

Hasta ahora, Tomas, siempre una presencia sólida en el pueblo, había logrado de alguna manera evitar que lo detuvieran. Ahora, aquí estaba, haciendo justo lo que los funcionarios del Estado esperaban evitar. Unirlos.

—¿Y si no funciona?, —habló una voz desde el otro extremo de la estancia.

—Lucharemos por lo que es nuestro y aguantaremos todo lo que seamos capaces. Pero si nos obligan a unirnos a su granja, no conseguirán nada. No se harán con nuestro ganado.

—¿Nada? ¿Cómo?, —preguntó sin pensar Katya. Mama alargó la mano y le pellizcó un brazo como advertencia, pero ella quería saberlo—. ¿Qué podemos hacer para detenerles?

—Quizás no podamos detenerles —dijo Tomas—. Pero podemos arruinar lo que quieran antes de que se lo queden.

—Pero quieren los caballos, las vacas y las gallinas. ¿Cómo vamos a arruinarlas?, —preguntó Tato.

—Matándolas. Echando sal a la carne y almacenarla, o venderla. No podrán llevar sus granjas colectivas sin ganado. Quieren también nuestros útiles. Pues rompamos los útiles, destrocemos los arados, quememos las herramientas. Si no tienen lo que necesitan, las granjas colectivas fracasarán y entonces igual renuncian a su plan ridículo.

Su madre la agarró del brazo.

—Vamos Katya, se está haciendo tarde y tenemos que llevarte a casa.

—Estoy bien, Mama —protestó Katya, pero la mirada fulminante de su madre no dejó lugar para ningún debate.

Pavlo apretó su mano.

—Te veré más tarde, ¿de acuerdo?

Katya apenas tuvo tiempo de asentir pues Mama ya la estaba sacando a la fuerza de la casa. Tato las siguió, disculpándose.

Mama restallaba por el enfado.

—No tendríamos que haber ido. No sabía que iba a hablar de una revuelta.

Tato miró alrededor.

—Nunca había visto al joven sentado cerca de la puerta.

—Lavro me ha dicho que es su primo, pero ¿cómo podemos confiar en él? ¿Cómo podemos confiar en nadie hoy en día? El

pueblo entero está volviéndose contra todos —dijo Mama negando con la cabeza—. ¡Y Katya allí! Creía que iba a ser una sencilla reunión de amigos, no una llamada a la resistencia.

Katya mantuvo la voz calma.

—Ya no soy una niña, Mama, y creo que Tomas tenía razón. Deberíamos habernos quedado más tiempo para ver si planean algo.

—¡No! —Mama se llevó un puño al pecho—. ¡Es demasiado peligroso!

—Lo que es peligroso es quedarse sentadas sin hacer nada mientras ellos nos lo quitan todo —dijo Katya, asegurándose de hablar claramente y de ir al grano.

El *horilka* de Lavro le había dejado la cabeza llena de pensamientos borrosos que competían por su atención.

—Calla, Katya —dijo Tato—. Tu madre tiene razón. Tendríamos que habernos ido antes. Me alegro de que Alina se haya quedado con Kolya y sus padres.

Frunció el ceño.

—Debería haberle dicho a Pavlo que fuera a casa, pero ya tiene edad para tomar sus propias decisiones.

—¿Y yo no?, —preguntó Katya.

—No. Tú no —gritó Mama.

—Estoy de acuerdo con mucho de lo que ha dicho Tomas, pero decirlo delante de todo el mundo es una estupidez. Nada bueno saldrá de lo que ha sucedido esta noche —dijo Tato.

Rodeó a Mama con el brazo y Katya pudo ver que su madre estaba intentando por todos los medios no echarse a llorar.

A la mañana siguiente, Lavro los despertó aporreando la puerta. Katya se esforzó por oír lo que le decía a Tato, pero no logró descifrar las palabras.

—¿Qué pasa?, —preguntó Mama cuando Tato cerró la puerta. Las arrugas entre sus ojos se hicieron más profundas al fruncir el ceño.

Tato se frotó el mentón.

—Se han llevado a Tomas en mitad de la noche.

Durante un minuto, el único sonido en la estancia fueron las profundas bocanadas de aire de Mama. A Katya le flaqueó su

actitud desafiante al ver la cara de su madre transformarse de somnolienta a aterrorizada. Habían estado en la reunión con él, de modo que ellos también estarían en la lista de traidores.

Mama se retorció las manos.

—Al menos Alina no estaba allí, de modo que estará a salvo.

Alina, con los ojos como platos, se sentó en el borde de la cama ciñéndose el chal al pecho.

Tato bufó.

—¿Te crees que eso importa? Es parte de esta familia, y si nos etiquetan como enemigos del pueblo por lo de anoche, también la etiquetarán a ella como enemiga.

—Tenemos que prepararnos por si acaso —dijo Mama y se puso en pie—. Katya, Alina, reunid la ropa más abrigada que tengáis y la comida que tenemos y haced fardos. Si nos van a deportar a la fría Siberia, estaremos preparados.

Katya sintió que las náuseas se apoderaban de ella y que las piernas le pesaban como plomo mientras se daba prisa por hacer lo que su madre les había pedido. Hizo pequeños fardos de ropa, mantas, algunos frutos secos y pan, y, con manos temblorosas, los metió en viejos sacos de harina. La noche anterior había querido contraatacar, ahora solo quería desaparecer.

Cuando hubo terminado, caminó de un lado a otro de la estancia.

—¿Crees que nos deportarán de verdad?

—No lo sé. Siéntate, Katya —dijo Mama—. Me pones nerviosa.

—Lo siento, Mama.

Katya se dejó caer en una silla junto a Alina, que estaba zurciendo.

—¿Cómo puedes coser en un momento como este? Ni siquiera puedo pensar con claridad.

—Coso porque tengo un agujero en mi falda buena y necesito arreglarla.

La calma forzada en la voz de Alina solo consiguió que Katya sintiera aún más ansiedad.

—Quiero ver a Pavlo —dijo. Anhelaba su presencia tranquilizadora, igual que el borracho del pueblo se moría por el *horilka*.

—No podemos ir a ningún sitio —dijo Alina—. Ya lo sabes.

Katya dio un salto al ocurrírsele una idea.

—¡Quizás podamos! Quizás deberíamos coger la carreta y abandonar el pueblo.

Tato respondió con determinación:

—Nadie me expulsará de mi tierra.

—¿Adónde iríamos?, —preguntó Mama—. Ningún lugar es seguro. Controlan a los viajeros y nos podrían parar y detener por el camino tan fácilmente como aquí. No. Deberíamos esperar. Quizás no se den cuenta de que estuvimos allí y se olvidarán de nosotros.

Así, todo aquel día esperaron a que viniera la OGPU. Saltaban con cada sonido, seguros de que la muerte llamaba a la puerta. Después de comer, Kolya, Pavlo y Yosyp vinieron y hablaron con Tato unos minutos, pero no se quedaron a hacer una visita y Katya no pudo hablar con Pavlo a solas. Se miraron, él le apretó el brazo, y luego su padre lo acompañó a la puerta. No quería dejar a su esposa sola demasiado tiempo.

Katya se quedó mirándolo mientras se alejaba, preocupada por que fuera la última vez que lo viera, y la inundó una horrible sensación de indefensión. ¿Así era ahora su vida? ¿Miedo y preocupación constantes?

Cuando pasaron las horas del día sin incidentes, Mama se convenció de que los hombres de la OGPU estarían aguardando la oscuridad de la noche, como acostumbraban. Nadie durmió, esperando que los funcionarios del Estado irrumpieran por la puerta en cualquier momento para llevárselos, pero esa noche tampoco vinieron. Durante los siguientes días, Katya se dio permiso para sentirse complaciente y, con Tomas desaparecido, el tema de la resistencia remitió en el pueblo.

La primavera y el verano se difuminaron en medio del ajetreo de la faena. La familia trabajó con ahínco en los campos, plantando los cultivos de primavera, ocupándose del huerto, y hoy habían terminado de guardar la cosecha de trigo de invierno que habían plantado en otoño. Le dolían la espalda y las piernas, pero era un dolor de satisfacción, nacido de un buen día de trabajo. Katya lo había disfrutado, aunque no pudo evitar que se le escapara un suspiro de alivio cuando se sentó en el taburete junto a la vaca para

el ordeño de la tarde.

—¿Katya?

La voz de Pavlo la sobresaltó y se dio la vuelta.

—¿Qué haces aquí?

Los ojos de Pavlo no sonreían cuando cerró la puerta.

—¿No puedo venir a ver a mi chica?

—Claro, pero ya veo que hay algo que te preocupa.

Se puso en pie y lo abrazó, ignorando la tensión en sus músculos e inhalando el olor a humo y aceite para cuero que era tan propio de él.

Pavlo acarició distraídamente su pelo.

—Hay un grupo de activistas que va por ahí llevándose el excedente de grano y comida de las casas para cumplir con los cupos del gobierno. Dicen que pertenece al Estado y que, si uno no forma parte de la cooperativa, debe el doble que alguien que sí pertenezca a ella.

—¿Cómo lo has descubierto?

El temor le atacó el estómago al pensar en el maravilloso trigo dorado almacenado en su granero, esperando a ser trillado.

—Han ido a casa de mi tío. Se llevaron todo lo que tenían, incluso las semillas que había guardado para plantar en otoño el trigo de invierno.

Pavlo se apartó y caminó de un lado a otro.

—Es un ardid para que se unan a la cooperativa. Les cogen el grano para que no puedan plantar ni hacer pan, entonces se quedan sin nada a menos que se unan y asiles devuelven lo suyo por un precio.

—Mi padre mencionó que deberíamos esconder parte del grano.

La vaca mugió de impaciencia, de modo que Katya se volvió a sentar en el taburete y empezó a ordeñar mientras hablaba.

—Sé que los impuestos que tendría que pagar son altos, pero quizás deberíamos separar lo que nos queda. Guardar pequeñas provisiones y otras cosas que podamos necesitar en diferentes zonas.

Pavlo sonrió y, esta vez, toda su cara se iluminó.

—Katya, eres tan lista. He venido aquí a decirte lo mismo. No es mucho, pero al menos es algo.

La semana siguiente —con el permiso de sus padres— Katya y Pavlo tomaron cada uno una lata pequeña de trigo, así como algo de comida, y se encontraron en el bosque que había detrás de sus casas. Caminar bajo la luz clara y fría de las estrellas con Pavlo fue casi un regalo, hasta que Katya rompió una ramita al pisarla y los dos se quedaron inmóviles del miedo. Cuando pasaron varios minutos sin que nadie saliera a detenerlos, el pulso de Katya se ralentizó.

—Lo siento —susurró—. Tendré más cuidado.

Pavlo le apretó la mano y le dijo, en voz baja:

—Estoy contento de estar a solas contigo.

A pesar de la novedad de su romance, la comodidad que sentían los dos gracias a toda una vida de amistad íntima hacía que para ella fuera natural su cercanía. Esta evolución inevitable de camaradería a amor sonaba sincera en cada una de las partes su ser.

Se adentraron en las profundidades del bosque y Katya señaló un gran roble nudoso que sería fácil de localizar.

—Hay un agujero en la base de ese árbol. Podemos esconder todo allí.

Pavlo asintió.

—También lo llenaremos de hojas para que nadie se dé cuenta.

Trabajaron lo más rápido que pudieron, escarbando con una palita que Pavlo había traído las hojas podridas y la tierra antes de meter las latas de harina en el hoyo. Cuando Katya se estaba limpiando las manos en la falda, Pavlo se inclinó y la besó.

Katya se quedó inmóvil cuando sus labios se encontraron. Incluso en medio del miedo y la inquietud, su roce seguía estremeciéndola. Cuando Pavlo se apartó, la realidad regresó con la fuerza de un cubo de agua fría, y ella se acercó de nuevo a él, desesperada por borrar la aterradora verdad de sus vidas. Pavlo gimió y la besó. Sus labios se movieron rápidos y con deseo en los de ella; sus manos se enredaron en su pelo y recorrieron su espalda hasta que se apartó de nuevo.

—Deberíamos volver antes de que hagamos algo que aún no deberíamos hacer —dijo él con voz baja y ronca.

Un acceso de frustración la atravesó como un destello.

—¿Aún? ¿A qué esperas? ¿Acaso no me amas?

Pavlo arqueó las cejas y empezó a reír. Se tapó la boca para

amortiguar el sonido, pero siguió sacudiendo los hombros por la risa.

—¡No tiene gracia!

Katya lo miró echando chispas por los ojos.

—Tienes razón —balbuceó entre ataques de risa silenciosa. Finalmente, respiró hondo y suspiró—. Menudo carácter tienes. Por esto te amo. Y por esto quiero casarme contigo. Pronto. Antes de que sigamos por este camino. Pero, con toda la incertidumbre que hay en nuestras vidas, no he sido capaz de ganar dinero para cortejarte adecuadamente. Por favor, déjame que lo arregle.

Tomó las manos de Katya entre la suyas.

—Katya, has sido mi mejor amiga desde siempre. Te amo más que a la vida misma. Cásate conmigo. Dime que serás mi esposa y podremos capear lo que venga juntos.

—¡Sí! ¡Sí!

Ella lo rodeó con sus brazos con tanto entusiasmo que cayeron hacia atrás, riendo ruidosamente y, por un momento, olvidando que deberían guardar silencio. Entonces él la besó y los dos callaron.

—Quizás podamos casarnos a la vez que Kolya y Alina —dijo ella—. No falta mucho para su boda.

—Cuanto antes, mejor —coincidió Pavlo antes de soltar una risita—. ¿Te acuerdas de cuando dispersaste las gallinas después de que mi madre me pidiera que fuera a coger una para la cena?

Katya rio, y enseguida se tapó la boca con la mano.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Estabas tan enfadado que me sostuviste colgando encima de la pocilga, amenazando con soltarme. Mi madre me hubiera matado por arruinar mi ropa buena.

Pavlo le acarició la mejilla con sus manos ásperas por el trabajo.

—Luchaste como un perro rabioso. Te has convertido en una mujer valiente y hermosa, pero esa fue la primera vez que te vi como otra cosa que una niña mandona y alborotadora, y supe que, algún día, me casaría contigo.

—¡Eso fue hace dos años! Has esperado mucho tiempo para comunicarme tus planes para mi vida.

—Éramos jóvenes aún. No quería asustarte.

—Sí, fue muy sensato que evitaras asustarme intentando arrojarme a los cerdos —se rio Katya—. Bueno, puesto que has compartido esto conmigo, te diré de lo que me di cuenta aquel día.

—¿De qué te diste cuenta, además de lo mal que huelen los cerdos?

—Bueno. Siempre habías sido un niño pequeño, delgado, sin músculos.

—Pensaba que ibas a decirme algo halagador.

Pavlo frunció el ceño.

—¡Y lo voy a hacer!, —dijo Katya—. Ese día, cuando me tenías cogida, me di cuenta de que ya no eras un niño delgado.

—Ah —rio Pavlo—. Entonces, ¿qué era?

—Un hombre. Un hombre con brazos musculosos, fuertes de trabajar en el campo. Un hombre de pecho ancho y risa fácil. Incluso me di cuenta de que ya te crecía por fin el bigote.

Ella le hizo cosquillas en el mentón y se encogió de hombros.

—No creo que te amara entonces, pero sí que pensaba que por fin empezabas a mejorar.

Pavlo echó la cabeza atrás de la risa que intentaba contener, luego rodeó a Katya con sus brazos y le frotó el cuello con la nariz.

—He mentido. Te he amado desde la primera vez que nos tambaleamos juntos en los campos mientras nuestros padres cosechaban. Siempre has sido la única chica para mí.

Regresaron a casa cogidos de la mano. Katya pensaba que reventaría tanto por el subidón de adrenalina provocado por ir a hurtadillas a esconder comida, como por el arrollador amor que sentía por el hombre que tenía al lado.

—Eres mi calma en esta tormenta.

Ella levantó su mano y le besó los nudillos.

Se encontraron de nuevo la noche siguiente, y la otra, hasta que hubieron escondido gran parte de las provisiones de sus hogares, cargando con centeno, mijo, harina y trigo sarraceno, llevando todo al bosque y los campos, escondiéndolo en lugares donde habían jugado de niños. Detallaron las ubicaciones en notas muy breves que metieron bajo un tablón suelto en el pajar de Katya para que no olvidaran dónde estaba todo. Luego, esperaron.

Unas semanas más tarde, unos golpes fuertes en la puerta la despertaron.

Tato corrió trastabillando hacia la puerta, con la camisa de

dormir aún puesta y teniendo dificultades para ponerse los pantalones por el camino. Los ojos de Katya se fijaron en los fardos de ropa y mantas que seguían junto a la puerta —su madre se había negado a guardarlo todo en caso de que fueran arrestados— y se estremeció.

—¿Quién es?, —preguntó Tato.

Su constitución alta y fuerte ocupaba todo el umbral, pero la mano con los nudillos blancos revelaba su miedo a no ser capaz de proteger a su familia de lo que había al otro lado de la puerta.

El corazón de Katya palpitaba tan fuerte contra sus costillas que pensó que todos serían capaces de oír los latidos. Se puso un chal alrededor de los hombros al tiempo que se ponía derecha y levantaba el mentón. Alina le tocó la mano y Katya agarró la suya, intentando calmar el temblor de su hermana.

Una voz con acento ruso bramó:

—Hemos venido a recoger el grano para pagar tus impuestos. ¡Abre!

Había sido necesario convencer a Mama para poder enterrar provisiones en el bosque y los campos, pero ahora miró a Katya y sus ojos brillaban de agradecimiento. A pesar de la tensión en la estancia, a Katya le invadió una pequeña sensación de victoria.

Tato miró a Mama. Esta se puso en pie, con la frente bien alta, y asintió. Él abrió la puerta y los activistas entraron tan rápido en la casita que Tato apenas tuvo tiempo de apartarse. La puerta golpeó la pared y dos hombres corpulentos con abrigos oscuros empezaron a examinar la estancia con minuciosidad.

La sonrisa de Katya se desvaneció. Nunca había visto al primer hombre que hablaba con acento, un ruso con pelo oscuro y bigote. Era uno de los funcionarios estatales que había venido para la colectivización y rezumaba poder, pero no ejercía la fuerza bruta del grupo. Este rol recaía en el borracho local llamado Prokyp. Intimidaba, robaba e imploraba cuando lo necesitaba y no había hecho nada productivo en toda su vida. Todas las injusticias que Prokyp imaginaba que había sufrido eran utilizadas para alimentar su ira contra los vecinos, convirtiéndole en el perfecto peón para uso de los activistas. Todo el mundo lo despreciaba.

La constitución robusta de los hombres eclipsaba a la delgada mujer que iba con ellos. Incluso envuelta en varias capas de abrigo,

Katya la reconoció. Era Irina, la mujer del maestro. Probablemente la habían hecho venir para dar una falsa sensación de seguridad puesto que era vecina, pero una mirada a su cara chupada borró toda pizca de confianza que Katya hubiera podido sentir. Las mejillas pálidas de Irina enmarcaban unos ojos nerviosos que iban moviéndose a toda velocidad, temerosos de detenerse en las caras y conectar con ellas.

—¿Dónde tenéis el grano?, —gruñó Prokyp—. Nuestra cooperativa no está alcanzando la meta.

—No somos miembros de la cooperativa —dijo Tato sacando pecho y fulminando con la mirada a Prokyp—. Mi grano es mío.

Katya se enorgulleció de la firmeza de las palabras de su padre.

Prokyp rio, e Irina se retrajo como si alguien le hubiera pegado.

—Incluso mejor. Decís que no sois miembros. Pues entonces el impuesto es incluso más alto.

—Ya no nos queda nada.

Tato se mantuvo firme, pero palideció.

—Lo hemos dado todo para pagar los impuestos. He satisfecho mi cupo.

—Los cupos han subido —dijo el hombre ruso. Su voz aguda y nasal no encajaba con su constitución robusta. Su rostro expresó repugnancia al escudriñar su hogar.

—Registrad la casa —dijo y le hizo un gesto a Prokyp.

—¡No podéis hacer esto!, —dijo Katya.

—Haz callar a tu hija —ordenó el ruso mirando con furia a Tato —. O lo haré yo.

Su padre le lanzó una mirada fulminante a Katya y ella se mordió la lengua. El sudor brotó de su frente cuando Prokyp comenzó a moverse pesadamente por la casa, dando la vuelta a las camas y las mantas y abriendo las alacenas. Encontró algo de mantequilla y un pequeño saco de harina para hacer pan al día siguiente y se lo pasó a Irina, que lo metió todo en su bolsa sin levantar la vista.

Mama hizo un gesto de dolor cuando cogieron la comida, pero su cara siguió impasible hasta que Prokyp llegó al rincón de la casa donde se encontraban los iconos religiosos. Con evidente regocijo, Prokyp pasó la mano de un extremo al otro del estante, arrojando al suelo el agua bendita, las velas y el libro de salmos. Arrancó la tela

rushnyk que Mama había bordado amorosamente para adornar los iconos religiosos y tiró al suelo las imágenes. Crujieron bajo los pies de Prokyp cuando este alargó la mano para coger la cruz de la pared y metérsela en su bolsa.

Tras lanzar un gemido en voz baja, Mama se tapó la boca con la mano y se apoyó en la mesa. Los ojos de Irina buscaron la mirada de la familia. Luego bajó la vista al suelo en señal de compasión. Dio la espalda a los hombres y se santiguó apresuradamente.

—¿Es esto necesario?, —habló entre dientes Tato.

Prokyp le ignoró y se acercó a Alina y Katya. Las dos estaban de pie, juntas, cogidas de la mano.

—¿Y vosotras, chicas?, —dijo con su desagradable voz empalagosa—. Qué bonitas sois. ¿Tenéis grano escondido en la ropa? Hemos encontrado bastante grano cosido en las faldas de las bellas señoritas de nuestro pueblo.

El estómago de Katya amenazó con devolver su contenido cuando Prokyp alargó sus sucias manos hacia Alina. Soltó un gemido cuando él le puso las manazas en los hombros a su hermana. Con una lentitud innecesaria, recorrió con sus manos los lados de su pecho hasta llegar a las caderas. Los labios del hombre se torcieron en una repugnante mueca cuando siguió bajando por las piernas.

—¡Sácale las manos de encima!, —dijo Katya y le invadió una oleada de furia y tiró de Alina en el mismo momento en que su padre se acercaba y gritaba—: ¡No toques a mis hijas!

Un chasquido agudo reverberó en la estancia y todos se quedaron quietos. La pistola amartillada del ruso apuntaba a Tato.

—¿Te estás resistiendo a las órdenes? Si es así, tendremos que calificarte como enemigo del pueblo. Todos sabemos lo que les ocurre a los enemigos del pueblo. Podría dispararte ahora mismo y a nadie le importaría.

A Katya le zumbaba la cabeza. Toda la ira que había sentido se transformó en puro terror al fijar la vista en Tato. El rostro de su padre, rojo como la remolacha, brillaba de sudor. Había cerrado los puños; la rabia restallaba en él como una hoguera hambrienta en busca de combustible. Si nadie intercedía, le pegarían un tiro por intentar matar a Prokyp con sus propias manos.

Mama también podía ver su lucha interior, pues se colocó

delante del ruso y habló con calma.

—Me disculpo por el comportamiento de mi esposo. Es sobreprotector en lo que concierne a sus hijas. No tenía intención de decir lo que ha dicho. Cooperaremos. Lo juro.

El ruso sonrió con suficiencia y bajó la pistola. Katya, soltando la mano de Alina, fue a abrazar a su padre y le habló al oído.

—Por favor, Tato. No ha sido nada y no podemos perderte. Por favor.

Notó que la tensión aminoraba en su cuerpo, pero las vibraciones de rabia seguían palpitando en las venas de su cuello.

Prokyp observó la escena, divertido, y luego regresó con sus cohortes, sonriendo. El ruso se volvió hacia él y le preguntó, con total sinceridad:

—¿Te ha ofendido este hombre? ¿Qué te gustaría hacer, camarada?

Prokyp miró a Tato, luego a Alina, que estaba blanca como la nieve, pero tenía la cabeza bien alta, como les había enseñado Mama a llevarla. A Katya le temblaban las piernas, de modo que juntó las rodillas y contuvo el aliento mientras esperaban a que aquel imbécil decidiera el destino de su familia.

—Supongo que, por esta vez, lo puedo pasar por alto, siempre y cuando él y su familia prometan cooperar totalmente en el futuro.

Su mirada se quedó fija en Alina.

—Pero tendremos que venir a menudo a comprobar que se están portando bien.

Otro activista entró en la casa con un saco grande de trigo al hombro.

—He encontrado esto, y otro saco igual, escondido en el granero.

A Katya se le cayó el alma a los pies. Le había preocupado que el trigo no estuviera bien escondido en el granero, pero Tato creyó que estaría a salvo fuera de la vista bajo el heno.

—¡No os podéis llevar esto!, —gritó Tato—. ¡Son las semillas para plantar en primavera!

—Esto servirá para pagar tu cupo. De momento.

El ruso hizo un gesto de desdén con la mano, como si, de repente, se hubiera aburrido.

—Vamos, hemos de ir a la siguiente casa.

La mujer dirigió una mirada de disculpa a Mama y corrió tras los hombres cuando salían. La puerta rebotó violentamente tras el paso de los activistas y nadie se movió hasta que Tato cruzó la estancia a zancadas y la cerró de golpe, aunque no antes de que Katya viera que la carreta de los activistas estaba cargada hasta arriba de sacos de grano iguales a los que se habían llevado del granero.

9. Cassie

Illinois, mayo de 2004

A la tarde siguiente, Anna entró afanosamente en la cocina con los brazos llenos de bolsas.

—¡He traído sustento!

Cassie dejó el libro que había estado leyendo y cogió una de las bolsas.

—Gracias. Esto es de gran ayuda.

—Bueno, no quería que te preocupara dejar sola a Bobby. Por cierto, ¿dónde está?

—Haciendo la siesta. Birdie justo iba a hacer lo mismo, ¿no es cierto? —Cassie le lanzó a su hija una mirada cansada.

La pequeña levantó la vista de un dibujo que había estado haciendo con una caja nueva de ceras de colores que Anna había traído el otro día.

—Ah. Estaba pensando en llevarme a Birdie a dar un paseo.

Anna miró a Cassie ilusionada.

—Solo una vuelta alrededor de la manzana. El aire fresco la ayudará a dormirse luego cuando vaya a hacer la siesta, ¿no crees?

Birdie saltó de un lado a otro con las manos entrelazadas bajo el mentón.

Cassie admitió su derrota.

—Vale la pena intentarlo. Hoy no ha funcionado nada.

Birdie aplaudió y luego levantó el dibujo para enseñárselo a las dos.

—Muy bonito —dijo Anna—. Eso parecen girasoles.

Birdie asintió vigorosamente mientras Cassie miraba el dibujo.

—Está muy bien, Birdie.

Cassie recorrió con el dedo las docenas de girasoles que llenaban

la hoja. En el centro, dos muñecas de palitos con el pelo largo se cogían de la mano. Birdie añadió unas florecitas al pelo y luego soltó la cera y corrió a ponerse los zapatos.

—Parece que tiene ganas —dijo Cassie—. ¿Por qué no vais ahora mientras yo guardo las compras?

—Fantástico —dijo Anna. Cogió la correa de Harvey—. Ven, Birdie.

Birdie se puso los zapatos mientras Cassie empezaba a vaciar las bolsas.

—Menuda selección más aleatoria, mamá —dijo Cassie cuando sacó el segundo contenedor de espinacas y un paquete de huesos de vacuno—. Espero que vengas a cocinar todo esto.

—Es lo que quería Bobby —gritó Anna justo antes de salir.

Cassie metió la mayor parte de la comida en la nevera y buscó en los armarios hasta encontrar el lugar idóneo para poner los macarrones con queso [7] y las barritas de cereales. Creía que Bobby al menos tendría almacenadas sardinas o arroz instantáneo para una comida rápida, pero los armarios estaban sorprendentemente vacíos.

Ya había guardado todo y había puesto agua a hervir para el té cuando Birdie y Anna volvieron.

—Nunca adivinarás a quién nos hemos encontrado en la calle —dijo Anna—. ¡A Nick!

—¿Quién es Nick?

Cassie le dio un beso a Birdie en la mejilla.

—Ve a echarte en la cama. Iré a verte dentro de un ratito, ¿de acuerdo?

—Ya sabes, Nick, el nieto de la señora Koval. El del hospital.

Cassie colocó la caja de bolsas de té sobre la mesa.

—Ah, él. Voy a tomar un té. ¿Quieres?

—Bueno —dijo Anna al sentarse—. En fin, ¿te acuerdas de que pensamos que era un poco raro las ganas que tenía de ayudar a Bobby?

—Sí. No le he visto.

Cassie vertió agua caliente en dos tazas y las puso sobre la mesa.

—Aunque esta mañana el periódico estaba encima de la alfombrita del porche delantero. Perfectamente centrado.

—Probablemente él —dijo Anna asintiendo mientras elegía un té

y metía la bolsita en el agua—. En cualquier caso, me gusta mucho.

—Menudo cambio de rumbo desde que me dijiste «vigílalo».

Cassie hizo las comillas con los dedos.

—Lo sé —dijo Anna—. Pero Birdie y yo lo hemos visto trabajando en su jardín, al final de la manzana y, fíjate, estaba plantando bulbos de malvas.

—¿Y?

Cassie se encogió de hombros mientras se sentaba.

—Para su abuela —dijo Anna apoyándose en el respaldo con aire de suficiencia, como si aquello lo explicara todo.

—¿Su abuela muerta?

Anna asintió, sonriendo.

—Te veo excesivamente feliz por todo esto. ¿Y qué más da? ¿Estás segura de que te encuentras bien?

Puso el dorso de la mano en la frente de su madre.

—No estás caliente.

Anna se rio y apartó la mano.

—Estoy perfectamente. Lo que quiero decir es que, no hay muchos hombres que piensen a menudo en sus abuelas, y menos que planten bulbos de flores en sus jardines para recordarlas. Es un buen tipo.

—Así que basas toda tu valoración en el hecho de que planta flores.

Cassie arqueó una ceja mientras metía una bolsita de té en su taza.

—¡Para su abuela muerta!, —dijo Anna inclinándose hacia delante—. Este factor es crucial. En cualquier caso, nos hemos parado y hemos charlado unos minutos. Birdie, por supuesto, se ha escondido detrás de mis piernas. Y es realmente un tipo simpático. Ha dicho que se preocupará por vosotras.

—¿Y ahora se preocupará por mí? —Cassie negó con la cabeza —. Mamá, realmente sabes cómo dar un giro de ciento ochenta grados.

Anna sonrió.

—Algún día entenderás lo que quiero decir. Son los pequeños detalles lo que una ha de buscar en un hombre, Cassie. Te lo pueden decir todo. Y esta es una de esas pequeñas cosas.

—No estoy buscando nada en un hombre.

Cassie miró con furia a su madre.

—Lo sé —dijo Anna soplando el té—. Ha preguntado por ti.

—¿Qué? ¿Por qué?

Cassie se ruborizó y bajó la cara para esconderla de su madre.

—Ha debido de ver tu anillo de casada.

Anna dio golpecitos en la sencilla alianza de oro en el dedo de Cassie.

—Ha preguntado cuándo se uniría tu marido a vosotras.

Cassie retiró la mano y dijo, en tono monótono:

—¿Le has dicho que mi marido está muerto?

La expresión de Anna se dulcificó.

—En palabras más amables, sí —dijo—. Ha dicho que lo sentía mucho y que, si hay algo que él pueda hacer para ayudaros a instalaros, que se lo digas.

—Vaya, mira qué vecino tan perfecto —refunfuñó Cassie.

—No tienes por qué ser tan impertinente —se rindió Anna—. Solo quería hacerte saber que no nos ha de preocupar como nos había preocupado.

Cassie frunció el ceño.

—No me convencerás tan fácilmente.

—¿De qué?, —preguntó Bobby cuando entró en la cocina. Tenía el pelo despeinado y los ojos soñolientos. Se sentó en una silla que acercó a la mesa.

—Nada —dijo Cassie—. ¿Quieres algo de comer?

Bobby no respondió. Su mirada se había quedado fija en el dibujo de Birdie que seguía en la mesa. Su rostro palideció y se llevó la retorcida mano izquierda al pecho.

—¿Qué es esto?

—Birdie lo ha dibujado antes —dijo Anna—. ¿No te parece bonito?

Birdie, que había ignorado la petición de Cassie de que se fuera a echar, había entrado a hurtadillas en la cocina, agarrada del brazo de Bobby. Ella señaló a una de las niñas del dibujo y luego a Bobby. Esta giró rápidamente la cabeza para mirar a Birdie y luego volvió al dibujo.

La sonrisa de Birdie se desvaneció cuando a la anciana se le llenaron los ojos de lágrimas y la niña miró a Cassie.

Cassie se tragó las ganas de regañar a Birdie por no quedarse en

la cama y rápidamente fue a coger el dibujo.

—Es precioso, Birdie. Solo es que creo que Bobby no se encuentra demasiado bien ahora.

Bobby le dio unas palmaditas en la mano a Birdie y, apoyándose en la mesa, se puso en pie.

—Sí, es muy bonito. Creo que me voy a sentar en la terraza un rato. A tomar el aire.

Fue arrastrando los pies hasta la puerta trasera.

Cassie cruzó una mirada de preocupación con su madre mientras esperaba a que Bobby no pudiera oírlas.

—Deberíamos acompañarla.

—Ve —dijo Anna.

—¿Yo? —Cassie arqueó las cejas.

—Siempre acabamos peleando. Quizás se sincere contigo —dijo Anna.

—Lo dudo —dijo Cassie, pero abrió la puerta corredera y sacó la cabeza. El olor a tierra y nueva vida impregnó la nariz de Cassie al inhalar el aire cálido de primavera—. Qué bien se está aquí afuera hoy —comentó, intentando romper el hielo—. Me encanta el olor a primavera.

Bobby sacó un viejo libro encuadernado en piel del bolsillo de su bata, ignorando a Cassie.

—¿Qué es? —Cassie intentó controlar su emoción al ver de nuevo el diario que había visto en la mesilla de noche de Bobby. Se sentó en una silla al lado de su abuela.

Bobby acarició la cubierta desgastada y habló lentamente, como si las palabras le dolieran.

—Esta soy yo. O quien fui una vez.

«¡Es suyo!». A Cassie se le puso la carne de gallina en los brazos y calló, temerosa de romper el trance en que Bobby parecía haber entrado.

—Pensaba que si esperaba el tiempo suficiente sería más fácil volver.

Bobby abrió el libro y de sus labios escapó un suspiro de angustia.

Cassie se inclinó hacia ella y bajó la vista a las páginas atestadas de letras. A pesar de no poder leer las palabras en ucraniano, sus manos anhelaban coger el libro para finalmente tocar una parte

tangible del pasado elusivo de Bobby.

Los dedos de Bobby temblaron al tocar la página y cerró los ojos.

—Le dije que lo haría.

—¿El qué?, —dijo Cassie—. ¿A quién?

—Pero no puedo. No puedo hacerlo.

Cerró el libro y se lo volvió a meter en el bolsillo de la bata. Cassie se desanimó ante la oportunidad perdida, pero justo cuando el libro desaparecía, una foto se deslizó y cayó flotando al suelo.

Cassie la dejó caer sin hacer ningún comentario, temerosa de que, si Bobby se daba cuenta, la guardaría con el libro y nunca más la vería. Se prometió a sí misma que se la devolvería a Bobby cuando hubiera tenido oportunidad de echarle un vistazo.

Bobby levantó la vista hacia una gran morera que había en el jardín.

—¿Ves aquel búho?

Cassie siguió la mirada de Bobby hasta las ramas donde se había posado un gran búho de color marrón.

—¿No es raro verlo durante el día?, —preguntó Cassie, intentando seguir el ritmo del giro que había dado la conversación.

Bobby apretó los labios.

—Es una señal. Está esperando a que muera.

Cassie la miró boquiabierta.

—¡No digas cosas así!

El búho ululó y salió volando, como admitiendo su complicidad en la muerte de Bobby.

Bobby desestimó las palabras de Cassie.

—Los jóvenes de hoy en día no recuerdan las historias. La semana pasada, un gorrión chocó contra la ventana de mi dormitorio.

—¿Y? Eso significa que tienes unas ventanas muy limpias.

—Ahora este búho. Y el dibujo de Birdie.

Bobby se inclinó.

—Todas estas cosas tienen significado, Cassie. Ella me está esperando.

—¿Quién te está esperando?, —dijo Cassie y volvió la cabeza hacia su abuela—. Bobby, ¿estás segura de que te encuentras bien? Te estás comportando de una manera realmente extraña hoy.

—Debo asumir las consecuencias de lo que hice.

Bobby se levantó sobre sus temblorosas piernas y entró renqueando en la casa con el diario en el bolsillo golpeando su muslo al caminar.

—Necesito estar un rato a solas. Estaré en mi habitación.

Cuando la puerta se cerró detrás de Bobby, Cassie se inclinó hacia delante y recogió la foto. La imagen descolorida en blanco y negro tenía pliegues y dobleces fruto del paso del tiempo. Dos adolescentes con sonrisas idénticas la miraban. Cada una llevaba una corona de flores sobre el pelo trenzado y vestían camisas blancas con flores y enredaderas finamente bordadas en las mangas. Cogidas del brazo, inclinaban la cabeza una hacia la otra en una obvia muestra de afecto. En el fondo, un campo de girasoles se extendía hasta el cielo.

10. Katya

Ucrania, octubre de 1930

Nadie esperaba las primeras nieves que cayeron y cubrieron la belleza de los tonos dorados de otoño, pero a Katya le encantó. Grandes copos caían flotando del cielo, cubriendo lentamente la tierra marrón, y algunos fragmentos entraron en la casa cuando abrió la puerta para admirar el paisaje blanco.

—No puedo creer que ya esté nevando.

Alina miró afuera por encima del hombro de Katya.

—Pues opino que es muy bonito —dijo Katya.

Alina frunció el ceño.

—Sí, pero no es lo que imaginaba para hoy.

—Nada lo es, ¿no crees?

Katya le pasó un brazo por la cintura a Alina y la apretó.

—Pero aun así seremos felices. ¡Hoy nos casamos!

A pesar de todos los planes para el gran día, habían tenido que hacer concesiones. No podía ser una celebración a lo grande como la de Olha y Boryslav. La presión para unirse a la cooperativa seguía siendo fuerte. Las detenciones y deportaciones mantenían a todos en vilo mientras los activistas patrullaban y visitaban las casas en busca de grano, oro, joyas o cualquier cosa que insistían que necesitaban. Una gran boda solo llamaría la atención, de modo que tenía que ser pequeña, secreta y en breve.

—Demos las gracias por que mi primo Vasyl sea ahora sacerdote y aún no haya sido deportado. Tenemos suerte de que se encuentre en la zona para poder casaros discretamente —dijo Mama—. Ahora, cerrad la puerta. Estáis dejando salir el calor.

—Eso es. Recordad, chicas, siempre hay que mirar hacia el futuro.

Tato se puso el abrigo al tiempo que les confería uno de sus consejos paternos que más repetía.

—Ahora, os dejo para que os preparéis. Voy a ver qué están haciendo los hombres.

—No me importa que no pueda tener una gran boda —dijo Alina pocos minutos después de que Tato hubiera salido—. Así será más íntima.

—Sí, así será.

Katya recogió los gruesos rizos negros de Alina en dos trenzas.

—Y una gran boda no cambia el amor que os tenéis. Cualquier idiota puede ver que estáis hechos el uno para el otro.

—Le quiero desde que tengo uso de razón. Y podría decir lo mismo de ti y Pavlo. Tú, que solías burlarte de lo enamorada que estaba, ahora estás peor que yo.

—Quizás —admitió Katya—. Sé que es muy pronto para esto, pero quiero ver qué tal te queda.

Katya le colocó a Alina la corona de mirto, o *vinok*, sobre la cabeza y dio un paso atrás para admirar a su hermana.

—Estás espectacular, Alina.

—Es verdad —dijo Mama y se sentó a la mesa con la ropa que iban a llevar.

—Somos muy afortunadas de tener cerca a unos hombres tan maravillosos —dijo Alina cambiándole el sitio a Katya para que pudiera hacerle una trenza con la larga melena castaña—. Y pensar que los dos niños que venían a jugar a nuestro patio serán tus yernos. Ahora nuestras familias estarán doblemente conectadas.

El rostro de Alina resplandecía de alegría y Katya deseó tener un aspecto la mitad de encantador que el de su hermana.

—Han quedado tan bonitas —dijo Mama desplegando las faldas y blusas en las que había estado trabajando para la ceremonia y pasando la mano por las mangas bordadas—. Sabéis, cuando decidí casarme con vuestro padre, mi madre y yo…

Mama calló de repente al abrirse de golpe la puerta. Kolya entró dando un traspié. Su rostro, habitualmente risueño, estaba empañado por el terror mientras miraba alrededor.

—¡Kolya!, —dijo Mama con voz entrecortada—. ¿Qué ha pasado?

Además del humo de leña y el aire limpio de invierno, Katya

percibió en él un olor a miedo que se le pegó y se deslizó dentro de sus huesos. En pocos segundos ya se había puesto en pie y se había acercado a él con pasos largos sin ser consciente de haberlo hecho.

—¿Dónde está tu hermano? ¿Dónde está mi padre?

Él la ignoró y sus ojos desorbitados se quedaron fijos en los de Alina.

Katya se repitió en un tono más alto y los labios de Kolya temblaron al querer decir lo que tenían que decir, pero de ellos no brotaron palabras.

No podía soportar su silencio. A pesar de lo pequeña que era ella al lado de la constitución corpulenta de él, Katya levantó rápidamente la mano y le dio una bofetada en la cara. No reaccionó, pero finalmente la miró con una expresión de aturdimiento.

—¡Habla!

Su voz, ahora agitada por la preocupación, se quebró.

—¡Explícanos qué ha pasado!

Kolya tragó saliva. El sudor había dejado gotitas en su frente a pesar del frío en la estancia. Respiraba de manera entrecortada y rápida.

—Ellos… los activistas y la OGPU han venido…

Titubeaba, como si hubiera olvidado cómo hablar, pero cuando finalmente empezó a hacerlo, las palabras fluyeron como si estuviera purgándose de la violencia de la que había sido testigo.

—Estaba en el granero. Los he visto venir por el camino, pero no me he movido. —Negó con la cabeza, como asqueado consigo mismo, y repitió—: No me he movido.

—¡Sigue!, —le ordenó Katya.

—Mi padre y el tuyo han salido a encontrarse con ellos. Han dicho que alguien había acusado a mi padre de enemigo del pueblo. Cuando han intentado detenerle, ha protestado y le han disparado —dijo Kolya con la voz quebrada—. Otro hombre ha arrojado a tu padre al suelo y le ha apuntado con un rifle a la espalda. He oído a Pavlo gritar, de modo que he corrido por la parte trasera de la casa. Creía que podría entrar por la ventana de la cocina y ayudarle, pero todo ha ocurrido muy rápido.

—¿Han disparado a mi padre?, —preguntó Katya y se esforzó por mantener la voz calma—. ¿Qué le ha pasado a Pavlo?

Kolya prosiguió con la vista fija en el suelo y el rostro semejante a una máscara pálida, y carente de emoción:

—Un hombre le ha golpeado en la cabeza con la culata del rifle y luego le ha disparado. Mi madre se ha puesto a gritar y se ha tirado encima de él y también le han disparado. Han dicho que lo más fácil es matarlos a todos.

El nudo frío de miedo que se le había hecho cuando había visto entrar a Kolya se retorció en el estómago de Katya. Lentamente fue expandiéndose por toda ella, congelando sus venas, entumeciendo todo. Su cuerpo se quedó sin fuerzas, las rodillas le flaquearon, pero el hielo la mantenía petrificada y en pie.

—¡No! —Katya negó con la cabeza—. ¡Te equivocas!

Kolya soltó un sollozo contenido.

—Ojalá me equivocara.

—¿Y mi marido?

Mama estaba en pie ahora, con las manos cogidas sobre el pecho.

—Lo han arrestado.

Kolya cogió una silla y se dejó caer en ella.

—Mi familia está muerta —dijo—. Toda mi familia está muerta y yo me he escondido como un cobarde mientras los asesinaban.

Con el puño en la boca, Mama ahogó un sollozo y volvió a sentarse en la silla. Alina corrió hacia Kolya y lo tomó en sus brazos.

—He de ir a verle —dijo Katya, que se dirigió a la puerta y se puso la chaqueta. Podía imaginar su cara sonriente con toda claridad, riendo y diciéndole que todo esto era un chiste de mal gusto. Katya sacudió la cabeza para apartar la imagen. Necesitaba centrarse. Necesitaba que el hielo siguiera circulando por sus venas hasta el final—. Y tenemos que ir a ver a Tato. ¿De acuerdo, Mama?

Sus palabras finalmente motivaron a Mama a ponerse en marcha, pero se movía lentamente, como si no estuviera segura de qué hacer. Se puso el chal y se quedó en pie con los ojos vidriosos.

—Sí. Eso es.

Katya miró fijamente a su madre, sorprendida, esperando ver a la mujer de carácter fuerte que siempre sabía qué hacer y dar órdenes. Sin embargo, su madre permanecía inmóvil junto a la puerta.

—Kolya y yo iremos a la granja y tú y Alina tenéis que ir a ver qué ha pasado con Tato —dijo finalmente Katya—. Solo estaba de visita. No deberían haberlo acusado de nada.

Mama asintió con frialdad.

—Sí. Es un buen plan.

Katya siguió a Kolya por la puerta. Tenía grabada en la mente la imagen de Mama aturdida e incapaz de decir nada. Mientras Mama se había quedado parada, inmóvil por el miedo, Katya había estado a la altura y había asumido el control. El cambio de rol de ambas la desconcertaba.

Cuando salieron al paisaje nevado, aquellos pensamientos se disiparon. Era necesario hacerse cargo de Pavlo; Tato tenía que ser salvado. Tenía que concentrarse en lo que había que hacer en lugar de pensar en lo que había ocurrido. Más tarde, ya examinaría la confusión de este día.

«Soy hielo. No siento nada». Katya se canturreaba esto una y otra vez mientras caminaba detrás de Kolya, pisando con cuidado las huellas que el otro iba dejando. El estribillo y el hecho de concentrarse en las pisadas mantenían sus pies secos y su mente suficientemente ocupada como para casi no tener que pensar en lo que había pasado. Casi.

Cinco minutos más tarde cruzó detrás de Kolya la verja principal. La tristeza permeaba la atmósfera y el ambiente cálido y acogedor que había conocido toda su vida estaba ahora manchado por el miedo y el olor metálico de la sangre.

Yosyp yacía en el umbral, medio dentro, medio fuera, su cuerpo extendido torpemente con una pierna debajo de la otra y el torso torcido hacia un lado. Gruesos copos de nieve caían sobre él, espolvoreando su pelo negro y cubriendo lentamente su cuerpo. La sangre cuajada brillaba en su pecho. Katya se llevó la mano rápidamente a la boca al sentir una sacudida en el estómago. Cerró los ojos y rezó por que hubiera sido una muerte rápida.

—Le llevaré adentro —habló Kolya detrás de ella; su voz era áspera—. Entra con Pavlo y mi madre.

La puerta estaba abierta de par en par, meciéndose suavemente al viento. Entró en la casa pasando por encima del cuerpo de Yosyp. Sus ojos necesitaron unos segundos para ajustarse a la estancia mal iluminada tras el fulgor de la nieve blanca, pero a medida que fue

capaz de enfocar la escena, deseó que la nieve la hubiera dejado ciega para siempre.

La sangre salpicaba las paredes. Las sillas estaban volcadas sobre los costados, la ropa de hogar yacía desparramada por el suelo. A pesar del caos, dos tazas de estaño permanecían sobre la mesa donde Tato probablemente se había sentado con Yosyp a discutir la situación en el pueblo, o la inminente boda de sus hijos.

Su mirada se detuvo en Pavlo, estirado en el suelo justo al pasar la puerta. Tenía la cara girada al otro lado y el hombro empapado de sangre. La madre de Pavlo yacía boca abajo, sobre el pecho de Pavlo, con los brazos extendidos en torno a él.

Un sollozo contenido se atascó en la garganta de Katya. Las lágrimas brotaron de sus ojos y el calor que desprendían sobre sus mejillas frías la sorprendió. El hielo que imaginaba que le circulaba por dentro no la podía salvar de este dolor. Estaba derritiéndose.

Cayó de rodillas a su lado. Un hilo de sudor bajó entre las escápulas de Katya y las manos le temblaron cuando colocó a la señora ya mayor de espaldas junto a su hijo. Sus ojos, del mismo color que los de Pavlo, miraban al frente, abiertos como platos por la sorpresa. Tenía manchas de sangre de Pavlo en la cara y el pelo. Con mucha suavidad, Katya le cerró los ojos. Retiró la mano mojada en sangre y un gritito de angustia brotó de sus labios temblorosos. Se la limpió en la falda, pero la piel de sus dedos latía donde había hecho contacto.

Un dolor agudo atravesó sus entrañas cuando dirigió la vista a Pavlo. Aunque podía ver que su cuerpo yacía en un charco de sangre, la idea de que nunca más iba a poder hablar con él le resultaba tan extraña que le pareció imposible. ¿Cómo no iban a mirar más el cielo juntos e imaginar dibujos? ¿Cómo no iban a pelearse más por los nombres de los diez hijos que querían tener juntos? ¿Cómo iba a planear un futuro sin él?

Respiró hondo, estremeciéndose, y se obligó a sí misma a seguir adelante. «Puedo hacerlo. Debo hacerlo». Agarró a Pavlo del hombro ileso con mano temblorosa. A pesar del frío que hacía, notó su piel aún caliente a través de la camisa. Se detuvo para cerrarle los ojos y juntar las pocas fuerzas que le quedaban y, entonces, con resolución, tiró de él. Su cabeza se movió y cayó cerca de su regazo.

Katya bajó la vista al rostro del hombre que amaba y se quedó

sin aliento al ver que sus párpados temblaban. Un mínimo atisbo de esperanza recorrió su interior y se puso en pie de un salto con incredulidad.

—¡Kolya! ¡Ven rápido! ¡Pavlo está vivo!

Katya volvió a caer de rodillas y rasgó la camisa de Pavlo para descubrir el orificio de bala: un disparo limpio en la parte superior de la espalda con herida de salida por el hombro.

—¿Está vivo? —Kolya se dejó caer a su lado y miró la herida—. La bala le ha atravesado. Quizás no haya tocado nada vital.

—Llevémosle a la cama —dijo ella con voz estridente.

Katya cogió los pies y Kolya agarró a Pavlo por debajo de los brazos, y entre los dos movieron el cuerpo fláccido hasta la cama que estaba junto al *pich*.

—¡Busca agua caliente!

Katya cogió una sábana y empezó a rasgarla para hacer vendas largas. Juntos, ella y Kolya limpiaron con cuidado la herida, luego salpicaron un poco de *horilka* reservado para la boda. Pavlo se movió cuando el licor ardió en la herida, pero no despertó.

—Ha perdido mucha sangre —dijo Kolya mientras Katya le secaba la piel alrededor del corte.

—Se pondrá bien —dijo Katya y miró fijamente a Kolya, desafiándolo a disentir—. Ahora, incorpóralo para que pueda ponerle esta venda.

—También sangra por la cabeza. Por donde le golpearon.

Kolya inclinó la cabeza de Pavlo para que Katya pudiera ver detrás de la oreja el enorme bulto que supuraba sangre.

—Probablemente sea por esto que está inconsciente.

—A lo mejor se ha desmayado por el dolor —dijo ella.

Kolya resopló.

—No es propio de Pavlo. Es duro como una piedra.

—Por eso estará bien —dijo Katya asintiendo con seguridad.

Nada la haría cambiar de opinión. Había pensado que lo había perdido para siempre, pero esta clemencia, este respiro, le había proporcionado una oportunidad más de estar con él, y ni en broma lo dejaría escapar de nuevo.

Mama y Alina irrumpieron en la casa, pero antes de que tuvieran oportunidad de hablar, Katya gritó:

—¡Está vivo! ¡Pavlo está vivo!

Mama corrió junto al lecho y lo examinó.

—¿Le has limpiado bien, Katya? No podemos correr el riesgo de una infección.

—Sí. Tal como me enseñaste cuando Tato se cortó la mano. ¿Dónde está?

Mama se irguió.

—Lo tienen detenido.

A Katya le dio un vuelco el corazón. Mama apretó los labios y su rostro le advirtió a Katya que no hiciera más preguntas.

—No podemos prepararlos como sería lo normal para un funeral, así que tendremos que apañárnoslas.

Mama se movió afanosamente por la estancia, dando instrucciones a Alina y Kolya. Le dijo a Katya que se quedara con Pavlo, lo cual habría hecho sin importar las órdenes que su madre le diera, pero nunca había estado tan agradecida de tener a su madre mandona haciéndose cargo.

Kolya merodeaba por detrás de Katya, tocando y controlando a Pavlo cada pocos minutos.

—Tengo que ser yo quien se lo diga. Lo de nuestros padres.

Katya asintió. No tenía ningunas ganas de ser la portadora de tan malas noticias.

El resto del día transcurrió como en una neblina. Nadie lo confesó, pero todos tenían miedo. Además de lo que había ocurrido, el conocimiento de que la OGPU podría volver a por cualquiera de ellos por ser familiares de los muertos y detenerlos por ser considerados enemigos del pueblo pendía sobre sus cabezas.

Pavlo se despertó justo cuando estaban acabando de limpiar.

—Katya —gimió—. ¿Eres tú, o estoy soñando?

Ella soltó el trapo que había estado usando para limpiar la sangre de sus brazos y se inclinó sobre él.

—Soy yo, amor mío. Estoy aquí.

Le cogió la cara con las dos manos y le besó en la boca, delante de todo el mundo. Gimió cuando sus labios se tocaron. Si se trataba de dolor, placer, o ambas cosas, ella no lo sabía.

—Pensaba que te había perdido.

—No te librarás de mí con tanta facilidad.

Sonrió débilmente e hizo un gesto de dolor cuando Katya se apartó.

—Qué alegría verte despierto, hermano —dijo Kolya. Le brillaban los ojos.

Pavlo intentó incorporarse. Tenía el rostro pálido y ojeroso.

—¿Dónde están nuestros padres?

Kolya agarró a Pavlo del hombro ileso y bajó la mirada.

—Han muerto.

Pavlo estiró el cuello y miró a sus progenitores, dispuestos sobre la mesa. Luego cerró los ojos y volvió a echarse en la cama.

—No había nada que pudieras hacer —dijo Kolya.

—Puede que sí. O puede que no —dijo Pavlo.

Katya le tomó la mano fría y se la llevó a los labios. Le dolía el corazón por la pérdida de Pavlo.

—Pavlo —dijo Mama—. Si puedes andar, creo que será mejor que te llevemos a nuestra casa. Sé que deberíamos sentarnos a rezar toda la noche junto a los cuerpos, pero no estaríamos seguros aquí.

—Sí. No podemos quedarnos aquí. —Kolya se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano mientras miraba a sus padres—. No querrían que arriesgáramos nuestras vidas. Podemos venir a por ellos mañana, después de hablar con el sacerdote.

Pavlo respiró hondo y asintió.

—Deberíamos irnos, pues. ¿Podéis ayudarme?

Kolya y Katya sujetaron a Pavlo entre los dos mientras caminaban fatigosamente a través del prado nevado. Apretaba los dientes y solo tropezó una vez, pero en ningún momento gritó.

Lo instalaron en la cama que Alina y Katya compartían normalmente al lado del *pich* y Kolya hizo un camastro en el suelo. Esta noche, las chicas dormirían con su madre. Mama metió otro tronco en el *pich* y se sentaron en sillas alrededor del fuego. Katya acercó la suya a la cama de Pavlo para que pudiera cogerle la mano.

—Habla conmigo, Katya. Explícame un cuento —dijo con sus labios blancos—. Necesito una distracción para dormirme.

Katya vio el dolor en sus ojos y se levantó de la silla para sentarse junto a él en la cama. Jugaban a esto a menudo, a contarse historias de lo que iba a pasar o de lo que había pasado. Rebuscó en su memoria una historia que no involucrara a sus padres ni a Tato.

—¿Te acuerdas de aquella vez que me escabullí de casa con uno de los pasteles de miel de mi madre? Lo había preparado para una

fiesta a la que teníamos que asistir, pero yo me lo llevé y fui a buscarte. Trepamos al pajar y nos comimos hasta la última miga.

Un atisbo de sonrisa apareció en los labios de Pavlo.

—Me dijiste que habías preparado el pastel para mi cumpleaños. Y luego limpiaste el plato y lo colocaste en el mismo sitio donde lo habías encontrado y le dijiste a tu madre que un perro se lo debía de haber comido.

—No digas nada.

Katya no tenía ganas de reír, pero forzó una risita para él.

—Mi madre nunca descubrió la verdad.

La conversación se fue apagando y, en medio del silencio, la enormidad de aquel día de repente abrumó a Katya. Su mente zumbaba de cansancio y se echó en la cama. Colocó la cabeza junto a la de Pavlo y le puso la mano en la mejilla. A pesar de su agotamiento, su voz brotó con fuerza.

—No puedo perderte. ¡Nunca! ¿Me oyes? Tenemos nuestras vidas planeadas y tienes que estar aquí para eso.

Pavlo le apretó la mano a modo de respuesta.

—Estoy aquí, Katya. Me has salvado.

Cuando alguien llamó a la puerta, Alina soltó un quejido y Kolya se levantó de un salto, sin embargo, la voz de Mama los calmó a todos.

—Probablemente sea el primo Vasyl, el sacerdote. Para la boda, ¿recordáis?

Kolya escondió la cabeza entre las manos y Katya se incorporó cuando Mama dejó entrar a Vasyl y le explicó lo que había ocurrido.

El sacerdote cerró los ojos —moviendo los labios en un rezo silencioso—, luego tomó las manos de Mama.

—Nadie está a salvo. ¿En qué se ha convertido este mundo?

Nadie tenía una respuesta. Mama lo acompañó a una silla y, por el camino, Vasyl miró alrededor y se detuvo al ver los vendajes de Pavlo.

—Bueno. Tenemos que organizar un funeral, pero aún os podría casar hoy, si queréis.

Se pasó la mano por la barba mientras miraba a todos, de uno en uno.

—¡No! —Kolya levantó la vista—. Hoy no.

De acuerdo con él, Katya asintió. Ella tampoco quería casarse ese día. No había pensado en la boda hasta que había llegado Vasyl, ¿cómo podría, después de lo que había pasado? ¿Y sin Tato?

—¿No crees que deberían esperar? Es demasiado pronto después de esta tragedia —dijo Mama—. Y mi esposo querría estar presente.

—Normalmente sí. Por supuesto, nadie quiere celebrar tan pronto tras una pérdida así de tremenda, pero en estos tiempos tan terribles que corren, animo a los jóvenes a aferrarse a toda la felicidad que puedan hallar y en todo momento.

Miró a Pavlo y Katya.

—Nunca se sabe lo que traerá el mañana.

Alina ahogó un sollozo y Kolya le tomó la mano.

—Lo siento. No puedo mezclar lo que debería ser el día más feliz de mi vida con el más devastador. Necesito tiempo. Quizás la semana próxima podríamos reconsiderarlo.

—Por supuesto —dijo Alina—. Esperaremos.

—Bien. Por la misma razón por la que no podemos celebrar una gran boda, no podremos tampoco celebrar el típico funeral —dijo Vasyl—. Especialmente por la manera en que fueron matados. Serán considerados enemigos del pueblo y cualquiera que asista al funeral será considerado de la misma forma. Tendremos que ser discretos y rápidos. Podemos celebrar un servicio breve en la casa. Mejor por la noche. Y solo deberá asistir la familia más cercana.

Mama dispuso las toallas tradicionales y los vasos de agua para que los padres de Pavlo y Kolya bebieran y enjugaran sus lágrimas durante el tiempo en que sus almas permanecían en tránsito hasta el funeral. Este era uno de los rituales practicados tras la muerte que sí podían hacer por ellos. Cuando Mama lo había hecho por Serhiy, había sido un consuelo para Katya. Ahora, este mismo gesto insignificante la enfadó.

—Necesitaré ayuda para descargar los ataúdes y bajarlos luego. Son demasiado largos para poder hacerlo yo solo.

Kolya picoteó un poco de *salo* frito con cebolla que Mama había preparado para la boda y que ahora servía para el funeral.

A Katya se le atragantó la carne grasienta junto con las lágrimas que se negaba a derramar.

—¿Quizás podrías pedírselo a un vecino?, —dijo Mama.

—Es mejor que no involucremos a nadie —dijo Kolya—. No podría soportar tener más sangre en las manos.

—¿Tus manos? —Katya lo miró con incredulidad—. No es culpa tuya, Kolya. Lo sabes, ¿no?

—Quizás no sea culpa mía, pero no lo impedí. Y nada de lo que digas lo va a cambiar. Tendré que vivir con esta verdad.

Se apartó de la mesa y de la exigua cena.

Pavlo lo agarró del brazo.

—Kolya, no podrías haber impedido lo que pasó. ¿No entiendes lo feliz que me hace que estuvieras a salvo?

Kolya se apartó de Pavlo y se puso la chaqueta.

—Tengo que terminar esto.

—Alina y yo ya te ayudamos a hacer los ataúdes —dijo Katya, que se puso en pie y apoyó una mano en el hombro de Pavlo para tranquilizarlo—. Ahora también podemos ayudarte a cavar las tumbas.

—No. Quiero hacerlo yo.

Kolya mantenía los ojos clavados en el suelo.

—Esta parte debo hacerla yo solo.

—Solo no —dijo Pavlo—. Iré contigo.

—¡No! —Katya se esforzó por no dejar que el pánico le oprimiera el pecho ante la idea de perder de vista a Pavlo—. No estás recuperado para cavar.

—Quizás no, pero no voy a permitir que mi hermano lleve esta carga solo. No cavaré mucho, perdóname Kolya, pero estaré allí contigo.

Kolya hizo un gesto rápido de asentimiento y se fue, dando un portazo al salir.

Katya empezó a protestar de nuevo, pero Mama le tocó el brazo.

—Déjalos, Katya. Están de luto.

Katya admitió su derrota y se sentó de nuevo.

—Está bien. Me encargaré de las tareas aquí, y luego iré a hacerme cargo de vuestros animales también. Si me quedo sentada, me volveré loca.

—Gracias.

Pavlo le depositó un beso con sus labios fríos en la mejilla y ella se obligó a no retenerlo allí, donde lo pudiera mantener a salvo. Él

hizo un gesto de dolor cuando la pesada chaqueta cayó sobre su herida y Katya se encogió con él, como si su dolor también le perteneciera.

Limpiar establos, recoger con la pala el pienso, ordeñar la vaca, luego caminar fatigosamente campo a través para hacer lo mismo en la granja de Pavlo mantuvo a Katya ocupada, a pesar de que su mente no dejaba de divagar y dirigirse a su querido padre, encerrado en una celda fría. Tuvo un escalofrío cuando intentó recordar si se había abrigado bien el día anterior. Se dijo que lo soltarían pronto. No había hecho nada malo. Por otro lado, tampoco los demás habían hecho nada malo. Ya nada tenía sentido.

Vasyl era la única persona, además de ellos, que vino a despedir a sus seres queridos. Por supuesto, todos en el pequeño pueblo se habían enterado de lo que había pasado, pero nadie preguntó acerca del funeral ni se ofreció a ayudar. El riesgo era demasiado grande.

Vasyl leyó las oraciones sobre los cuerpos, luego ayudó a sacar los ataúdes. Se detuvieron para dar tres golpecitos contra la jamba con el extremo de los ataúdes para permitir a los fallecidos despedirse de su hogar, luego se encaminaron al cementerio. Mama iba a la cabeza de la procesión. En una tela *rushnyk* llevaba los restos de un icono sagrado que Prokyp había hecho añicos. Kolya, con Pavlo al lado, condujo la carreta con los cuerpos, y Vasyl, Alina y Katya los seguían detrás a pie. A pesar del amparo de la oscuridad, el miedo a ser descubiertos amplificaba cada crujido de la carreta y mantenía a todos en silencio y en guardia.

Vasyl dijo unas pocas palabras, luego bajaron los ataúdes. Pavlo usó el brazo ileso, pero tuvo que apoyarse en Katya, que tuvo que apuntalar sus fuertes piernas y, rodeando la cintura de Pavlo con sus brazos, lo mantuvo en pie mientras los sollozos silenciosos por sus padres sacudían su cuerpo. El breve servicio concluyó al poco de comenzar; incluso la posibilidad de llorar a los seres queridos les había sido arrebatada.

Una ráfaga de aire frío siguió a Mama dentro de la casa cuando se dejó caer en la silla junto al *pich*. Su rostro inexpresivo no le dio a Katya pistas de lo que había averiguado en su viaje al pueblo

aquella mañana para forzar a los guardas a soltar a Tato. Había insistido en ir sola en el caso de que se enfadaran y la detuvieran a ella también.

—¿Qué has descubierto?, —preguntó Katya intentando ignorar la cara hinchada y cubierta de lágrimas y su propia sensación de desasosiego en el estómago—. Un par de días más y le soltarán, ¿verdad?

—No está allí.

Mama intentó controlar sus emociones, pero era un esfuerzo inútil. De sus labios brotó un gemido y la mujer cayó al suelo.

—Lo deportaron anoche. No he podido siquiera decirle adiós.

—No, Mama. —Katya negó con la cabeza—. Tato no. No puede ser verdad. Quizás te están mintiendo.

Alina cayó de rodillas y abrazó a su madre, presa del llanto. Katya sabía que debía acercarse a ellas, llorar juntas la ausencia de su padre, pero no era capaz de mover los pies. En lugar de ello, mientras pensaba en una vida sin las dulces sonrisas y sabios consejos de Tato, cerró los puños con tanta fuerza que se arañó la piel con las uñas.

—Le diremos a Vasyl que espere —dijo Alina cuando los sollozos de su madre disminuyeron—. No podemos casarnos justo después de la deportación de Tato.

De golpe, Mama levantó la cabeza.

—¿Quieres casarte con este hombre?

Se enjugó las lágrimas con una mano y con la otra señaló a Kolya.

—Por supuesto —dijo Alina. Volvió la vista a Kolya y su mirada se suavizó.

—¿Y tú, Katya?, —dijo Mama y volvió sus ojos de acero, llenos de lágrimas, hacia su hija menor—. Quieres casarte con Pavlo, ¿verdad?

La voz de Mama sacudió a Katya de su aturdimiento y levantó la vista para mirar a Pavlo. Su pulso se aceleró. Quería casarse con él de todo corazón. Pero ¿casarse sin Tato presente? ¿Y celebrar su amor por Pavlo mientras su padre se iba alejando un poco más cada minuto que pasaba? Ese no era el plan.

—Sí, Mama, pero…

—Entonces tendréis que casaros hoy.

Mama levantó una mano para silenciar a Katya.

—Rezo para que podáis disfrutar siquiera de un pedacito de la felicidad que compartí con vuestro padre, y si la queréis, entonces tenéis que aprovechar ahora. Ya habéis visto lo que ha pasado con la iglesia. No es más que un edificio para las reuniones del partido. No. Tenéis que casaros mientras siga habiendo un cura en el pueblo que pueda hacerlo, porque Dios sabe cuánto tardarán en llevárselo a él también.

Se santiguó y dijo una oración en voz baja.

Así, apenas unos días después del funeral, y al día siguiente de que Tato fuera deportado, Kolya y Alina y Pavlo y Katya se casaron en la casa. Durante aquellos breves minutos en los que el cura unió sus manos con la tela *rushnyk* que Mama había bordado para ellos, Katya miró a Pavlo y se sintió completa. El amor brotó en su corazón por el hombre con el cual ahora estaba conectada para el resto de su vida, pero luego, cuando miró a su madre en pie, sola, apretando las manos y conteniendo las lágrimas, la realidad volvió con intensidad y mancilló toda la felicidad que había sentido.

—Vuestro padre querría que hoy fueseis felices —dijo Mama después de abrazarlas—. ¿Qué es lo que dice siempre? Mirad hacia el futuro.

Su voz se quebró y escondió la cara en su pañuelo.

La sonrisa temblorosa desapareció del rostro de Katya.

11. Cassie

Illinois, mayo de 2004

Cassie se frotó los ojos y bostezó cuando el aroma delicioso de masa frita y fruta entró flotando en su dormitorio. En cualquier otro lugar, ese olor significaría un pastel de café o crepes, pero aquí, solo significaba una cosa. *Blintzes*. Se le hizo la boca agua y Cassie se levantó de un salto de la cama y se dirigió a la cocina.

Bobby y Birdie estaban sentadas a la mesa, codo a codo, trabajando. Delante de ellas había una bandeja llena de unas crepes finas que Bobby ya debía de haber frito. Al lado había un bol lleno de una mezcla de crema de queso dulce para rellenarlas.

—Ahora tienes que doblar esta parte por encima, ¿lo ves?

Bobby hacía la demostración. Birdie, con el ceño fruncido por la concentración, dobló con cuidado la última esquina de crepe por encima del relleno y sonrió al ver el producto acabado. Sus ojos brillaban de orgullo y levantó la *blintz* para que su madre la inspeccionara.

—¡Preciosa!

Cassie sonrió, aliviada al ver a Bobby y a Birdie de tan buen humor. La presencia de Birdie parecía alegrar a Bobby y en los últimos días no había vuelto a mencionar ningún presagio de su muerte.

—Cuando era niña, las llamábamos *nalysnyky* —le dijo Bobby a Birdie—. Mis favoritas eran las de cerezas, pero tendremos que aguantarnos y poner fresas encima.

—Me encantaría oír más historias de cuando eras niña —dijo Cassie, sentándose a la mesa.

Quizás, si pudiera conseguir que Bobby hablara abiertamente sobre su pasado, no se dejaría arrastrar por él tan a menudo. Dirigió

la vista hacia la lata donde había encontrado el alijo de notas escondidas. Todavía no se le había ocurrido cómo traducirlas.

Bobby frunció la boca y Cassie se preparó para el rechazo esperado, pero en lugar de ello, Bobby dijo:

—Quizás. Pensaré en ello. Al fin y al cabo, no me queda demasiado tiempo.

Cassie respiró hondo. La idea de perder a Bobby, de volver a perder a alguien a quien quería, provocó que el estómago se le revolviera.

—Me gustaría que no hablaras así, Bobby. No me gusta.

—Lo siento —dijo Bobby y le dio palmaditas en la mano a Cassie —. Pero no soy joven. No voy a seguir aquí para siempre.

Cassie tragó saliva.

—Lo sé, pero no es necesario obsesionarse.

—No me obsesiono. Tan solo expongo los hechos.

—¿Y si hablamos de cuando eras joven mientras Birdie hace la siesta?

Bobby no respondió y Cassie sabía que debía dejarlo, pero no lo hizo.

—Quizás incluso me podrías enseñar tu diario.

Bobby se quedó absorta unos instantes. Entonces, como si no hubiera oído a Cassie, empezó a ponerse en pie.

—Necesitamos más fresas.

—Iré a buscarlas —dijo Cassie levantándose de un salto y maldiciéndose. Presionaba demasiado—. Deberías descansar.

—¡Estoy bien!, —dijo Bobby, pero se sentó de nuevo en la silla —. Tal como les dije a tu madre y a esos médicos.

—Lo sé, pero estoy aquí y no hay razón para que no te ayude.

Cassie colocó las fresas en la mesa y trató de limar asperezas tras su metedura de pata.

—¿Sabes? No recuerdo la última vez que tomé *blintzes*.

—¿Tú nunca las preparas?

Bobby miró fijamente a Cassie.

—La verdad es que no —respondió Cassie con una débil sonrisa y se encogió de hombros—. Prepararlas sin tino es lo mismo.

Bobby resopló mostrando su desaprobación. Cassie no podía engañarla.

—La verdad es que… —dijo, sentándose en la silla junto a

Bobby y bajando la voz—, no me apetece hacer nada, últimamente. Desde que Henry…

La mirada de Bobby se suavizó.

—Eso lo entiendo. Pero la vida sigue y debemos mirar hacia el futuro, ¿verdad? Y las niñas han de comer, de modo que preparamos *blintzes*. Toma, mira a ver si te acuerdas de cómo hacerlas.

Le dio a Cassie una y le enseñó de nuevo a untar el relleno y doblar la crepe de modo que no se escapara nada. Sus viejos dedos artríticos volaron a pesar de las articulaciones inflamadas y el producto final quedó perfecto.

Cassie intentó imitarla, pero cuando hizo la última doblez, el queso dulce goteó por una esquina.

Bobby soltó un cloqueo y negó con la cabeza. Luego miró el trabajo de Birdie.

—Vuelve a intentarlo. Mira, como Birdie. Ella prepara unas *blintzes* maravillosas.

Birdie sonrió en respuesta al elogio y luego señaló la bandeja vacía.

—No quedan más por hacer —dijo Bobby, de acuerdo con Birdie —. Ahora, pondremos las fresas encima y nos las comeremos. Ve a lavarte las manos.

Birdie corrió a hacer lo que le habían dicho y Bobby se inclinó hacia Cassie.

—Es muy buena.

Los ojos de Bobby se dirigieron al fregadero donde se encontraba Birdie. Sus piernas delgadas asomaban por las perneras de otro pijama demasiado pequeño.

—Ojalá volviera a ser como era antes del accidente.

—Volverá a ti —dijo Bobby—. Dale tiempo.

—Ha pasado más de un año.

—No hay un límite de tiempo para el duelo. Deberías saberlo.

Miró a Cassie con curiosidad.

—¿Y tú? ¿Acaso has vuelto a la normalidad? Solías llevar contigo un diario a todas partes y escribías constantemente. Ya no veo que lo hagas.

Cassie se tragó el nudo que sentía en la garganta. Bobby siempre había sido muy perspicaz.

—Ahora no tengo nada de que escribir.

Bobby le dio palmaditas en la mano.

—Cuando Birdie esté lista, hablará, y la recuperarás. Cuanto tú estés lista, escribirás. Ahora, come *blintzes*.

Esa misma tarde, después de arropar a Birdie para dormir la siesta, Cassie se dirigió por el pasillo al dormitorio de Bobby. Tenía en la mano la vieja foto de las dos chicas que había caído del diario y las extrañas notas de debajo de la lata de harina y esperaba que, a pesar de la brusca conclusión de su conversación de antes, su abuela estuviera dispuesta a hablar. Su insistencia en mencionar presagios sobre su muerte preocupaba a Cassie.

—¿Bobby? —Cassie llamó a la puerta y esta se abrió unos centímetros.

A través de la hendija vio a Bobby sentada en la cama, ajena a la presencia de Cassie. La pequeña vela sobre la mesilla de noche parpadeaba en la habitación a oscuras. El ademán en la cara de Bobby reflejaba angustia. Tenía bien agarrado un lápiz en la mano buena y lo presionaba contra una libreta abierta, escribiendo lentamente y con propósito.

Cassie se quedó quieta, sin saber qué hacer. ¿Debería hacer saber a Bobby que estaba allí? ¿O quizás debería esperar y ver lo que haría a continuación?

Antes de poder tomar una decisión, Bobby arrancó una página de la libreta y se dirigió, arrastrando los pies, hacia el armario. Escarbó detrás de la ropa, en un estante, y metió la nota en una caja. Luego, sopló la vela y se metió en la cama. Cerró los ojos de inmediato, como si el proceso entero la hubiera dejado exhausta.

Cassie bajó la vista a la foto que tenía en la mano y, con un repentino estallido de valentía, dio un paso y entró en el dormitorio.

Bobby se movió en la cama.

—¿Alina? ¿Eres tú?

—No. Soy Cassie. Vengo a ver cómo estás —le dijo y se acercó a su abuela y alisó las mantas—. ¿Quién es Alina?

—Ah. Cassie.

La decepción en la voz de Bobby le sentó a Cassie como una

patada en el estómago. Bobby forzó una sonrisa vacilante e ignoró la pregunta.

—Te he dejado algo en tu habitación.

—Gracias. No era necesario.

Bobby le dio la espalda a Cassie.

—Estoy muy cansada y me gustaría estar sola.

—Está bien.

Cassie se dio la vuelta, salió de puntillas del dormitorio y cerró la puerta, pero no sin antes oír un sollozo contenido. Vaciló, con la mano aún en el pomo, y luego se fue a su habitación. Si presionaba más, Bobby podría cerrarse completamente.

En su mesilla de noche vio que Bobby le había dejado una libreta como la que ella misma había estado utilizando. Cassie sonrió. Había vuelto a casa para cuidar de Bobby, pero, de momento, Bobby parecía sintonizar mejor con lo que Cassie necesitaba.

Cassie hojeó las páginas en blanco y pasó los dedos por encima de las palabras en inglés que Bobby había escrito meticulosamente para ella en el interior de la cubierta.

Sal adelante hoy. Mañana todo irá mejor.

Un consejo del padre de Bobby. Era un poco desolador, pero ¿cuántas veces se había dicho Cassie a sí misma que debía salir adelante? Tendría que esforzarse por creer la parte que decía «Mañana todo irá mejor».

Apartó el cuaderno. Aún no. Aún no estaba lista. Pero quizás pronto intentaría escribir su diario.

Respiró hondo y se dirigió al cuarto de baño, ansiosa por disfrutar de la ducha que no había podido tomar por la mañana.

El cuarto de baño, como todo lo demás en la casa, tenía el mismo aspecto que cuando Cassie era niña. La bañera, lavamanos y aseo de color verde aguacate seguían chirriando al estilo de los setenta, y la alfombrilla de baño de pelo largo y color naranja respaldaban la estética.

Cassie abrió el grifo y también el armario de la ropa blanca para

coger una toalla.

En lugar de toallas, papel de baño y otros artículos de baño, el estrecho armario estaba lleno de latas de comida. Guisantes, judías verdes, maíz, atún y jamón enlatado, todo apilado en filas ordenadas.

Cassie cerró la puerta y miró debajo del lavamanos. Allí encontró las toallas y cuatro botes de copos de avena. Un hormigueo de preocupación recorrió su columna. ¿Por qué estaban los armarios de la cocina vacíos y los del cuarto de baño llenos de comida? Indudablemente, esta no era la conducta de una persona cuerda.

Mientras se enjuagaba el champú del pelo e intentaba pensar en maneras de abordar el tema con Bobby, alguien llamó a la puerta del baño.

Sobresaltada, cerró el agua.

—Voy enseguida.

Cuando la única respuesta fueron más golpes, Cassie agarró una toalla y se envolvió en ella.

—¿Birdie? Espera. Ya voy.

Los golpes se hicieron más frenéticos.

—¡Vale! ¡Vale!, —dijo Cassie mirando su ropa apilada en el lavamanos. Decidió ceñirse la toalla un poco más y abrió la puerta.

—¿Qué pasa?

Birdie daba saltos señalando la sala de estar. Cassie miró pasillo abajo y vio la puerta de la casa abierta de par en par. Birdie agarró su mano y la arrastró hacia la puerta. Cuando salía del baño, Cassie alargó la mano y cogió del gancho el viejo albornoz rosa de Bobby.

—¿Dónde está Bobby?, —preguntó Cassie mientras se ceñía la ancha prenda alrededor de su cuerpo—. ¿Ha salido afuera?

Birdie asintió. La pequeña fruncía el ceño y Cassie se dio cuenta de que debía de haberla oído a ella y Anna hablar de que Bobby se había perdido.

—Has hecho bien en decírmelo. Ahora, quédate aquí. ¡No salgas de casa!

Cassie agarró a Birdie por los hombros y los sacudió un poco antes de salir corriendo y echar un vistazo por la calle. Después de su conducta de esta tarde, Cassie no quería que Bobby anduviera por ahí sola.

Bobby casi había llegado a la esquina y estaba mirando alrededor.

—¡Bobby!, —llamó Cassie—. ¡Espérame! ¡Ya voy!

Se dio la vuelta para volver a entrar y coger los zapatos cuando vio con el rabillo del ojo que Bobby se ponía de nuevo en marcha.

—¡No! ¡Espera!, —gritó Cassie, pero Bobby no la oyó. Avanzó arrastrando los pies hacia el cruce donde el tráfico era denso. Olvidando la ropa, Cassie corrió descalza acera abajo—. ¡Bobby! ¡Para!

Una ranchera gris se detuvo al lado de Bobby y un hombre salió de ella. Dio la vuelta corriendo hacia Bobby y la cogió por el codo.

El pánico inundó a Cassie. No llevaba ni una semana aquí que ya había dejado que su abuela se escapara y ahora encima la secuestraban.

—¡Eh! ¡Déjala en paz!

El miedo la impelía en su carrera, ajena al pavimento duro que hería sus pies y el albornoz que se batía contra sus piernas.

El hombre levantó la vista y sonrió cuando Cassie los alcanzó.

—Hola, Cassie. Solo la estaba ayudando a cruzar la calle —dijo el hombre.

Al mismo tiempo, Cassie, sin aliento, le preguntó:

—¿Qué diablos estás haciendo con ella?

—No te acuerdas de mí, ¿verdad?, —preguntó. Sus ojos titilaron, como si le hiciera gracia su desconsideración.

—Em… —Cassie lo miró con ojos entrecerrados. Aún jadeaba del esfuerzo de la carrera—. Oh, claro. Del hospital. Mick.

—En realidad es Nick —se rio entre dientes—. Me alegro de haber causado tan buena impresión.

—Lo siento. Nick. Claro —dijo Cassie apartándose el pelo mojado de las mejillas—. No pareces el mismo sin el uniforme.

Nick miró su albornoz.

—Podría decir lo mismo de ti.

Cassie se ruborizó.

—Escucha. Siento mucho todo esto. No estoy segura de si se trata de sonambulismo, pero estaba haciendo la siesta cuando me he metido en la ducha. Ha salido a la calle y no he tenido tiempo de vestirme.

—No soy sonámbula ni estoy sorda —soltó Bobby. Pero en sus

ojos se veía confusión—. Soy una mujer adulta y quería ir a dar un paseo. Siempre paseo por la tarde. Hoy he salido un poco antes porque no podía dormir. ¿A qué viene tanto alboroto?

—El alboroto es porque se supone que no debes salir a pasear sin decírmelo, y por poco vuelves a cruzar en medio del tráfico —dijo Cassie.

—No es verdad —respondió Bobby dando una patada en el suelo —. Estaba esperando a que los coches pasaran. No exageres, Cassie.

Su actitud cambió al dirigir a Nick una sonrisa y darle una palmadita en la mano.

—Qué alegría volver a verte. Tienes que venir a comer con nosotras pronto, ¿de acuerdo?

Cassie frunció el ceño en respuesta a la reprimenda y Nick sonrió.

—Claro. Estaré encantado. ¿Qué te parece si te llevamos a casa ahora?

Cassie asió a Bobby de un brazo y Nick del otro y acompañaron a Bobby a la casa donde Birdie, en el umbral, los miraba con su perrito de peluche agarrado.

—¿Quieres intentar volver a echarte, Bobby?, —preguntó Cassie —. Quizás puedas dormirte ahora que has tomado un poco el aire.

Bobby asintió, de modo que Cassie la acompañó a su dormitorio y la ayudó a meterse en la cama. Como no quería volver a ver a Nick con el albornoz puesto, pasó por su habitación y se puso unos pantalones cortos y una camiseta.

Se detuvo en la entrada de la sala de estar donde oyó a Nick leer en voz alta. Birdie estaba sentada en el extremo más alejado de la estancia, dándole la espalda a Nick mientras este hacía voces para diferenciar a los personajes. Birdie no le miraba, pero sacudía los hombros riendo en silencio la jocosa interpretación.

Cassie se ablandó al ver las manos grandes que aguantaban el pequeño libro de cartón y la mirada optimista en la cara de Nick al dirigir su voz a Birdie. Cruzó la sala cuando terminaba de leer una página y se sentó en un sillón frente a Nick.

—No es la primera vez que lees Dr. Seuss[8], ¿verdad?, —preguntó Cassie mientras Birdie iba acercándose lentamente a Nick.

Se ruborizó.

—Claro que no. Yo y el doctor hace tiempo que nos conocemos.

Perdona. He visto el libro aquí y he pensado que podía leerlo. Por nostalgia.

—Ajá —dijo Cassie con una sonrisita juguetona en los labios—. En voz alta. Y haciendo voces y todo.

—Bueno. Si uno va a hacer algo, tiene que hacerlo bien.

Dejó el libro a un lado.

—Pero ahora que tu abuela está a salvo en casa, probablemente sea mejor que me vaya.

Birdie, que seguía dándoles la espalda, pero que ya se encontraba casi junto al sofá, se dio la vuelta, cogió el libro y lo empujó hacia las manos de Nick.

Sorprendida, Cassie contuvo el aliento. Desde el accidente, Birdie se había convertido en una sombra de la niña vivaz que había sido. Nunca intentaba comunicarse con nadie que no fuera la familia más cercana.

Nick la miró.

—¿Quieres que siga leyendo?

Birdie sonrió y señaló el libro.

Cassie exhaló. Su pulso se aceleró gozando de ese pequeño atisbo de la niña que conocía. Tenaz. Franca. Con una gran personalidad.

Nick miró a Cassie, sus ojos solicitando permiso, y ella asintió.

—De acuerdo. Bueno, pues, ¿por dónde iba? —Nick hojeó el libro y luego prosiguió con su absurda voz aguda.

Cassie apenas podía contener la alegría viendo a Birdie soltar risitas y chillidos ante sus payasadas. Nick terminó el libro y cogió otro del montón que había en el sofá y empezó a leer. Birdie se fue acercando poco a poco a Nick hasta que, finalmente, se apoyó contra su pierna, sonriéndole. Cuando terminó, la niña le puso un tercer libro en las manos. Sin detenerse, Nick leyó.

Encantada con este cambio en su hija, Cassie le dejó seguir leyendo dos libros más, pero cuando Nick cogió el sexto, ella miró el reloj y se dio cuenta de que habían estado leyendo durante treinta y cinco minutos. Se puso de pie con celeridad.

—No, Bird, estoy segura de que el señor… eh… bueno, estoy segura de que el señor Nick tiene lugares adonde ir y cosas que hacer.

Nick soltó una carcajada.

—Me llamo Koval. Nick Koval. Y tú misma suenas a Dr. Seuss [9] .

Birdie volvió a reír y Cassie sacudió la cabeza, incrédula. No había visto a su hija comportarse así desde antes del accidente. Primero, su felicidad y determinación esa mañana mientras preparaba *blintzes* y, ahora, su euforia mientras escuchaba a Nick contarle cuentos. Parecían las cosas sencillas y normales de las que disfrutaría una niña pequeña, pero Cassie no se las había estado proporcionando. Se sintió ahogada por un sentimiento de culpa.

—Debería irme, pero ¿quizás podríamos leer uno cortito?

Le sonrió a Cassie con optimismo y una pequeña parte de sí misma que Cassie había mantenido oculta donde nadie pudiera verla, se enterneció. Birdie dio saltitos en su asiento y entrelazó las manos bajo el mentón, mirando con ojos suplicantes a pesar de que su boca permanecía en silencio.

—Está bien —dijo Cassie, de repente ansiosa por alejarse de Nick y de la rara agitación que su sonrisa fácil le provocaba en el pecho—. Veo que estoy en desventaja. Iré a buscar limonada para todos.

Cuando preparaba las bebidas a Cassie le temblaron las manos. Puso los vasos y un plato de galletas en una bandeja y a continuación se agarró a la encimera y respiró hondo. De su boca brotaron palabras murmuradas como un mantra tranquilizador.

—Él no tiene nada especial. Es Birdie que está excitada por la atención recibida. No es él. Es la atención.

Pero ¿qué significaba todo esto? Otra punzada de culpa la golpeó. Si era atención lo que Birdie realmente necesitaba, ¿por qué no se la había dado? ¿Estaba tan absorbida por su propio dolor que había ignorado lo mucho que su hija necesitaba que interactuara con ella?

Era obvio. Birdie necesitaba que alguien le prestara atención y Cassie tenía que arreglar aquello. No podía seguir usando la muerte de Henry como excusa para excluir a todo el mundo, incluso a su hija. Volvió a respirar hondo, se armó de valor y se dirigió a la sala de estar.

Cassie dejó la bandeja en la mesa baja.

—Por favor, toma un tentempié. Es lo mínimo que puedo hacer por tus servicios de rescate y entretenimiento.

—No hay de qué.

Nick sonrió y dos grandes hoyuelos aparecieron en sus mejillas.

Subiendo la guardia de nuevo, Cassie estudió a Nick con ojo crítico, pero, aun así, tuvo que admitir que era bastante atractivo. Con el cabello castaño claro corto, ojos azules y la piel morena, parecía el tipo perfecto para un anuncio de un hombre que pasa mucho tiempo al aire libre.

—No tenía una audiencia tan cautiva desde que mi hermana y sus hijos estuvieron de visita. Me tuvieron leyendo a Dr. Seuss durante horas —dijo.

Cassie se dio cuenta de que le había estado mirando fijamente. Sacudió la cabeza y se aferró a lo último que había dicho.

—¿Tienes sobrinos?

—Sí. Gemelos de seis años. Dan guerra, pero son muy divertidos. Viven en la Costa Este, así que no suelo verlos a menudo.

—¡Qué lástima!

Tomó un gran sorbo de limonada y el libro que había estado leyendo le llamó la atención.

—¡Oh! ¡Me había olvidado de este libro! —Cogió el viejo libro ilustrado ucraniano que Bobby solía leerle de niña. Pasó los dedos por la maltrecha página que mostraba un niño y un perro. Miró a Nick con incredulidad—. ¿Sabes leer ucraniano?

Nick ladeó la cabeza de la sorpresa.

—Pues claro. ¿Tú no?

Cassie negó con la cabeza.

—Nunca aprendí. Y justo mi madre me decía el otro día que no tenían una escuela ucraniana cerca, de modo que ella tampoco aprendió.

—Significaba mucho para mi *baba* que yo fuera a una —dijo Nick—. Todos los sábados por la mañana, lloviera o tronara. Durante un tiempo odié ir, pero en realidad no estaba mal. Aprendí muchas cosas acerca de dónde venía ella y sobre la historia de mi familia.

Cassie frunció el ceño.

—Bobby nunca habla sobre Ucrania. Ni de su familia. Siempre ha sido un gran misterio para nosotras.

—Bueno, en aquel país se vivieron tiempos muy duros, según mi *baba*. No era una vida fácil. Quizás le resulte doloroso pensar en

ello.

—Sí, quizás —dijo Cassie, de nuevo distraída por una nueva idea que le acababa de pasar por la cabeza—. ¿Tienes un minuto para leerme algo?

—Claro —dijo Nick.

Cassie corrió a su dormitorio y abrió el cajón de la cómoda. Cogió las notas y la foto y regresó por el pasillo a la sala de estar donde las colocó sobre la mesa, delante de Nick.

—Me gustaría saber qué dicen.

Nick frunció el ceño mientras leía las notas en voz alta.

—Dos latas de guisantes, mesita. Tres latas de sardinas, macizo de flores sur. Una caja de galletas saladas, detrás del sofá azul.

Le dio la vuelta al papel y continuó.

—Cerezas desecadas, escritorio pequeño. Remolacha encurtida, armario habitación invitados.

Levantó la vista para mirar a Cassie con asombro, luego echó un vistazo a unas pocas notas más.

—Todas son como esta. Comida y ubicación. ¿Qué es esto?

Cassie negó con la cabeza.

—No estoy segura.

En los labios de Nick apareció una sonrisa, pero no quiso insistir. Entonces miró la vieja foto y le dio la vuelta.

—No hay nada en el dorso excepto una fecha, septiembre de 1929. Una foto muy bonita. ¿Quiénes son?

—Tampoco lo sé.

Cassie intentó ocultar su decepción.

—Como un buen misterio —dijo Nick—. Si necesitas que te lea algo más, dímelo. Estaré encantado de ayudarte.

Quiso decirle: «¿Puedes quedarte aquí mientras voy y le robo el diario a mi abuela? Me lo podrías leer y yo podría husmear en su pasado para averiguar lo que le está pasando ahora».

En lugar de ello, le respondió con un corriente «gracias» e intentó —pese a su distraída cabeza— que se le ocurriera algún formalismo.

—¿Así que vives calle abajo? ¿Qué tal?

—Sí, en la casa de mi *baba*. Requiere algo de reforma, pero tiene un gran potencial.

—Qué bien que te la dejó a ti.

Nick se miró las manos.

—Siempre estuvo pendiente de mí.

—Es lo que mejor saben hacer —coincidió Cassie.

—Indudablemente. Bueno, gracias por la limonada y las galletas.

Se puso en pie y miró alrededor, luego cogió el bloc de notas que Bobby tenía junto al teléfono.

—He de irme, pero antes de olvidarme, deja que te dé mi número en caso de que necesites algo.

—Oh. No quisiera molestarte —protestó Cassie, pero Nick ya había empezado a escribir.

—No es molestia —respondió. Sus ojos azules quedaron fijos en los de ella y los rabillos se arrugaron al sonreír—. Somos vecinos, ¿no? Es lo que hacen los vecinos.

Nick le dio la nota y Cassie le rozó los dedos al cogerla. Retiró la mano con brusquedad al sentir que le ardía la piel al contacto.

—Gracias.

Durante un breve instante, Nick dejó la mano suspendida, como si él también hubiera notado esa llamarada. Por su cara pasó un destello de perplejidad tan veloz que Cassie no estaba segura de haberlo visto y entonces ya había reaparecido la distintiva sonrisa de Nick. Él ofreció la palma de su mano a Birdie para chocarla y, sorprendentemente, o quizás no tanto, dado su repentino afecto hacia él, la niña respondió con una palmada retumbante y una amplia sonrisa.

Nick se detuvo para agacharse y recoger algo del suelo.

—Oh. He olvidado traducirte esta.

Cassie se acercó y miró la breve anotación.

—Esta no la había visto. Quizás se le cayera a Bobby cuando estaba sentada aquí. Parece como si alguien hubiera derramado café encima.

Una mancha marrón oscuro se había pegado en el papel amarillento, casi estropeando las palabras.

Nick leyó en voz alta:

> Eres tan bonita cuando duermes que no me he atrevido
> a despertarte. Te amo.
> Te veré pronto. P.

—Vaya. —Cassie se llevó la mano temblorosa al pecho en un inútil

intento de reprimir el repentino dolor que atravesó su corazón. Henry había sido igual de romántico, dejándole pequeños mensajes por la casa para que ella los encontrara a lo largo del día—. Me pregunto quién es P.

Nick se acercó el papel a la cara y entrecerró los ojos.

—Me parece que esto no es una mancha de café. Creo que es sangre.

12. Katya

Ucrania, marzo de 1931

Normalmente, después de la boda, una novia acostumbraba a mudarse con la familia del novio, pero debido a las circunstancias y al no tener información sobre el destino de Tato, la familia había decidido que Alina y Kolya se mudarían a la granja de los padres de él, y Pavlo y Katya se quedarían con Mama.

Siguieron adelante, existiendo en un estado de felicidad incierta, mezclada con dolor y miedo. Katya nunca dejaba de pensar en Tato, preguntándose si estaba a salvo, si estaba vivo, pero a la vez disfrutaba en su nuevo papel como esposa de Pavlo. Poder tocarle y hablar con él siempre que quisiera la llenaba de una manera que nunca habría imaginado. Estar casada con él era lo que siempre había soñado. Intentaba centrarse lo mejor que podían en aquello y en olvidar que, en todos los demás aspectos, sus vidas habían cambiado drásticamente a peor.

—Katya, tenemos que hablar.

Pavlo le tocó el brazo cuando ella pasaba junto a él cargada con una brazada de heno para alimentar el ganado al atardecer.

—¿De qué?

Katya descargó el heno en el abrevadero y le rascó la cabeza a la vaca.

—Me voy.

Katya apartó la mano de la vaca, que pestañeó y luego siguió rumiando.

—¿Qué quieres decir? ¿Adónde?

Se giró y la fulminó con la mirada.

—He hablado con mi primo del pueblo de al lado. Están intentando organizar una resistencia y quiero formar parte de ella.

—Pero si ni siquiera has cicatrizado —dijo tocándole el hombro herido con ternura para luego darle un puñetazo en el sano—. ¿Qué te crees? No les servirás de nada estando herido.

—Estoy casi bien y lo sabes. He estado trabajando como antes. Tengo la fuerza suficiente para manejar un arma y luchar.

—¿Y qué pasa conmigo?

Odiaba el tono de súplica que se había alojado en su voz, pero no lo podía controlar, igual que no podía controlar las lágrimas que habían brotado de sus ojos.

—¿Eres capaz de dejarme así, tal cual?

—No, Katya, nunca será fácil dejarte.

Le tomó la cara con las manos.

—Eres mi vida, mi amor. Pero si no luchamos, ¿qué será de nosotros? Tú misma dijiste que deberíamos enfrentarnos a ellos. ¿No te acuerdas? Si funciona, entonces podré animar a la gente de aquí a hacer lo mismo.

Katya lo dejó estar, derrotada.

—No después de que nos lo quitaran todo.

—No todo, amor mío.

Él la besó y las lágrimas saladas dieron sabor a sus labios hasta que ella se apartó, forcejeando. Él la tomó de la mano.

—Por favor, entiéndelo, Katya. He de luchar. Si no, ¿qué clase de vida nos espera?

—Llévame contigo —le rogó—. Yo también puedo luchar. ¡Sabes que puedo!

—Necesitamos que trabajes en la granja. Alina y Kolya no pueden hacerse cargo de las dos granjas ellos solos y tu madre te necesita más que nunca.

Katya le sujetó los brazos.

—Ya casi te pierdo una vez. ¿Y si ahora te pierdo de verdad? ¿Cómo seguiré adelante? ¿Lo has pensado? ¿Qué me ocurrirá a mí entonces?

Él le acarició la mejilla, lo que la enfureció y calmó al mismo tiempo.

—Katya, eres la mujer más fuerte que conozco. No importa lo que me ocurra a mí. En lo más profundo de mi alma sé que estarás bien. Toma, te he traído algo.

—No quiero un regalo. Quiero estar contigo.

Se mordió el labio y bajó la vista al suelo.

Pavlo empujó en sus manos un libro encuadernado en piel marrón.

—Es un diario. Desde que te conozco, siempre has escrito tus relatos en periódicos viejos y pedazos de papel. Ahora tienes un libro de verdad donde escribir lo que nos está pasando, lo que nos están haciendo, para que algún día nuestros hijos y sus hijos sepan nuestra historia. Incluye las partes tristes y las felices. Escribe sobre cómo nuestra amistad de infancia se convirtió en la mayor historia de amor de todos los tiempos. Explica cómo vaciaste un cubo de agua en mi cabeza cuando yo tiré de tu pelo en el patio del colegio y habla de nuestro primer beso a la luz de la luna y las estrellas. Así, pase lo que pase, siempre estaré contigo.

Katya pasó la mano por la cubierta lisa y entreabrió el libro. Las gruesas páginas color crema pedían a gritos que alguien escribiera en ellas. Nunca había visto un libro tan bonito.

—Pavlo, es precioso.

—Prométeme que lo usarás como quieras. Me encantaría que escribieras nuestra historia, pero si lo que necesitas para superar esto es dar rienda suelta a la imaginación y escribir tus sueños, entonces hazlo.

—Me gusta tu idea de documentar lo que está ocurriendo. Y lo que ha pasado. Y nuestra historia también. Ya he empezado a hacerlo en pedazos de papel. Un libro elegante para tenerlo todo junto y en orden es perfecto.

—Tendrás que tenerlo bien escondido, por supuesto.

Ella asintió y en su cabeza ya iba considerando los posibles lugares.

—No pienses que este diario compensa que me abandones —dijo ella con los ojos brillantes por las lágrimas—. Sigo enfadada contigo.

—Jamás intentaría comprar tu perdón. Es un regalo.

—¿Kolya va? ¿Alina sabe algo de esto?

—No. Kolya se queda aquí. Lo hemos hablado y hemos decidido que uno debe quedarse aquí con vosotras. Tampoco está demasiado contento de que me vaya.

—Así que has estado discutiendo esto con Kolya y ¿yo me entero ahora?, —le dijo empujándole el diario contra el pecho. La

indignación llenó su rostro de rubor—. ¡Soy tu esposa, Pavlo!

—Y es por esto que resulta tan difícil decírtelo. Odio decepcionarte.

Le tomó las manos.

—No tienes de qué preocuparte. Si algo me ocurre a mí, Kolya me ha prometido que cuidará de ti.

—No quiero que Kolya cuide de mí. ¡Te quiero a ti!

El recuerdo de encontrar a Pavlo desangrándose e inconsciente se materializó en su mente y cerró los ojos con fuerza, intentando apartarlo.

—Katya, mírame. Por favor, no te enfades. Solo tengo esta noche contigo. Me voy en cuanto amanezca.

La agarró por los hombros y la miró fijamente.

El pánico la sobrecogió y su voz se quebró.

—¿Mañana? ¿Cuándo volverás?

—No lo sé.

Ella se dio la vuelta y cuando él la cogió entre sus brazos se puso tensa.

—Por favor, tengo que hacer esto. ¿No lo ves?

Katya miró su rostro tan atractivo y percibió el dolor en sus ojos, la pérdida. Entendió su necesidad de vengarse. Ella también quería venganza, pero él tenía razón, tenía que quedarse. No podía abandonar a su madre ahora, justo después de haber perdido a su padre. Eso la mataría. Ignoró el nudo que el mal presentimiento le provocó en el estómago y se entregó a su abrazo.

Ella lo condujo al pajar en la planta superior, su lugar secreto, y abrió las puertas que daban al patio para que la luz de la luna los iluminara. Se echaron sobre la vieja colcha que ella guardaba allí para esas ocasiones y lo besó hasta que todo el miedo y las preocupaciones se disiparon. Bloqueó la realidad de su marcha y de que esta quizás iba a ser la última vez que lo vería. Pasaron la noche abrazados, mirando las estrellas.

—Tienes que despertarme antes de irte.

Katya escondió la cara en el cuello de Pavlo y aspiró su olor.

Él la besó en la mejilla y apretó su cuerpo contra el de ella.

—Calla. No hables de mañana. Déjame disfrutar de esta noche contigo entre mis brazos.

—Mi madre se preguntará dónde estamos.

—No. No lo hará. Ella fue joven también una vez, ¿sabes? Y le he dicho que me voy. Entenderá que queríamos privacidad.

—¿Se lo has dicho a mi madre antes que a mí?

Katya se incorporó sobre un codo y le fulminó con la mirada.

—¿Primero Kolya y ahora mi madre? ¿Quieres que te odie antes de irte, Pavlo?

—Solo ha sido unos minutos antes, te lo prometo. Nos oyó hablar a Kolya y a mí y me lo preguntó. No podía mentirle.

—Bueno —gruñó—. Pero quiero ayudar. Más que escribir. Tenías razón antes; quiero luchar. He oído hablar de mujeres en otros pueblos que se levantan contra los activistas y les quitan el grano y el ganado. Podría hacer esto aquí. Podría organizar una revuelta *Bunty*

Bab'i

[10].

—¡No!

El miedo desfiguró su rostro.

—La situación ha empeorado mucho desde el año pasado. Puede que antes no castigaran tanto la revuelta de mujeres, pero ahora es demasiado peligroso. Te deportarían o te matarían, eso es seguro. Si hay algo que puedes hacer aquí, cuando llegue el momento te lo diré.

Katya lo cogió por el mentón y lo miró fijamente.

—Más te vale. Te lo digo en serio.

—Lo sé —le dijo, acariciándole el pelo—. Igual que yo te digo en serio que no te arriesgues.

—Buena suerte. Me arriesgo todos los días por el mero hecho de existir en este lugar.

Él soltó una carcajada.

—Mi Katya, siempre tan elocuente.

—Solo digo la verdad.

Volvió a echarse y se acurrucó entre sus brazos fuertes y protectores.

—Lo sé. Eso es lo que me preocupa.

Cuando despertó al día siguiente, él se había ido.

El tiempo pasaba muy lentamente. Cada minuto parecía una hora y

cada hora se prolongaba como si fuera un día largo y deprimente. Katya no tenía la ilusión de sus noches con Pavlo. Los largos paseos para ir a buscar y recolectar comida le resultaban desoladores. Tanta soledad le proporcionaba demasiado tiempo para pensar en todas las personas que había perdido. Sasha y su familia, Tato, y ahora, de alguna manera, Pavlo.

Intentó apaciguar la duda e inquietud que la paralizaban de miedo todas las noches al meterse en la cama a solas para escribir en su diario, pero la desazón no hacía más que aumentar a medida que pasaban los días.

—No te preocupes, Katya —dijo Mama una noche que preparaban la cena—. Él volverá a ti.

—Lo sé, Mama —dijo Katya, aunque la realidad era que no sabía nada.

Habían pasado tres semanas, y cuanto más tiempo llevaba fuera, tanto más se convencía de que le había pasado algo.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Antes de llegar a responder, Prokyp, junto con otro activista, irrumpieron en la casa.

—Hemos venido a recolectar los impuestos —anunció—. El cupo ha aumentado para el pueblo y todos deben contribuir.

—No nos queda nada que daros —dijo Mama poniéndose en pie para transmitir seguridad en sí misma.

Katya quiso dejarse caer en una silla por el agotamiento que le causaba esta batalla infinita, pero, en lugar de ello, se enderezó e imitó a su madre.

—Aún tenéis una vaca en el establo —dijo Prokyp—. Nos la llevaremos. Cubrirá vuestra parte.

Mama palideció, pero se armó de valor.

—Está bien. Llévatela si es lo que tienes que hacer. Pero no nos quedará nada para más adelante.

—¡Estúpida! Tus impuestos son más altos porque no sois miembros de la cooperativa. Si os unierais, vuestra vida sería mucho más sencilla.

Mama se contuvo. Katya alargó la mano y le tocó el brazo.

—Llévate la vaca —dijo Mama con la cara roja de ira.

—Por supuesto que lo haremos —dijo, con desdén—. Si decidís espabilar, podéis uniros a la cooperativa en la reunión de mañana

por la noche.

—¿Nos devolveríais la vaca?

Katya no se molestó en esconder el tono sarcástico de su voz.

Prokyp soltó una carcajada al salir dando un portazo. Mama se dejó caer en la silla.

—Me temo que no nos queda otra opción que unirnos a la cooperativa. ¿Qué más pueden llevarse a modo de impuestos? ¿Y qué haremos para conseguir leche?

—Todavía tenemos las gallinas y las cabras. Honey debería estar preñada, así que quizás podamos compartir la leche con el cabrito cuando nazca. Hallaremos la manera, Mama. Estaremos bien. No te preocupes.

—Puede que tengas razón —respondió Mama con un gesto nada convincente.

—Me voy a echar un vistazo a los demás animales —dijo Katya.

Cruzó el patio y vio a Prokyp y a su cómplice empujar y tirar de la pobre vaca por el camino. Esta mugía con voz lastimera y volvía la cabeza hacia la granja hasta que Prokyp le dio una patada en los cuartos traseros y finalmente la vaca empezó a caminar.

La rabia empañó los ojos de Katya mientras abría la puerta del granero. Echaría de menos a aquella simpática vaca, y especialmente su leche.

El miércoles, la monotonía de la semana fue interrumpida cuando se encaminaron al pueblo a otra de las reuniones que los activistas habían organizado. Después de cenar pan negro y el último pedacito de queso que quedaba en la casa, Katya y su madre se arreglaron y fueron al pueblo andando. Cuanto más se acercaban, tanta más gente encontraban por el camino. En esa época, si uno no asistía a las reuniones, los activistas se presentaban en la casa para averiguar la razón, y nadie quería llamar la atención hacia ellos ni sus casas. Llegaron tarde, de modo que tomaron asiento al fondo de la iglesia, al lado de Lena y Ruslan. Lena, una mujer dulce, prima de Mama, le dio palmaditas en la mano al sentarse. Vio a Kolya y Alina sentados delante de ellas, junto con otros vecinos que había conocido toda su vida, pero muchos habían desaparecido. La ferviente orientación de los activistas hacia la deskulakización [11]

había llevado a la deportación o muerte de casi una cuarta parte de la población.

El camarada Ivanov ya estaba hablando, bramando por encima del murmullo de la muchedumbre.

—¡Ya no toleraremos la desobediencia descarada! ¡Ya no mimaremos a los *kulaks* que se niegan a ayudar a nuestro gran líder a unirnos y mejorar nuestras vidas! ¡De ahora en adelante, cualquiera que no se una a la granja colectiva será considerado enemigo del Estado! *Kulak!* ¡Y todos sabemos lo que les ocurre a los *kulaks*!

Hizo una pausa para estudiar la sala con los ojos entrecerrados. Una oleada de susurros de nerviosismo recorrió el público. Ivanov sonrió, complacido con la respuesta, y prosiguió:

—Nos unimos para que todo mejore. Así que, uníos a nosotros ahora. ¡Brindad vuestra vida, vuestra tierra, vuestro ganado al camarada Stalin! Seréis enormemente recompensados más adelante. Al final de esta reunión, cualquiera que aún no forme parte de la cooperativa dispondrá de una última oportunidad con el camarada Popov. ¡Si elegís no hacerlo, vuestra suerte estará echada!

Katya y su madre intercambiaron una mirada al tiempo que el rumor de las conversaciones nerviosas subía de tono a su alrededor. La decisión había sido tomada por ellas. Ya no podían escapar de la cooperativa. Habían hecho un gran esfuerzo pagando los impuestos y evitando llamar la atención, pero no podían permitirse ser consideradas *kulaks*. Eso sería el equivalente de firmar sus propias sentencias de muerte.

Mama alargó la mano para apretar la de Katya en un gesto de complicidad. Katya se volvió hacia ella con sorpresa y Mama sonrió. Una sensación de calidez recorrió su cuerpo al darse cuenta de que su madre ya no la consideraba una cría. Estaban juntas en esta lucha.

Cuando se acercaron a la mesa después de la reunión, el camarada Popov abrió los brazos.

—Ah, camaradas. Sabía que al final os convencería. Ya veréis. El colectivismo es el futuro. —Su sonrisa prepotente provocó en Katya el deseo de darle una bofetada, pero se contuvo.

Mama, con la mirada dura y mano temblorosa, escribió su nombre en los formularios. Una sorprendente oleada de vergüenza

hizo que se le revolviera el estómago al ver a Mama firmar para perder todo aquello por lo que habían trabajado, todo por lo que había trabajado Tato. Y todo por la débil esperanza de que al hacerlo estarían a salvo.

Al día siguiente, cuatro hombres vinieron a llevarse el caballo, las cabras, el arado y las herramientas al cuartel general de la cooperativa. Katya se había despertado mucho antes del amanecer y había llevado a Honey, la cabra preñada, al granero de la granja abandonada de su prima Sasha. Si la encontraban y descubrían que la había llevado Katya, probablemente le pegarían un tiro o la mandarían a un campo de trabajos forzados, pero no le importaba. Necesitarían la leche de la cabra este invierno.

Las semanas que siguieron pasaron lentas, imbuidas como estaban en el trabajo al empezar la siembra de primavera. Su cooperativa estaba dividida en brigadas que trabajaban las diferentes áreas de tierra que rodeaban el pueblo. Bohdan Vovk, el líder de la brigada de Katya y vecino del pueblo, hacía lo que podía por su gente, pero el escrutinio constante de los líderes estatales no le daba demasiadas opciones.

Como jornaleras de la granja, Katya y su madre iban a trabajar de campo en campo, donde fuera que Bohdan les indicara. Katya plantaba patatas, mijo y avena, y cuidaba del ganado, todas las cosas que había hecho antes en la granja, pero entonces estas labores le habían proporcionado la alegría y satisfacción de ser autosuficientes. Había plantado trigo con su padre, luego lo habían recolectado y molido para hacer harina y después pan; había cortado cuidadosamente las patatas y las había plantado en pilas para que se pudieran multiplicar y pudieran alimentar a la familia durante todo el invierno; había cuidado amorosamente de los animales que confiaban en la familia. Estas cosas la habían convertido a ella y a su familia en granjeros.

Ahora, en la cooperativa, resentía la monotonía de trabajar para la ganancia de otros. Ya no se consideraba una granjera; era tan solo un eslabón en la cadena del Estado.

13. Cassie

Illinois, mayo de 2004

Cuando Nick se fue, Cassie le puso a Birdie sus dibujos animados favoritos y le prometió que volvería enseguida para acurrucarse con ella. Quería investigar.

En la mesita había dos latas de guisantes y en el escritorio pequeño una bolsa de cerezas deshidratadas. Encontró una caja de galletas saladas detrás del sofá. La remolacha encurtida apareció en la habitación de invitados. No se molestó en ir a escarbar en el macizo de flores para dar con las sardinas, porque le parecía que ya era suficiente evidencia. Las notas documentaban escondrijos para la comida. Pero ¿por qué?

Mientras Cassie meditaba sobre el asunto de Bobby y la comida escondida, así como la misteriosa nota de P, otro pensamiento inquietante empezó a zumbar en su cabeza como un mosquito. Nick. Su roce. El fuego. ¿Qué había pasado?

No podía ser atracción. Seguía amando a Henry. Siempre amaría a Henry. Entonces, ¿por qué no desaparecía de su mente el rostro de Nick? ¿Por qué no era capaz de dejar de pensar en su actitud amable y relajada con Birdie, o la manera en que sus mejillas formaban esos profundos hoyuelos cuando sonreía?

Le pasó por la cabeza la conversación que había mantenido con Bobby acerca de invocar a Henry. Sacudió la cabeza para apartar semejante idea al mismo tiempo que se le escapaban las siguientes palabras:

—Henry, te echo tanto de menos. No sé lo que se supone que he de hacer aquí, sin ti.

Su voz acabó en un susurro.

—Por favor, ven y dímelo.

Miró alrededor de su dormitorio pensando en lo absurdo de todo el asunto. Luego guardó las notas y la foto en el cajón de la cómoda. Pero cuando iba de vuelta al sofá para acurrucarse junto a Birdie, fue la cara de Nick, no la de Henry, la que le pasó por la cabeza como un fogonazo, y un pequeño germen de incertidumbre sobre su lealtad hacia Henry se enconó en su corazón agitado.

Al día siguiente, un gran estruendo en la cocina despertó a Cassie a las cuatro de la mañana. Preocupada porque Birdie hubiera intentado coger un vaso de agua y hubiera volcado algo, o se hubiera caído, se levantó de la cama y corrió por el pasillo. Al doblar la esquina vio a Bobby. Había dejado un rastro de huellas de barro por el suelo. La puerta que conducía al patio estaba abierta y Bobby, con una bandeja llena de fruta y paquetes de galletas saladas, se encaminaba a ella.

—Bobby, ¿qué estás haciendo?

Su abuela se dio la vuelta. Le salían mechones de pelo disparados en todas direcciones y sus pies descalzos estaban cubiertos de tierra y hierba. Llevaba un albornoz torcido y abierto por encima del largo camisón. Sus ojos perplejos y llenos de miedo recorrían velozmente la estancia.

—¡Alina! ¿Te han seguido? ¿Quién sabe que estás aquí?

—¿De qué estás hablando? ¿Quién me iba a seguir?

El pánico se propagó por el pecho de Cassie, que intentó aplastarlo. «Alina otra vez. ¿Quién debe de ser?».

—Los activistas —dijo con desdén—. Ya lo sabes. Debemos esconder la comida, o se la llevarán.

Cassie alargó la mano y avanzó lentamente hacia Bobby.

—Aquí no hay activistas. Solo estamos nosotras.

Le cogió a Bobby la bandeja y la colocó sobre la encimera.

—Nadie va a venir a quitarte la comida, ¿de acuerdo?

Un sollozo profundo brotó de los labios de Bobby, que gritó:

—¡Nos la quitaron! ¡Nos lo quitaron todo!

—Sé que lo hicieron.

A pesar de que no tenía idea de a qué se refería Bobby, Cassie le siguió el juego con la esperanza de que se calmara.

—Pero ahora estás a salvo. Nadie vendrá esta noche.

Bobby se frotó la cara cubierta de lágrimas con sus dedos enlodados, manchándose de tierra las mejillas.

—¿Estás segura?

—Te lo prometo —dijo Cassie y cogió a Bobby por los hombros y la condujo fuera de la cocina—. Venga. Vamos a limpiarte y a meterte en la cama. Te encontrarás mejor por la mañana.

Bobby avanzó con Cassie, arrastrando los pies y mascullando en ucraniano. Cassie la ayudó a quitarse el albornoz y humedeció una toallita para limpiarle cara, manos y pies antes de arroparla en la cama.

—Gracias, Alina —dijo al cerrar los ojos.

Cassie esperó unos instantes para asegurarse de que Bobby se hubiera dormido de verdad, y luego salió silenciosamente del dormitorio y regresó a la cocina.

Se calzó un par de sandalias, encendió la luz del porche trasero y salió al jardín a buscar el lugar donde Bobby había cavado. En el macizo de flores perennes, bajo la vieja morera blanca, encontró que la tierra había sido cavada recientemente y también una palita. Empujando un poco con la pala en el hoyo poco profundo descubrió dos latas de guisantes, una bolsa de plástico que contenía lo que parecía harina y tres latas de sardinas.

Miró el reloj. Eran las 4.30 de la mañana. Demasiado temprano para despertar a su madre. Pero ahora seguro que no podría volver a dormirse, así que llevó la comida adentro y la guardó, fregó el suelo lleno de barro y preparó una cafetera.

Cassie mordisqueó la magdalena de proteína que su madre le había traído para desayunar. Después de llamarla a las 6.30, Anna había venido enseguida.

—Pensé que quizás fuera Birdie que se había levantado a por un vaso de agua, pero era Bobby que sacaba comida de la cocina para enterrarla.

—¿Enterrarla?, —dijo Anna enarcando las cejas.

—Eso es. Seguramente hay un papelito por algún sitio donde tiene anotadas la comida y su ubicación. Eso es lo que son estas notitas. Le pedí a Nick que me tradujera un par.

—¿Nick ha estado aquí? No lo habías mencionado.

—No pasó nada. Bobby intentó ir a dar un paseo mientras yo estaba en la ducha y él me ayudó a traerla de vuelta a casa.

Cassie le restó importancia al asunto. No necesitaba a su madre haciéndose ilusiones sobre Nick.

Anna suspiró.

—No has mencionado muchas cosas. Así que, ¿sigue intentando salir sola?

—Iba a explicártelo todo cuando vinieras a cenar esta noche, pero entonces todo este asunto de la comida escondida me ha descolocado —dijo Cassie.

—Está bien. Los problemas, de uno en uno —dijo Anna y se sirvió una taza de café y se sentó a la mesa—. ¿Te ha dicho por qué estaba enterrando la comida?

Cassie negó con la cabeza.

—Dijo que los activistas vendrían y se la llevarían, de modo que tenía que esconderla. Y me llamó Alina.

—¿Quién es Alina?

—No lo sé. ¿Qué son los activistas? ¿Y quiénes son estas dos chicas?

Le enseñó a su madre la foto estropeada de las dos chicas delante de un campo de girasoles.

—Parece el dibujo que hizo Birdie. El que alteró tanto a Bobby.

—Un poco. Bobby debió de enseñársela —propuso Anna y entrecerró los ojos para mirar la foto—. Creo que esta, a la izquierda, es Bobby. Parecen sus ojos y su nariz.

—¿Y quién es la otra chica?

—No tengo idea.

Anna se apretó el puente de la nariz, la señal de toda la vida que anunciaba que padecía dolor de cabeza.

Cassie sorbió su café.

—Creo que tenemos que hacer que hable sobre esto. Quizás, si pudiéramos entender por qué está volviendo al pasado y saliendo de casa, podríamos ayudarla a sobrellevarlo mejor.

—Buenos días.

Bobby entró en la cocina arrastrando los pies. Birdie la seguía detrás.

Cassie y Anna se irguieron en las sillas y cruzaron una mirada culpable mientras Bobby abría la nevera.

—¿A quién le gustaría tomar *blintzes* para desayunar?

Birdie agitó las manos y dio saltitos.

—¿No preparaste *blintzes* el otro día?, —preguntó Anna.

—No es posible comer demasiadas *blintzes* —dijo Bobby—. Además, son el plato favorito de Birdie. ¿Qué otra razón necesito para prepararlas?

Cassie miró a su abuela con inquietud. Parecía normal, completamente bajo control, sin señales de la correría de la noche anterior.

—¿Qué tal has dormido, Bobby?

—Bien, bien.

Bobby se inclinó para mirar en la nevera y sacó unas fresas y crema de queso.

—Cassie, dame un bol, por favor.

Cassie miró a su madre.

—¿Qué te parece?

Anna dijo en voz baja:

—Dejemos pasar unos días, pero llamaré al médico igualmente para tenerlo al corriente. Vigílala, y si vuelve a suceder, dímelo enseguida.

Anna se puso en pie y sonrió a Bobby y a Birdie.

—Me voy, que tengo que prepararme para ir a trabajar. Pasad un buen día y no os olvidéis, mañana es el sábado de las crepes. Vendré temprano para preparar el desayuno y necesitaré que me ayudes, Birdie.

Cassie le hizo un gesto de despedida a su madre mientras miraba a Bobby preparar la masa y le recordaba a Birdie cómo doblar la *blintz*. Parecía estar totalmente bien. ¿Qué había ocurrido anoche? ¿Quién era Alina?

Cassie se incorporó de la cama con un sobresalto. El sueño le volvió como una avalancha: el aire salado del mar, las olas rompiendo en sus pies descalzos.

Henry.

Cassie volvió a echarse y cerró los ojos, tratando de aferrarse a cada uno de los bellos detalles.

Caminaban juntos de la mano por la playa donde habían ido de

luna de miel. Henry. Le soltaba la mano. La empujaba adelante.

«Sé feliz. Vive tu vida».

Las palabras resonaron en sus oídos y cerró los puños, tratando desesperadamente de retener la sensación de las manos de Henry.

Un soplador de hojas montaba estruendo al otro lado de la ventana.

Se había roto el hechizo. Abrió los ojos. Volvió a incorporarse y abrió las cortinas dando un tirón airado, lista para gritar al pobre desgraciado del servicio de jardinería que su madre había contratado. En cambio, vio a Nick vestido con su uniforme de trabajo soplando las hojas secas de los macizos de flores. Silbaba —no es que pudiera oírle— y se movía al ritmo de la canción que estuviera sonando en sus auriculares.

Sus ojos, atraídos por el movimiento de las cortinas, miraron arriba y se posaron en los de Cassie. Una amplia sonrisa se desplegó en su rostro y la saludó con la mano. Horrorizada, cerró la cortina y hundió la cara en la almohada. Se frotó el rostro e intentó no inferir demasiadas cosas del hecho de que, justo después de soñar por fin con Henry, se había despertado con Nick.

Soltó un gemido y se levantó de la cama. Tras cepillarse el pelo y los dientes y vestirse, se dirigió a la cocina. De nuevo, clavó la mirada en Nick, que estaba sentado a la mesa con Bobby y Birdie y tenía delante una bandeja de crepes.

—Vaya. Hoy estás en todas partes.

No intentó esconder el fastidio en el tono de su voz, aunque estaba más molesta consigo misma que con él, y besó a Birdie en la coronilla.

—Buenos días —le dijo su madre y le pasó un tazón de café. Luego volvió a los fogones para dar la vuelta a las crepes—. Nick le ha traído el periódico a Bobby cuando volvía a casa del trabajo y se ha ofrecido a soplar las hojas del jardín.

—He parado en cuanto he visto que te había despertado.

Le destellaban los ojos de contento.

—No pasa nada —dijo Cassie levantando una mano—. Estaba despierta.

Bobby, sentada frente a Nick, soltó un bufido.

—No lo estabas.

Se ruborizó y Nick sonrió.

—El pelo desgreñado te ha delatado.

Se tocó el pelo, ahora sujeto en forma de moño suelto.

—Bueno, si quieres que te diga la verdad, era un poco temprano para trabajar en el jardín. Por cierto, ¿por qué lo estabas haciendo?

Nick se encogió de hombros.

—He visto que algunas de las plantas perennes estaban brotando, de modo que he pensado que estaría bien tener todo listo para que podáis plantar las anuales cuando queráis.

—Nick es tan servicial —dijo Bobby.

—Sí. Qué amable —dijo Anna sonriendo mientras servía otra crepe en el plato de Birdie—. Toma, cielo, come más. Ah. Me olvidaba. He dejado las compras en el coche.

Se sacó el delantal que tenía atado alrededor de la cintura.

—Vuelvo enseguida.

Nick se puso en pie.

—Déjame que vaya yo.

Anna le hizo un gesto a modo de negativa.

—Come mientras las crepes están calientes. No es mucho.

Cassie entrecerró los ojos estudiando la escena, luego se calzó y siguió a su madre afuera.

—¿Confías en él?

Anna le lanzó una mirada de desaprobación.

—Sé que no estabas segura después de nuestro encuentro el día que plantaba los bulbos, de modo que he preguntado por ahí y no he oído más que cosas buenas sobre él. Y creo que Bobby tiene razón. Es tan solo un buen chico que no tiene familia cerca.

Cassie se inclinó para coger las bolsas de papel del maletero.

—Si tú lo dices… Es como si Bobby lo hubiera adoptado como nieto sustituto, o algo así.

—Bobby siempre ha tenido sentimientos maternales hacia los jóvenes sin familia. Cuando era niña, siempre invitábamos a cenar a gente que no tenía adonde ir, o a pasar las fiestas con nosotros.

Se calló y miró a Cassie.

—¿No se habrá portado de manera inapropiada contigo o Birdie?

—No. —Cassie cavó el suelo con el dedo gordo del pie. Incluso ella era consciente de que su animosidad hacia Nick era excesiva, pero le asustaba contemplar siquiera la alternativa—. Le estuvo

leyendo cuentos a Birdie el otro día durante más de media hora. En realidad, a ella le encantó. No la había visto comportarse con tanta alegría desde hace mucho tiempo.

—He visto que parecía sentirse mucho más cómoda con él hoy que normalmente con personas que no conoce —dijo Anna—. Creo que sacamos conclusiones equivocadas. De momento, lo único que ha hecho el pobre es ayudar a una anciana sin que se lo hayan pedido ni pagado, ha plantado bulbos para su abuela muerta y ha leído cuentos a una niña. La verdad, parece un chico bastante excepcional. Por no mencionar su sonrisa demoledora.

—¡Mamá! Ser bien parecido no lo incapacita para ser un asesino en serie.

Anna menospreció el comentario mientras la risa de Birdie se filtraba por la puerta medio abierta.

—Venga va. ¿Permitirías que alguien de quien sospecharas que es un asesino en serie leyera cuentos a tu hija? Tienes una actitud demasiado defensiva en lo que a Nick se refiere. Quizás te gusta más de lo que quisieras, y eso te asusta.

Ese grano de verdad en la frívola observación de su madre dejó momentáneamente atónita a Cassie y pasaron unos segundos antes de que pudiera responder con voz ahogada:

—Por favor. No se trata en absoluto de eso.

—Ajá. Es lo que pensaba —rio Anna.

—Dejemos de lado esta acusación totalmente errónea… —dijo Cassie cerrando el maletero con más fuerza de la necesaria—. No he tenido oportunidad de explicarte que anoche soñé con Henry.

Anna inclinó la cabeza y miró fijamente a Cassie.

—No me mires así. Sé que piensas que todo eso es una estupidez.

Cassie se fue indignando.

—Pero ha significado mucho para mí que quizás viniera a visitarme.

—¿Visitarte? —Anna se detuvo y depositó las bolsas en el capó —. ¿En serio, Cass?

—Bobby dijo que le pidiera que viniera a verme, de modo que lo intenté. No pensé que funcionara, pero quizás sí lo hizo.

Anna puso los ojos en blanco.

—¿No te estarás creyendo todo eso?

Cassie intentó pasar por alto el cinismo de su madre, pero le dolió. Quería creer en eso.

—No lo sé.

—Está bien. Picaré. ¿Qué te ha dicho?

—Sé feliz. Vive tu vida.

Anna apretó los labios.

—Me alegro de que te reconfortara, pero mi teoría es que esto es tu propio subconsciente que te está diciendo que no hay nada malo en sentir algo por Nick.

—Pues como no siento nada por Nick, tu teoría es una gilipollez —dijo Cassie con más veneno del necesario.

Se avergonzó al ver la mirada dolida en el rostro de su madre e intentó una vía distinta.

—¿Nunca has soñado con papá?

El padre de Cassie había muerto de cáncer diez años atrás y, a pesar de lo mucho que Anna hablaba de pasar página y seguir adelante, apenas decía nada sobre su propia pérdida.

La mirada de Anna se endureció.

—Por supuesto que sueño con tu padre de vez en cuando, pero eso no significa nada. Los sueños son solo una manifestación del subconsciente.

Cassie arqueó una ceja.

—¿En serio, Mama?

—Yo solo quiero que asimiles la muerte de Henry de una manera saludable. Si esto hace que te sientas mejor, adelante. Pero quizás también te ayude el hecho de salir de tu cascarón. Socializar. Intentar conectar con la gente.

—¿Cómo salir con alguien?, —dijo Cassie exhalando con exasperación y cargó la bolsa colocándosela en la cadera—. Y así hemos vuelto al principio. Me voy adentro.

Tres días más tarde, Cassie sentó a Birdie a la mesa con papel y ceras, al lado de Bobby y su partida de solitario, mientras ella hablaba con el técnico de internet que Anna había enviado.

—Tendríais que tener internet. Es importante estar conectadas y, un día, pronto, querrás volver a escribir. Necesitarás ponerte en contacto con la gente de la revista. Hasta pagaré yo por el servicio

—había dicho Anna la otra noche, durante la cena.

Las protestas de Cassie habían caído en oídos sordos y finalmente había cedido.

—Cuando esté lista, enchufe esto en su ordenador —le explicó el técnico, que sostenía un cable que salía de la pared cercana a la mesa de la cocina—. Está todo listo. Con internet de banda ancha ya no tiene que usar la línea telefónica.

—Gracias —dijo Cassie, a pesar de que no le importaba el proceso. Su mente no dejaba de volar hacia la caja en el armario de Bobby y la nota que Bobby había metido allí el día que había llorado. ¿Era otra nota sobre comida escondida? ¿O era algo diferente? No quería fisgonear, pero era hora de dar un enfoque más agresivo para descifrar lo que le estaba pasando.

Acompañó al hombre afuera y luego fue a ver a Bobby y Birdie. Las dos habían abandonado sus actividades independientes y Bobby le estaba enseñando a Birdie a jugar una versión sencilla de solitario.

Satisfecha al verlas tan ocupadas, Cassie fue de puntillas por el pasillo y entró en el dormitorio de Bobby.

—Hago esto porque quiero ayudarla —se dijo en un banal intento de aliviar la culpa que sentía al curiosear.

Deslizó la puerta de espejo del armario. Apartó la ropa de un estante y hurgó un poco hasta que su mano dio con una caja de cartón. La empujó hacia delante y echó un vistazo al contenido: el viejo diario encuadernado en piel envuelto en una larga tela bordada *rushnyk*, un paquetito de viejas fotos en blanco y negro metidas en un sobre, una docena o más de páginas de un cuaderno con frases escritas en ucraniano, y la vieja vela y candelabro que había visto la primera vez junto al diario.

Tanta información y Cassie sin ser capaz de descifrar nada…

Sonó el timbre de la puerta y Cassie vaciló, intentando determinar la necesidad de ayudar a Bobby frente a la invasión de la privacidad de su abuela. Cogió un puñado de hojas escritas que asumió que no serían echadas en falta y empujó la caja detrás de la ropa.

—¡Ya voy!

Cassie dobló los papeles y se los metió en el bolsillo de los vaqueros. Luego corrió por el pasillo. A salvo en la sala de estar,

soltó el aliento que se dio cuenta de que había contenido y, esperando que su cara no delatara su sensación de culpabilidad, abrió la puerta de la entrada.

—Hola, Cassie —dijo Nick. Vestido con los pantalones y la camisa azul marino del cuerpo de bomberos, le alargó un montón de recipientes de comida de plástico—. Quería pasar a devolveros estos recipientes.

—Esto son un montón de platos. —Cassie los cogió y los puso en la mesita.

Nick se ruborizó.

—A tu abuela le gusta que me lleve comida a casa, y nunca digo que no.

—¿De camino al trabajo? —Cassie hizo un gesto indicando el uniforme.

—Sí. Solo unas horas para que un colega pueda ir a ver el partido de T-ball [12] de su hijo. —Él la miró inquisitivamente al darse cuenta de que ella se adelantaba y le bloqueaba el paso.

—Qué amable —dijo, y se metió el pelo detrás de las orejas y echó una mirada atrás por encima del hombro.

—¿Vas a invitarle a entrar?, —gritó Bobby desde la cocina.

—¡No puede quedarse!, —gritó ella de vuelta. Puso la mano en el brazo de Nick y lo condujo al porche delantero, conteniendo el deseo repentino y sorprendente de apretar su musculoso bíceps. «Concéntrate, Cassie»—. Esto… ¿puedo pedirte algo?

—Claro. ¿Qué pasa?

Ella cerró la puerta. Su proximidad le provocaba un temblor interior, pero, asombrosamente, no se apartó. Tampoco él. Metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros y sacó el puñado de papeles.

—¿Otra traducción?

—¿No te importa?

Olió su colonia y un vestigio de humo.

—¿Has ido a un incendio?

Él inclinó la cabeza mientras consideraba la pregunta, luego se ruborizó.

—Sí. Anoche. Lo siento. ¿Huelo a humo? Siento que a veces mis poros rezuman humo a pesar de lo mucho que me duche.

—No me molesta. En realidad, es agradable. Quiero decir… no es molesto.

Se aclaró la garganta y le alargó los papeles.

Los ojos de Nick quedaron fijos en los de ella durante un par de segundos antes de desdoblar las hojas y empezar a leer.

—Perdóname, Alina. Perdóname, Alina.

Echó un vistazo a la página, luego le dio la vuelta y leyó el dorso.

—Es lo único que pone. Una y otra vez.

Hojeó un par más.

—Creo que en todas pone lo mismo.

Cassie cruzó los brazos.

—Uf. Esto es cada vez más y más raro.

—¿Quién es Alina?, —preguntó Nick, y en su rostro era aparente la preocupación.

—No lo sé —dijo Cassie—. Y tampoco tengo idea de por qué Bobby desea tanto su perdón.

14. Katya

Ucrania, mayo de 1931

Pasaron cuatro insoportables semanas más de duro trabajo sin noticias de Pavlo. Katya ansiaba sentir el esbelto cuerpo de su marido contra el suyo, que la provocara en broma para que desapareciera su mal humor, hablar con él cuando el mundo parecía tan desolador. Algunos días pensaba que el tiempo que había pasado como esposa era imaginado. Un bello sueño que había creado como deseada alternativa a la monotonía agotadora de sus días.

Hoy había trabajado en los establos de la colectividad, limpiando los compartimentos y transportando estiércol. Era un trabajo agotador, pero agradecía lo mecánico que era. A la hora del crepúsculo fue andando a la antigua casa de Sasha. Por suerte, la granja estaba lejos del pueblo y los activistas no la habían incautado para montar un cuartel. Cada noche hacía el viaje para sacar a Honey a pastar, y cada mañana se levantaba antes del amanecer y escondía la cabra en el establo, siempre preguntándose si la cabra la esperaría, o si alguien la habría encontrado y robado.

Un silencio inquietante envolvía la propiedad abandonada. Los restos secos de las flores que tía Oksana había plantado la estación anterior hacían espirales que formaban marañas rebeldes en los macizos. La maleza verde asfixiaba la valla de madera, dándole al jardín un ambiente lúgubre y desolado. Incluso la fría casa vacía parecía triste con las ventanas rotas y la puerta delantera colgando torcida de los goznes.

—Lo siento, tía Oksana —dijo Katya—. La arreglaría un poco para ti, pero ha de parecer desierta para que nadie sospeche que nuestra cabra está aquí.

Dio la espalda a la triste visión y abrió la puerta del establo. Honey baló a modo de saludo, llevando una sonrisa de alivio al rostro de Katya mientras recogía una brazada de heno. La barriga de la cabra, afortunadamente gorda con una cría, servía de recordatorio de que pronto tendrían leche de cabra para complementar su dieta.

—¿Qué haría sin ti, Honey?

Katya rascó al animal entre los cuernos mientras cerraba la puerta de una patada.

—Sé que aquí estás sola, pero al menos estás a salvo. Eso espero.

Sus palabras remitieron cuando la puerta se abrió de golpe. En el resplandor crepuscular resaltaba una figura robusta y su miedo se tornó alegría al reconocer a su esposo.

—Katya, te he echado de menos.

Cuando apretó sus labios contra los de ella, su voz brotó como un gemido grave.

—Tu madre me ha dicho que estabas aquí.

Ella se fundió en su abrazo, se apartó un poco para mirarlo bien, y luego lo volvió a besar mientras intentaba hablar.

—Yo también te he echado de menos.

—Lo siento —susurró él. Su boca se trasladó a la nuca de Katya.

Las palabras se fueron perdiendo cuando se unieron en un frenesí de miedo, anhelo y amor. El cuerpo de Katya vibró en respuesta a la atención que le prestó Pavlo, y todo pensamiento del tiempo que habían pasado separados se disipó.

Después, mientras hablaban, ella se reclinó contra su pecho y él le pasó los dedos por el pelo.

—Los pueblos vecinos están luchando más de lo que nunca ha luchado nuestro pueblo. Han sido más discretos con sus planes, no tan abiertos y estúpidos como fue Tomas.

—¿Qué están haciendo?

Se agarró a su cadera, temerosa de soltarle y de que desapareciera como había hecho tantas semanas atrás.

—Están planeando una revuelta más grande, pero, por ahora, nuestros grupos pequeños han atacado carretas que se llevaban comida de los pueblos y les hemos devuelto la comida a los vecinos.

—¿Cómo? ¿Habéis matado a los activistas que se llevaban la comida?

Asintió y bajó la vista.

—¿Me desprecias por haber matado?

—¡No!, —respondió y la ira en su voz la sorprendió—. Ellos nos han quitado todo durante demasiado tiempo. ¿Y la comida? ¿La recuperan los vecinos?

—Lo intentamos. Solo lo hemos hecho dos veces. La primera vez, condujimos la carreta de vuelta al pueblo y todos la rodearon y cogieron lo que quisieron. Empezaron a pelearse. El hambre hace que la gente se vuelva espantosa con los demás. Cuando los funcionarios del partido que quedaban en el pueblo se dieron cuenta de lo que había pasado, empezaron a disparar contra la gente que se alejaba de la carreta. No funcionó como habíamos pensado. Mataron a un vecino. Así que la segunda vez escondimos el grano en el bosque y los vecinos vinieron y se llevaron lo que les habían quitado.

—¿Y eso funcionó mejor?

Él asintió y le alargó una pequeña bolsa de trigo para que se la llevara.

—Algunas personas compartieron lo suyo en agradecimiento. Pero nada de esto es una solución a largo plazo. Debemos deshacernos de los activistas por completo. Necesitamos unir a todos los pueblos de la región y alzarnos juntos.

—Pero ¿cómo?

—Aún estamos trabajando en ello. Necesitamos más armas para poder enfrentarnos a todos los que son. Y tendríamos que cortar las comunicaciones para que no pudieran pedir ayuda externa.

Katya negó con la cabeza.

—Esto es una locura. Siempre serán capaces de pedir ayuda. Tienen soldados preparados y todos los Veinticinco Mil para luchar por ellos. Puedes eliminar un grupo de activistas de un pueblo, pero sencillamente lo reemplazarán.

—Entonces, ¿crees que no hay esperanza?, —preguntó Pavlo.

—No sé qué pensar. Lo único que sé es que te quiero aquí. Conmigo. Tengo un mal presentimiento.

—Katya, yo también quiero estar contigo, pero tenemos que intentar enfrentarnos a ellos. Solías creer en la lucha.

Ella suspiró.

—Tienes razón. Sigo creyendo.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—Se han llevado la vaca. Y hemos tenido que unirnos a la cooperativa. Dijeron que cualquiera que no se uniera sería considerado *kulak*. No tuvimos elección.

Él frunció el ceño y maldijo entre dientes. Esta ira, tan poco propia de él, la desconcertó. Sus manos temblaron al retocarse el pelo y cambió de tema.

—¿Te he dicho que Alina está embarazada?

Fue premiada con una sonrisa y el Pavlo de siempre reapareció.

—¿En serio? ¡Bien por ellos!

—La cena ya debería estar lista. Vamos a comer.

Ella le cogió la mano y la apretó, sofocando la sensación que tenía cada vez que le miraba de que algo malo iba a ocurrir.

Katya se despertó al día siguiente sola. Junto a ella había una nota sobre la almohada.

> Eres tan bonita cuando duermes que no me he atrevido
> a despertarte. Te amo.
> Te veré pronto. P.

Le maldijo en voz baja y luego se metió la nota en la camisa para tener cerca sus palabras mientras trabajaba.

Katya suspiró al salir al patio para recolectar hortalizas del huerto. El sol de junio la iluminó, pero no la libró de su mal humor. Habían pasado más de seis semanas desde que Pavlo la había dejado de nuevo y la melancolía había vuelto con fuerza.

Unos pocos tomates rojos tempraneros colgaban pesados y aromáticos de las ramas y Mama quería unos para la cena, pues Kolya y Alina venían a cenar. Por suerte, aún les permitían atender sus huertos, aunque hacía un tiempo que corrían rumores de que esto cambiaría en el futuro y que los huertos pasarían a ser propiedad del Estado. Katya quería recolectar, preparar conservas y esconder tanto como fuera posible antes de que eso ocurriera.

Katya eligió dos de los tomates más maduros y su mirada se desvió a los girasoles. Aparte del campo de girasoles que ya tenían,

Tato siempre plantaba una pequeña porción de terreno solo para Katya y Alina, y dejaba un área sin plantar en el centro de las imponentes columnas, formando así un espacio secreto. Los tallos verdes hacían las veces de paredes; las oscilantes flores amarillas y el cielo azul, el techo. Ella y Alina habían pasado muchas horas echadas, con dientes de león y violetas a modo de almohada, soñando y charlando. Tato lo llamaba su «palacio de girasoles».

—Es un lugar mágico —solía decir con un guiño—. Cualquier deseo que pidas allí se hará realidad.

Ahora que su padre no estaba, nadie había pensado en plantar los girasoles. Pero las semillas que habían caído y la Madre Naturaleza habían continuado ahora la tradición y habían reconstruido el palacio, a pesar de que las chicas ya no lo utilizaban. Abandonado y solitario, llamaba a Katya, ondeando al viento y acariciándola con los recuerdos de la infancia.

Echó un vistazo a la casa, dejó los tomates en el suelo y corrió hacia el palacio de girasoles. Se agachó y, apartando los caprichosos tallos, avanzó hasta el centro. Sin su padre para cultivar las flores, aquel sitio ya no estaba despejado. Las malas hierbas y girasoles solitarios hacían difícil encontrar un espacio libre, pero la nostalgia siguió fluyendo en su interior al recorrer con las manos los suaves copetes de pelusa de los dientes de león. Se sentó y se echó en el suelo, mirando a través de los pétalos igual que había hecho cuando era niña. Katya cerró los ojos e inhaló los aromas de su juventud. A flores fragantes, tierra fértil y pan horneado procedente de la casa. Casi podía fingir que volvía a tener diez años, sin preocupaciones y feliz.

Su hermana rompió la ensoñación.

—¡Katya! ¿Dónde estás? ¡Mama quiere esos tomates!

Katya gateó hasta la apertura y le hizo un gesto a su hermana para que entrara.

—¡Alina! Ven aquí, el palacio de girasoles nos ha echado de menos.

Alina volvió la vista a la casa.

—Nuestra madre nos echa de menos y tengo más miedo de su ira que de los girasoles.

Sin embargo, entró gateando junto a Katya y la cogió de la mano, igual que cuando eran crías, y las dos se tumbaron para

mirar el cielo.

—Tus sueños se han hecho realidad —dijo Katya.

Alina se tocó el vientre.

—Sí, me he casado con Kolya, y pronto seré madre. A pesar de todo lo demás, al menos tengo esto.

Tomó la mano de Katya y la apretó contra su vientre.

—A veces pienso que puedo notar movimiento, pero Mama dice que es demasiado pronto.

—Aún no me puedo creer que vayas a tener un bebé. Mama está tan emocionada.

Alina suspiró.

—Es bueno para ella centrar su atención en esto.

En lugar de Tato.

Las palabras no pronunciadas flotaron en el aire y Katya se quedó inmóvil al notar que la inundaba una oleada de emoción.

—¿Sientes que está aquí? ¿Tato?

Alina cerró los ojos y asintió.

—Le echo tanto de menos.

—Yo también —dijo Katya—. Pero es muy raro. Aquí no me siento triste. Me siento a salvo. Casi feliz. Como si Tato estuviera aquí, con nosotras.

—Eso es porque estos girasoles nos conectan a los mejores recuerdos familiares. Y mientras los tengamos, siempre nos tendremos una a la otra.

Katya apretó la mano de su hermana.

—Hermanas para siempre.

—¡Niñas! ¿Dónde están mis tomates?, —gritó Mama desde la casa.

—¡Ya vamos, Mama!, —gritó Alina.

—Igual que cuando éramos crías —sonrió Katya.

Alina le dio un corto abrazo. Luego las dos empezaron a reírse mientras trepaban una sobre la otra en un intento de salir de allí rápidamente.

—¿Todavía entráis ahí? —Mama sonrió al verlas correr hacia ella—. Pensaba que erais demasiado mayores para esas fantasías.

—Es un lugar feliz, Mama. Ahí dentro nos sentimos bien.

Katya la besó en la mejilla y le alargó los tomates.

Mama soltó una carcajada.

—Entonces quizás debería yo pasar más tiempo allí. Venid, los *varenyky* no se van a preparar solos.

Mama tenía la masa y dos boles de relleno listos en la mesa.

—¿Los dos de carne y patata?, —preguntó Katya—. ¿Qué celebramos?

—Kolya ha traído un poco de cerdo que debemos usar antes de que nos lo confisquen. Y tenemos patatas y cebollas del huerto. Con todo esto a mano, ¿cómo no íbamos a prepararlos?

—¿Tenemos mantequilla?, —preguntó Alina.

Mama sacó un frasco pequeño de debajo de su cama.

—La justa para freír las cebollas.

Katya vitoreó de la emoción. Después de las exiguas comidas de últimamente, los *varenyky* con cebolla frita en mantequilla serían un regalo muy especial.

Se sentaron a la mesa y prepararon los *varenyky* tal como Mama les había enseñado, y tal como su madre le había enseñado a ella. Katya pasó el rodillo por la masa hasta que quedó plana, luego cortó círculos con un cortapastas de estaño. Levantó la mano izquierda con la palma hacia arriba y depositó un círculo de masa encima. Cogió una cucharada de relleno de patata, porque era su favorito, y lo metió en el espacio donde la masa se hundía entre el pulgar y los dedos. Con un movimiento de muñeca, desplazó el *varenyky* de costado y, después de mojar los dedos en un vaso de agua, pellizcó el extremo para formar una media luna perfecta de masa rellena.

Colocó su obra junto a los otros *varenyky*. Los de Katya, casi tan perfectos como los de Mama, hacían que los de Alina parecieran un desastre.

Alina suspiró.

—Nunca llegaré a prepararlos bien.

—Pones demasiado relleno —dijo Mama—. Y la masa no es lo suficientemente fina. Mira a Katya. Me recuerda a mi madre. Sus *varenyky* eran todos uniformes. Así es como sabes que les has pillado el truco.

Katya se ruborizó de orgullo ante el elogio de su madre.

—No te preocupes, Alina. Creo que en la preparación de *varenyky* es en lo único que te supero. En todo lo demás, tú ganas

siempre.

Alina soltó una risita y se inclinó de lado para poner la cabeza en el hombro de Katya.

—No es verdad y lo sabes, pero no me quejo, hermanita.

Esa noche, Katya soñó con su padre. Caminaban juntos por el campo de trigo. Ella pasaba las manos por encima de los tallos que se agitaban, centelleantes, como una criatura moviéndose en un vaivén por las colinas de detrás de la casa. Era un cultivo perfecto.

—Pruébalos.

Tato le alargó un puñado de granos.

Ella se metió en la boca unos cuantos y mascó. Todavía estaban correosos. Nada del crujido en los dientes que indicaba madurez.

—Aún no —dijo ella.

Su padre sonrió con tristeza.

—Verás, Katya. Un granjero planta y cuida hoy para poder recolectar una buena cosecha en el futuro. Siempre debes mirar hacia el futuro.

—Te echo de menos, Tato.

—Yo también te echo de menos.

Su padre le tomó la cara entre sus manos.

—Desearía estar ahí para ayudarte. Las cosas van a empeorar antes de que mejoren, pero eres fuerte. Sal adelante hoy y mañana todo irá mejor. ¿Puedes hacerlo?

Unos disparos interrumpieron la plácida escena.

Los ojos de Tato se abrieron como platos y la empujó.

—Ve, Katya. Ve a él. No hay mucho tiempo.

Katya se incorporó respirando agitadamente. El silencio de la noche reverberaba alrededor de ella, pero algo no iba bien. Se levantó de un salto de la cama justo cuando Alina irrumpía en la casa.

Alina vaciló, sorprendida al ver a Katya ya en pie.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Saber qué?, —preguntó Katya, aunque un nudo duro de miedo en sus entrañas le dio la respuesta.

La voz de Alina se quebró.

—Pavlo está herido.

—¿Qué ha pasado?

Katya se calzó con energía las botas y cogió el abrigo justo cuando Mama se levantaba de la otra cama.

—Le han disparado —dijo Alina—. Kolya lo ha encontrado en el patio. Está muy mal, Katya.

Un millar de preguntas cruzaron la mente de Katya mientras corría campo a través. Abrió la puerta de golpe y entró corriendo en la estancia.

—¿Dónde está?

Kolya se levantó del sitio en la cama que había ocupado y avanzó hacia ella. El dolor se extendió por su rostro cuando la agarró por los hombros.

—Has de saberlo, Katya. Sus heridas son muy graves. No sé cómo ha sobrevivido lo suficiente para arrastrarse hasta aquí.

—¡Déjame verle!

Empujó a Kolya y se arrodilló junto a Pavlo.

Su cara lívida, sucia de tierra y sangre seca, estaba fría al tacto.

—Tiene dos heridas de bala, una en el estómago y otra en el brazo.

Kolya se arrodilló a su lado.

—Pavlo, ¿me oyes?, —dijo Katya acariciándole la cara, besándole los labios—. Estoy aquí, Pavlo. Estoy aquí para cuidar de ti, igual que la otra vez. Deja que vea dónde estás herido.

Su madre, que los debía de haber seguido, empezó a gritar instrucciones sobre agua hirviendo y trapos limpios mientras Katya inspeccionaba el cuerpo de Pavlo.

Abrió los ojos y se volvió en dirección al sonido de la voz de Katya.

—¿Katya? He llegado a casa, a ti. Te prometí que volvería a verte y no podía soportar romper mi promesa.

—Pues claro.

Su brazo derecho colgaba torcido y la sangre brotaba por debajo del trapo que Kolya apretaba sobre el vientre.

—Tenemos que ver si la bala del estómago ha salido por detrás —dijo Kolya.

Apartó el trapo para ver la herida y descubrió una masa roja de carne destrozada. Una oleada de náusea invadió a Katya.

Juntos le dieron la vuelta y Pavlo gimió.

—No hay herida de salida —dijo Kolya—. Sigue dentro.

—¡Necesitamos un médico!, —dijo Katya con voz frenética—. ¡Alguien debe ir a buscar un médico!

—¿Y decirle qué?, —le dijo Kolya con el ceño fruncido—. ¿Decirle que han disparado a mi hermano cuando luchaba contra la OGPU? ¿Quién va a arriesgar la vida para ayudarle?

—El médico fue deportado el mes pasado —dijo Mama—. Tendremos que ayudarle nosotras.

—Mama, hay demasiada sangre.

Las manos de Alina apretaban un trapo limpio sobre el estómago de Pavlo, pero la sangre no dejaba de fluir.

—Sigue aplicando presión.

La voz de Mama sonó vacilante.

—¿Katya? ¿Dónde estás?

Pavlo se retorció débilmente y abrió los ojos.

—Necesito verte.

Katya acercó su cabeza a la suya.

—Estoy aquí, Pavlo. No hables. No te preocupes. Estamos intentando ayudarte.

—No. Es demasiado tarde —dijo. Sus ojos vidriosos se quedaron fijos en los de ella y llevó su mano ilesa a los labios de Katya cuando esta empezó a protestar—. Necesito que seas fuerte, Katya. Kolya cuidará de ti. Me lo ha prometido. Ahora debemos decirnos adiós, pero siempre serás mi amor, mi Katya.

Las lágrimas rodaban por su rostro. La estancia y todos los que estaban en ella fueron esfumándose hasta que solo quedó Pavlo, susurrándole.

—Te he amado toda mi vida.

Su voz se quebró por el esfuerzo que requería tomar aliento.

—Incluso cuando te fastidiaba y te molestaba, te amaba. Siempre a ti, solo a ti.

Tosió y su cuerpo se estremeció.

—Debes sobrevivir a todo esto y explicarle a todo el mundo lo que ha ocurrido aquí, para que nunca más vuelva a suceder. Usa tu lápiz y papel y teje tus bellas palabras para mantener vivos nuestros recuerdos. No permitas que muera en vano, Katya.

Ella asintió, tragando los sollozos.

—No lo permitiré. Lo prometo.

—Siempre te amaré.

Sus ojos se dilataron y ella sintió el cambio en su cuerpo, la fuga de su alma, como un cuchillo clavado en su corazón.

—¿Pavlo? ¡Pavlo!, —gritó su nombre, pero él no respondió.

Unos brazos tiraron de ella, pero los empujó a un lado y cayó sobre Pavlo para mirar el rostro del hombre a quien amaba. Sus ojos abiertos, sin vida, la miraron. No tenían la chispa y vida que poseía su esposo. Estaban vacíos, desiertos, igual que ella ahora. Un sollozo escapó antes de poder contenerlo. Necesitaba cerrarle los ojos, pero no podía soportar la idea de no verlos más. En lugar de ello, se metió en la cama con él y lloró.

Cuando, finalmente, pudo ponerse en pie, sus piernas vacilantes cedieron y se desplomó hacia delante. En un instante, Kolya estuvo junto a ella, sosteniéndola entre sus fuertes brazos. Se apoyó en su sólido cuerpo mientras este miraba a su hermano. Su pecho se estremeció bajo la mejilla de Katya, tratando de reprimir su dolor.

—Mi hermano. Mi hermano pequeño.

Sus palabras rotas recorrieron el silencio de la casa y ahora era él quien se apoyaba en ella.

—Le he perdido, Katya.

—Lo sé.

Ella alargó la mano y, con dedos temblorosos, cerró los ojos de Pavlo.

—Todos le hemos perdido.

Un letargo se apoderó de Katya, pesado y frío, como una húmeda capa de lana, asfixiando lentamente su vida. Y se alegraba porque, ¿qué clase de vida podía tener sin Pavlo?

Con ojos empañados, Katya leyó una y otra vez la última nota que le había dado.

> Eres tan bonita cuando duermes que no me he atrevido
> a despertarte. Te amo.
> Te veré pronto. P.

Las palabras la consolaban y la enfurecían a la vez. Ahora, manchada de sangre por el tiempo que había pasado apretando su cuerpo herido, la nota ya no la llevaba metida en la camisa. En

lugar de ello, la metió en su diario para no arriesgarse a perderla mientras trabajaba. Era el último pedazo de él que tenía.

Todas las noches, cuando daba vueltas en la cama, el dulce olvido del inalcanzable sueño torturaba su alma. Y cada mañana empezaba el día con un ataque de vómitos que, en los momentos más delirantes, imaginaba que era su cuerpo rechazando los intentos de Mama de dar sustento a su cuerpo con la comida que le obligaba a tragar. El cuerpo de Katya sencillamente quería morir con Pavlo.

Tres semanas después de su muerte, Mama agarró a Katya del brazo y le preguntó cuánto tiempo llevaba vomitando por la mañana.

—Empezó justo después de…

La voz de Katya se fue apagando, incapaz de acabar la frase.

—¿Y cuándo tuviste tu último período?

La pregunta la confundió por un instante, y luego le llegó un fogonazo de comprensión. Alina había padecido de náuseas matutinas al principio del embarazo. Ahora, ya a mitad de camino, había conseguido librarse del desagradable ritual de todas las mañanas.

—Oh, no —gimió Katya y se dejó caer en una silla—. Ha pasado más de un mes. Quizás dos. He perdido la cuenta. Mama, ¿cómo puedo hacer esto sin él?

—Tranquila —dijo Mama y se llevó a su hija al pecho—. Yo estaré aquí para ayudarte. Es una bendición, Katya, porque un pedacito de Pavlo vive dentro de ti.

La idea la calmó. Katya puso la mano sobre su vientre aún plano y sonrió levemente.

—Se habría emocionado tanto.

Pero la sonrisa se desvaneció cuando le invadió la idea de que Pavlo nunca conocería ni sostendría en sus brazos a esta criatura.

Rompió a llorar en el pecho de su madre. Mama le acarició el pelo y le dijo que todo saldría bien, pero Katya sabía que era mentira.

15. Cassie

Illinois, mayo de 2004

Cassie dejó el lápiz sobre la libreta y miró el reloj. Su madre y Bobby regresarían de la visita al médico en cualquier momento. Pasó la mano por la página abarrotada de palabras y sonrió. Aquella tarde, la necesidad repentina de escribir sus recuerdos favoritos de Henry provocó en sus dedos un hormigueo. Casi no reconocía la sensación. Si bien no había sido capaz de armarse de valor y usar su viejo portátil para escribir artículos o relatos, escribir su diario a mano había resultado ser liberador.

Bobby tenía razón.

Algunas páginas estaban manchadas de lágrimas de dolor, otras entradas le provocaban carcajadas al rememorar las payasadas de Henry. Cuando hubiera terminado —si es que alguna vez terminaría realmente de escribir sobre él— guardaría el cuaderno para Birdie, para que siempre tuviera una manera de recordar a su padre.

Cassie se puso en pie y desentumeció los tirones del cuello y los hombros. Luego fue a ver a Birdie. Apartó el pelo húmedo de la frente de su hija. Birdie siempre sudaba mucho cuando hacía la siesta. Su respiración, lenta y regular, fluía de sus labios abiertos aún pegajosos de los bombones que Bobby le había dado. Sin lugar a dudas, Bobby disfrutaba mimando a la niña. Justo la noche anterior habían pasado horas trabajando juntas; Bobby le había enseñado a Birdie a bordar flores en una tela blanca.

—Así me enseñaste —había dicho Cassie.

—Y así es como me enseñó mi madre —había respondido Bobby —. Era una artista con aguja e hilo. Nunca fui capaz de crear piezas tan bellas como las suyas, pero se aseguró de que aprendiera el arte.

Cassie miró la imagen bordada enmarcada que colgaba encima

del cabezal de la cama de Birdie y tomó nota mentalmente de que debía preguntar a Bobby quién la había hecho. Tallos dorados de trigo ondeaban entre flores escarlatas y azules. Enredaderas verdes y hojas enmarcaban el ramo. Se trataba de una verdadera obra de arte.

La voz de su madre le llegó desde la cocina y Cassie salió de la habitación sin hacer ruido, cerrando la puerta para que Birdie pudiera seguir durmiendo.

—Bueno, ¿qué tal ha ido la visita?, —preguntó Cassie y acompañó a Bobby hasta una silla junto a la mesa de cocina y se sentó junto a ella.

—¡Bah! ¡Ridícula!, —dijo Bobby—. Me han hecho tantas preguntas que mi cabeza daba vueltas. Y he tenido que dibujar un reloj. Una pérdida de tiempo.

Anna, con cara de cansada, se dejó caer en la silla junto a Cassie.

—Te lo he dicho. Es un test estándar para valorar tus facultades mentales.

—Estoy bien —dijo Bobby dando un puñetazo en la mesa—. No necesito que los médicos me lo digan.

Anna se masajeó la frente.

—Cassie, ¿me puedes traer una aspirina? Creo que hay en el botiquín. Si no, mira en la mesita del dormitorio de Bobby.

—Claro, mamá.

Cassie dejó a las dos discutiendo y fue a abrir las puertas espejo del armarito de encima del lavamanos. No había aspirinas, pero desde la última vez que había mirado, habían tomado residencia tres latas de remolacha.

Fue por el pasillo al dormitorio de Bobby y abrió la puerta. La habitación olía a su perfume de señora mayor y a incienso. Fotos de la familia y alegres imágenes bordadas llenaban las paredes.

Cassie resistió el deseo de volver a rebuscar en la caja del armario y en lugar de ello se sentó en la cama y revolvió entre los diversos frascos de encima de la mesilla de noche. Cuando no encontró lo que buscaba, abrió el cajón superior. Allí, junto a una hogaza de pan y cinco latas de sardinas, encontró el pequeño frasco de aspirinas.

Sintió curiosidad y abrió los otros dos cajones y los halló abarrotados. Había bolsitas de ciruelas y uvas pasas, latas de pera

troceada, cajas de macarrones con queso. Cassie se maldijo y cogió una lata de peras.

—Aquí tienes —dijo y puso el frasco de aspirina en la mesa—. ¿Y qué han dicho en la visita?

Anna sonrió, tensa.

—El médico quiere hacer más pruebas.

Bobby miró con furia a Anna.

—¡Estoy bien!

—Bobby. No estamos haciendo esto por maldad —dijo Cassie y le enseñó la lata de peras que había escondido bajo el brazo—. Estamos preocupadas por ti. ¿Por qué escondes comida por toda la casa? ¿Por qué sales al jardín por la noche a enterrarla?

Bobby palideció.

—¿Dónde la has encontrado?

—En tu mesilla de noche. Junto con muchas otras cosas.

—¿Quién la ha puesto allí?, —exigió saber Bobby.

Cassie ladeó la cabeza. ¿Realmente pensaba que otra persona había hecho aquello?

—Tú. ¿No recuerdas que te encontré la otra noche en el jardín? Estabas enterrando comida. Descalza. A las cuatro de la mañana.

—No. Yo no he sido.

Se apartó de la mesa con la mirada confusa, como si hubiera desaparecido en una parte distante de su mente donde nadie pudiera encontrarla.

—No he tenido que hacer esto durante mucho tiempo —dijo cuando se dirigía a la sala de estar.

Cassie frunció el ceño.

—Tiene que haber algo que se nos está escapando. Algún tipo de trauma que padeció hace mucho tiempo que está exacerbando todo esto. Quizás esté relacionado con las notas de que te hablé. Las que escribió pidiendo perdón a Alina.

—Cómo voy a saber nada de todo esto si no quiere hablar. Durante toda mi vida nunca he sabido quiénes eran mis abuelos, o si tenía primos y primas, tíos y tías. Éramos solo nosotros —dijo Anna y se cruzó de brazos—. Démosle un tiempo. Hoy ha sido un día agotador para ella.

—Y para ti también, por lo que se ve —dijo Cassie—. ¿Por qué no vas a casa y descansas? Yo la vigilaré.

Anna se frotó la cara con las manos.

—Gracias, lo haré. Volveré un poco más tarde.

Después de que se fuera su madre oyó un grito contenido procedente de la sala de estar. Corrió y se encontró a Bobby de rodillas en el suelo, en el rincón del icono sagrado.

—¡Se ha caído! ¿Sabes lo que eso significa?, —dijo Bobby.

Cassie se puso de rodillas y recogió la imagen del icono y la tela *rushnyk*.

—Seguro que no es nada. Probablemente el clavo se haya soltado. Puedo volver a colgarla.

—No. —Bobby negó con la cabeza y clavó la mirada vidriosa en Cassie—. Cuando un icono cae, viene la muerte. Me estoy quedando sin tiempo.

—Bobby, deja de hablar así. No puedo soportar perderte.

Cassie notó que se le hacía un nudo en el estómago mientras ayudaba a Bobby a levantarse.

—Vamos. Te llevaré a la cama para que puedas descansar.

Cassie arropó a Bobby, luego se sentó en el borde de la cama y tomó las manos de su abuela.

—Me sentaré aquí contigo hasta que te duermas.

Hacía mucho que la artritis había deformado las articulaciones de Bobby, pero su mano izquierda estaba mucho más inflamada que la derecha. Cassie recorrió los dedos torcidos y los nudillos protuberantes que, en días malos, requerían hielo.

La voz de Bobby la sobresaltó.

—¿Sabes que la muerte no es el final? Es tan solo otra realidad. En el viejo mundo, sabíamos estas cosas. Invitábamos a los muertos a nuestras casas. Poníamos un plato para ellos en la mesa en Navidad. Celebrábamos fiestas en su honor. Pero aquí, he olvidado esas costumbres. Debo prepararme para estar lista el día de mi muerte.

—Para, Bobby.

—No tengo miedo de la muerte —prosiguió—. Solo de decepcionarla a ella. Nunca tuve oportunidad de decirle lo que tenía que decirle. Nunca tuve la oportunidad.

—¿De quién estás hablando?, —preguntó Cassie y apretó la mano retorcida de Bobby.

—Tienes que hacerme un favor —le pidió Bobby. Su voz era de

repente fuerte y decidida—. Ve a mi armario. Detrás de la ropa, en el estante del medio, hay una caja. Cógela.

Cassie cogió la caja sin mencionar que ya había mirado dentro. La colocó sobre la cama y Bobby apartó la mirada.

—Ya no soporto verla. Lo he intentado, pero me produce demasiado dolor. Tú y tu madre siempre habéis querido conocer mi pasado. Todo está en esta caja.

Emoción y culpa recorrieron a la vez el cuerpo de Cassie mientras examinaba el contenido. Quizás Bobby le explicaría todo para que finalmente pudiera entender. Bobby detuvo la mano de Cassie.

—No conmigo aquí. Necesitarás que te ayude Nick. Todo está en ucraniano y él es un buen chico. Te ayudará. Le gustas, ¿sabes?

—No es verdad —dijo automáticamente Cassie, pero solo escuchaba a medias. Su mente ya estaba inmersa en el tesoro de información que tenía delante, la clave para ayudar a Bobby.

Los siguientes días transcurrieron tranquilamente, sin más incidentes. Birdie parecía adaptarse bien a su nueva vida y Cassie tuvo que admitir que su madre había tenido razón. Se sentía más feliz aquí que en la otra casa, como si se hubiera liberado de una dura capa exterior de dolor. Cassie se dio cuenta de que sonreía y reía más, como si estuviera despertando lentamente de una larga hibernación.

La caja era su única fuente de frustración. Pasaba horas examinando el diario, pasando las manos por el cuero desgastado, intentando en vano descifrar las palabras contenidas en él. Había incluso intentado en internet, pero era imposible teclear las letras cirílicas en el buscador. Cuando se cansaba, empezaba a mirar las fotos en blanco y negro y buscaba atisbos de Bobby en las jóvenes.

—Debes pedirle a Nick que te ayude —le había vuelto a decir Bobby durante el desayuno.

—¿Por qué no me lo lees tú? ¿O me lo explicas?, —le había implorado Cassie. Quería oír la historia en boca de Bobby.

Bobby había negado con la cabeza.

—No. Sobrevivir aquello fue demasiado difícil. Es importante que sepas la verdad, pero yo no pienso revivirlo.

—Llama a Nick —le había dicho Anna. Ella también se moría por saber qué contenía el diario y, como le había hecho saber a Cassie en más de una ocasión, estaba más que picada porque Bobby había pasado de ella y le había dado el material a Cassie.

—Lo haré —había dicho Cassie. Y tenía intención de hacerlo en cuanto tuviera más claro qué sentía por él.

Aquella tarde, ella, Birdie y Bobby caminaron al parque que había calle abajo. Allí, Bobby se sentó en un banco al sol mientras Birdie jugaba en las barras. Cassie iba de una a la otra según necesidad.

—Me recuerda a ti cuando eras pequeña —dijo Bobby al ver a Birdie bajar el tobogán más alto y luego volver corriendo para repetir—. Es una intrépida.

—Solía ser intrépida antes del accidente —dijo Cassie—. Pero, después, durante mucho tiempo, no podía hacer que se apartara de mí. Desde que estamos aquí, he visto un cambio.

La brisa cálida hacía susurrar el manto de ramas llenas de brotes que las cubría y traía consigo el olor primaveral a tierra húmeda y plantas que comenzaban a despertar. Bobby escudriñó a la niña.

—Sigo viéndolo —dijo finalmente Bobby—. Es como tú. Volverá a ser la intrépida de siempre.

Cassie tomó una vacilante bocanada de aire.

—¿Cómo puedes verlo si he estado fatal?

Bobby le dio palmaditas en la pierna.

—No importa lo que yo vea. Es lo que tú ves lo que importa.

Cassie estaba meditando sobre ello cuando Birdie salió corriendo del parque hacia la calle, agitando los brazos.

Cassie se puso en pie de un salto.

—¡Eh! ¿Adónde vas? ¡No vayas a la calle!

Birdie se detuvo en la acera y volvió a agitar los brazos.

—¿A quién estás saludando?, —preguntó Cassie corriendo hacia ella.

—Hola, Cassie —gritó Nick. Con un pantalón corto y una camiseta de tirantes, chorreaba sudor y parecía que hubiera hecho una carrera de cinco kilómetros.

—Ah, hola, Nick.

Cassie intentó no mirar sus brazos, gruesos y musculosos, y

acabó por dirigir la vista al cielo.

—¿Qué haces por aquí?

Nick también levantó la vista.

—He salido a correr. ¿Qué estás mirando?

—Nada.

Cassie se ruborizó.

—Creía haber visto un pájaro.

—¡Yo también!, —dijo Nick dándole un suave pellizco en el brazo a Birdie—. Mi pájaro favorito.

Birdie soltó una risita de deleite.

—¡Nick!, —gritó Bobby acercándose lentamente a ellos—. Me alegro de que nos hayamos topado contigo. Quería invitarte a cenar esta noche. Vamos a preparar *borsch*.

—¿Es verdad?, —dijo Cassie.

Al mismo tiempo, Nick respondía:

—¡Encantado! El *borsch* es mi plato favorito.

—Bien. Ven hacia las seis.

—No me lo perdería por nada del mundo. Os veré entonces. —Saludó con el brazo y se fue corriendo.

—¿Por qué lo has hecho?, —preguntó Cassie cuando caminaban hacia casa, Birdie dando saltitos delante de ellas.

—¿Hacer qué?, —preguntó Bobby.

—¡Lo sabes! Invitarle a cenar. ¿Y desde cuándo preparamos *borsch*?

—Yo siempre preparo *borsch*. Es muy bueno —dijo Bobby.

—Sé que es muy bueno. Pero ¿tenemos siquiera los ingredientes?

—Por supuesto. Puede que sea vieja, pero no estoy loca —afirmó meneando un dedo retorcido—. Puedes decírselo a tu madre. Esta mañana he puesto jarretes de buey a cocer a fuego lento. ¿No lo has visto? Y Anna trajo la remolacha y la col cuando fue ayer a la compra, tal como le pedí. Ella también viene.

Cassie suspiró.

—Está bien, pero la próxima vez que decidas montar una cena, te agradecería que me avisaras.

—No sabía que te molestaría tanto que tu madre y un vecino vinieran a cenar.

—No me molesta —vaciló Cassie—. Solo que es distinto.

—¿Distinto porque te hace sentirte feliz? ¿Y porque hace mucho que no eres feliz?

Birdie se detuvo a oler el arbusto *deforsythia* del jardín delantero de los vecinos.

Cassie ignoró a Bobby.

—Birdie. No puedes entrar en los jardines de los demás.

Birdie miró a Cassie haciendo pucheros y corrió al jardín de Bobby a investigar sus flores.

—¿Y?, —preguntó Bobby.

—¿Y qué?

—Que no has respondido a mi pregunta. ¿Hace él que te sientas feliz?

—¿Quién?, —preguntó Cassie fingiendo inocencia—. ¿Nick? Apenas le conozco.

—Ajá. Incluso aunque intentes esconderlo, veo cómo te comportas cuando él está cerca. No te he visto comportarte así desde…

—¡No! —Cassie levantó la mano—. No compares. No siento nada por él y en absoluto es como Henry.

—Nadie los compara —dijo con dulzura Bobby—. Solo digo que pareces feliz. Henry no tiene que ser el último hombre que te haga feliz. Además, ¿no tienes que pedirle un favor a Nick? Ahora tienes la oportunidad.

Cassie negaba con la cabeza cuando cruzaron el umbral. ¿Cómo había podido Bobby sacar a relucir a Henry sin más, comparándolo con Nick? Incluso si lo encontraba atractivo, no se le podía comparar.

Admitir aquello le dio qué pensar. Lo encontraba atractivo. Era la pura verdad. Lo encontraba atractivo y eso la asustaba. Pero darse cuenta de que alguien era atractivo no era un crimen. Era algo completamente normal. Era un vecino y tendría que tener mucho más trato con él si aceptaba traducir para ella. Pero sería capaz de lidiar con él.

«Vive tu vida. Sé feliz». Las palabras de Henry reverberaron en su mente. Se frotó la cara con las manos. Solo llevaba viuda quince meses. ¿Cómo podía ser que ya se sintiera atraída por otro? ¿Qué clase de monstruo infiel era?

Al entrar en la casa Bobby se dirigió hacia su rincón de los

iconos sagrados y se puso de rodillas con cuidado.

—¿Haces esto todos los días?

Cassie se abstuvo de comentar sobre lo que le impresionaba que Bobby pudiera maniobrar su cuerpo de aquella manera, pues no creía que la anciana lo apreciara.

—He vuelto a hacerlo —dijo Bobby—. Durante mucho tiempo lo dejé, pero ahora me reconforta.

Cassie arrancó un hilo suelto del respaldo del sofá mientras Bobby encendía una vela votiva en un portavelas de cristal rojo.

—Sabes, lo intenté. Le pedí a Henry que viniera a visitarme y lo hizo. Supongo. En un sueño. Mama piensa que soy ridícula.

Bobby la miró fijamente.

—¿Te ayudó?

Cassie asintió.

—Eso creo.

—Es lo que importa —dijo volviéndose de nuevo hacia su rincón de los iconos—. Cuando termine prepararemos el *borsch*.

16. Katya

Ucrania, diciembre de 1931

—Ve a buscar a tu hermana y tráela a vivir aquí —dijo Mama.

Katya levantó la vista del abrigo que estaba arreglando.

—¿Quieres que Kolya y Alina se muden aquí?

—Por supuesto. Tiene sentido que vivamos juntos ahora que Alina va a salir de cuentas. ¿Y si llega el bebé y solo está Kolya para ayudar? No tiene idea de cómo ayudar a una mujer parturienta. Tiene que estar aquí. Pueden dormir en mi cama. Tendrán más privacidad. Yo dormiré contigo.

—Sí, Mama.

Katya se preguntó cuál sería la opinión de Kolya al ver que su privacidad durante el primer año de casado consistiría en una sábana colgada a lo largo del costado de la cama. Sin embargo, tenía sentido. Sería más fácil tenerlos a todos en un solo hogar.

—Iré a hablar con ellos esta tarde.

—No te limites a hablar, Katya —respondió—. Ordénaselo. Explícales que he dicho que será lo mejor para la familia. No dejes que el orgullo de Kolya se interponga.

Katya, con los ojos clavados en el zurcido, respondió con voz monótona.

—Sí, Mama. No permitiré que se interponga.

—Es buen chico —prosiguió su madre—. Cuida bien de ella, es el sostén de la familia. Pero no tiene idea de lo que significará cuidar de un bebé ni, Dios no lo quiera, ayudar a dar a luz estando aislados por la nieve. No, tienen que venir aquí tan pronto como sea posible y probablemente tengan que quedarse durante bastante tiempo. Quizás para siempre. Es lo que tiene más sentido.

Katya continuó cosiendo mientras su madre seguía con la

cháchara. Últimamente había descubierto que los movimientos mecánicos y repetitivos de los arreglos la calmaban. No fue hasta que Katya notó la mirada de su madre taladrándola que se dio cuenta de que Mama había dejado de hablar. Levantó la vista de golpe y dijo, obediente:

—Sí, Mama.

—Bueno pues, ¿a qué esperas? ¡Ve ahora! Algo de ejercicio y el aire fresco te sentarán bien a ti y al bebé.

—Ah, sí, claro —masculló Katya—. Puedo hacer esto más tarde.

Se puso en pie con torpeza. Aún le quedaban unos meses antes de salir de cuentas, pero Alina daría a luz en cualquier momento. Se puso el abrigo que no había acabado de coser. No importaba. El roto en la manga era pequeño y no le molestaría demasiado. Era mejor salir ahora y apaciguar a su madre.

Marchó pisando con fuerza la nieve hasta la casa de Alina y Kolya. Desde que se habían unido a la cooperativa, la vida se había vuelto más difícil para todos ellos. Trabajaban incansablemente, pero, aun así, parecía que nunca había suficiente comida en casa. Su pequeño huerto de verduras era un pequeño alivio, pero, por primera vez en sus vidas, tenían problemas con gente que les robaba las hortalizas en su propio patio.

Antes de que los soviéticos los sorprendieran, Mama había llevado su hogar con mano dura. La casa estaba resplandeciente, la comida era abundante y la única vez que se sentaba era por las noches, cuando trabajaba en los bordados. Sus manos creaban los diseños más bellos con aguja e hilo, y su trabajo era conocido en toda la zona. *Rushnyky* e imágenes con aves, flores y árboles detallados ejecutadas con puntadas minúsculas adornaban las paredes de la casa, pero Katya no había visto a su madre crear nada nuevo desde que su padre había sido arrestado.

Ahora quería que Katya le dijera a Kolya que abandonara su hogar familiar y se fuera a vivir con su suegra y cuñada. Katya casi sonrió al imaginar su reacción y el movimiento de las comisuras de sus labios le pareció extraño y forzado en su rostro demacrado. Su madre siempre se había apoyado en sus presunciones, pero lo de ahora iba a resultar interesante.

—¿Alina?

Katya llamó suavemente a la puerta de su pequeño hogar.

Habían pasado meses, pero seguía notando la tristeza que flotaba en el aire como una sábana que cubriera la casa. Cerró los ojos, allí parada. Mil recuerdos la inundaron, tirando de ella en direcciones distintas. Pavlo estaba en todas partes, pero no podía tocarle, ni se sentía capaz de acercarse a él de la forma que fuera. La pena era aún demasiado fuerte. Un dolor sordo palpitó en el fondo de su garganta.

—¡Katya!

Alina abrió la puerta y recibió a Katya con un abrazo. Ninguna de las dos había ganado el peso necesario estando embarazadas, no obstante, Alina se veía torpe con la barriga redonda proyectándose hacia delante. Mama tenía razón. Pronto saldría de cuentas. Eso era lo único que podría hacer más fácil proponerles la idea.

—Hola, Alina —dijo con voz quebrada Katya, conteniendo la emoción. Miró alrededor—. ¿Está Kolya en casa?

—Está afuera, en el granero. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Alina se dirigió con sus poco elegantes andares de pato al *pich*, donde estaba cocinando una olla de *borsch*. Los ojos de Katya parpadearon involuntariamente al dirigirse al lugar donde había muerto Pavlo y la visión que había esperado evitar, regresó. Pavlo, maltrecho y débil, con sus bellos ojos abiertos mirando al techo. El olor cobrizo de la sangre inundó sus sentidos y le vino un sudor frío. De repente, allí estaba ella, viendo morir a Pavlo de nuevo.

Katya se estremeció y cerró los ojos, forzando el recuerdo a desaparecer.

—¿Estás bien, Katya?, —preguntó Alina. Tenía el rostro arrugado por la preocupación. Acercó la mano al brazo de Katya—. Podemos hablar, si quieres.

—Estoy bien —dijo Katya. ¿Cómo podía decirle a Alina que apenas tenía fuerzas para levantarse de la cama por la mañana? Si abriera las compuertas de su dolor, se ahogarían las dos, de modo que las cerró bien y fue directa a la razón de su visita—. Mama opina que sería mejor que tú y Kolya os vinierais a vivir con nosotros.

—Ah. —Alina frunció el ceño, meditativa—. No estoy segura. Tendré que hablar con Kolya.

Katya tuvo la repentina necesidad de poner la punta del dedo en la frente de Alina y alisarla, igual que Alina había hecho con ella en

la boda de Olha y Boryslav. Una vida entera atrás, cuando se preocupaban por cosas tan tontas como enamorarse y casarse. Ahora, Katya pasaba el tiempo preguntándose qué comerían todos los días y si los activistas se cansarían alguna vez de cogerles la comida y si finalmente los detendrían.

Katya cerró los puños.

—Mama quiere que os lleve a casa hoy. Ya sabes cómo es.

—Ah —repitió Alina al tiempo que se sentaba con cuidado en una silla junto a la mesa.

—Cree que deberías estar rodeada de mujeres porque estás a punto de salir de cuentas.

—Tiene cierto sentido —dijo Alina—. Quizás hasta que haya nacido el bebé, pero tengo que hablar primero con Kolya.

Como si respondiera a una señal, Kolya entró en la casa. Sus ojos se dirigieron directamente a Alina, ajeno al hecho de que había una visita sentada a la mesa. Katya vio el amor que emanaba de él hacia su esposa embarazada. Que su hermana tuviera a alguien que cuidara de ella la hacía feliz, pero también afiló el cuchillo que se retorcía perpetuamente en su estómago. Kolya se parecía tanto a Pavlo, y verle adorar a Alina… Por un instante, Katya se preguntó lo mal que se sentiría viendo su obvio amor todos los días, durante todo el día, el recuerdo constante de todo lo que ella había perdido. Avergonzada, apartó ese pensamiento egoísta de su cabeza.

—Kolya —saludó Alina a su esposo con una cálida sonrisa—. Katya ha venido a hacernos una propuesta.

Kolya la miró y notó que la estudiaba, determinando su bienestar.

—Hola, Katya. ¿Cómo estás?

Desde que Kolya había descubierto que estaba embarazada y llevaba dentro el bebé de Pavlo, se había vuelto muy protector. Se aseguraba de que ella y Mama siempre dispusieran de suficiente leña cortada para que no la tuviera que cortar ella, y pasaba después de trabajar en la cooperativa tan a menudo como podía para ayudar en las tareas de la casa.

—No necesito un trato especial —le había dicho una y otra vez —. He trabajado todos los días durante la cosecha y sigo rastreando los bosques en busca de leña para la cooperativa, y ayudo a ordeñar las vacas a diario. No soy una flor delicada.

—Lo sé, pero debo cuidar de ti y del bebé. Pavlo haría lo mismo por mí si las cosas hubieran sido distintas —dijo.

Katya asintió.

—Estoy bien, gracias, Kolya. Pero no es mi propuesta, es de Mama. Quiere que vengáis los dos a vivir con nosotras, ya que el día de parto se acerca.

Katya omitió la parte referida al deseo de Mama de que la estancia fuera permanente. Le dejaría a ella abordar el tema cuando ambos estuvieran bajo su techo.

Cansado, Kolya se pasó la mano por la cara. Tenía ojeras y bolsas en los ojos. Todos se habían unido a la granja colectiva a la vez y él trabajaba duro para mantener su hogar y ayudar a Mama y Katya, además de todo lo que la cooperativa exigiese. Katya vio que la idea de mudarse no le atraía, pero por su esposa embarazada, lo consideró.

—¿Es lo que quieres, Alina?, —preguntó.

—Podría facilitar las cosas cuando me ponga de parto —dijo Alina.

Kolya miró a Katya.

—Supongo que tu madre querrá una respuesta hoy.

Ella asintió.

—Ves, Kolya, ya la conoces bien. Vivir con ella será muy fácil.

Él soltó una risita.

—Ve a decirle a tu madre que estaremos allí esta noche. Si le sirve de ayuda a Alina, entonces haremos que funcione.

Como siempre, Mama tenía razón. Tres días más tarde, cuando Katya vino a casa después de ir a ver a la cabra y su cabrito, se encontró a Alina en la cama y a su madre poniendo agua a hervir.

—Coge sábanas —ordenó—. ¿Sabes dónde está Kolya? ¡Es hora!

—Llegará de la cooperativa en cualquier momento.

Katya se sacó el abrigo y corrió a hacer lo que le habían ordenado. Alina se puso tensa y gimió cuando una contracción la desgarró por dentro.

—Este bebé está viniendo rápido —dijo Mama por encima del hombro—. Necesito que vayas a buscar a Lena.

—¡Quiero a Kolya!, —gritó Alina. Los tendones de su cuello

sobresalieron de su pálida piel al empujar con la llegada de otra contracción—. ¡Ve a buscarlo, Katya! ¡Ahora!

—Voy.

Katya volvió a ponerse el abrigo y salió de nuevo al frío. Caminar por la nieve le costaba más ahora que estaba más avanzada, pero se alegraba de poder hacer algo que ayudara a Alina. Ya estaba a medio camino del cuartel general de la cooperativa y casi en casa de Lena y Ruslan cuando vio a Kolya de camino a casa.

Ahuecó las manos para gritarle:

—¡El bebé está de camino!

Kolya se detuvo en seco, luego empezó a correr hacia ella.

—Voy a buscar a Lena —dijo Katya—. Pero Alina te necesita.

Derrapó al frenar y la agarró por los hombros.

—¿Tiene mala pinta? ¿Está bien?

—Tiene muchos dolores, pero lo está haciendo muy bien. No te preocupes, estará bien.

—¿Que no me preocupe?, —dijo dejando caer los brazos y mirándola fijamente—. Ella es lo único que me queda en este mundo. ¿Cómo no iba a preocuparme? Ahora corre a buscar a Lena.

Él corrió en dirección a la casa dejando a Katya mirándolo fijamente. El enfado acaloró su rostro y se mordió el interior de la mejilla hasta hacerse sangre. «¡Al menos la tienes a ella!», quiso gritar tras él. Chillar. Pero no lo hizo. ¿Cómo podía juzgar su dolor? Él también había sufrido muchas pérdidas. Su madre. Su padre. Pavlo. Se estremeció bajo el peso de aquella angustia y, tan rápidamente como había estallado, su ira se disipó. Se sujetó el vientre hinchado y respiró hondo. Puede que ella y Kolya compartieran la pérdida de Pavlo, pero eso no hacía que fuera más fácil de soportar.

Una vez controladas las emociones, Katya caminó fatigosamente y tan rápidamente como pudo hasta la casa de Lena. Esta la invitó a acercarse al cálido *pich* mientras preparaba las cosas e interrogaba a Katya.

—¿Cuánto tiempo entre contracciones? ¿Ha roto aguas? ¿Cuándo ha empezado el parto?

—No estoy segura —repitió varias veces Katya—. He llegado a casa del trabajo y he venido directamente a buscarte.

—Pobrecita mía —se compadeció Lena, que le dio palmaditas en la mejilla—. Esto debe de asustarte un poco. Bueno, no tengas miedo. Lo que veas hoy con Alina no será necesariamente igual contigo. El parto de cada mujer es distinto, y cómo soporta cada una el dolor también.

Katya asintió. Ahora mismo no sentía que estuviera soportando demasiado bien el dolor. Le dolían los pies, sentía un dolor palpitante en la espalda y solo quería volver a casa y sentarse.

Lena se pasó un chal por los hombros y la cabeza.

—Ruslan. Volveré más tarde —gritó en dirección a la estancia trasera—. Voy a ayudar en el parto de Alina.

Lena ayudaba en muchos de los partos que tenían lugar en el pueblo, a pesar de que ella nunca había tenido hijos. Se movía con rapidez a pesar de ser una mujer mayor y, en un santiamén se encontraron observando una escena similar a la que Katya había dejado antes, solo que esta vez Kolya estaba arrodillado junto a la cama y sostenía la mano de Alina.

Tras una inspección más minuciosa, Katya vio que Alina se había calmado significativamente. Mama debía de haberle cepillado el pelo hacia atrás y sus ojos claros estaban fijos en Kolya.

Soltó un quejido grave.

—¡Lena! ¡Este bebé va a llegar pronto!

—Bien. Déjame ver si tienes razón.

Lena se detuvo para santiguarse ante la pared donde normalmente habían estado colgados los iconos y luego se inclinó hacia Alina. Tras unos minutos de silencioso examen, negó con la cabeza.

—No. Aún queda un rato. Intenta descansar cada vez que el dolor ceda.

El tiempo iba pasando mientras Alina sufría dolores y los demás esperaban. No fue hasta el amanecer del día siguiente que Lena finalmente declaró a Alina lista para empujar y la casa se llenó con los sonidos del esfuerzo. Gemidos y gritos de dolor partían de sus labios.

La apariencia del rostro de Katya llamó la atención de su madre.

—No la juzgues demasiado duramente —la reprendió—. Espera. Cuando te llegue el momento, tú harás lo mismo. Dar a luz a una criatura no es sencillo.

Katya frunció los labios y contuvo una réplica. Ella no gritaría, agradecería la agonía del parto. Sentir algo además de pena, de desesperación, sería un placer, sin importar cuánto dolor físico trajera. Y con ese dolor vendría un pequeño pedazo de Pavlo. Solo por eso, soportaría todo el dolor del mundo.

Pálida y débil, Alina empujó durante horas sin resultado. Finalmente, cuando Katya ya estaba asustada y temía que la criatura nunca nacería, una pequeña bebé se deslizó en las manos de Lena. Katya vio cómo los gritos de dolor de Alina cambiaban a sollozos de alegría. Se llevó a la bebé al pecho y Kolya las rodeó a ambas con sus brazos. Una unidad familiar, todos juntos y cómodamente instalados en su amor. La belleza de la escena no le pasó por alto a Katya, aunque no pudo evitar sentir una punzada de celos. Pavlo nunca la abrazaría a ella mientras acunaba a su bebé.

Katya vio a Alina mirar fijamente a su recién nacida y compartir sonrisas secretas con su esposo. Con fría determinación, se juró que nunca más permitiría que su dolor y celos se interpusieran entre ella y Alina. Katya quería a su hermana y quería que tuviera la vida que siempre había soñado. Había perdido tanto, que no podría soportar perder a Alina también.

—¡Abrid!

La voz fuerte las sobresaltó a todas. El cucharón de Mama se detuvo encima de la olla de comida que estaba preparando en el fogón. Era mijo molido, leche de cabra, y pieles de patata que Kolya había robado de los cerdos en la granja colectiva en un intento vano de complementar la única rebanada de pan que él, Katya y Mama traían cada uno del trabajo a casa todos los días.

Katya se levantó de la silla donde había estado sentada junto a su hermana. Las rodillas le temblaban de miedo. Alina cerró los ojos y le frotó la espalda a su minúscula bebé. Nacida hacía tan solo pocas semanas atrás, Halyna —o Halya, como se habían acostumbrado a llamarla— estaba creciendo muy bien en medio de este calvario en que se había convertido la vida. Alina, no obstante, seguía débil tras el parto y Mama insistía en que descansara todo lo posible para aumentar su producción de leche.

—¡Abrid! ¡Sé que estáis dentro! ¡Veo el humo!, —gritó de nuevo

la voz en la puerta. Katya la reconoció. Prokyp.

—¡Voy!, —dijo intentando ganar tiempo, pensando frenéticamente.

Si encontraba las pieles de patata y la leche de cabra, los detendrían a todos. Sus ojos recorrieron rápidamente la habitación en busca de un escondrijo. Corrió al arcón lleno de ropa blanca y abrió la tapa haciendo gestos a su madre.

Mama sacó la olla del fuego, le puso con cuidado la tapa y metió la olla entre las sábanas. Cerró el arcón e hizo una señal afirmativa a Katya que ya estaba dirigiéndose a la puerta.

Katya se alisó la falda e intentó aparentar calma al abrir la puerta. Prokyp la empujó a un lado para entrar y un joven que nunca había visto lo siguió. Prokyp tenía el mismo aspecto de siempre, con su mirada mezquina, el pelo sucio y los dientes deteriorados. El activista que lo acompañaba era más bien un niño. Probablemente fuera miembro del Komsomol, la organización juvenil de Stalin.

Katya pensó en los folletos que los activistas le habían dado cuando llegaron al pueblo, intentando atraerla a ella y a otros jóvenes como este niño para que entraran en el Komsomol. Se alegraba de que Pavlo hubiera arrugado aquel papel, se alegraba de que no hubiera sucumbido al lavado de cerebro que permitía a esta gente ejecutar castigos atroces, a veces incluso contra los suyos.

—Huele bien —dijo Prokyp mirando con malicia, mostrando sus asquerosos dientes a Mama—. Has estado cocinando algo.

—Te equivocas —dijo Mama con voz firme—. Mi yerno trajo a casa comida que había recibido a cambio de su trabajo ayer en la cooperativa. Debe ser eso lo que estás oliendo.

Prokyp miró alrededor y sus ojos finalmente se posaron en Alina.

—¿Dónde está ese fornido yerno tuyo? ¿Trabajando? Lástima que se pierda esto.

—No tenemos nada —dijo Mama—. Trabajamos duro para la cooperativa. Por favor, déjanos en paz.

—Sabes que no es tan sencillo. Necesitamos grano para la siembra de primavera y sabemos que estáis escondiéndolo de la cooperativa.

Prokyp hizo un gesto con la mano a su compañero.

—¡Registra la estancia!

El joven sacó una vara larga y fina de metal de su bolsa y la levantó y luego la hundió en la cama vacía. La vara arrasó con las sábanas, almohadas, mantas y la furia ardió en Katya por la innecesaria destrucción de sus posesiones.

—¡Esto es ridículo!, —gritó—. ¡Estáis destrozando nuestras cosas! ¡Y no tenemos nada!

El joven ignoró sus protestas y pasó a la siguiente cama.

—¡Apártate!, —le ordenó a Alina.

Katya y su madre corrieron a ayudar a Alina a ponerse en pie. Mama cogió a la bebé y Katya le pasó el brazo a Alina por la espalda e hizo que se sentara, pero el activista apenas esperó a que se levantara para acribillar la cama. Katya tiró de su hermana para ponerla en pie antes de que la atravesara con la vara de metal al ir haciendo agujeros sistemáticamente a lo largo y ancho de la cama.

—¡No hay nada dentro!, —anunció finalmente.

Katya cerró los ojos y pensó en Pavlo y en que ella había continuado yendo al bosque a esconder la poca comida que consiguieran. De nuevo, les había salvado.

—¿Has mirado allí? —Prokyp señaló el arcón de la ropa blanca.

—No, señor —respondió el joven mientras cruzaba a zancadas la estancia. Abrió la tapa de un tirón y empujó la vara. El metal chocó con metal.

Katya aspiró aire entre los dientes y le vino un sudor frío que le empapó la espalda. Mama se santiguó y cerró los ojos, derrotada. Prokyp se dirigió hecho una furia al arcón y empezó a sacar la ropa blanca. Chilló como un cerdo cuando tocó con la mano la olla caliente.

—¿Conque no tenéis comida? ¡Me habéis mentido a mí y al Estado!

Cogió la olla con una sábana, la sacó y la colocó sobre la mesa. Empujó la tapa, cogió una cuchara y empezó a hurgar en el contenido.

—¿Pieles de patata? Me pregunto dónde habéis encontrado pieles de patata —caviló. Se llevó la cuchara a la boca—. Mmm. Haces que esta basura sepa bastante bien.

El guiso fue salpicándolo todo cuando empezó a meterse cucharadas de la única comida de aquel día en su boca asquerosa.

Cuando ya casi no quedaba nada, y no tardó demasiado en terminar porque, para empezar, apenas había nada, volcó la olla y empezó a golpearla contra el suelo.

—¡No!, —dijeron simultáneamente Katya y su madre con voz entrecortada.

—¡Habéis robado al Estado! ¡Debería deteneros a todas!, —dijo sacudiendo la olla, esparciendo así pedacitos de monda de patatas por toda la casa.

Dejó la olla y se acercó a Alina. Ella volvió la cara, rehusando mirarle cuando él le pasó su asquerosa mano por la mejilla.

—Incluso después de haber parido sigues siendo bella. Es una pena que no me eligieras. No estarías aquí muriéndote de hambre. Serías la esposa de alguien importante. Habría podido cuidar de ti, al contrario que el idiota que querías.

—¡Animal!, —gritó Katya señalándolo, y se acercó a él mientras las palabras que pronunciaba salían disparadas de su boca como balas—. Dices mentiras acerca de tu amor por ella, pero puede que la hayas matado. Está débil y necesita comer. La bebé la está consumiendo y te acabas de comer su única comida del día.

Los ojos de Prokyp se clavaron en Katya con una mirada que le heló la sangre.

—¿Estás celosa por la atención que dedico a tu hermana? —Se acercó tranquilamente a ella y le tocó el pelo—. Quizás no seas tan bonita como ella, pero no estás mal. Me servirías si no tuviera más remedio, incluso estando embarazada. Y no hay nadie que te salve, ¿verdad? Tu marido está muerto, ¿no es así?

La furia se apoderó de Katya, pero fue reemplazada rápidamente por miedo cuando Prokyp la agarró y la arrastró hacia la puerta.

—¡Pon la mano en el marco!, —gritó y la empujó contra la madera.

Katya apretó los labios y negó con la cabeza. «Sé fuerte». Las instrucciones de Pavlo reverberaron en su cabeza.

—¡No!

—¡Ahora!, —gritó Prokyp.

Le dio una bofetada con el dorso de la mano y a Katya se le nubló la vista. Cayó hacia delante en el umbral y, al sujetarse, puso la mano abierta en el marco tal como él le había pedido.

Prokyp agarró la puerta y la miró con desdén.

—¡No se roba comida, ladrona!

Cerró la puerta de un golpe en su mano y Katya gritó. El dolor le subió por el brazo y provocó que se doblara. La estancia se disipó alrededor de ella cuando se puso en pie aguantándose la lacerante mano izquierda. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se obligó a no derramarlas y mantuvo la cabeza bien alta. «Sé fuerte». No le daría a Prokyp la satisfacción de verla llorar. Su madre la rodeó con su brazo y la condujo a una silla.

—Tenéis suerte de que hoy tenga mayores problemas que unas pieles de patatas robadas. Tengo que recoger el grano de otras casas de ladrones, pero volveré y no seré tan amable la próxima vez.

Salió atropelladamente por la puerta, gritando a su compañero:

—¡Comprueba el patio con tu vara!

El joven los miró con odio y escupió en el suelo antes de seguir a Prokyp afuera. Mama se volvió rápidamente hacia Katya y tomó su mano herida.

—¿Puedes moverla?, —preguntó. Hizo presión sobre los nudillos inflamados de la mano izquierda de Katya—. No noto huesos rotos, pero es difícil de saber. Ya está muy hinchada. Voy a buscar una tela para vendarla.

—Estaré bien, Mama —dijo Katya apretando los dientes para combatir el dolor.

Apartó la mano y se arrodilló. Con la mano ilesa recogió pedazos de monda de patata y de mijo aglutinado y los puso en un bol, intentando salvar desesperadamente cada fragmento de la valiosísima comida que Prokyp había arrojado al suelo.

17. Cassie

Illinois, junio de 2004

—Date prisa —le dijo Bobby a Cassie en cuanto llegó a la cocina—. Ya son las dos. La tarde ya casi ha terminado.

Bobby puso sobre la mesa una bolsa de patatas y un cuchillo junto a un montón grande de remolacha.

—Toma. Ralla esta remolacha. Yo cortaré la col. Los jarretes de buey llevan hirviendo desde las siete de esta mañana y el pan ya se está haciendo en el horno.

Cassie cortó los extremos de las raíces y empezó el tedioso proceso de frotarlas contra el rallador metálico. El jugo de color rosa intenso se filtraba y manchaba sus manos y en pocos minutos pareció que estuviera pintando con los dedos. Se miró las manos, contrariada.

—Esto es mucho más duro de lo que recordaba.

—Al final vale la pena —dijo Bobby asintiendo—. Y fortalece las manos.

—Y las deja de color rosa —replicó Cassie.

Intentó no mirar fijamente las manos retorcidas de Bobby, que arrancaba las hojas exteriores de la col. La sostenía con la mano izquierda, adaptando sus movimientos para permitir que la mano derecha hiciera la mayor parte del trabajo.

—¿Qué tal la artritis?, —preguntó Cassie—. Parece que hoy te está fastidiando la mano.

—Está bien —dijo Bobby. Se detuvo para masajear los nudillos protuberantes—. Quizás tengo esta mano un poco más rígida.

Birdie, que no tenía fuerza para rallar las remolachas, disfrutaba pasando las manos por las tiras. Agitó sus dedos de color rosa delante de la cara de su madre y soltó una risita.

Cuando tuvo toda la remolacha rallada, Bobby le dijo a Cassie que la añadiera, junto con la col y una cebolla picada, al jarrete de buey que hervía en el fogón. El intenso olor a tierra de la remolacha al tocar el agua hirviendo no le provocó recuerdos de la infancia relacionados con el *borsch*.

Frunció la nariz.

—No huele a *borsch*.

—Claro que no —desestimó Bobby—. Tiene que cocer hasta que la remolacha esté disuelta. Necesita un par de horas. Mientras esperamos, puedes cortar las patatas.

Cassie se puso manos a la obra y peló las patatas. Cuando la cantidad satisfizo a Bobby, se detuvo.

—Tenemos que esperar para añadirlas —ordenó—. Pero ve a revolver la sopa y añade una hoja de laurel.

Pasaron una hora prácticamente en silencio mientras Bobby jugaba a cartas con Birdie y Cassie recogía. Luego, añadió las patatas y veinte minutos más tarde, la crema agria. El color rojizo oscuro se transformó en un bonito rosa salpicado de pequeñas manchitas blancas.

—Mmm. Qué bien huele aquí —comentó Anna al entrar alegremente por la puerta trasera—. ¡Hace tantísimo que no tomo *borsch*!

—Eso es porque ya no preparas comida ucraniana —dijo Bobby.

Anna ignoró a Bobby y prosiguió:

—Me he enterado de que tenemos compañía.

Miró de refilón a Cassie.

—A mí no me mires —dijo Cassie—. Yo no le he invitado.

—Por supuesto que no. Últimamente tienes las aptitudes sociales del cangrejo ermitaño —dijo Anna revolviendo la sopa para oler los aromas—. Qué ganas de probarla.

—Para que conste, los cangrejos ermitaños son muy sociables, de modo que tu analogía es pésima —dijo Cassie—. Y me gusta pasar el rato a solas. ¿Qué hay de malo en ello?

—Nada —interrumpió Bobby antes de que la conversación pasara a ser una acalorada disputa—. He invitado a Nick para agradecerle su ayuda. Eso es todo.

Llamaron a la puerta y Birdie saltó de la silla.

—Espera, Birdie —dijo Bobby, que señaló la hogaza de pan que

había preparado. Un hueco en su centro contenía un pequeño bol de sal—. Tienes que entregarle a Nick el pan y la sal para demostrarle nuestra hospitalidad.

Bobby sacó un *rushnyk* bordado con flores de un cajón y le ordenó a Birdie que alargara las manos. Colocó la tela encima de las manos que Birdie había extendido de manera que los extremos idénticamente decorados del tejido cayeran a los lados hasta el suelo.

Luego, Cassie ayudó Birdie a mantener firmes las manos mientras Bobby colocaba el pan encima del *rushnyk*.

—De niña, esta era siempre mi parte favorita cuando teníamos invitados. Era un trabajo muy importante —dijo Cassie.

Birdie asintió solemnemente y caminó de puntillas a la puerta, donde Anna esperaba para abrir.

—Hola a todas.

Nick sonrió al entrar. Ya no llevaba pantalones cortos ni camiseta y se había puesto unos pantalones caqui y camisa de botones con las mangas enrolladas. Ya no estaba sudado, pero seguía siendo arrebatador. Cassie se dio cuenta de que otra vez se había quedado mirándolo fijamente.

Birdie le alargó el pan y Nick se arrodilló.

—¡Pan y sal! Igual que solía hacer mi *bobo* —comentó. Arrancó un pedazo de pan, lo remojó en sal y, con una inclinación de cabeza dio las gracias y se metió el pedazo en la boca—. Delicioso. Gracias, Birdie.

Él le ofreció un ramo de girasoles y Anna cogió el pan para que Birdie pudiera aceptarlas.

—Quería traer algo para la mesa y he pensado que mejor flores que cualquier cosa que cocine yo.

Birdie las cogió y dio un chillido.

—¡Los girasoles son las flores favoritas de Alina!

Cuando Anna se dio la vuelta, el pan que sostenía se inclinó peligrosamente y la sal cayó al suelo. Cassie se quedó sin aliento. Había esperado este momento durante quince meses. Con el corazón palpitando en sus oídos, dio un par de pasos vacilantes hacia su hija, luego se dejó caer de rodillas y agarró los hombros de Birdie.

—¡Birdie, has hablado!

Cassie rodeó a la pequeña con sus brazos y empezó a llorar. Mirando por encima de la cabeza de Birdie, vio que Bobby se tambaleaba y se dejaba caer en el sofá, y que luego escondía la cara en las manos.

Cassie se levantó de un salto, reacia a dejar atrás este maravilloso momento con Birdie.

—Bobby, ¿estás bien?

—Estoy bien —respondió Bobby agitando una mano, restando importancia a la pregunta—. No te preocupes por mí. Solo es que me alegro por Birdie.

Anna rodeó a Bobby con un brazo y le preguntó a Birdie:

—¿Quién es Alina? ¿Es una amiga del parque?

—No —dijo Birdie. Tenía la voz un poco debilitada por la falta de uso, pero dulce—. Es mi nueva amiga, pero no del parque.

—¿Dónde la has conocido, entonces? —Cassie vigilaba nerviosa a Bobby.

—Aquí —dijo Birdie—. Justo aquí, en este sofá.

Bobby emitió un sonido entrecortado y Cassie frunció el ceño.

—Bobby, ¿estás segura de que te encuentras bien? ¿Necesitas agua?

Cassie le hizo un gesto a Nick, que se estaba acercando a Bobby, y él asintió.

—Voy a buscar un vaso.

Volvió con el vaso de agua y se sentó al otro lado de Bobby.

—¿Seguro que estás bien? Estás un poco pálida.

—Es la impresión por oírla hablar —respondió Bobby, evitando mirar a nadie a los ojos.

—Pues tenías razón, Bobby. Tan solo necesitaba tiempo —dijo Cassie. Le dio a su hija otro abrazo—. Oh. He echado de menos tu vocecita.

Birdie soltó una risita.

—Alina dijo que tenía que hablar, así que lo he hecho.

—Pues quienquiera que sea Alina, me gusta.

La sonrisa de Cassie menguó cuando reconoció el nombre. Alina. El mismo nombre de las cartas que Bobby había escrito pidiendo perdón. El mismo nombre que había utilizado para dirigirse a Cassie cuando estaba teniendo uno de sus ataques.

—¿Alina?, —repitió Bobby, y luego susurró unas palabras en

ucraniano.

Cassie frunció el ceño mientras estudiaba a su abuela.

—Mamá, Nick. ¿Creéis que deberíamos llevarla a que la miren?

Antes de que nadie pudiera responder, Bobby dijo de mala manera:

—Estoy bien. Ya os lo he dicho.

Se hizo un silencio incómodo en la sala y Bobby cerró los ojos. Birdie levantó la vista para mirar a Cassie.

—¿Bobby se ha enfadado conmigo?

—No, cielo. Solo creo que tiene un día difícil —dijo Cassie en voz baja para no disgustar de nuevo a su abuela—. Quizás lo que necesita es cenar.

—Buena idea —coincidió Anna—. Vamos. A comer todos mientras la comida aún está caliente.

Cassie vio con sorpresa que Bobby le dejaba a Nick ayudarla a ponerse en pie y llevarla del brazo hasta la cocina. Normalmente, Bobby despreciaba las ofertas de ayuda, pero hoy se apoyó en el fuerte brazo de Nicky permitió que la acompañara. Vio que Nick comprobaba subrepticiamente el pulso mientras la conducía a la cocina y cuando la miró con una sonrisa calmada, se relajó.

Cassie se acercó a Anna, ocupada en los fogones llenando los boles de sopa, y se inclinó hacia ella.

—¿Crees que Birdie nos ha oído hablar? Tiene que habernos oído, ¿no? Al fin y al cabo, Alina no es un nombre muy común.

—Pues claro que es eso lo que ha ocurrido. —Anna puso los ojos en blanco—. Aunque si os ha estado escuchando a ti y a Bobby, quién sabe qué tipo de cosas absurdas piensa ahora. Toma.

Le enchufó a Cassie dos boles.

—Llévalos a la mesa. Y la ensalada también.

—Está bien —dijo Cassie pasando por alto la estocada de su madre.

Era una explicación muy lógica y era la única que quería oír. Birdie había oído el nombre y se había inventado una amiga imaginaria con la que jugar. Y si eso la ayudaba a volver a hablar, ¿a quién le importaban los tecnicismos? Después de más de quince meses de silencio, Cassie había recuperado a su hija, y eso era lo importante.

—Tiene una pinta increíble —dijo Nick—. La comida rápida que

suelo comer no puede compararse a la hecha en casa.

Bobby siguió callada mientras comía. Birdie volvió a su silencio y Cassie estaba tan abrumada de alivio porque Birdie había hablado finalmente que apenas podía pensar, de modo que recayó en Anna el trabajo de mantener la conversación con el invitado.

—¿Qué tal te está yendo con la casa, Nick?

—Es fantástica. Antes estaba en un apartamento, de modo que es muy agradable tener ahora un jardín. Estoy pensando en adoptar un perro.

Rascó afectuosamente a Harvey detrás de las orejas.

Les explicó su plan de renovar la casita y Cassie escuchó, pero centró la atención en su abuela y su hija.

Bobby parecía haber vuelto a ser casi totalmente la misma, pero no dejaba de echarle ojeadas a Birdie como si esperara que dijera algo más. Cassie se dio cuenta de que ella estaba haciendo lo mismo.

No fue hasta que Nick se levantó que Birdie volvió a hablar.

—Nick. ¿Me lees un cuento?

—¿Cómo voy a negarme? Es decir, si a tu mamá le parece bien.

Miró a Cassie.

—No creo que pueda negarle nada de lo que quiera esta noche.

Nick sonrió y luego se volvió hacia Bobby.

—Gracias por la cena. Tu *borsch* me recuerda mucho al de mi *baba*.

—Bien —dijo Bobby, que sonaba más como la Bobby de siempre —. Puedes venir a comer siempre que quieras. Pronto le enseñaré a Birdie a preparar *varenyky*.

—¡Me encantan los *varenyky*! Dime cuándo y aquí estaré —dijo él—. Sabes, a veces, mi *baba* los llamaba *pierogi*. ¿Y tú?

Bobby asintió.

—Igual. La gente usa distintos nombres dependiendo de dónde vivían. *Pierogi* es en polaco.

Birdie volvió corriendo a la cocina con un libro en la mano y apartó a Nick de la mesa.

—¡Vamos, Nick!

Mientras Nick reía y se dejaba arrastrar por Birdie, Anna se llevó aparte a Cassie.

—¿Vas a hablar con él esta noche?

—Sí —dijo Cassie. No podía retrasarlo más—. Creo que, sea lo que sea lo que afecta a Bobby, solo hace que empeorar. Necesitamos respuestas y él parece el único que puede ayudarnos a obtenerlas.

Cuando la cocina estuvo recogida y Nick hubo leído dos libros, este se levantó para marcharse.

—Cassie, ya llevo yo a Birdie a la cama —sugirió Anna. Le lanzó a Cassie una mirada cómplice e hizo un gesto con la cabeza en dirección a Nick cuando tomaba la mano de la pequeña—. ¿Acompañas a Nick a la puerta?

—Sí, por favor —coincidió Bobby, que se puso en pie con esfuerzo y empezó a alejarse por el pasillo arrastrando los pies—. Yo también me voy a la cama. Gracias por venir, Nick.

Cassie arqueó las cejas ante la poca discreción de su madre y abuela, pero obedeció.

—Claro.

—No tienes que levantarte —dijo Nick haciendo un gesto con la mano cuando ya se dirigía a la puerta—. Soy capaz de abrir y cerrar la puerta.

—No es ningún problema —respondió, se levantó y lo acompañó. Era su oportunidad para pedirle ayuda con el diario—. Gracias por venir. Bobby disfruta cocinando para los demás.

—Eso es perfecto porque disfruto comiendo la comida que los demás cocinan para mí.

Nick le sonrió. Sus ojos azules quedaron fijos en los de ella, los hoyuelos aparecieron en sus mejillas, y todo pensamiento relativo al diario desapareció de la mente de Cassie.

Le sonrió sin quererlo. No quería que le gustara. No quería sentir esa atracción hacia él. Pero la sentía. No importaba lo mucho que lo negara, esa era la realidad, y la aterrorizaba.

Cassie respiró hondo e intentó centrarse. ¿Qué se suponía que tenía que preguntarle?

—Birdie es una niña estupenda —habló primero Nick.

Cassie se pasó la mano por el pelo y suspiró.

—Gracias. Ha sido un año difícil para ella. Para todas. Pero desde que hemos vuelto a casa, está mejorando —dijo Cassie con una risita.

—No le digas que te lo he dicho, pero mi madre tenía razón al hacernos venir.

—Me alegro de que te convenciera.

Se ruborizó, como si hubiera hablado demasiado, y se aclaró la garganta.

—Esto, en cualquier caso, este fin de semana vendrá la feria a la ciudad. Me preguntaba si tú y Birdie querríais ir a verla. Conmigo.

Su cabeza empezó a acelerar. ¿Era una cita? ¿Le gustaba ella a él? ¿Él a ella? Abrió y cerró la boca suficientes veces como para sentirse una carpa dorada, pero no fue capaz de formar palabras para dar una respuesta.

Él bajó la vista al suelo y dio vueltas a las llaves nerviosamente.

—No tienes que ir —dijo él cuando el silencio se hubo prolongado demasiado—. No es nada del otro mundo. He pensado que le podría gustar a Birdie. Y he pensado que sería agradable pasar un rato contigo.

—Soy viuda —soltó ella. Se tapó de inmediato la boca con la mano, horrorizada de su respuesta a una pregunta que él no había hecho.

—Lo sé —dijo él en voz baja.

—Sí. Claro.

Cassie no tenía idea de qué decir ni de qué quería. La confusión le provocó dolor de cabeza y empezó a sudarle la nuca.

Él levantó la vista a la mano izquierda de Cassie.

—Lo siento. No quiero presionarte en absoluto si no estás lista. Y si sigues llevando el anillo, quizás no lo estés.

Cassie se llevó las manos al pecho, apretándolas fuerte. El anillo comprimía su dedo. Se forzó a responder.

—No lo sé.

—¿Por qué no le das vueltas? Si es algo que te apetece hacer, llámame. Si no, no pasa nada —dijo, sonriendo—. No tengo prisa.

Cassie exhaló —no se había dado cuenta de que había estado conteniendo el aliento— y asintió.

—Gracias por comprenderlo.

Nick alargó la mano y le tocó su brazo. Notó los dedos fríos de él contra su piel desnuda.

—Buenas noches, Cassie.

Ella vaciló cuando él se dio la vuelta y salió por la puerta.

Quería ir. Quería volver a divertirse. Vivir de nuevo. Sus ojos volaron a una foto familiar sobre la repisa de la chimenea. La habían tomado justo después de nacer Birdie y mostraba a una Cassie agotada y un Henry eufórico.

—¡Soy padre! ¡Me has convertido en padre!, —le decía una y otra vez.

—Henry querría que volvieras a ser feliz —le dijo suavemente su madre desde el otro lado de la estancia.

Cassie se giró.

—¿Cuánto tiempo llevas escuchando?

—El suficiente para saber que estás perdiendo una oportunidad de pasar un buen rato con un tipo estupendo. No necesitas castigarte. Henry ha muerto, pero tú no.

Cassie giró el aro en su dedo anular izquierdo y se mordió el labio.

—Es una noche en una feria. Birdie lo pasaría en grande. Y tú, quizás, también —insistió Anna.

Antes de que pudiera cambiar de idea, Cassie abrió la puerta de la casa. Salió al porche y gritó:

—¡Nick!

Él se detuvo y se volvió a mirarla.

—Me gustaría ir. A la feria, digo.

Él respondió con una amplia sonrisa que hizo aparecer los hoyuelos en sus mejillas.

—¡Fantástico! Os recogeré a ti y a Birdie el viernes hacia las seis. ¿Te va bien?

Cassie asintió y la ansiedad empezó a revolverle el estómago. Esta sería la primera vez que estaría a solas con un hombre, aparte de Henry, en más de una década. ¿Qué es lo que había hecho?

—¿Qué ha dicho de lo del diario?, —le preguntó Anna cuando entraba en la casa.

Cassie se tapó la cara con las manos.

—Oh, no. Se me ha olvidado completamente. Hemos empezado a hablar de Birdie y entonces ha sacado el tema de la feria. No me puedo creer que me haya olvidado.

Anna soltó una risita.

—Te pone muy nerviosa, ¿verdad?

—¡No!, —dijo Cassie mirando con furia a su madre entre los

dedos abiertos—. Me he despistado. Eso es todo.

—Sencillamente, llámale mañana y se lo pides —dijo Anna sonriendo con satisfacción—. Conque nada del otro mundo, ¿eh?

—Sí.

Cassie hizo una mueca. Su pulso ya se había acelerado ante la idea de «sencillamente» llamarle.

—Nada del otro mundo.

18. Katya

Ucrania, febrero de 1932

Katya se levantó de la cama y un chorro de agua le bajó por las piernas.

—¿Mama?

Su voz era vacilante y el miedo le había secado la boca.

—¿Estás despierta?

Mama se sentó, bajó la vista al suelo mojado y se puso en pie rápidamente, como si hubiera sido un muelle a la espera de las palabras de Katya para soltarse.

—Vuelve a echarte —le ordenó.

—Pero si aún no he salido de cuentas —gritó Katya. Sus piernas temblaron cuando se dejó caer de nuevo en la cama—. ¡Es demasiado pronto!

Mama tranquilizó a Katya, pero la preocupación ensombrecía su rostro. Dio órdenes a Kolya para que fuera a buscar a Lena, luego le pasó a Katya su mano fría por la frente.

—Quédate echada e intenta relajarte. Estas cosas normalmente toman tiempo. Katya asintió en el momento en que una oleada de dolor recorría su vientre. Apretó la mano de su madre.

—¡Duele!

—Lo sé, Katya, pero has de ser fuerte. Al final de este dolor, tendrás a tu adorable bebé.

Alina se acercó a la cama con paso vacilante.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor —dijo Katya cuando cedió la grapa que le apretaba el abdomen.

—No voy a mentirte —admitió Alina. Sus ojos preocupados parecían mucho más grandes en su rostro enfermo—. Va a ser

mucho peor.

—Lo sé —dijo Katya—. Te he visto pasar por ello, ¿te acuerdas?

Alina rio débilmente.

—Tú eres mucho más fuerte que yo. Siempre lo has sido. Estarás bien, Katya, te lo prometo. Al final vale la pena —dijo y tomó la mano de Katya—. Estaré aquí contigo, hermana. No voy a dejar de estar a tu lado.

Katya respondió con una sonrisa agradecida.

—Gracias.

Al contrario que el parto de Alina, el de Katya progresaba rápidamente. Para cuando Kolya regresó con Lena y volvía a salir por la puerta, el tiempo entre contracciones era de pocos minutos. Desgarraban a Katya por dentro como nada que hubiera experimentado, tensando su abdomen y formando un nudo duro, pero no gritaba. Este sufrimiento conduciría a su bebé y a ese pedacito de Pavlo con el que había estado soñando.

—Gritar es bueno —aconsejó Lena levantando la vista de entre las piernas de Katya—. Te ayudará a empujar.

Katya negó con la cabeza, pero se le escapó un gemido cuando Mama le secaba la frente. Hacer esto sola, sin Pavlo, significaba que tenía que ser suficientemente fuerte por sí misma. De modo que Katya se puso una almohada en la boca y mordió con cada empujón.

—Estamos aquí contigo, Katya —dijo Alina, como si leyera su mente—. No estás sola.

Katya se aferró a la mano de Alina y apretó los dientes para no gritar: «Sí, estoy sola. Estoy completamente sola».

—La cabeza del bebé es muy pequeña —observó Lena frunciendo el ceño—. ¿De cuánto estás?

—Unos ocho meses —respondió. El miedo se asentó en la garganta de Katya como un bulto duro—. Pero el bebé estará bien, ¿verdad?

—No te preocupes, todo irá bien. He visto vivir a bebés más pequeños —dijo Lena, pero Katya vio la mirada que Lena dirigió a su madre y le dio un vuelco el corazón—. Ya solo te quedan un par de empujones. ¡Prepárate!

Sus ojos supuraban lágrimas. ¿Cómo iba a poder con esto? El bebé llegaba demasiado pronto, Pavlo estaba muerto, y, por mucho

que lo intentase, no era lo suficientemente fuerte.

—¡Katya!, —le dijo Mama sacudiéndola—. No se te ocurra rendirte. Tienes que luchar. Esta criatura te necesita.

—Creo que ya no puedo más, Mama. Estoy tan cansada de luchar.

La desesperación había sofocado toda esperanza que Katya hubiera podido tener, y se tumbó de nuevo, dejando caer la cabeza a un lado en la almohada.

—¿Qué crees que significa ser madre? Significa una lucha constante. Significa un miedo sin fin. Significa preocupación continua. Y significa siempre trabajo. Pero vale la pena, Katya; te lo prometo, vale la pena.

Mama le apartó el pelo de la cara a Katya y le besó la frente.

—Ahora, empuja.

Katya se incorporó, sopló una gran bocanada de aire y empujó. Soltó un gemido grave y juró que sentía partirse su cuerpo cuando el bebé se deslizó afuera. Decidió más tarde que no era solo su cuerpo el que se partía, sino que le arrancaban un pedazo de su corazón. Eso era lo que significaba ser madre, arrancarte un pedazo de tu corazón y dárselo a tu bebé.

—¡Es un niño!

Lena colocó el cuerpo caliente y mojado en la cama junto a Katya.

—Es tan pequeño —dijo Katya y le tocó la cara. Tenía los labios azules y los ojos cerrados—. ¿Por qué no llora?

Lena se lo llevó y le dio palmaditas vigorosas y le frotó la espalda hasta que empezó a escupir; luego lo limpió con una toalla. Mama le dio el *rushnyk* que había bordado para el nacimiento del bebé y Lena lo envolvió con él.

—Algunos empiezan a respirar solos, otros necesitan un poco de ayuda.

Lena le devolvió el bebé a la nueva madre y, cuando sus ojos gris azulados miraron fijamente los ojos de Katya, esta se enamoró. El calor de ese amor se extendió por toda ella, la envolvió, hasta que nada más importó. No sintió dolor cuando Lena la ayudó a expulsar la placenta, ni se dio cuenta de que Lena y su madre la limpiaban y ponían sábanas limpias debajo de ella. Su mundo entero se encontraba acurrucado en sus brazos, una versión

minúscula de Pavlo abrazada a ella.

—Dale de mamar —dijo Lena—. No comerá mucho hasta que te suba la leche, pero si amamantas ayudarás a que suba.

Katya se lo puso al pecho y miró cómo se acoplaba y empezaba a chupar rítmicamente. Se encogió de dolor, pero Lena le aseguró que no le dolería siempre; se curtiría.

—Lo tiene por la mano —sonrió Lena—. Eso es bueno. Es ochomesino, pero comer bien le ayudará a crecer.

—Me gustaría darle el nombre de Tato —dijo Katya levantando sonriente la vista hacia su madre—. Viktor. Mi pequeño Viktor Pavlovich.

Mama, que por una vez se había quedado sin palabras, asintió dando su aprobación.

Alina se sentó en el borde de la cama —estaba tan flaca que Katya ni siquiera notó que estaba allí— y presentó a Halya a su primo segundo. Alina sonrió, con sus pómulos demacrados sobresaliendo en su bella cara.

—Ves. Ya te dije que no era tan horrible.

Katya soltó una carcajada.

—¡Si gritaste tanto dando a luz a Halya que te oyeron desde el pueblo vecino!

—¡Bah!, —respondió haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia—. Siempre exageras. Pero no me sorprende que apenas hicieras ruido. Puede que seas más joven, pero siempre has sido la más fuerte.

Durante ese breve instante, la felicidad envolvió a Katya. Viktor llenaba un hueco que creía que nunca más podría ser llenado.

Katya disfrutó de dos semanas de dicha con Viktor hasta que una mañana ella despertó y él no. Su frío cuerpecito yacía junto al de ella, con la manita abierta sobre su pecho y la boca aún abierta de mamar.

Entonces Katya sí que no pudo contener los gritos.

—No estaba destinado a vivir en este mundo —le dijo Mama a Lena.

Ella respondió asintiendo.

—Lo vi el día que nació, pero ¿quién soy yo para hacer tales

profecías?

Katya las ignoró y siguió con la mirada fija en la pared. Sus pechos, dolorosos de tan llenos, eran un cruel recordatorio de la muerte de Viktor dos días atrás. Goteaban incesantemente, mojando su camisa, enfriando su cuerpo, pero a ella no le importaba. No se había levantado de la cama excepto para orinar, e incluso esa función había disminuido desde que había dejado de comer y beber. De todas formas, no había demasiada comida, de modo que pensó que podía dar sus porciones a aquellos a quienes les importaba seguir con vida. Mama, finalmente, había llamado a Lena para que la ayudara para conseguir que Katya se reincorporara al mundo de los vivos.

Desde la cama podía ver a Alina amamantando a la bebé. Podía ver al marido de Alina llegar a casa de trabajar en la cooperativa y besarla en la mejilla. Katya podía ver todo lo que Alina tenía y recordar todo lo que ella había perdido.

Intentó no odiar a su hermana, pero una pequeña parte de ella no podía evitarlo. ¿Por qué tenía Alina un marido y una hija y ella no tenía nada? ¿Por qué tenía que sufrir ella todas las pérdidas mientras que la vida de Alina continuaba como siempre había deseado?

Por supuesto, la parte racional de Katya sabía que esto no era totalmente verdad. Todos habían perdido su modo de vida cuando la cooperativa y los activistas lo habían cambiado todo, y Alina había perdido a su padre igual que Katya. A pesar de que todas tenían la esperanza de verlo de nuevo, seguían sin tener noticias de él.

Katya se odiaba por tener estos pensamientos, pero no sabía cómo pararlos.

Y ahora tenía que oír a Mama y Lena hablar de ella como si no pudiera oírlas. Como si ella no estuviera allí.

—Necesita amamantar a Halya antes de que deje de producir leche —dijo Mama—. Alina apenas produce y me temo que pronto dejará de hacerlo. Entonces Halya no tendrá nada que comer. La bebé ya llora pidiendo más.

—No es mala idea —estuvo de acuerdo Lena—. Katya produce abundante leche. Sería un pecado malgastarla.

«¡Mi leche era para Viktor!», quería gritar Katya. Gritar y romper

cosas. Decirles que la dejaran en paz y le permitieran consumirse y morir para que pudiera reunirse con Pavlo y Viktor.

Pero no lo hizo. Y cuando Alina se acercó tímidamente, con lágrimas en los ojos, con la dulce y hambrienta Halya en los brazos, Katya alargó los suyos y tomó a la bebé. Alina era su hermana. Halya su sobrina. ¿Cómo no iba a ayudarlas?

La diminuta boquita de Halya se agarró a Katya, iniciando rápidamente las familiares punzadas, la presión, en cuanto la leche empezó a bajar. La fuerza vital del cuerpo de Katya, la leche que no había sido suficiente para Viktor, fluyó de ella a Halya. Katya estudió la carita de la bebé mientras esta mamaba con voracidad, soltando pequeños gruñidos de satisfacción. El exceso corría por las comisuras de la boca de la bebé y mojaba su mantita, mientras que las lágrimas de Katya rodaban por sus mejillas y mojaban la de ella.

19. Cassie

Illinois, junio de 2004

Cassie se quedó mirando la caja. Ahora, más que nunca, necesitaba descubrir qué le pasaba a Bobby. Tocó el diario de cuero desgastado y resiguió las ranuras con los dedos, imaginando una Bobby mucho más joven, oculta, escribiendo sus pensamientos más íntimos. ¿Qué había visto su abuela que la marcara de tal manera que sintiera que era necesario ocultar comida en el jardín trasero y escribir repetitivas cartas de disculpa a una mujer llamada Alina?

Nick era la única opción si quería por fin obtener respuestas, pero tenía miedo de conectar más profundamente con el hombre que le había hecho cuestionar su lealtad hacia Henry.

—Menuda excusa. Si ya le he dicho que saldría con él —se dijo —. En cualquier caso, ayudar a Bobby es lo más importante.

Antes de convencerse a sí misma de no hacerlo, Cassie cogió el teléfono y marcó el número que le había dado.

Él respondió a la primera.

—¿Hola?

Su voz calmada y grave le provocó escalofríos en la espalda y, de nuevo, sus pensamientos se dispersaron como las pelusas de un diente de león.

—Hola —susurró ella.

—¿Cassie? ¿Eres tú?

Ella asintió, a pesar de que él no podía verla.

—Esto, sí. Tengo que pedirte un favor.

Bien. Déjate de cortesías y sencillamente pídele que haga algo por ti. Menudo estilo tienes.

—Todo lo que necesites —respondió él de inmediato.

Su entusiasmo hizo que se le revolviera el estómago.

—Tengo algo escrito en ucraniano y te agradecería que me lo tradujeras, si puedes. Otra vez. Pero es más que solo una nota. Es un diario entero. Y más notas. Si pudieras. Por favor.

Se mordió el labio. ¿Por qué le resultaba tan difícil? ¿Y por qué tenía de repente dificultades para formular frases enteras?

—Claro. Puedo pasarme y echar un vistazo ahora, si quieres —respondió con una carcajada—. Me tranquiliza que no hayas llamado para cancelar nuestra cita de este fin de semana.

—No, claro que no.

«Una cita. Aún no me puedo creer que tenga una cita». Cassie miró la hora.

—Sería genial. Birdie y Bobby estarán haciendo la siesta durante un rato más, de modo que podremos estar solos.

Se golpeó la cabeza con la palma de la mano. ¿Qué clase de mensaje estaba intentando enviarle? «¿Por favor, soy una viuda, estoy sola y necesito una visita vespertina de mi vecino soltero?».

Pudo prácticamente oír su sonrisa a través del teléfono, pero, para eterno alivio suyo, no hizo comentario alguno sobre su descaro.

—Estaré allí en cinco minutos.

—Genial. Búscame en el patio trasero. No llames a la puerta —dijo Cassie. Colgó el teléfono y corrió a coger su portátil. Se detuvo delante del espejo y se ahuecó el pelo. Luego torció el gesto a su reflejo, diciendo—: Tu ridiculez llega a unos niveles…

Puso la caja encima del portátil y salió al patio justo cuando él entraba por la verja.

—Gracias por venir con tan poca antelación —dijo y dejó todo sobre la mesa de jardín y se sentó.

—¿Qué es todo esto?, —preguntó Nick y acercó una silla a donde estaba ella, tan cerca que Cassie pudo oler el champú en su pelo húmedo.

Sintió agitación en el corazón y respiró hondo.

—Es de Bobby. Un diario, cartas, fotos. Nunca habla de su vida antes de llegar a América, pero últimamente ha estado caminando dormida y teniendo unos *flashbacks* muy extraños. Habla de prepararse para morir y de que quiere que yo lo sepa todo, solo que no puede soportar explicármelo directamente.

Nick frunció el ceño.

—Eso es muy serio. ¿Y está de acuerdo en que yo eche un vistazo a todo esto?

Cassie asintió.

—Lo ha sugerido ella.

—¿Todo está en ucraniano?

Nick hojeó varias páginas sueltas de un cuaderno, deteniéndose a leer unas líneas aquí y allí.

—Sí, y me gustaría transcribirlo mientras tú traduces, así tendré un documento que puedo leer.

El brazo de Nick rozó el de ella cuando acercó más su silla y se le puso carne de gallina en todo el cuerpo. Desenvolvió la tela bordada, revelando el diario de piel marrón. Tras la cubierta desgastada estaba la vida de su abuela, una historia que Cassie había esperado descubrir a lo largo de toda su vida. ¿Qué había visto? ¿Qué había sobrevivido? Abrió el diario y cayeron más papeles sueltos que habían estado metidos dentro. Cada milímetro disponible de espacio en blanco estaba lleno de escritos, por delante y por detrás.

—No sé ni por dónde empezar —dijo Cassie, asombrada ante la cantidad de palabras.

Nick las miró por encima.

—Al menos puso fecha en cada entrada.

Cassie soltó un suspiro de alivio mientras Nick esparcía las páginas y comprobaba las fechas en la cara y dorso del libro.

—Algunos de estos papeles son anteriores al diario —dijo—, y parece que algunos son de después de terminarlo. Déjame que los ordene rápidamente para asegurarme de que vamos en orden.

Mientras Nick organizaba las notas, Cassie abrió el portátil. Lo había enchufado por la noche para que estuviera totalmente cargado, pero hacía quince meses de la última vez que lo había utilizado. Con suerte, todavía funcionaría. Mientras cobraba vida con un zumbido, pasó las manos por el teclado, familiarizándose de nuevo con su viejo amigo. No se había dado cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. De lo importante que era la escritura en su vida.

Sonrió.

—Estoy lista si tú lo estás.

Nick leyó durante dos horas mientras los dedos de Cassie

volaban por encima de las teclas. Él era más rápido de lo que había dejado entrever y, unas cuantas veces, Cassie tuvo que interrumpirle para poder darle alcance.

—Así, la P de la nota se refiere a Pavlo. Su primer amor. Eso explica mucho. Y Alina era su hermana —observó Cassie. Se llevó una mano al pecho y, vacilante, respiró hondo—. No me puedo creer que tuviera una hermana de la que nunca hemos sabido nada. ¿Y si tuvo hijos? ¿Primos que nunca hemos conocido? Tengo muchas ganas de explicárselo a mi madre.

—Pero todavía no sabemos lo que les ocurrió ni por qué se siente tan culpable —dijo Nick.

—No, pero sabemos que los hombres de Stalin les quitaban la comida.

Un cosquilleo de satisfacción recorrió el cuerpo de Cassie al relacionar las dos cosas.

—Probablemente sea por eso que Bobby está escondiendo la comida ahora. Sus recuerdos están regresando a la época en que tenía que hacerlo.

Cassie arrojó el vestido veraniego de color morado en la pila de ropa vieja esparcida por la cama y suspiró. ¿Qué se ponía ahora la gente para ir a una cita? Es verdad que había pasado la noche anterior sentada en el patio con Nick durante una segunda ronda de traducción del diario, pero esto era totalmente distinto. Anoche tuvieron que concentrarse, tenían una meta común. Hoy se trataba de una cita.

Escarbó de nuevo en el montón de ropa y sacó unos tejanos y una camiseta negra de cuello de pico que no habían visto la luz del día desde que tomara la decisión de vivir únicamente a base de pantalones de yoga y camisetas. Por fin vestida, sacó el maquillaje que no había utilizado en un año y, con mano desentrenada, intentó aplicárselo. Birdie, confundida por el proceso, no dejaba de tocarle la cara a Cassie intentando palpar sus pestañas.

—Hace tanto que no me lo pongo que ni siquiera te acuerdas de lo que es, ¿verdad?

Birdie negó con la cabeza y señaló las mejillas.

—¿Puedo ponerme yo?

Cassie inclinó la cabeza hacia atrás y suspiró de alegría. Birdie no había dejado de hablar y cada palabra era como un regalo.

—Eres tan bonita que no lo necesitas, pero podemos ponerte un poquito solo por esta vez —dijo Cassie y le pasó a Birdie la brocha por la nariz y mejillas—. Quizás podamos comprarte maquillaje de fantasía para cuando te disfraces.

La pequeña asintió, luego soltó una risita y se pavoneó delante del espejo mientras Cassie experimentaba un ataque de pánico de última hora cuando creyó que tendría que llevar chanclas o zapatillas de deporte. Por suerte, Anna vino al rescate con un par de sandalias negras con tiras que le prestó y el conjunto estuvo completo. Sencillo, pero completo.

—No me puedo creer que esté tan estresada por esto —dijo Cassie pasándose los dedos por el pelo una vez más—. No tendría que haber aceptado.

—Todo irá bien —dijo Anna. Había llegado una hora antes para quedarse con Bobby mientras Birdie y Cassie salían y había tenido que convencer a Cassie tres veces de que no cancelara la cita—. Y yo estaré aquí esperando a que me pongas al día sobre lo que habéis leído del diario.

—Puedo cancelar esto y explicártelo ahora —dijo Cassie.

Anna negó con la cabeza.

—No quiero un informe apresurado. Por eso no he querido que me explicaras nada todavía. Quiero sentarme contigo y oír los detalles en persona. Además, piensa en Birdie. Está tan emocionada. No puedes cancelar esta salida ahora.

Los ojos de Cassie se posaron en su hija. Con un vestido veraniego a rayas rosas y naranjas, daba vueltas a la luz del sol que entraba por la ventana. El vestido giraba formando ondas alrededor de sus rodillas.

—¡Mira, Mama!, —dijo y le dio la risa tonta cuando se cayó—. El vestido me marea.

—Nunca me cansaré de oírla hablar —dijo Cassie.

Anna resopló.

—Espera a que sea una adolescente. Ahora, deja de estresarte. Será divertido. Para las dos.

—Entonces, ¿por qué no vas tú?, —dijo Cassie.

—Para —dijo Anna mientras miraba por la ventana—. Nick está

aquí. Voy a ver si Bobby se ha despertado de la siesta. Abre tú la puerta.

Su ánimo cayó a plomo. Con las manos temblando, abrió la puerta antes de que Nick tuviera oportunidad de llamar al timbre. Iba vestido de *sport*, con unos pantalones cortos de color caqui y una camiseta nada holgada que envolvía su constitución muscular. Su rostro moreno estaba recién afeitado y llevaba dos ramos de flores: uno pequeño, con margaritas y girasoles en miniatura, tamaño infantil, y otro grande, un surtido flores silvestres de colores vivos. Cassie apretó la puerta para calmar sus manos temblorosas.

—Estás muy guapa —dijo él. Cuando le entregó el ramo, sus hoyuelos característicos acentuaron su sonrisa fácil.

Su instinto de supervivencia le decía a gritos que escapara, pero se dio cuenta de que no era capaz de romper la inexplicable conexión que se había desatado entre ellos. Su corazón desaceleró. Su respiración se equilibró. Sus manos y su estómago se tranquilizaron y se dio cuenta de algo: él la calmaba. Su mera presencia hacía que se sintiera mejor. Se sentía a salvo.

—Entra.

Dio un paso atrás para dejarle pasar, pero le pareció como si hubiera saltado de un puente a un río de aguas heladas.

—He pensado que un ramo más pequeño sería mejor para Birdie —dijo—. ¿Dónde está?

—¡Nick!, —gritó Birdie corriendo por el pasillo y saltando en sus brazos—. ¡Te he echado de menos!

—¡Hola! ¡Yo también te he echado de menos! —La cogió al vuelo y le dio vueltas, mientras el ramo olvidado quedaba aplastado entre su mano y el costado de la niña. Los gritos de deleite de Birdie llenaron la estancia.

—¡Estas flores tan bonitas son para mí!, —preguntó Birdie cuando finalmente la dejó en el suelo.

Nick se arrodilló junto a ella y arregló las flores chafadas, luego se lo entregó con una reverencia.

—Flores bonitas para la chica bonita.

Cassie sonrió escuchando la conversación jocosa mientras Birdie conducía a Nick a la cocina para poner las flores en agua.

—Está loca por él, ¿no?, —dijo Anna al volver de la sala.

Cassie asintió, intentando examinar la miríada de sentimientos

confusos que fluían en ella. Emoción, miedo, esperanza, felicidad. Era demasiado. Empezó a hiperventilar.

—¿Estás bien?, —preguntó Anna—. Sé que piensas que te he presionado a hacer esto, pero lo necesitas.

—¿Ahora eres una psicóloga?

La voz de Cassie se quebró al tomar aire.

—No. Solo soy tu madre. Te conozco —dijo Anna apartándole un mechón de pelo tras la oreja justo cuando Nick y Birdie volvían.

—Señoras, ¿estáis listas?

Nick alargó el brazo para Birdie.

—¡Síiii!, —gritó—. ¡Vamos a la feria!

El aire húmedo de verano era sofocante mientras paseaban entre atracciones y casetas de juegos instalados en el aparcamiento de la escuela primaria. Cassie, que nunca anteponía el estilo a la comodidad, se había recogido el pelo en una cola de caballo suelta. Aun así, tenía que abanicarse con el folleto que había cogido al entrar y se arrepintió de no llevar pantalones cortos.

—Podemos probar la noria —dijo Nick—. A lo mejor, allá arriba, lejos de la gente, podremos disfrutar de la brisa.

Cassie estuvo de acuerdo y Birdie empezó a canturrear:

—¡La noria! ¡La noria!

En el rato que llevaban allí, Nick le había comprado un perrito empanado, una limonada y *funnel cake*[13]. Cassie había sugerido hacer un descanso de comida y atracciones después del *funnel cake*, porque no tenía ningunas ganas de verlo salir de nuevo.

—Lo siento —dijo Nick y sonrió tímidamente—. Es divertido ver cómo se emociona. Me encanta ver este sitio a través de sus ojos.

—Lo sé —respondió Cassie, que se enterneció y sonrió—. Es fantástico verla tan feliz. Pero si vomita por todas partes, dejará de estar tan contenta. Y, créeme, nosotros también.

—¡Eh, Nick!, —lo llamó una mujer cuando pasaron junto a la Casa de la Risa. Lo saludó y le mandó un beso en el aire con sus brillantes labios pintados—. ¡Hace tiempo que no te veo!

Nick se ruborizó y la saludó sin detenerse.

—Hola, Denise. He estado muy ocupado, ya sabes.

Denise le dio un repaso a Cassie y, con una sonrisa de

suficiencia, volvió a dirigirse a Nick.

—Bueno, déjate ver un poco. Ya sabes dónde vivo.

Le envió a Nick otro besito que le provocó a Cassie más ganas de vomitar que todas las atracciones y *funnel cakes* del mundo.

—Parece simpática.

Sorprendida por la patada de celos en el estómago, Cassie se esforzó por mantener la voz firme.

—Lo siento. Es una vieja amiga.

Nick hizo una mueca de incomodidad, pero no explicó más.

Cassie se mordió el labio y reprimió una réplica. ¿Por qué debería importarle que Nick tuviera una relación con otra mujer? No tenía derecho a juzgarle.

—¿Podemos ir a la noria ahora?, —preguntó Birdie.

Cassie plantó una sonrisa falsa en su rostro.

—Buena idea, pajarito. Vamos ahora.

Esa noche, después de que Birdie se hartara de todo lo que ofrecía la feria —y de que dos mujeres más se acercaran a Nick para decirle que le echaban de menos—, Nick las acompañó hasta la puerta.

—Gracias por una tarde encantadora, señoras —dijo haciéndole una reverencia a Birdie—. Ha sido un placer.

Birdie soltó una risita y le rodeó con los brazos.

—Gracias a ti, Nick.

Cassie abrió la puerta y Birdie corrió adentro llamando a Anna. Cassie suspiró, luego se volvió hacia Nick.

—Gracias. Lo he pasado muy bien.

—Yo también —vaciló—. Siento lo de Denise. Fue hace tiempo, pero tiende a aparecer cuando menos lo espero.

—¿Jan y Tiffany también?, —dijo Cassie arqueando las cejas.

Él se ruborizó y empezó a tartamudear intentando disculparse de nuevo.

Cassie levantó una mano para detenerle.

—No pasa nada. Todos tenemos un pasado, ¿no?

Bajó la mano y giró el anillo en su mano izquierda.

—Lo tenemos. Pero a mí me gusta mirar al futuro.

La voz de Nick sonó grave y ronca. Acarició con los nudillos un lado de la cara de Cassie. Instintivamente, se puso tensa, pero se

tranquilizó al sentir que su mano áspera le rozaba cariñosamente la mejilla.

—Buenas noches, Cassie.

—¿Y bien? ¿Qué tal ha ido?

Anna atacó en cuanto hubo aseado a Birdie y la dejó arropada en la cama.

—¿Te has divertido? Ven a tomar el té con nosotras.

—Ha sido agradable.

Cassie se sentó e inhaló el aroma dulce del té de antes de dormir que su madre le puso delante.

—¿Solo agradable?, —dijo Bobby. Sus ojos brillaban por encima de su taza de té.

—Nick ha estado bien. Se ha portado como un caballero. Y he disfrutado en su compañía —admitió Cassie—. Ha sido adorable con Birdie.

—¡Abuela!, —gritó Birdie desde su dormitorio—. ¡Has olvidado cantarme una canción!

—No tienes que hacerlo, mamá —dijo Cassie y se apartó de la mesa—. Yo me encargo.

—No. Me ha llamado a mí. Estoy encantada de que ahora viváis aquí y de que pueda hacer esto siempre —dijo Anna por encima del hombro mientras salía corriendo de la estancia.

Cassie bajó la vista ante la mirada inquisitiva de Bobby. Miró fijamente la taza de té e intentó pensar en algo prosaico que decir.

Bobby se le adelantó, pero lo que dijo en absoluto era trivial.

—Te parece que no está bien, ¿no? Lo de disfrutar de un buen momento con otro hombre.

Cassie levantó la cabeza de inmediato, sorprendida por la percepción de Bobby.

Bobby se reclinó contra el respaldo y cruzó las manos.

—Te lo he dicho, tu abuelo no fue mi primer amor.

Cassie sorbió el té demasiado rápido y se quemó la lengua.

—¡Au! Sí. Hemos leído sobre Pavlo. Lo siento. Debió de ser muy duro perderle.

—Tú lo sabes mejor que nadie —le dijo Bobby.

—Me cuesta imaginar que hayas amado a otra persona. Tú y

Dido erais tan felices.

Bobby sonrió con tristeza.

—Sí. Amaba a tu abuelo, pero primero amé a Pavlo. Pensaba que estaríamos juntos para siempre.

Olvidada la lengua quemada, Cassie se inclinó hacia delante para escucharla.

—Cuando él murió, pensé que yo también moriría, que no podría vivir sin él. Pero pude. Y lo hice. Con todo lo que ocurrió, sigo preguntándome cómo me fue posible sobrevivir. Todos los días me levantaba y salía adelante hasta llegar la noche, y al día siguiente volvía a despertarme y lo hacía de nuevo.

Cerró los ojos y recordó.

—¿Dido sabía que habías amado a otro antes que a él?

—Él también amó a otra antes que a mí. Los dos comprendíamos esa pérdida y fue lo que nos unió.

Cassie se reclinó contra el respaldo, pensativa. Nick no tenía este tipo de conexión con ella. ¿O sí? Por lo que veía, parecía un poco donjuán. Ella sería la que aportara el bagaje emocional. ¿Y quién quería eso?

Bobby habló, como si le leyera la mente:

—No sabes su historia. E incluso si es distinta a la tuya, no importa. Lo que quiero decir es que la gente puede seguir adelante tras una pérdida. Puedes seguir teniendo una vida, incluso cuando crees que ya no te queda nada, porque siempre hay algo por lo que vivir. Lo verás. Todo está en la caja.

Cassie meditaba sobre las palabras de Bobby cuando Anna entró alegremente en la estancia.

—Birdie ya está arropada y casi dormida. ¿Qué me he perdido? ¿Te ha besado?

—¡Mama! ¡No! ¡No me ha besado! Ha sido todo un caballero.

Cassie sopló el té e intentó no imaginar lo que habría sentido si la hubiera besado.

20. Katya

Ucrania, septiembre de 1932

—¡Traedme a mi bebé!, —gritó Alina desde la cama.

Mama negó con la cabeza. Katya se alejó y se puso de espaldas a su hermana para que Alina no viera a Halya en sus brazos, profundamente dormida. Sus ojos se posaron en la mirada angustiada de Kolya, antes de que él escondiera el rostro en sus manos.

—Está durmiendo, cielo.

Mama habló en voz baja, tratando de tranquilizar a Alina. A lo largo de la última semana, cuando arrasaba la fiebre, había estado delirando, hablando de cosas ocurridas años atrás como si hubieran sucedido ayer mismo, y murmurando sinsentidos. La inanición y su cuerpo debilitado habían permitido que enraizara la enfermedad. Solo podía digerir la mínima cantidad de comida y su estómago se había distendido tanto en su cuerpo macilento que casi parecía que volvía a estar embarazada.

Sin embargo, su deseo de amamantar a Halya la afligía más que ninguna cosa. Lloraba por alimentar a su bebé, pero había dejado de producir leche completamente cuando la cooperativa redujo aún más las asignaciones de comida. En aquel momento, Katya era la única fuente de comida para Halya y, afortunadamente, seguía produciendo suficiente. De momento.

—Tengo que alimentar a Halya —lloró—. Tiene mucha hambre. Oigo sus lloros todo el día.

—Ya no puedes amamantarla, Alina —le dijo con firmeza Mama —. Ya no tienes nada que darle; ya no te queda nada para ti. Estás enferma y ya no tienes más leche.

—No, no, no es verdad. Puedo notar cómo me sale —sollozó

mientras sus manos escarbaban en su pecho hundido—. Por favor, déjame amamantar a mi bebé.

Mama tomó las manos de Alina y se las llevó a los labios.

—Puedes intentarlo, pero no te decepciones si no funciona.

Mama le hizo una señal a Katya para que le llevara a Halya. A Katya le ardía la garganta de intentar contener las lágrimas al ver el devastador descenso de Alina al olvido. Llevaba días así, y solo hacía que empeorar las cosas para Halya. Ella también quería mamar de su madre, pero cuando Alina la animaba a chupar de un pecho que no tenía nada que dar, la bebé se enfurecía. Lloraba y golpeaba con sus pequeños puños a Alina, y Alina se hundía más profundamente en su propio mundo, alejándose del dolor de no poder proveer a su hija lo que más necesitaba para sobrevivir.

—¿Quieres hacerlas pasar por esto de nuevo?, —le dijo Katya a su madre mientras colocaba a Halya en brazos de Alina—. No acabará bien para ninguna de las dos.

Mama la ignoró y le habló a Alina.

—Hija, si hoy no funciona, no lo volveremos a intentar, ¿lo entiendes?

Alina asintió. Tenía los ojos celosamente fijos en Halya. Katya dudaba de que hubiera procesado las palabras de Mama. A pesar de sus recelos, Katya ayudó a Alina a colocar a la bebé con almohadas, porque sus débiles brazos ya no podían sostener a su hija. Halya se despertó, buscando ansiosamente el pecho de su madre y la leche dadora de vida que tan desesperadamente necesitaba.

Alina apoyó la cabeza en la almohada, exhausta por el esfuerzo de mantenerla en alto, y durante unos breves instantes todo fue silencio mientras la boquita de Halya trabajaba. Alina no podía haber producido leche porque no comía, pero cada segundo que pasaba, Katya contenía la respiración deseando desesperadamente que ocurriera un milagro y que Alina fuera de repente capaz de alimentar a la bebé que tanto deseaba cuidar.

Kolya se acercó y le apartó el pelo de la cara. Luego la besó en la frente.

—Aquí están mis chicas preciosas.

Katya apartó la vista. Después de todo el tiempo que había pasado, verlos seguía doliéndole. Ser testigo de lo que ella no tenía. Había intentado insensibilizarse y fingir que no le importaba, pero

sí le importaba.

Halya chupaba con voracidad y cuando no obtuvo leche por su esfuerzo, lloró. Alina hizo un gesto de frustración y Mama se acercó para sacarle a la bebé del pecho.

Alina la agarró de las muñecas.

—No, por favor. Necesito intentar un poco más. Quizás en el otro lado. —Su voz agotada le tocó la fibra sensible a Katya—. Debo alimentarla. No puedo dejarla así. ¿Qué clase de madre sería si dejara morir de hambre a mi bebé?

Mama apretó los labios, que formaron una línea hermética, mientras apartaba las manos de Alina y se llevaba a Halya. Alina dejó caer la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos.

—Toma —dijo Mama empujando a la furiosa bebé en brazos de Katya—. Dale de comer.

Los gritos de Halya provocaron la respuesta primigenia en Katya y los conocidos pinchazos fueron la señal de que la leche bajaba. Notó que las valiosas gotas mojaban su camisa y la abrió a toda prisa para ponerse a Halya al pecho.

Mama respiró hondo y luego se volvió hacia Alina.

—Halya está bien. Katya cuidará de ella. No tendrá hambre. Te lo prometo, nos aseguraremos de que siempre esté alimentada.

Alina abrió los ojos repentinamente, asustada, y empezó de nuevo el mismo ciclo.

—¿Mi bebé tiene hambre? ¿Dónde está? Tráemela. Le daré de mamar. Al menos puedo hacer esto por ella.

Mama se dejó caer en la cama, derrotada. Al cabo de unos minutos, Alina cerró los ojos de nuevo y empezó a canturrear una vieja canción que Tato les había cantado de niñas. Mama soltó un gemido bajo y se tapó la boca con la mano, estremeciéndose con la fuerza de su dolor. Al cabo de unos minutos, cuando se hubo contenido, apartó las sábanas y mantas y se acurrucó junto a Alina. Tarareando la canción con ella, Mama acunó suavemente en sus brazos el cuerpo liviano y febril de su hija mayor.

Kolya se acercó a Katya y Halya. Miró a su bebé en los brazos de Katya y, con voz entrecortada, dijo:

—Ya no sé qué hacer, Katya.

Alargó la mano y acarició la cabecita de Halya con su mano áspera.

—Me temo que se está apagando.

Ella le puso la mano en el brazo y apretó.

—No pierdas la esperanza. Es fuerte. Sobrevivirá.

Los ojos de Katya se llenaron de lágrimas al ver a la hija de su hermana mamar con voracidad. No se creía las palabras que acababa de pronunciar, pero quiso que fueran verdad por el bien de todos.

Caminar por el bosque con Kolya le recordó a Katya los viajes de tanto tiempo atrás que había hecho con Pavlo para esconder el grano. Dos años más tarde, no quedaba nada de aquella comida, pero esperaba rellenar algunos de aquellos escondrijos durante estos meses de la cosecha. El miedo al inminente invierno la agobiaba y se preguntó si alguna vez dejaría de tener hambre.

Katya miró a Kolya. En circunstancias normales, era más alto y ancho de lo que había sido Pavlo, pero ahora era de constitución delgada. Sus hombros encorvados cargaban con el peso de las noches sin dormir que pasaba abrazado a Alina cuando gemía y se retorcía en su delirio. Negras ojeras en los ojos enfatizaban su agotamiento.

—No puedo soportar verla así.

Kolya se agachó para comprobar la primera trampa colocada dentro del bosque.

—Está vacía.

Volvió a colocar la trampa y pasaron a la siguiente.

—Si pudiéramos conseguir más comida para ella, pienso que mejoraría —dijo Katya.

Kolya soltó una risa amarga.

—Eso. Solo hay que darle más comida y todo irá bien. Si tan solo fuera así de sencillo.

—Pues no podemos dejar de intentarlo —respondió ella de malas maneras—. Todavía se pueden encontrar cosas en el bosque. Hongos, ortigas, bellotas. Y, al menos, seguimos sacando leche de la cabra. Le daré mi parte para que pueda recuperar fuerzas.

—No. No lo harás —dijo Kolya y su voz se suavizó—. Tú también necesitas mantenerte fuerte. Por Halya. Pero tengo miedo de que la comida no sea suficiente para ayudar a Alina, de que haya

perdido demasiadas fuerzas como para poder recuperarse.

En el fondo, Katya estaba de acuerdo con él. Alina apenas se levantaba de la cama. Su cuerpo debilitado era incapaz de enfrentarse siquiera a las infecciones menos severas y, a menudo, la fiebre y la tos hacían estragos en ella. Cada vez que parecía que ya no aguantaría más, Katya o Kolya traían a casa suficiente comida para sostenerla un poco más. A veces parecía una crueldad hacer que persistiera en aquella fina línea que separaba la vida y la muerte, pero Katya respondía que nada de eso. Ceder a este miedo, expresarlo en voz alta, solo haría que se hiciera real y ella necesitaba aferrarse a cualquier pedacito de esperanza que pudiera reunir. Necesitaba ser fuerte por todos ellos.

—Aún no está muerta —dijo con voz firme Katya—. Y si de mí depende, no lo estará en mucho tiempo.

Vio una mancha de pelaje marrón en la siguiente trampa y, con un grito de alegría, sacó de ella un conejo de gran tamaño. Guisado en un caldo con las espinacas salvajes que había encontrado, sería el plato perfecto para ayudar a Alina.

—¡Ves!, —dijo, sosteniendo el conejo en alto—. Esta noche disfrutaremos de una comida de verdad.

En la boca de Kolya se dibujó una sonrisa que arrugó su rostro pero que no alcanzó del todo los ojos. Le dio unas palmaditas en el hombro.

—Eres una luchadora, Katya. Siempre he admirado esto en ti.

Ella respondió con una sonrisa resuelta.

—Podemos salvarla. Lo sé. Si conseguimos comida suficiente y de manera constante, será capaz de curarse.

Cuando llegaron a casa, Alina estaba incorporada, apoyada en las almohadas, con la mirada lúcida. Una pequeña sonrisa curvaba sus labios e hizo señas a su hermana para que se acercara. Katya le lanzó una mirada a Kolya que quería decir: «Ves, te he dicho que se pondría bien».

Katya se sentó en la cama junto a ella y Alina le tomó la mano.

—Necesito que me prometas que cuidarás de Halya, pase lo que pase.

Katya se puso tensa.

—¿Qué quieres decir? Siempre estaré aquí para ella. Ya lo sabes. Pero no hay necesidad de hablar de estas cosas.

—Sí que hay necesidad y me siento mejor si te oigo decirlo. Ya no puedo darle nada; tú eres la que la mantienes con vida. Por favor, prométeme que seguirás amamantándola, durante el tiempo que puedas, y que la querrás como si fuera tu propia hija. Necesito que me lo prometas.

—Te lo prometo —le dijo Katya y le dio palmaditas en la pierna tratando de apaciguar la alarma que le había provocado la conversación. Notó la mirada turbada de Kolya sobre las dos, de modo que forzó una sonrisa radiante—. Y tú estarás aquí para verlo.

Alina negó con la cabeza y sonrió con tristeza.

—Solo necesito saber que será amada.

—No seas tonta. Pues claro que será amada —le dijo Katya, que se inclinó y abrazó a Alina, intentando no estremecerse al notar el frágil cuerpo que tenía entre sus brazos—. Por todos nosotros y por su madre. Ahora, deja que te prepare este conejo para cenar y puedas recuperar fuerzas.

Antes de haber acabado de preparar la comida, la fiebre de Alina había regresado y volvía a gemir pidiendo amamantar a Halya.

Cuando el tiempo más fresco de octubre se asentó, Kolya mató el cabrito. Durante casi una semana, sus comidas fueron casi como un banquete, pero ahora ya no quedaba nada. Cada pedazo de tuétano había sido chupado; cada víscera, limpiada y comida; y el caldo a base de huesos y sobras, cocinado y diluido tantas veces que al final ya solo era agua.

Desde entonces, se habían tenido que conformar con corteza de roble triturada, tortitas de hierba y diente de león cocido. Katya y Kolya podían comer una sopa aguada y un pedazo de pan negro todos los días que trabajaban en la cooperativa durante la cosecha, pero siempre traían el pan a casa para compartirlo con Alina y Mama.

Aparte de esto, no tenían nada. Como la granja colectiva no había alcanzado el ridículamente alto cupo de Stalin, los activistas saqueaban todas las casas del pueblo, vaciándolas de comida, bienes y utensilios a modo de pago. Incluso habían perdido el control del huerto. Las verduras que crecían al otro lado de la puerta de su casa eran consideradas ahora propiedad estatal. Habían «robado» lo que

habían podido al principio de la estación, antes de que las verduras y frutas estuvieran maduras, y habían comido tomates verdes y pepinos pequeños y amargos antes de que nadie se los llevase.

Katya se incorporó cuando Kolya entró en casa. Esperaba que hubiera tenido suerte buscando comida en el bosque. Él hizo un mínimo gesto con la cabeza y ella se hundió de nuevo en la silla. Su estómago ansiaba sustento.

—Voy a buscar en nuestros escondrijos —dijo Katya. No podía soportar quedarse sentada sin hacer nada mientras Alina se iba apagando.

—Quizás haya llegado el momento de matar la cabra —dijo Mama.

—Aún no —dijo Katya y se puso el abrigo—. Aún nos da algo de leche. Encontraré algo.

—Entonces date prisa, Katya. Tu hermana necesita comer algo —replicó Mama y se inclinó para enjugar la frente febril de Alina con un trapo húmedo.

—Lo haré.

Katya miró los ojos preocupados de Kolya y forzó una sonrisa con la esperanza de que pareciera más alentadora de lo que ella se sentía.

Katya subió al pajar y escarbó por todas partes, pero solo quedaba una nota.

> Centeno, enterrado en árbol hueco, medio muerto, al norte de la casa, quinientos pasos.

Las hojas crujieron bajo sus pies cuando se deslizó por el bosque de detrás de la casa. El ruido resonaba como disparos. Sus nervios restallaban por el constante estado de alerta y sus ojos no dejaban de rastrear los rincones más lejanos. Con los guardas activistas patrullando por la campiña y los vecinos desesperados por llevarse toda la comida que pudieran encontrar, no se podía permitir relajarse ni un segundo.

Alto y grueso, el pálido árbol sin corteza contrastaba con el cielo oscuro. Antes del último saqueo en su casa, había escondido un frasco lleno de harina de centeno en el hueco que había tras una grieta y la había tapado con rocas. La decepción encorvó sus hombros cuando se arrodilló en el suelo y vio que las rocas habían

desaparecido. Las raíces nudosas del anciano roble se le clavaron en las rodillas mientras apartaba con las manos las hojas secas y las piedras hasta que sus dedos sangraron. Fue inútil. Alguien o algo se había llevado la harina. Se limpió las manos en la falda y bajó la vista a las manchas de barro y sangre que habían dejado. «Piensa, Katya». Tenía que arreglar esto. Tenía que llevar comida a casa esa misma noche.

La luna se asomó tras las nubes, apenas visible en la negra noche sin estrellas, y se le metió sin querer una idea en la cabeza. «Quizás podría colarme en un campo de la cooperativa y coger algo de comida».

Supo que era una idea pésima en cuanto se le ocurrió. Stalin había firmado un decreto en agosto en que el que declaraba que a cualquier persona que fuera pillada robando productos agrícolas en un campo colectivo se le dispararía de inmediato o sería encarcelada por robar propiedad socialista. Quedaban pocos campos por cosechar y guardas armados los patrullaban a pie y a caballo, o desde torres de vigilancia. Pero ¿qué otra opción le quedaba? No podía dejar que su familia muriera de hambre. No podía dejar morir a su hermana. Katya se limpió y se mentalizó. Al principio caminaba lentamente, pero había tomado una decisión.

Atravesó el bosque y se acercó muy lentamente a la parte de atrás, caminando a hurtadillas de árbol en árbol hasta que casi pudo alargar la mano y tocar los tallos de maíz. Tanto alimento crecía justo delante de ella, sembrado por ella, su familia y vecinos. Pronto lo cosecharían, pero no podrían saborearlo.

Miró alrededor, calculando las opciones. El campo largo y llano solo tenía una torre de vigilancia en el extremo más alejado. No podía estar segura, pero no creía que el guarda pudiera ver a nadie acechando tras los árboles a tanta distancia. Katya se acercó a rastras sobre el vientre. El sudor le provocaba un hormigueo en la nuca. El miedo, espeso y aceitoso, la asfixiaba y empezó a jadear mientras gateaba, centímetro a centímetro, hacia el maíz susurrante. Este campo era de maíz para pienso, normalmente utilizado para el ganado, pero aun así llenaría las barrigas de su familia. Se imaginó la cara hambrienta de Halya. Se tragó su aprensión hasta que quedó en forma de nudo en su estómago. Se puso en pie, escondida tras los tallos altos y marrones. Haciendo el

menor ruido posible, arrancó mazorcas que fue metiendo en su camisa. El cinturón las aguantaba a la altura de la cintura y abultaban su ropa de abrigo en notable contraste con su abdomen plano y vacío.

Cuando hubo conseguido tanto maíz como pudo cargar de manera razonable, salió del campo y se escabulló por el suelo en dirección al bosque, sin respirar hasta que estuvo a cubierto bajo los árboles. Cuando se fundió con el bosque, inhaló profundamente el aire nocturno y cerró los ojos. El alivio provocó un estremecimiento en su cuerpo empapado en sudor. No bien había acabado de congratularse por su victoria parcial que una voz aguda sonó en mitad de la silenciosa noche.

—¡Detente, ladrona!

El estupor la detuvo por un instante, pero el sentido común prevaleció y echó a correr. No sonaron disparos y se preguntó cuál debía de ser la identidad de su agresor. La voz sonaba joven. ¿Quizás no fuera un guardia, sino uno de los Jóvenes Pioneros?

Katya seguía sin creerse lo exhaustivo que era el esfuerzo de adoctrinamiento del partido comunista. Incluso los niños en edad escolar eran reclutados en el programa de los Jóvenes Pioneros y se los animaba a informar de cualquier persona que tuviera bienes ilegales, incluidos miembros de la familia. Y lo hacían. Katya se había horrorizado al enterarse de que unos vecinos que vivían en su mismo camino habían sido entregados por su hijo de diez años por esconder grano.

Cuando la voz gritó de nuevo, esta vez más cerca, Katya se detuvo, segura de que estaba oyendo a una criatura. Si no evitaba que montara tanto jaleo, seguro que, antes de poder escapar, llamaría la atención de un agresor armado que no se dejaría manipular tan fácilmente. Cerró los puños y se dio la vuelta.

El niño corrió hacia ella y sacó pecho.

—¡Te ordeno que vengas conmigo y te entregues!, —la conminó, bajando el tono de voz para tratar de imitar a un hombre adulto.

Katya reconoció al niño. Solía cuidar de él durante la cosecha. Ahora debía de tener solo once o doce años. La invadió la indignación y se puso derecha y levantó el mentón. Este niño se creía que podía impedirle salvar a su sobrina hambrienta. Las emociones de Katya estallaron —reemplazando a su sentido común

como cuando era más joven— y fue directa a él y le dio una bofetada.

El niño se quedó sin aliento y se llevó la mano a la cara con incredulidad.

—No puedes hacer esto.

—¡Ivan Yarkop!, —susurró Katya tan ferozmente como pudo—. ¡Deberías avergonzarte de ti mismo!

—Tampoco me puedes hablar así —respondió él. Su voz ahora temblaba por la incertidumbre que le provocaba la falta de miedo y respeto de Katya—. Podría hacer que te dispararan.

—Te cambiaba los pañales cuando eras pequeño y te perseguía por el patio cuando escapabas con andares de pato. Soy como de la familia para ti, y, sin embargo, ¿eliges al Estado antes que a mí?

Él miró alrededor, sin estar seguro de qué opinar de la diatriba, pero Katya no le dio tiempo para pensar.

—Mi sobrina se está muriendo porque no tiene comida. Trabajo en campos como este todos los días. ¡Todos los días! ¿Y me toca acaso algo de ese grano? ¿Eh?

—No —dijo él—. Pero ¡el Estado te da comida! Así es como funciona. Trabajas para el Estado y el Estado se hace cargo de todo el mundo. Como Joven Pionero, es mi obligación ayudar al Estado a cuidar de todo el mundo.

El niño se animó un poco al racionalizar para sí mismo sus acciones, pero sus mejillas hundidas contaban una historia distinta. Su maravilloso Estado tampoco le daba a él suficiente comida.

—Ivan, ¿me estás diciendo que porque el Estado me dé un pedazo de pan al día por mi trabajo debería ser suficiente para mi hermana enferma, mi madre, mi sobrina y para mí?, —preguntó Katya—. ¡No! Es ridículo, es cruel, y no voy a permitir que me lo diga un niño. Y mira quién habla. Tienes un aspecto horrible. ¿Están cuidando bien de ti?

Se encogió un poquito.

—Solo hago…

—¡He dicho que no! —Katya habló todo lo alto que se atrevió, y su voz temblaba de la furia—. Escúchame, Ivan. Este pueblo está muriendo por culpa del maldito Estado y tú les estás ayudando. Vergüenza te debería dar, como ucraniano, abandonar a tu propia gente cuando más te necesita.

El pobre Ivan no tenía idea de cómo responder a aquello. La miraba perplejo y, en su boca abierta, el labio inferior temblaba.

—Ahora me voy a ir y tú deberías marcharte a casa —dijo Katya —. Si tienes algo de cerebro en esa cabezota, o un gramo de compasión en tu corazón, olvidarás que me has visto.

El niño cerró la boca con un chasquido. Asintió ligeramente. Cuando Katya se dio la vuelta para alejarse, miró por encima del hombro.

—Olvida que me has visto, Ivan, pero no olvides lo que te he dicho. Estás ayudando a matar a tu gente. Algún día, esto se volverá en tu contra.

Katya no volvió a mirar atrás para ver su respuesta. Todo lo que había dicho, lo había dicho en serio, pero, a pesar de la euforia que sentía tras haber dicho lo que pensaba, aquello no había sido lo más sensato. Ivan podría denunciarla y aceptarían la palabra de él por encima de la de ella.

Ni siquiera cuando llegó a casa, se calmaron sus nervios. Le temblaban las manos cuando ayudaba a Mama a limpiar el maíz y cocinarlo hasta convertirlo en una papilla. Los restos de mazorca los guardarían para remojarlos y comerlos más tarde. Mama les dio a Halya y Alina tanto como quisieron comer antes de dividirse el resto entre ella, Katya y Kolya.

—¿Por qué no dejas de mirar por la ventana?, —preguntó Kolya cuando ella guardaba los platos. Sus ojos astutos la estudiaron (como si pudiera ver todos sus secretos) y Katya se ruborizó.

—Me gusta mirar al cielo por la noche.

Más tarde, cuando Mama se metió en la cama, Kolya lo intentó de nuevo.

—¿Qué ha pasado esta noche? Me lo puedes decir, ¿sabes? Estamos en esto juntos.

Su mirada triste fue a parar a la cara pálida de Alina, empapada en sudor, echada en la cama.

—Juntos —confirmó ella. Pero cuantas menos personas supieran sobre sus acciones ilegales, tanto mejor. Como mínimo, evitaría que él se viera obligado a protegerla si el Estado lo interrogaba—. No ha pasado nada.

Se balanceó hacia delante y hacia atrás para dormir a Halya.

—He cogido maíz. Hemos dado de comer a Halya y Alina.

Esto no era una mentira, pero tampoco era toda la verdad, y, de alguna manera, sabía que él se había dado cuenta.

—Si tú lo dices —dijo, y su voz carecía de convicción, pero no la presionó—. Ten cuidado ahí afuera.

—Por supuesto. Siempre tengo cuidado.

Durante días, Katya miró por encima del hombro, esperando que la detuvieran. Ivan podía denunciarla en cualquier momento, y eso la agobiaba sobremanera, pero se alegraba de llevar esta carga si ello compraba unos días más de vida para Alina y Halya.

Durante una semana estuvieron clasificando miles de patatas de la última cosecha. Las buenas iban a una pila para el Estado; las podridas, a otra para el ganado. No había pila para los vecinos, y cada vez que Katya salía del trabajo por la tarde, la cacheaban para asegurarse de que no había escondido patatas en la ropa para llevarse a casa.

Un joven activista había disfrutado pasándole las manos por las piernas y torso «buscando» patatas robadas. El rostro de Katya seguía echando chispas después de aquella vejación.

No era tan estúpida como para llevar patatas encima, pero había dejado cuatro enterradas en la esquina de cada campo que había ayudado a cosechar. Planeaba volver a escondidas más tarde y llevarse las patatas a casa.

El viento azotaba, empujando su pelo fuera del pañuelo que llevaba atado a la cabeza. Le dolían los brazos, su espalda protestaba de cansancio, y le costaba un enorme esfuerzo poner un pie delante del otro por el camino de tierra que conducía a su hogar.

Los suplicios de Katya fueron interrumpidos en cuanto tuvo a la vista la casa y oyó los lloros de Halya llamando a través de la puerta abierta de la entrada. Un miedo frío se apoderó de ella y se lanzó a correr por el sendero.

Mama estaba sentada en su cama, hecha un ovillo. Halya, echada a su lado, lloraba mientras Mama, abstraída, le daba palmaditas en la espalda. La ropa de cama de Alina formaba un camino hacia la puerta. Su cama estaba vacía.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Alina?, —preguntó Katya

agarrando a su madre por los hombros con manos temblorosas.

Mama levantó el rostro con la mirada perdida.

—Se la han llevado. Han venido y se la han llevado.

—¿Quién se la ha llevado? ¿Por qué?

Katya cogió a Halya y le metió un dedo en la boca para tranquilizarla.

—Prokyp y otro hombre —habló Mama en voz tan baja que Katya apenas podía oírla—. Han dicho que había robado grano del estado.

Cuando la realidad de lo que había ocurrido la golpeó por completo, Katya apretó a Halya contra su pecho y se dejó caer en la cama junto a Mama. Su estómago amenazó con devolver, pero no había nada dentro que sacar.

—Dios mío —susurró, a pesar de que hacía mucho tiempo que había dejado de pedirle nada a Dios. El pánico se apoderó de ella y soltó un grito de angustia—. Mama, he sido yo. No Alina. Me querían a mí.

La mirada de Mama se enfocó al mirar a Katya.

—¿Qué quieres decir?

—El maíz que traje la semana pasada lo robé de un campo de la cooperativa. Ivan Yarkop me vio, pero no pensé que diría nada.

Entonces, Mama le dio una bofetada. Fuerte. Le sorprendió más a Mama que a ella. Katya se llevó una mano a la dolorida mejilla.

—Lo siento, Katya —dijo Mama, que se tapó la boca con sus manos temblorosas—. No sé qué me ha pasado. No es tu culpa.

—Lo es. Yo robé el maíz, no ella. Me quieren a mí.

—Solo estabas haciendo lo necesario para darnos de comer —dijo Mama, pero sus ojos contaban una historia distinta.

—¿Cuánto rato hace que se la han llevado?, —preguntó Katya, puso a Halya en brazos de Mama y se levantó—. He de ir a hablar con ellos.

Mama agarró frenéticamente la mano de Katya.

—¡No! ¡Se te llevarán a ti también! ¡No vayas! Kolya puede ir cuando llegue a casa.

Esta mujer asustada apenas se asemejaba a la que una vez fue su enérgica madre, lo que llenó de amargura a Katya. Pedacito a pedacito, el Estado le había ido quitando a Mama, igual que le había ido quitando a todos los demás.

—Mama, debo ir. No puedo quedarme aquí sentada mientras Alina paga por mi delito. Dile a Kolya que voy a por ella.

Katya no esperó a su respuesta, pero oyó los lloros de Mama tras la puerta que cerró de un golpe.

Corrió tan rápidamente como pudo, olvidando sus músculos doloridos y su estómago vacío, pero la mente se le llenó de recuerdos de su dulce hermana. Alina, abrazándola durante la noche cuando era pequeña y tenía miedo. Alina, enseñándole a hacerse la trenza. Alina, dándole a su hija y confiándole su cuidado a ella. Se le escapó un sollozo y redujo la marcha.

Si pudiera decirles que había sido ella la que había robado el maíz y no Alina, entonces quizás le permitirían a Katya ir en su lugar. Katya llevaría mejor la deportación que su hermana. Alina estaba tan frágil que no sobreviviría el viaje en tren.

Los pensamientos que daban vueltas en su cabeza se detuvieron en seco cuando vio los cuerpos apoyados contra la pared de la cárcel. Un lamento agudo brotó de sus labios y cayó de rodillas. Allí, formando una fila con otros tres «enemigos del pueblo», estaba su hermana. Un orificio de bala perforaba su perfecta piel en la frente. La sangre roja y brillante discurría por su bello rostro inmóvil. Sus ojos azul claro miraban, acusadores, a Katya.

El letrero de encima decía:

¡SE FUSILARÁ A LOS LADRONES!

—¡No ha sido ella!, —gritó Katya golpeándose el pecho—. ¡He sido yo! ¡He sido yo!

Una mano grande cubrió con fuerza su boca y un brazo la agarró por la cintura, poniéndola en pie. El dolor y la ira la habían vuelto una fiera y luchó con todas sus fuerzas, pero los brazos eran mucho más fuertes.

Una voz siseó en su oído:

—¡Calla, Katya! Te matarán a ti también si no paras, y entonces, ¿qué será de Halya?

Katya se tranquilizó al reconocer la voz. Kolya. Respirando a bocanadas irregulares, Katya se desmoronó en sus brazos. El cuerpo de Kolya temblaba por la emoción controlada que vibraba por debajo de sus tensos músculos.

La puerta de la cárcel se abrió y salió un activista fornido con

bigote fino.

—¿Qué es esto? ¿Tenemos a otra ladrona? ¿Una confesión, quizás?

Kolya la sujetó con más fuerza.

—No. Está loca de dolor. Voy a llevármela a casa.

Sin esperar respuesta, arrastró a Katya junto a él y se alejaron de la cárcel. Del activista. De su esposa muerta.

La angustia nublaba la visión de Katya, de modo que ni siquiera reconoció que estaban de vuelta en su patio cuando Kolya la soltó. Cayó al suelo. Los sollozos atormentaban su cuerpo. Kolya la miró con ojos rojos, hinchados.

—¿Qué has querido decir cuando has dicho que eras tú? ¿Tú robaste y has permitido que ella asumiera la culpa?

La acusación la hirió y Katya recibió de buen gusto ese dolor. Lo merecía.

—Yo robé el maíz y lo traje a casa el otro día. La comida escondida en el bosque había desaparecido y necesitaba traer algo para Halya y Alina. Así que fui a los campos de la cooperativa y cogí maíz.

Él cerró los puños y habló con los dientes apretados.

—¡Me dijiste que no había pasado nada! Si te vieron, ¿por qué no te detuvieron?

—Era un niño Joven Pionero. Le convencí de que me dejara ir.

—Pero ¿por qué Alina? ¿Por qué no te llevaron a ti?

Caminaba de un lado al otro delante de ella mientras gritaba. La puerta de la casa se abrió y Mama miró afuera.

—¡No lo sé!, —gritó Katya al ponerse en pie—. Yo no estaba en casa todavía. Quizás el niño se equivocó de hermana.

—Alina ha confesado —dijo Mama cuando salía al patio—. Ella les ha dicho que había sido ella, no tú.

—¿Qué?, —preguntó Katya y dio un rodeo para mirar a su madre—. ¡Yo no quería que lo hiciera! ¿Estaba delirando?

—No. Estaba más lúcida de lo que ha estado en meses. Quizás tenía miedo de que te apartaran de Halya y entonces no tendría nada para comer.

Mama se apretó las manos y sus ojos no paraban de moverse alternativamente entre Kolya y Katya.

—¿La van a deportar? ¿O la van a detener unos días? Espero que

no sean muy severos con ella ya que es mujer y está tan enferma.

—No.

Los ojos de Kolya taladraron los de Katya, a pesar de estar hablándole a su suegra. Su agonía la golpeó en el estómago con tanta fuerza que se dobló de dolor.

—Está muerta.

Dos días más tarde, la OGPU permitió a la familia llevarse a Alina a casa. Kolya la llevó en brazos a lo largo de todo el camino, negándose a que nadie lo ayudara ni que trajeran una carreta.

—Daría mi vida por la suya sin pensarlo. La amaba.

La voz de Katya permaneció firme mientras él depositaba a Alina en la cama, pero su interior se estremeció. Mama se arrojó a los pies de Alina y gimió.

El rostro de Kolya se desmoronó y lo escondió en las manos.

—Lo sé, Katya —dijo.

Se inclinó sobre el pecho frágil de Alina y lloró. Su cuerpo temblaba por los sollozos silenciosos. Su dolor era palpable en el aire.

Alina había estado cerca de la muerte antes de ser asesinada. La inanición la había agotado hasta convertirla en una pálida imagen de lo que había sido. Una vez había sido una de las chicas más bonitas del pueblo, con su espesa melena oscura y sus fulgurantes ojos azules. Ahora, una melena fina y sin brillo revelaba zonas sin pelo donde había empezado a caer a mechones. Sus ojos, cerrados por última vez, estaban hundidos en su cráneo, igual que sus mejillas. Pero admitir durante cuánto tiempo había estado apagándose no hacía más fácil aceptar su muerte.

Katya se tragó la rabia y los gritos. Se contuvo porque era lo que tenía que hacer. Alguien tenía que permanecer fuerte. Alguien tenía que estar ahí para que su madre, Kolya y Halya pudieran contar con ella. Si no era Katya, ¿quién?

Kolya se pasó el dorso de la mano por los ojos y se puso en pie, vacilante. Katya lo rodeó con sus brazos, aguantándolo igual que él la había sujetado cuando murió Pavlo.

—Ya no está aquí —dijo con voz áspera cuando escondió la cara en el hombro de Katya y sollozó.

Lágrimas abrasadoras rodaron por el rostro de Katya, cada gota tachándola de calamidad. Había fallado a Alina. Les había fallado a todos.

21. Cassie

Illinois, junio de 2004

Cassie observó el jardín de la parte de atrás de la casa y suspiró satisfecha. El sol brillaba y el aroma de las flores perfumaba el aire cálido de primavera. Su cita con Nick en la feria unos días atrás había ido bien —aparte del excesivo número de mujeres que se habían acercado a él— y habían hecho planes para que viniera hoy y se volvieran a meter de lleno en las traducciones. No recordaba la última vez que había tenido tantas ganas de afrontar el día.

Se hinchió de alegría al ver a Birdie ayudar a Bobby en el jardín, igual que ella había hecho de niña. Bobby le pasó una plantita de begonia a Birdie, que esperó instrucciones.

—Ponía en el hoyo y luego, con suavidad, empuja la tierra de alrededor. Llena el hoyo y aplana la tierra —dijo Bobby.

Birdie obedeció. Frunció las cejas por la concentración mientras sus manos regordetas seguían las instrucciones al pie de la letra.

—¡Quiero plantar otra!

Bobby sonrió.

—Tenemos dos bandejas llenas de flores. ¡Podrás plantar de sobras!

Birdie gritó de alegría y corrió a hacer la rueda a lo largo del jardín. Cassie rio cuando se ponía en cuclillas. El sol se reflejó en su anillo de casada, haciendo que se fijara en él. Henry se lo había puesto el día de su boda y lo había llevado desde entonces. Formaba parte de ella, símbolo de la bella relación que había compartido con su marido. Pero siempre tendría esos recuerdos, ¿no? Tanto si llevaba el anillo todos los días como si no, Henry siempre formaría parte de ella.

Tras una larga y lenta exhalación, giró el anillo para sacárselo y

miró su mano desnuda, probando la sensación. El pálido círculo de piel normalmente escondida bajo el anillo resaltaba como una marca, pero el dolor arrollador que normalmente experimentaba cuando pensaba en lo que simbolizaba aquel anillo, en la vida sin Henry, no la golpeó esta vez. Flexionó los dedos y se dio cuenta de que se sentía bien con la mano libre. Quizás no totalmente normal, pero bien.

—Debería guardarlo para que Birdie lo tenga algún día.

Bobby asintió.

—Si estás lista. Tú eres la única persona que puede saberlo.

El rostro de Nick apareció brevemente en su mente, pero no se trataba solo de él. Se trataba de ella y su disposición a seguir adelante con su vida.

—Creo que ha llegado el momento.

Se metió el anillo en el bolsillo. Lo pondría en el joyero cuando entrara en casa y, algún día, se lo daría a su hija.

—¿Quién ha plantado aquellas flores?, —preguntó Birdie, que corrió hacia ellas, lista para seguir plantando, y señaló los macizos de plantas perennes a lo largo de la valla y bajo la morera.

—Son perennes. Las planté hace mucho tiempo y florecen todos los años —dijo Bobby.

Birdie alargó la mano y tomó la begonia que le daba Bobby.

—¿Por qué no plantas girasoles?

Al oír la pregunta, Bobby se quedó parada con la mano suspendida por encima de la bandeja de begonias que descansaba en su regazo.

Cassie se puso en pie, se limpió la tierra de las rodillas y dijo, con voz relajada:

—Quizás no les vaya bien este sitio. O quizás no le gusten a Bobby.

Bobby cruzó las manos en su regazo.

—No. No es esa la razón. Los girasoles son muy bonitos, pero, a veces, me entristecen.

Birdie tapó con su manita con hoyuelos la mano nudosa de Bobby y se inclinó para decirle:

—¿Es porque eran las flores favoritas de Alina?

Un escalofrío recorrió la espalda de Cassie.

Bobby se quedó sin aliento y sus ojos verdes claro se quedaron

fijos en los de la niña.

—Sí. Y de mi padre también.

Cassie se mordió la lengua y no hizo las preguntas que quería hacerle. Bobby no quería dar respuestas, pero, con un poco de suerte, después de hablar con Nick esta tarde, sabría más.

Cassie encontró a Nick en el sofá cuando salió del dormitorio de Birdie.

—Hola. Justo la acabo de poner a dormir. Gracias por venir.

—No hay de qué. Tu abuela me ha dejado entrar y se ha ido a hacer la siesta.

Se puso en pie y dio unos pasos en su dirección.

—Qué bien tener una excusa para volver a verte tan pronto —dijo, y sus mejillas se ruborizaron y metió las manos en los bolsillos —. Perdón. No quería decir la última parte en voz alta.

—No pasa nada —dijo Cassie, que se puso muy colorada—. Sé que no lo has dicho en serio.

—Oh, sí. Totalmente en serio.

Bajó la vista, y luego la miró entre sus espesas pestañas.

—Solo es que probablemente no debería haberlo dicho.

—Oh.

Cassie se quedó en blanco.

—Yo… eh… Iré a cogerlo todo y te veo en la cocina.

Agradecida por la breve interrupción, se dirigió a su dormitorio y cogió la caja. Tras un par de respiraciones para relajarse y calmar su corazón acelerado, se encaminó a la cocina.

—Vaya montón de girasoles —dijo Nick, levantando la vista de la última pila de dibujos de Birdie, y procedió a cogerle la caja de las manos.

—Sí. Birdie se ha obsesionado con ellos.

—Es la flor nacional de Ucrania, ¿lo sabías?, —dijo, y puso la caja sobre la mesa—. ¿Siempre le han gustado?

—No. Es algo reciente.

Se sentó y sintió una oleada de excitación cuando él acercó su silla a la de ella antes de sentarse. «Esto es ridículo. Me comporto como una adolescente enamorada».

Sin pensarlo, Cassie le puso una mano en el antebrazo.

—Te estoy muy agradecida por la ayuda.

Nick tapó la mano con la suya.

—Me siento muy honrado por formar parte de esto. ¿Estás preparada?

Cassie dejó la mano allí, atrapada entre su brazo y su mano callosa, durante varios segundos. Le parecía tan natural tocarle. Estar cerca de él. Los ojos de Nick se concentraron en los de ella, y ella se quedó sin aliento.

Esto estaba sucediendo demasiado rápido.

Apartó la mano y se aclaró la garganta.

—Empecemos.

Una hora más tarde, Cassie no podía respirar.

—Para, por favor. Necesito un descanso.

Podía percibir el olor cobrizo de la sangre y oír el último hálito agitado de Pavlo cuando Katya lo tenía en sus brazos. El terror era palpable. Y le resultaba familiar. Excepto que ella no había podido tener en sus brazos a Henry cuando murió. Nick alargó la mano como para tocarle el brazo, pero la retiró. Indeciso, había fruncido el ceño.

—Lo siento, Cassie.

El sentimiento de culpa por su reacción al roce de Nick se mezcló con su dolor. —No. Yo soy quien lo siente. Esto es mucho más difícil de lo que había anticipado.

—Hola, mami. Hola Nick —dijo, Birdie pestañeando cuando entró en la cocina. Su pelo enredado sobresalía de su cabecita en forma de una maraña de nudos—. ¿Quién es Katya?

Cassie tragó saliva y sonrió.

—Vaya. No has dormido mucho. ¿Dónde has oído este nombre, cielo?

Birdie se rascó el codo.

—Creo que me lo dijo Alina.

Nick señaló el nombre escrito en letras cirílicas dentro de la cubierta del diario.

—Kateryna Viktorivna —tradujo—. Katya es un diminutivo de Kateryna. Es el nombre de tu abuela. O, por lo menos, es el nombre que tenía en Ucrania. Y Viktorivna es su patronímico, que significa

hija de Viktor. También debía de tener un apellido, pero no lo escribió aquí.

Cassie lo miró fijamente, sorprendida.

—No sabía nada de esto.

—¿Katya es Bobby?, —preguntó Birdie tirando de la manga de Cassie.

—Sí. Eso creo —susurró Cassie. Su mente iba a mil.

Tras unos segundos de silencio, Nick se levantó.

—Birdie, ¿qué te parece si vamos a pasear a Harvey y tomamos el aire?

—¡Sí! ¿Podemos, mami?

Agradecida por la distracción, Cassie asintió.

—Está bien. Pero solo calle arriba y abajo, en caso de que Bobby se despierte de la siesta.

Nick cogió la correa del perro y los tres salieron, con Harvey trotando alegre a su lado.

—Estabas un poco pálida ahí dentro. ¿Nunca, hasta ahora, habías oído el nombre Katya?, —le preguntó Nick cuando Birdie se adelantó dando saltitos.

—No. Para mí es Katherine. Birdie ha dicho que Alina le ha hablado de Katya, pero no sé cómo puede saber el nombre si yo no lo conocía.

—Probablemente se lo haya mencionado Bobby —dijo Nick—. Quizás ella y Birdie han hablado sobre Alina más de lo que crees.

—Estoy segura. Ella y Birdie pasan mucho tiempo juntas —coincidió Cassie. Pero una sensación molesta en la nuca le hizo cuestionarse la veracidad de la afirmación.

—¿Sabes? No digo que sea esto lo que esté ocurriendo, pero en el viejo mundo era muy común «hablar» con los muertos —dijo Nick—. Recuerdo que cuando murió mi tía, mi *baba* puso todos los días, hasta el día del funeral, un vaso de agua para que ella bebiera. No consideraba que su hermana hubiera muerto, solo que estaba en un lugar donde se podía todavía contactar con ella. Hay muchas costumbres ucranianas en torno a la muerte que podríamos considerar extrañas, pero, para ellos, forman parte de su cultura.

—Bobby me mencionó que hablase con Henry. Me dijo que le pidiera que viniera a mí —dijo Cassie y forzó una risa ante lo absurdo de lo que acababa de decir—. Suena tan extraño cuando lo

digo en voz alta.

Nick desaceleró el paso y ella sintió que sus ojos la taladraban.

—En absoluto. ¿Funcionó?

—Soñé con él.

Cerró la mano al recordar la sensación de la de Henry. De dejarle marchar. «Sé feliz. Vive tu vida».

—Espero que te haya ayudado, Cassie. Lo digo en serio. No puedo imaginar perder a alguien a quien amabas tanto.

Pasaron junto a la pérgola cubierta de madreselva de un vecino y Birdie se detuvo a oler las flores. Los ojos azules de Nick sonrieron cuando Birdie gritó de regocijo al notar su aroma embriagador y una oleada de afecto inundó a Cassie.

—Creo que me ayudó.

Se inclinó cerca de Birdie y preguntó:

—Huelen muy bien, ¿verdad? Es madreselva.

—Sí, pero no son tan bonitas como los girasoles —dijo Birdie.

Nick arrancó una ramita y con ella formó un círculo. Cogió unas cuantas violetas, dientes de león que crecían a lo largo de la acera y las insertó en la rama. Birdie soltó una risita cuando él se la puso en la cabeza como si fuera una corona.

—Guapísima —dijo Nick—. Ahora tienes una *vinok* como una niña ucraniana de verdad.

—¡Mira, mami!

Birdie dio vueltas sujetando la corona de flores sobre su cabeza.

—¡Tengo una *vinok*!

—Es preciosa, cielo. Bobby solía hacérmelas cuando yo tenía tu edad.

—Mi *baba* también las solía hacer para mi hermana. Las de ella eran mucho más bonitas que la mía —dijo Nick y se agachó para acariciar a Harvey. De repente habló con prisa, como si tuviera miedo de echarse atrás—. Cassie, ¿qué te parece si salimos a cenar mañana por la noche? Solo tú y yo. Sé que apenas hemos empezado a hablar, y que sigues de luto, y…

La encantadora oferta conmovió a Cassie y se sorprendió a sí misma y a Nick al interrumpirle diciendo:

—Me encantaría.

La cara de Nick manifestó sorpresa y alegría en una rápida sucesión.

—¡Fantástico!

—Deja que vea primero si mi madre puede venir a estar con Birdie —dijo Cassie—. Sabes que se sentirá desolada por no poder venir.

Nick sonrió.

—La compensaré.

22. Katya

Ucrania, noviembre de 1932

Katya se coló dentro del granero, esperando disfrutar de unos minutos de soledad antes de entrar en la casa, pero en lugar de ello, se tropezó con Kolya.

Él la sujetó con una mano y con la otra levantó el farol.

—¿Dónde has estado? Me estaba preocupando.

Katya se tragó la vergüenza y la furia que se retorcían en su interior y se centró en lo importante.

—Tengo comida para Halya —respondió y colocó cuatro patatas en la repisa junto a Kolya y dejó que la sombra de una sonrisa de victoria se dibujara en su boca magullada.

Kolya fijó la mirada en las patatas durante un momento, pero luego dirigió la vista a su cuerpo. El rostro de Katya se ruborizó cuando él vio la sangre en sus piernas, la falda rasgada y la cara hinchada.

Su expresión de preocupación se tornó en furia.

—¿Qué te ha pasado?

—Escondí unas patatas en los campos durante la cosecha y he ido a buscar algunas. Estoy bien —dijo. La voz de Katya era vacilante, a pesar de su bravuconería.

—¡No estás bien!, —gritó Kolya y se frotó la cara con las manos —. ¿Y si vienen a por ti igual que hicieron con Alina?

—No lo harán.

Cerró los ojos con fuerza, intentando acallar la voz del activista. «Esta vez te dejo ir, pero te costará caro. Y si te vuelvo a pillar, no me molestaré en detenerte. Te dispararé de inmediato».

Kolya colgó el farol en un gancho y le cogió el mentón a Katya. Le ladeó la cara hacia la luz y pasó el dedo por su mejilla inflamada

con tanta ternura que Katya derramó en los dedos de Kolya las lágrimas que había intentado contener.

—Te saldrá un morado en el ojo —dijo.

El ojo morado era la menor de sus preocupaciones. La comida era la prioridad. Alimentar a Halya era la prioridad.

—Al menos dime quién te ha hecho esto —exigió.

—No importa —replicó, y apartó su mano—. No hay nada que hacer. Cualquier represalia haría que acabases muerto y no puedo hacerme responsable de otra muerte.

Él se encorvó y cerró los ojos.

—Nadie te culpa de lo que le ocurrió a Alina.

—Entonces, ¿por qué no eres capaz de decírmelo mirándome a la cara? —Katya apenas oía su propia voz, de tan bajo que hablaba —. ¿Por qué no eres capaz de mirarme nunca?

Él abrió los ojos y la miró fijamente.

—La mayoría de los días, no puedo mirarte porque me recuerdas a mi esposa muerta. Ahora, no puedo mirarte porque veo mi incompetencia en tu cara amoratada y tu falda rota. No puedo mirarte porque veo lo cerca que hemos estado de perderte esta noche y no puedo hacer absolutamente nada al respecto. Eso me aterroriza. No sé lo que ninguno de nosotros haría sin ti. Especialmente Halya.

Katya vio estrellas y sus rodillas cedieron. Kolya la agarró antes de que cayera y la sujetó contra su pecho firme. Ella respiró lentamente, al ritmo del latido del corazón de Kolya, y dejó que el calor y la fuerza de su cuerpo calaran en ella hasta que él se arrodilló y la colocó sobre el suave heno. Cuando la soltó, el frío y la desesperación la inundaron de nuevo y tuvo que contenerse para no extender el brazo hacia él.

—Te ha pegado fuerte. Deberías estar en la cama —dijo con voz grave y áspera.

Se alejó de ella y se secó las manos en los pantalones, como si intentara deshacerse de cualquier traza de su esencia.

—No quiero que mi madre sepa lo que ha ocurrido.

Odiaba parecer tan débil, sentirse tan rota.

—Está bien. Quizás podemos decirle que estábamos acarreando troncos y me he dado la vuelta accidentalmente y te he pegado con uno que cargaba al hombro —respondió. La expresión de Kolya se

endureció, se volvió y escupió en el suelo—. Pero ¡has de jurarme que nunca más harás nada que te ponga en esta situación!

Una risa estridente escapó de sus labios cortados.

—¿Crees que he vendido voluntariamente mi cuerpo por unas patatas? ¿Cómo te atreves, Kolya? Mi elección ha sido eso o mi vida. He elegido la vida. Las patatas han sido una bonificación que él me ha permitido quedarme. Menuda suerte.

Fue su turno escupir en el suelo mientras lo miraba con furia.

Kolya bajó la mirada.

—Lo siento. No tendría que haber dicho nada.

—No. No deberías haberlo hecho. No tienes idea de lo que es ser mujer. Los hombres creen que pueden tomar de nosotras lo que quieran, cuando quieran. Nunca tenemos elección.

Katya se puso en pie y se limpió.

—Entremos en casa a comer.

No le dijo que saldría de nuevo a buscar en los campos. Pagaría cualquiera que fuera el coste de mantener a Halya viva, porque su supervivencia era la única razón de vivir de Katya.

—No todos los hombres —dijo él. Su voz era tan baja que Katya apenas le pudo oír.

—No, quizás no todos los hombres.

Se puso en pie.

—Entremos en la casa. El bebé necesita comer.

Esa noche, echada en la cama, Katya hojeó las páginas manchadas de lágrimas de su diario. Había escrito sobre perder a Pavlo y Viktor, y escribiría sobre lo que ese hombre violento le había hecho. Le había prometido a Pavlo que escribiría su historia, incluso lo que fuera insoportable.

Cogió el lápiz y empezó a escribir. Las palabras fluyeron en tono monótono, documentando el horror de aquella noche como si le hubiera ocurrido a otra persona. Durante la narración del incidente no sintió nada. Absolutamente nada.

«Quizás mi corazón se ha dado finalmente por vencido —pensó —. Al fin y al cabo, hay un límite a lo que un corazón es capaz de soportar, y creo que yo lo he superado. Quizás, ahora, es solo una carcasa vacía, incapaz de sentir nada».

Acabó la entrada en el diario y miró a la bebé dormida. Halya, con las espesas pestañas acentuadas por sus pálidas mejillas y los rizos oscuros enmarcando su carita delgada, suspiró y se giró hacia Katya en sueños. Un amor feroz y desesperado invadió a Katya, que alargó la mano y acercó a Halya a su pecho. Cuando el cuerpo de la niña se acurrucó en el suyo, Katya supo que no había sido sincera consigo misma. Su corazón nunca se daría por vencido mientras esta dulce criatura la necesitara.

—Va a sobrevivir, Alina —dijo Katya en mitad la noche fría—. No importa lo que tenga que hacer. Lo juro.

Cerró los ojos e imaginó a Halya crecida y bella, con el pelo oscuro y los ojos claros y brillantes de Alina. Katya suspiró mientras metía el lápiz dentro del diario. Luego rodeó a Halya con sus brazos y se durmió.

—Tengo buenas noticias —anunció Kolya una tarde cuando llegó a casa del pueblo.

Como siempre, fue directamente a Halya y la cogió en brazos. La niña soltó risitas cuando su padre le frotó la mejilla con su nariz y le hizo cosquillas. Katya se vio invadida por una sorprendente oleada de afecto al ver la cara de Kolya iluminada por el amor que sentía por su hija.

Kolya se puso a Halya al pecho y prosiguió:

—Han abierto una tienda *Torgsin* [14] en el pueblo de al lado. Podemos llevar el oro o joyas que tengamos y trocarlos por comida.

—¿Y esto por qué es bueno?

Katya colocó un bol de sopa aguada de patata sobre la mesa y se llevó las manos a las caderas. Había vuelto a hurtadillas a otro campo de patatas a primera hora de la mañana, afortunadamente sin toparse con ningún activista airado.

—No tenemos oro ni joyas que trocar. Ya nos lo han quitado todo.

—No es verdad. Sigo teniendo el anillo de mi abuela —dijo Mama, que fue a su cama y escarbó en su almohada en busca del anillo escondido. Con la sortija puesta, levantó la mano y admiró la reluciente piedra roja montada en un fino aro de oro—. No me servirá de nada si estamos todos muertos. Nuestras vidas son más

importantes que las joyas.

Katya frunció el ceño.

—¿Cómo pueden ofrecernos comida a cambio de las cosas que dicen que no deberíamos poseer? ¿Y si es una trampa?

Kolya negó con la cabeza.

—Es su manera de asegurarse de que se apropian de todas nuestras cosas más preciadas. Así no tendrán que venir a registrarnos. Se las entregaremos nosotros.

Mama se sacó el anillo y lo puso sobre la mesa.

—Pensaba que lo había visto todo, pero, aparentemente, sus engaños no tienen fin.

—Puede que yo tenga más cosas para intercambiar —dijo Kolya.

Katya lo miró, sorprendida.

—¿Qué tienes?

—Hay algunas cosas escondidas en la casa de mis padres. Hace tiempo que nadie vive allí, de modo que no la han registrado recientemente. Mi madre tenía joyas siempre guardadas. Cuando los activistas empezaron con los registros, hizo que Pavlo…

Su voz se fue apagando y miró a Katya.

Cada vez que oía su nombre, intentaba mantener su rostro inexpresivo de manera que Kolya no viera el dolor que sentía. Al cabo de tanto tiempo, su muerte seguía pesándole igual que si hubiera sucedido ayer. Kolya la miró fijamente como si pudiera leerle la mente, y ella empujó sus sentimientos al lugar donde residían, en un nudo en su estómago.

—No pasa nada. No debes tener miedo de pronunciar su nombre.

Kolya bajó la mirada y siguió.

—Separamos las piezas y las escondimos en varios lugares por la casa y el jardín. Sé que encontraron algunas cosas, pero no todas.

—¿Por qué no nos habías dicho nada de esto?, —dijo Mama arqueando las cejas con incredulidad.

—¿Qué hubiera importado? Si no han encontrado dónde están escondidas, que se queden donde están. Hasta ahora no hubiera podido ir a ningún sitio a venderlas sin levantar sospechas.

—Claro, por supuesto —dijo Mama—. ¿Y ahora, qué crees que sentirás si todavía queda algo? ¿Podrás deshacerte de esas cosas?

El invierno ya había mostrado su cara más dura y apenas comían

nada esos días. Sin ayuda, no sobrevivirían.

Kolya frotó los nudillos ásperos en la mejilla transparente de Halya.

—Pues claro. Las fruslerías no significan nada. Las trocaré encantado por comida para nosotros.

—Deberíamos embalar la comida que consigamos y esconderla de nuevo en casa de tus padres, Kolya —dijo Katya en cuanto se le ocurrió la idea—. Como has dicho, ya no buscan en ella porque está abandonada. Allí todo estará más a salvo.

La granja de los padres de Kolya había caído en la ruina. La gente ya no tenía permiso para cortar árboles ni recoger leña del bosque porque el Estado era el propietario. Si recogían una ramita o un tronco o sacaban cualquier cosa del bosque, robaban del Estado. Sin más opción para obtener leña, Kolya y Katya ya habían empezado a desmantelar algunas de las construcciones al amparo de la noche y cargaban la leña a casa para utilizarla. Las malas hierbas y la vegetación habían invadido el jardín que una vez había estado lleno de flores. Considerada abandonada, el Estado no intervenía.

—Es una gran idea —replicó a Katya con una excepcional sonrisa mientras le daba la niña a la abuela—. Tendremos que esconderlo todo bien para que los ladrones no encuentren nada. Saldré mañana a primera hora.

—Yo también voy —dijo Katya—. Sé qué comida es mejor para el trueque y quiero ver esa tienda.

—Sí —estuvo de acuerdo Mama—. Si vais los dos estaréis más a salvo que si va solo uno. —Puso la mano suavemente en la cara de Katya—. Pero debes tener cuidado, hija mía. —No dijo más, pero Katya pudo leer el mensaje escondido en sus ojos. «Ya me han quitado a una de mis hijas. Que no me quiten a la otra».

Katya caminó en silencio por la nieve hacia la granja de Kolya, armándose de valor para la tarea que tenía por delante. Había estado allí recientemente para ayudar a desmantelar el granero para hacer leña, pero aún no se había visto capaz de entrar en la casa desde que Kolya y Alina se habían mudado. Nunca podría superar la aversión que sentía hacia ese lugar.

Katya vaciló cuando llegaron a la puerta. La gran losa de madera sellaba la casita, una barrera física entre ella y los recuerdos contenidos en su interior. Ahora, delante de la puerta, se le revolvió el estómago al pensar en entrar. Dio un paso atrás.

—No pasa nada, Katya —dijo Kolya—. Puedes esperar aquí. Solo tardaré un minuto.

Agradecida, se alejó para esperarle cerca de donde había estado el granero. No podía soportar entrever siquiera un poquito del interior. Cerró los ojos con fuerza y recordó uno de sus momentos favoritos con Pavlo.

—Pavlo, ¡espérame!

Lo perseguía entre risas por el campo de heno.

—Vamos, tienes que seguirme el paso —le gritó él.

Sus largas piernas lo llevaban tanto más lejos que a ella y lo perdió de vista, pero, no importaba, ella lo seguía ciegamente. Seguiría a Pavlo hasta el fin del mundo si se lo pidiera.

Cuando finalmente lo alcanzó, él se había echado bajo el viejo tilo, con las manos debajo de la cabeza a modo de almohada.

—Katya, ven a echarte conmigo a mirar las nubes pasar.

Ella se sentó a su lado, sin aliento.

—Está bien, pero no me puedo quedar mucho tiempo. Tengo que volver para ayudar a mi padre en las tareas.

Pavlo se apoyó sobre un codo y la miró fijamente con una sonrisa juguetona en los labios.

—¿Te das cuenta de lo mucho que me necesitas en tu vida? Si no fuera por mí, estarías todo el día trabajando sin un momento para pasártelo bien. Yo te equilibro y hago de ti la mujer completa que he aprendido a querer.

—Si fuera por ti estaríamos correteando todo el día sin terminar de hacer nada —se rio.

Nada más lejos de la verdad. Pavlo era uno de los hombres más trabajadores que jamás había conocido.

—Y si viviéramos a tu manera —le respondió él mientras alargaba la mano y enrollaba un mechón de su pelo en un dedo—, trabajaríamos siempre hasta morir y nunca disfrutaríamos de la vida. Admítelo, me necesitas.

—Quizás —admitió Katya—. Pero si ese es el caso, y yo te necesito tanto, entonces dime, Pavlo. ¿Qué hago yo por ti?

La sonrisa desapareció de su cara.

—Todo, absolutamente. Eres mi vida, y no puedo imaginar vivir sin ti.

Katya respiró hondo, estremeciéndose.

Pero ahora estoy viviendo sin ti. Estas palabras brotaron en su interior con tanta fuerza y velocidad que casi las gritó a voces.

—¿Katya?

Kolya le tocó el brazo. Ella se sobresaltó y lo miró, ojiplática. Lo primero que vio fue la cara de preocupación de Kolya y, por un breve y asombroso momento, pensó que era Pavlo. Entonces parpadeó y la ilusión se hizo añicos.

—¿Estás bien? Lo siento, sé que esto es difícil para ti, pero parecías estar bien cuando vinimos a desmantelar el granero.

—Estaba descansando la vista.

Katya buscó en la cara de Kolya alguna señal de dolor. Nunca había podido entender cómo él y Alina habían podido vivir en aquella casa después de haber perdido tanto en ella. Pero sus ojos no parecían más afligidos de lo que estaban a diario. Quizás llevaba con él su dolor a todas partes y ningún lugar lo empeoraba, mientras que Katya empujaba su tormento al fondo de su alma y solo se enfrentaba a él cuando se veía obligada. Como ahora.

—¿Cómo lo haces?

Ella le tocó el brazo. Necesitaba más que nunca una presencia humana firme, aquí y ahora.

Él se detuvo y miró la mano de ella sobre él.

—¿Hacer qué?

—Venir aquí. Donde has perdido tanto.

—Lo hago porque lo tengo que hacer. Por Halya. Por tu madre.

Puso su mano, cálida y pesada, encima de la de ella y la apretó.

—Por ti.

La mano de ella ardió cuando él la tocó. Esa sensación alarmante dejó a Katya sin aliento y apartó la mano de un tirón.

—¿Has encontrado lo que buscabas?

Kolya se apartó de ella. Tenía la cara roja.

—Sí.

Sacó del bolsillo un par de pendientes de oro, una cruz de plata y un anillo de oro. Katya reconoció el anillo. Era uno que la madre de Kolya había llevado en ocasiones especiales. Había sido

transmitido por la familia materna durante generaciones, y Katya estaba segura de que las otras piezas también, igual que el anillo de su propia familia. Antes de todo esto, estas alhajas habrían sido la herencia de Halya. Ahora, su pérdida significaría mantenerla con vida.

—Entonces, vamos —dijo Katya, y dio la espalda a la triste casita—. Tenemos un largo camino por delante.

—Nunca te he dado las gracias.

Las palabras de Kolya la detuvieron en seco.

—¿Por qué?

—Por cuidar de Halya. Por amamantarla, después de haber perdido a Viktor.

Su voz se quebró.

—No puede resultarte fácil.

Al oír mencionar el nombre de Viktor, se le hizo un nudo en el estómago. Por supuesto que no era fácil. Pero Kolya no sabía que, a veces, Katya cerraba los ojos y fingía que Halya era Viktor. O que, en otras ocasiones, se imaginaba que Halya había nacido de ella, y que nunca había experimentado la pérdida de su hijo, de su hermana, de su marido. Si podía fingir que Halya era realmente suya, entonces era capaz de olvidar por qué estaban ahora juntas, cómo el dolor y la muerte habían formado un vínculo entre las dos que no podía ser descrito por completo. Katya no amaba a Halya menos que a Viktor, ni resentía que hubiera sobrevivido cuando Viktor no lo había hecho. En lugar de ello, se aferraba a la bebé como una persona que se ahoga y se aferra a una balsa. Halya le daba propósito y motivación para levantarse todas las mañanas, una razón para encontrar comida costara lo que costase, para que el cuerpo de Katya pudiera seguir produciendo leche para ella. La supervivencia de Halya se había convertido en su único propósito en la vida.

En lugar de decirle todo esto, Katya respondió:

—La quiero como si fuera mía. Y Alina habría hecho lo mismo por mí si hubiera podido.

Kolya alargó la mano y tiró del pelo de Katya, igual que había hecho de niño cuando solía fastidiarla.

—Me alegro de tenerte conmigo —dijo con voz entrecortada—. No me refiero solo a ahora. Sino todos los días. Luchando para

sobrevivir. Luchando por Halya. Juntos. Me ayuda saber que no estoy solo.

Ella lo miró, sorprendida por la aspereza de su voz. Antes de que Katya pudiera responder, Kolya se aclaró la garganta y la emoción que su rostro había mostrado tan solo unos segundos antes, desapareció bajo las conocidas y duras categorías de su dolor.

—Deberíamos irnos —dijo, y empezó a andar por el camino sin esperar a ver si ella le seguía.

El suelo helado crujía bajo sus pies al caminar por el paisaje sumido en silencio. El cielo gris se cernía sobre la escena incolora, nevada. Se dirigían a la carretera principal que atravesaba su pequeño pueblo y serpenteaba por la campiña antes de conectar con la siguiente población.

—*Holubtsi* —espetó Kolya.

—¿Qué?

Katya arqueó una ceja.

—¿Qué pasa con los *holubtsi*?

—Es algo que echo de menos —dijo Kolya—. Las suaves hojas de col que envuelven el relleno de carne y mijo. Y la salsa. Echo de menos esa espesa salsa de tomate por encima.

A Katya se le hizo la boca agua. Casi podía notar el sabor de los aromas en su lengua.

—Yo echo de menos las *nalysnyky*.

Su estómago rugió y se lo apretó con el puño.

—*Nalysnyky* dulces con cerezas. Mi madre prepara las mejores que he tomado nunca.

—Es verdad —coincidió Kolya—. Pero nadie está a la altura de mi madre en lo que se refiere a los *varenyky*.

Se puso rojo y tosió.

—Estaba a la altura, quiero decir.

Katya le puso una mano en el hombro.

—Mis favoritos eran los de patata.

Kolya sonrió, agradecido.

—A mí me gustaban más los de carne. Con cebolla frita en mantequilla.

—Montones de cebolla y mantequilla —dijo Katya. Le sonrió y

la invadió una sensación de cariño. Echaba de menos la camaradería de su hermana y Pavlo. Hablar así con Kolya la hacía feliz.

Kolya se detuvo en seco, dando un grito ahogado.

—¿Qué pasa?

Los ojos de Katya examinaron el área en busca de peligros escondidos.

—¿No los ves?

Se le quebró la voz.

Los ojos de Katya siguieron su línea de visión y se estremeció de horror ante la escena: voluminosos montículos de cuerpos congelados yacían esparcidos por la carretera que conducía al pueblo. Aparentemente, mucha gente había intentado el viaje, pero sus cuerpos no habían tenido la fuerza suficiente para lograrlo. De modo que se habían sentado allí mismo y nunca más se habían levantado. Al menos una docena de personas que habían abandonado la lucha por vivir adornaban la carretera.

El primero yacía doblado en el camino unos seis metros por delante. A Katya se le quedó la boca seca cuando se acercaron a la masa oscura de tela basta que destacaba pronunciadamente contra el paisaje desnudo, pero se sintió atraída hacia el cuerpo, como si la estuviera llamando. Kolya apartó la tela de la cara blanca para ver quién era y Katya se quedó sin aliento.

—¡Ivan!

Pensó en las últimas palabras que le había dicho y en que su traición le había costado la vida a su hermana. Una extraña mezcla de compasión y furia la atravesó como un tornado al ver el pequeño rostro gris, contraído en una mueca. Parecía tan joven. Tan perdido.

—¿No era miembro de los Jóvenes Pioneros?, —preguntó Kolya.

—Sí. Él pensaba que era uno de ellos. Pensaba que cuidarían de él.

Kolya soltó una risa dura y empezó a caminar de nuevo.

—Ellos solo nos quitan, no cuidan de nosotros. Ha aprendido la lección por traicionar a su país.

—Era solo un niño.

Katya se sorprendió a sí misma. Las palabras en su defensa brotaron de su boca por voluntad propia.

—Sí, bien, pues Alina era solo mi mujer y solo tu hermana, y

ahora también está muerta. Podríamos decir lo mismo de todo el mundo, Katya.

Se mordió la lengua. Nunca le había dicho a Kolya que Ivan había sido el que la había denunciado y había puesto en marcha la muerte de Alina. Decírselo ahora no serviría de nada.

El Estado había engañado al joven Ivan, igual que había hecho con tantos otros, niños y adultos. Demasiado joven y estúpido para saber que le habían mentido, permaneció leal hasta el final. Ahora yacía muerto y solo en el arcén de la carretera. Katya se preguntó si su madre lo sabría. Pero lo más probable fuera que ella también estuviera muerta. Quizás esa fuera la razón de que se embarcara en este viaje al otro pueblo. Quizás no tuviera adonde ir.

Se detuvieron una vez más y vieron la cara de Lavro, cubierta de hielo, que los miraba. Ya nunca más prepararía su famoso *horilka*. Después ya no se pararon a mirar a los demás cuerpos congelados que pasaron a lo largo de la carretera. No querían ver sus rostros atormentados, ni saber a quién más habían perdido.

Cuando se estaban acercando al pueblo, pasaron junto a la estación de tren desde la cual tantos de sus amigos y parientes habían sido deportados. Más allá estaban los contenedores de grano grises donde se almacenaba la comida antes de enviarla al resto del país. Normalmente, en esta época del año, los contenedores habrían estado vacíos. Ahora estaban llenos. Unos guardias armados estacionados fuera del área de los contenedores patrullaban el perímetro. Pasados los contenedores, tres guardas más rodeaban un gran montón de patatas podridas.

—¡Kolya!

Katya se detuvo a mirar, boquiabierta.

—Es toda nuestra comida.

—¡Ni siquiera la están usando!, —dijo Kolya. Le salió volando saliva al escupir aquellas palabras—. Esos contenedores están a punto de reventar de tan llenos y está todo pudriéndose mientras nosotros nos morimos de hambre.

La desesperación tiró de Katya, hundiéndola en sus profundidades oscuras. Puso una mano en el brazo de Kolya, tanto para calmarlo como por la necesidad de anclarse a algo sólido.

—Calla. No llames la atención hacia nosotros.

Los músculos de la mandíbula se le crisparon en la mejilla.

—No se trata de que produzcamos más comida —dijo al ponerse de manifiesto de una manera tan dolorosa para los dos la imposibilidad de sobrevivir—. Nos quieren a todos muertos.

Pararon en el pequeño edificio junto a la tienda *Torgsin* para intercambiar sus reliquias de familia por un pedazo de papel que indicaba su valor. Katya argumentó que el valor era mucho mayor al que les habían dado, pero el funcionario no cambió su tacaña valoración. Finalmente, Kolya se llevó a Katya a rastras fuera de la tienda y al final de la cola para entrar en la *Torgsin*.

Kolya se acercó a la campesina que tenían delante.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando?

—Una hora o así —habló con voz ronca la mujer. Su cara hinchada reducía sus ojos a meras hendiduras. De los cortes en sus labios supuraba líquido—. Esta cola era mucho más larga ayer.

La fila ya daba la vuelta al edificio de manera que el final de la cola se encontraba casi de nuevo en la entrada. Ponían un límite a la cantidad de personas que podían entrar en la tienda para controlarlas mejor. La cola avanzó y la campesina, dándoles la espalda, se movió arrastrando los pies. Katya bajó la vista a los pies de la mujer y vio que había cortado las botas para que sus pies inflamados pudieran caber en ellas. La inflamación le debía de doler, porque su caminar era torpe y andaba torcida. La inflamación parecía un síntoma extraño de inanición, pero mucha gente la sufría. Justo cuando Katya se preguntaba cómo lograría la mujer regresar al lugar de donde venía después de conseguir la comida, las piernas de la campesina cedieron y cayó de cara al suelo. Katya se agachó para intentar darle la vuelta al cuerpo, pero los líquidos hacían que pesara más.

—¡Kolya, ayúdame!

Kolya se arrodilló a su lado y le dio la vuelta a la mujer. Los ojos como hendiduras miraban vacíos al cielo. Había muerto allí mismo, delante de ellos, mientras esperaba su comida.

La cola avanzó. Kolya tiró de Katya para ponerla en pie y pasó por encima del cuerpo.

—Vamos, Katya. Debemos seguir adelante con la cola.

—¿Y dejarla aquí?

Katya levantó la voz y le dio un empujón.

Kolya sacudió la cabeza, asqueado.

—¡Mira alrededor! Hay cuerpos por todas partes. ¿Qué les importa a ellos una mujer más?

De repente, la gente de detrás avanzó y rodeó el cuerpo de la mujer. Kolya agarró el brazo de Katya y tiró de ella para apartarla del alboroto.

—¿Qué estáis haciendo?, —preguntó Katya, horrorizada, al ver a un joven empezar a rebuscar en la ropa de la mujer—. ¡Para! ¡Está mal!

—Todo está mal, Katya —le gritó Kolya mientras tiraba de ella —. Todo nuestro mundo está mal.

—¿De qué le va a servir a ella?, —gritó el joven.

Entonces cayó en la cuenta de que estaban buscando el certificado en rublos. La repulsión se disipó para ser sustituida por la indignación. ¿Por qué no se le había ocurrido cogerlo a ella primero? El hombre tenía razón. ¿De qué le servía ahora a la mujer fallecida? Podría dar de comer a otros, como Halya. Tenía que pensar más rápido si quería mantener a Halya viva. Estaba bien tener compasión, pero los muertos estaban fuera de su alcance.

Del cielo cayeron copos de nieve y cubrieron sus hombros y cabeza. El frío había penetrado en Katya por completo y a estas alturas el entumecimiento había insensibilizado sus pies. Empezó a dar pisotones intentando forzar la circulación por sus piernas. Unos cosquilleos compensaron sus esfuerzos, de modo que pisó con más fuerza durante unos segundos más antes de que la superara el agotamiento. Miró atrás, a la mujer muerta que yacía en el suelo, agradecida por que sus pies no tuvieran el aspecto de los de ella. Aún.

Cuando doblaron la esquina de la parte trasera del edificio, Kolya maldijo y se paró en seco. Katya tropezó con él.

—¿Qué estás haciendo?

El vendaval cogió fuerza y se llevó las palabras.

—Mejor que no veas esto.

Se volvió hacia ella y le bloqueó totalmente la vista.

—¿Ver qué? ¿Qué puede ser peor que lo que hemos visto?

—Esto. Esto es peor —dijo en voz tan baja que apenas podía oírle—. Mucho peor.

La frustración hizo que respondiera de mala manera.

—Ya no soy una niña, Kolya. No necesito que me censures el mundo.

—Está bien —dijo, y apartó las manos de los brazos de Katya—. Siempre has sido tozuda. Haz lo que quieras.

Él se apartó y abrió la línea de visión hacia una carreta tirada por un caballo. La carga se movía vacilante a medida que avanzaba por el suelo congelado. Apilados bien altos sobre la base de la carreta había cuerpos. Hombres, mujeres, niños, amontonados de cualquier modo y todos enredados. Los habían recogido y arrojado en la carreta como si fueran troncos, sin consideración alguna por su valor como seres humanos. Piernas y brazos salían en todas direcciones, algunos tan inflamados que seguían supurando, y otros tan demacrados que los huesos casi se proyectaban a través de la fina piel.

—Supongo que tienen que recoger al menos algunos cuerpos y arrojarlos en una fosa común en algún lugar, si no, no seríamos capaces de caminar.

La voz de Kolya destilaba amargura.

Katya le ignoró y miró, hipnotizada, cómo la carreta caía en una rodada y rebotaba, soltando un cuerpo pequeño. Cayó del vehículo y aterrizó con suavidad en la nieve, en el arcén, casi sin hacer ruido. Era una niña, una niña pequeña, no mayor de dos o tres años. No mucho mayor que Halya.

Las trenzas rubias endurecidas por el hielo asomaban por debajo de una bufanda azul hecha girones que rodeaba su pálida cara y que llevaba atada bajo el mentón. Sus ojos se habían congelado abiertos, y ahora yacía sola en el suelo frío, mirándolos a ellos mientras la nieve empezaba a cubrirla lentamente. La carreta continuó avanzando, ignorando una pérdida tan insignificante.

Katya se llevó rápidamente la mano a la boca y se mordió los nudillos con tanta fuerza que empezaron a sangrar. Kolya la estrechó entre sus brazos, apartando su cara de la niña muerta.

—Calma —le susurró al oído—. No la podemos ayudar, pero podemos ayudar a Halya. Ven, la cola vuelve a moverse.

Las piernas de Katya, como troncos de árbol que la enraizaban al suelo, los frenaba, pero Kolya tiró de ella y recorrieron el camino rodeando el edificio hasta llegar al otro lado. Katya no volvió a ver

a la niña, no tenía fuerzas para mirar atrás, pero no le hacía falta. Esa imagen le quedó grabada para siempre en la memoria, aunque en su mente, la cara de la niña era la de Halya.

Dentro de la tienda *Torgsin*, el estómago de Katya protestó ante la enorme cantidad de comida expuesta. Se apretó con un puño el hueco donde estaba su vientre para silenciarlo. Bolsas de harina, paquetes de queso, latas de verdura, y carne a piezas cubrían las paredes del edificio. Katya salivó ante la agresión del olor a comida, a vida.

La bien protegida *Torgsin* estaba llena hasta los topes de comida con la que habían soñado durante meses. Contenía todo lo necesario para sobrevivir, pero su certificado solo les permitiría comprar unas pocas cosas.

¿Cómo podía haber una tienda llena de comida aquí, en medio de tanta devastación? Si abrieran las puertas y se diera comida a la gente, podrían salvar este pueblo más grande y su pequeña aldea de Sonyashnyky. Pero las cosas no funcionaban así. La comida permanecía bajo llave, intacta e inalcanzable para tantos, como los contenedores de grano y las patatas que habían visto de camino al pueblo. Ahora no había duda de que había comida disponible. El Estado sencillamente había decidido que los habitantes de la zona no merecían comerla.

Katya intentó ser analítica y elegir las mejores opciones, sin embargo, la cabeza le daba vueltas ante tantas posibilidades. Kolya caminaba junto a ella con ojos brillantes, relamiéndose. Le temblaban las manos mientras Katya iba apilando en sus brazos sus preferencias: leche en polvo para Halya, ocho kilos de harina de trigo, un kilo de azúcar, cuatro kilos de arroz y diez latas de sardinas.

Afuera, se detuvieron para meter la comida en bolsas que escondieron bajo sus abrigos. Cuando todo estuvo bien colocado, Kolya sacó una de las latas de sardinas.

—Deberíamos comer. Necesitaremos fuerza para volver a casa.

Katya asintió y le miró fijamente, con un tic en los labios ante la expectativa de comer el pescado salado. Su estómago rugió y se apretó contra Kolya para impedir que nadie viera lo que estaban haciendo.

Kolya metió su cuchillo dentro de la lata y retiró la tapa. Flotó

un aroma sabroso y a Katya se le llenó la boca de saliva. Con manos temblorosas, Kolya le ofreció la lata primero a ella. Él tragó saliva y sus ojos siguieron los movimientos de Katya cuando metió los dedos dentro y se llevó una porción de pescado resbaladizo a la boca. Intentó masticar lentamente y saborear cada bocado salado, pero su cuerpo desesperado tomó el mando y engulló todo de golpe. Luego miró a Kolya hacer lo mismo. Se turnaron hasta vaciar la lata y usaron los dedos para limpiar los contornos. Cuando hubieron chupado de sus dedos el trocito más pequeño y Katya volvió a sentirse la de siempre, se apartó.

Ella y Kolya cruzaron miradas y la culpa la carcomió. La intimidad animal del acto que acababan de compartir la sorprendió. En ese momento, nada había importado, solo comer. Ahora, el calor enrojeció sus mejillas al recordar la manera en que había perdido el control. Intentó ordenar sus pensamientos, hablar, pero como si pudiera ver dentro de su cabeza, Kolya sonrió tristemente.

—Lo siento. No estaba en mis cabales. Deberíamos ponernos en marcha.

—Yo también lo siento —susurró ella y regresaron cruzando el pueblo en dirección a la carretera que los conduciría a casa.

La nieve había amainado, pero el viento seguía silbando alrededor de ellos. En el centro del pueblo, un hombre salió dando traspiés de un edificio, yendo a cruzarse directamente en su camino. La ropa le colgaba de su constitución debilitada y llevaba una gorra muy metida en su cara barbuda, pero ninguna de esas cosas podía esconder las mejillas hundidas y la mirada medio demente de un hombre muerto de hambre.

—¿Prokyp?

Katya se quedó sin aliento.

Kolya gruñó y de inmediato sacó el brazo por delante de Katya, bloqueándole el camino para que ella no pudiera acercarse al hombre que había sido el primero en empezar a requisar su comida.

—Parece que la suerte ya no te acompaña, Prokyp —dijo Kolya —. ¿El Estado ya no te cuida? ¿O finalmente te ha abandonado, igual que ha hecho con el resto de nosotros?

Prokyp retorció la cara en una mueca amenazadora.

—No necesitaba que me cuidaran cuando podía sacar lo que quisiera de idiotas como tú, Kolya.

—No parece que consigas gran cosa de ninguna parte estos días.

Katya apartó el brazo de Kolya y se mostró valiente.

Prokyp volvió sus ojos de loco hacia ella y después miró en dirección a la tienda *Torgsin* de donde habían salido. La mueca en su rostro se transformó en una sonrisa enfermiza.

—Bueno, Katya, qué alegría verte viva y con salud. Siempre has sido una persona dulce. Sé que una mujer temerosa de Dios no le negaría a un hombre moribundo una corteza de pan. Por favor, te lo suplico, no tengo nada.

—No tenemos nada porque parásitos como tú nos lo han quitado todo. ¿Ahora quieres mi ayuda? ¿Me llamas mujer temerosa de Dios y esperas obtener mi compasión?

Algo se había roto en Katya y su voz se volvió estridente.

—¿Lo estás oyendo, Kolya? ¿Este loco me está suplicando? ¡Me está suplicando! ¿Escuchó él los ruegos de mi madre para que nos dejara grano suficiente para alimentar a Alina cuando estaba enferma? ¿Me oyó implorarle que nos dejara las patatas para hacer un puré para Halya? No. Se llevó todo lo que teníamos y lo hizo con una sonrisa en sus labios.

—Era mi trabajo —dijo—. Tenía que hacerlo, si no me hubieran matado.

—Disfrutaste cada minuto de lo que le hiciste a mi familia y a todas las otras también, de eso estoy segura.

Katya le hablaba con los dientes apretados y la furia fluía en su interior. La mano izquierda palpitaba de dolor, como si Prokyp le hubiera cerrado la puerta de golpe ayer mismo.

—¡Eres un monstruo!

Kolya la agarró del brazo.

—No vale la pena. Mírale. Probablemente esté muerto antes de que acabe el día.

Kolya decía la verdad. Prokyp ya parecía medio muerto. Katya tenía ganas de golpearle, pero le permitió a Kolya conducirla rodeando a Prokyp, que los miraba con odio manifiesto. Cuando pasaron junto a él, Katya acumuló toda la saliva posible en su boca seca y escupió a sus pies.

Encolerizado, soltó un gruñido y se volvió para ir tras ellos, pero se movía lentamente sobre sus débiles piernas. Kolya retrocedió y le dio a Prokyp un puñetazo rápido en la cara. Katya no sabía cuánta

fuerza pudo aplicar Kolya, pues él tampoco tenía la energía de siempre, pero el cuerpo demacrado de Prokyp no era rival para un hombre de la mitad de años, incluso uno famélico.

Gritó al desmoronarse en el suelo y Kolya lo miró desde arriba, con el ceño fruncido, resollando, hasta que Katya le sacudió el hombro.

Kolya la miró fijamente, aturdido, como sorprendido por lo que acababa de hacer.

—Debemos irnos —dijo ella.

Finalmente, él asintió y se alejaron tan rápidamente como pudieron sin llamar la atención, sin hablar hasta que el pueblo estuvo lejos y fuera de la vista.

23. Cassie

Illinois, junio de 2004

—Birdie ya está acostada.

Cassie se desplomó en el sofá junto a Bobby.

—¿Qué estás haciendo?

—Mirando este *pysanka*.

Hizo rodar el huevo entre sus dedos artríticos y luego se lo alargó a Cassie.

—Tu madre hizo este.

Cassie miró el huevo finamente decorado, tintado a la manera tradicional utilizando cera para crear diseños complejos en capas de diferentes colores. Los huevos *pysanky* formaban una parte fundamental de las celebraciones de Pascua ucranianas.

—No hemos hecho ninguno desde hace mucho tiempo —dijo Cassie—. Me encantaba ayudar cuando era niña.

—Podríamos enseñarle a Birdie —dijo Bobby. Sonó el teléfono y alargó la mano para responder—. ¿Hola?

La llamada despertó la curiosidad de Cassie al ver que Bobby ponía los ojos como platos.

—Sí, sí, le daré dinero. Espere, voy a buscar mi monedero.

Fue a levantarse del sofá, pero Cassie le puso una mano en el brazo.

—¿Quién está al teléfono? ¿A quién quieres darle dinero?

Bobby le dio un empujoncito.

—Ve a buscar mi billetero. Es la policía estatal. Necesitan dinero.

—Pásame el teléfono.

Cassie extendió la mano.

Bobby la miró con furia, pero obedeció.

—Hola, ¿en qué le puedo ayudar?, —dijo Cassie.

Escuchó un momento.

—No gracias. Por favor, elimine este número de su lista.

Cuando colgó el teléfono, Bobby le agarró la mano.

—Cuando llamen, dales dinero. Si no, vendrán a por ti durante la noche. Se te llevarán y nadie te volverá a ver.

Cassie se quedó con la boca abierta.

—Bobby, estaban pidiendo donativos para el fondo de becas de la policía estatal. No tienes que darles dinero. Nadie vendrá a buscarte en mitad de la noche. Esto no es Ucrania.

—¡Esto es lo que ellos quieren que pienses! Vienen cuando no estás preparada, pero yo siempre estaba preparada. Tenía un fardo preparado.

—¿Preparada para qué?, —preguntó Cassie, aunque sabía la respuesta gracias al tiempo que pasaba con Nick y el diario. «Siberia. Sasha. Las deportaciones». Bobby estaba teniendo un episodio y volviendo a su pasado en Ucrania.

Bobby se retorció las manos e ignoró la cuestión mirando alrededor como si fuera un animal enjaulado.

Cassie pensó a toda velocidad una distracción. Con voz suave, dijo:

—Explícame lo que metes en la maleta para estar preparada.

Los ojos llenos de terror de Bobby se concentraron en los de ella.

—Metía ropa de abrigo y mantas. Te cargaban en vagones para el ganado y te enviaban a los gulags. Hace mucho frío. No te dan mantas.

—Qué bien pensado lo de las mantas. Vamos, ¿por qué no te echas y descansas y yo iré a buscar una maleta?

Cassie le habló en un tono tranquilizador y atenuó las luces.

—También ponía comida —siguió Bobby, pero su voz se había calmado—. Cuando podía. Pero no siempre teníamos comida que meter.

—Debe de haber sido muy duro.

Cassie se inclinó y le acarició el pelo.

—¿Qué te parece si me ocupo yo de todo? ¿Por qué no cierras los ojos y descansas? ¿Sí?

—Durante un ratito —dijo Bobby—. Estoy cansada. Pero no olvides hacer las maletas.

—Me quedaré sentada aquí hasta que te duermas y luego haré las maletas.

—Gracias, Alina —susurró Bobby.

Cassie se sobresaltó. Alina. Su hermana. ¿Qué había pasado con Alina y por qué seguía acosándola?

Al cabo de unos minutos, Cassie se deslizó por el pasillo para echar una ojeada a Birdie. Dormía plácidamente con un brazo estirado por encima de la cabeza y las piernas colgando por fuera de la cama. Cassie le plantó un beso suave en la frente y entonces, al oír hablar a Bobby, se irguió.

De puntillas, para no asustar a su abuela, se deslizó de nuevo por el pasillo y se detuvo cuando vio a Bobby sentada en el sofá.

—¿Alina?, —dijo Bobby en voz baja—. ¿Estás aquí?

El silencio las rodeaba.

—Han pasado tantas cosas desde que te perdí.

Se detuvo a esperar una respuesta.

—Ahora tengo una bisnieta. ¿Puedes creerte que haya vivido el tiempo suficiente para ver algo así? Le he estado explicando las historias de cuando éramos niñas.

Sollozó y prosiguió. La pena en su voz era tan tangible que Cassie se estremeció.

—Lo siento, Alina. Siento tanto lo que ocurrió. Nunca quise hacerte daño. Espero que lo sepas. Enciendo la vela para que puedas volver a mí, pero creo que te he fallado demasiado.

El reloj repicó anunciando la hora. Bobby cerró los ojos y Cassie podía sentir que su abuela esperaba que algo sucediera, que alguien hablara. Su pulso se aceleró viendo la trágica escena. A pesar de que era una locura, casi esperaba que Alina se manifestara delante de ella.

Pero solo había silencio.

Con cuidado, Bobby se echó en el sofá donde Birdie afirmaba que hablaba con Alina y alargó la mano hacia la nada. Las lágrimas rodaban por los cursos tortuosos de sus arrugadas mejillas.

—Seguiré esperando, Alina.

Cerró los ojos y su respiración se calmó. Cassie se acercó y vio que su espalda subía y bajaba a un ritmo regular. Cuando estuvo convencida de que Bobby estaba dormida, corrió a la cocina. Si no era capaz de leer el diario ella sola, quizás investigar cómo era la

vida en Ucrania en aquella época le proporcionaría cierto entendimiento.

Enchufó el cable de internet en su ordenador y —por una vez agradecida por el carácter metomentodo de su madre— introdujo la información para entrar en línea que estaba pegada con un imán a la nevera y luego abrió el navegador y tecleó «Ucrania, década de 1930».

Las primeras entradas le causaron estupor.

«*Holodomor*; muerte por inanición; terror de la hambruna; Stalin; cálculo del número de muertos de

4-10

millones». Las espantosas palabras la llamaron a gritos desde la pantalla. Imágenes de vientres hinchados y cuerpos demacrados capturaron su atención y le repugnaron al mismo tiempo. Niños con cabezas grandes posadas sobre cuerpos delgaduchos la miraron con ojos angustiados.

Cassie palideció a medida que iba haciendo clic en una foto tras otra.

—Dios mío —susurró—. ¿Cómo es que no sabía nada de esto? Si sobrevivió a una hambruna forzada, no es de extrañar que haga acopio de comida.

—¿Qué es hambruna?, —pio Birdie con su vocecita.

—¡Pensaba que estabas en la cama!

Cassie cerró de golpe el portátil para que su hija no viera las imágenes.

—Una hambruna es cuando la gente no tiene suficiente comida. Tienen mucha hambre.

—Ah, sí.

Birdie asintió con un conocimiento que contradecía su edad.

—Alina y Katya tenían hambre todo el tiempo. Me lo han contado todo.

«¿Quién?», se preguntó Cassie. Pero antes de poder insistir para obtener una respuesta, su madre entró por la puerta trasera.

—¡Hola!, —dijo Anna y se inclinó para besar a Birdie en la mejilla—. ¿Por qué no eliges un par de libros para que te los lea? Espera en tu habitación y enseguida estaré allí.

Birdie, que nunca rechazaba una oferta de que le leyeran un cuento, corrió a su dormitorio. En cuanto estuvo fuera del alcance

del oído, Cassie volvió a abrir el portátil y lo volvió hacia su madre.

—Mira esto. ¿Habías oído hablar del *Holodomor*?

—No, ¿por qué?, —preguntó. Anna se desplazó por la página durante unos minutos y palideció—. ¡Esto es horrible!

—Lo sé —dijo Cassie—. Estoy casi segura de que Bobby lo vivió.

Anna negó con la cabeza.

—No es posible. Lo hubiera sabido. Mis padres habrían hablado sobre esto.

—Quizás era demasiado duro para ellos.

—Tuve una buena infancia —siguió Anna, ignorando a Cassie—. Una casa cómoda, comida preparada en casa todos los días, unos padres que me querían. Éramos felices.

—Pero ¿qué hay de antes de venir a América? Nunca hemos oído nada del tema.

—No lo sé. No hablaban de aquella época. Pero la vida aquí era normal. Mi madre y mi padre estaban tan enamorados. Él solía traerle flores todos los viernes después del trabajo y sus ojos se iluminaban cuando las veía.

Anna soltó una risita.

—Cada vez, como si fuera una gran sorpresa, a pesar de que no lo dejaba pasar ningún viernes. Se sentaban en el jardín acurrucados mientras yo atrapaba luciérnagas en verano y se cogían de la mano cuando íbamos a patinar sobre hielo en invierno. Los tres éramos felices y su amor era lo que lo cimentaba todo.

Su sonrisa se desvaneció.

—Nos costó tanto superarlo después de perderle. Pero me ayudaba saber que había pasado unos buenos setenta y nueve años en este mundo. O eso era lo que yo creía.

Cassie le tocó el hombro a su madre.

—Parece que tuvo una vida maravillosa, pero eso no significa que hubiera momentos más difíciles.

Anna se frotó la nuca.

—Supongo que había pequeñas señales. Mama nunca me dejaba tirar comida, pasara lo que pasase. Solía decir: «El pan es vida. Siempre te lo has de comer». Y luego había esos momentos en que mi padre estaba triste, como aquel día en el jardín. Pero es normal. Esto…

Anna hizo un gesto hacia el portátil.

—Esto no es nada normal.

—La experiencia de pasar una hambruna forzada explicaría las dos cosas, y el acaparamiento reciente de comida.

—Pero resulta difícil de creer. ¿Cómo podía cargar con tanto dolor y ser una madre tan maravillosa conmigo?

Anna se puso en pie.

—Quizás deberíamos hablar con ella.

—No —dijo Cassie cruzando los brazos—. Se cierra en banda. Esa es la razón por la que quiere que Nick me lea el diario. Necesitamos terminarlo primero para saber lo que dice, entonces decidiremos cómo abordar el tema.

—Abuela, ¿vienes?

Birdie entró de nuevo en la cocina con una pila de libros en las manos.

—Perdona, cielo. Enseguida voy. —Anna se puso en marcha detrás de Birdie, entonces se dio la vuelta hacia Cassie—. Está bien, podemos esperar, pero, por favor, tenéis que avanzar. Si esto es lo que realmente le ocurrió, no puedo soportar la idea de que lo tenga que revivir.

A la mañana siguiente, mirando por la ventana, Cassie vio a Nick rebuscar entre los arbustos hasta que encontró el periódico. Seguía trayendo el diario aún después de que ella se hubiera mudado, y a pesar de que era totalmente capaz de sacar el periódico de entre los arbustos. Pero no se quejaba.

Cassie abrió la puerta justo en el momento en que él llegaba al porche delantero.

—Sabes que puedo hacerlo yo.

Nick se sobresaltó y respondió con una sonrisa tímida.

—¡Me has asustado! Ya sé que puedes. El caso es que pararme a buscarlo y traerlo a la casa ha acabado por formar parte de mi rutina. El repartidor siempre lo arroja por encima de los arbustos y a tu abuela le cuesta recogerlo.

Cassie cogió las tazas que había colocado en la mesa de delante y le alargó una.

—¿Café?

—Claro. Gracias.

Aceptó la taza y fue tras ella a sentarse en el banco bajo que abrazaba la fachada de la casa de lado a lado. Nick bajó la vista al café y sonrió.

—¿Me estabas esperando?

Cassie reprimió una sonrisa, coqueteando.

—Quizás. Tengo unas cuantas preguntas que hacerte.

Nick se llevó la taza a la boca y sorbió.

—Buen café. Está bien. Me puedes sobornar.

—¿Cuántos años tenía tu abuela cuando vino a América?

Nick frunció los labios.

—No pensaba que la conversación iría en esta línea, pero te seguiré el juego. Creo que tenía veinticinco años. Vino después de la Segunda Guerra Mundial.

Cassie se inclinó hacia delante.

—¿Mencionó alguna vez alguna cosa sobre una hambruna?

—¿Quieres decir el *Holodomor*? Claro. Pensaba que sabías que eso es de lo que trata el diario de tu Bobby.

—No. Hablas del *Holodomor* como si fuera algo sabido.

Cassie, con las mejillas encarnadas, tiró del dobladillo de sus pantalones cortos.

—Pero me avergüenza decir que, hasta ayer, no sabía nada de esto.

—Es algo sabido entre los ucranianos. Lo aprendimos en la escuela ucraniana, pero mi abuela no lo vivió. Su familia estaba en la Ucrania occidental, que fue ocupada por Polonia en el período de entreguerras. No tuvieron que lidiar con Stalin hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

—¿Qué decía ella sobre el tema?

—Decía que fue horrible. Algunas personas lograron escapar a su pueblo y contaban historias sobre aldeas enteras aniquiladas en la Ucrania central y oriental. Deportaban a la gente a Siberia en vagones de ganado, tal como hemos leído en el diario de tu Bobby, o eran forzados a morir de hambre en sus propias casas después de que Stalin exportara toda su comida. Había padres que abandonaban a sus hijos en las estaciones de tren con la esperanza de que alguien se apiadara de ellos, se los llevaran a casa y les dieran de comer, pero raramente lo hacían. La gente moría en las calles esperando una corteza de pan.

Bajó la voz.

—Lo peor eran las historias de canibalismo. La gente hablaba de sentirse tan desesperada que se comía los cuerpos de los muertos y, en casos extremos, algunos mataban para comer.

Cassie se quedó con la boca abierta.

—Es increíble. Me siento tan estúpida. Soy descendiente de ucranianos. Debería saber lo que sufrió mi familia. ¿Cómo es que nunca he oído nada de esto?

—Bueno, la hambruna estuvo bastante bien encubierta hasta la caída de la Unión Soviética y sigue habiendo gente que insiste en que nunca sucedió —dijo Nick—. Stalin montó una buena propaganda, hizo que la colectivización sonara fantástica, y la prensa y sus aliados se lo creyeron o bien lo ignoraron. Algunos mintieron. Walter Duranty, del *New York Times*, desmintió por completo que estaba teniendo lugar una hambruna. Incluso recibió un premio Pulitzer por los artículos que escribió al respecto. Nadie quería creer que el «granero de Europa» estuviera muriendo de hambre.

Un dolor se intensificó en la garganta de Cassie cuando las piezas del rompecabezas empezaron a encajar. Bobby escondía comida. El terror. El dolor.

—Esto explica tantas cosas sobre Bobby.

—Debe de sufrir un sentimiento de culpa por haber sobrevivido. No siempre resulta fácil hablar sobre acontecimientos traumáticos. Probablemente sea por eso que te dio el diario en lugar de explicártelo todo en persona. Hablando del tema, ¿cuándo deberíamos leer más? Quizás nos explique exactamente lo que sufrió.

—¿Qué te parece ahora?

Cassie se volvió hacia él.

—Por favor. Mi madre iba a ir con nosotras al parque. Probablemente me pueda escaquear y quedarme aquí contigo.

—¡Perfecto! Déjame que vaya a casa rápidamente y me adecente, que vengo del trabajo —dijo Nick sonriendo—. Dos citas en un día. Vigila. Puede que te canses de mí.

—¡Oh, no! Había olvidado lo de esta noche. Lo siento. Estoy monopolizando tu tiempo.

Cassie le hizo un gesto para que se fuera.

—No, vete, haz lo que tengas que hacer y olvida lo que te he pedido.

Nick se rio entre dientes.

—No hay nada que prefiera hacer, pero me decepciona un poco que hayas olvidado lo de esta noche.

Cassie se puso roja y miró fijamente su café.

—No es que lo haya olvidado, exactamente. Me he distraído y me apetece tanto seguir leyendo el diario.

—No te preocupes. Solo bromeaba.

Nick se levantó y le devolvió la taza vacía.

—Volveré en media hora.

Mientras Bobby, Birdie y Anna fueron al parque, Cassie y Nick trabajaron. Habían encontrado su ritmo y Cassie tecleaba tan rápidamente como Nick traducía. No descansaron hasta la muerte de Alina. Cassie notó que la miraba, pero ella siguió con los ojos fijos en la pantalla, leyendo las últimas palabras una y otra vez.

Mi hermana estaba muerta.

—Se culpa por la muerte de Alina —dijo finalmente Cassie.

Nick hizo una mueca.

—Y esa culpa se suma al dolor de perder a tantos otros. La verdad, me sorprende que sea una mujer tan estable.

Cassie negó con la cabeza.

—No sé qué decirle.

—Yo no le diría nada todavía. Aún tenemos que leer una buena parte.

—¡Estamos de vuelta!, —gritó Anna mientras guiaba a Birdie por la puerta trasera—. Birdie va a terminar de comerse el helado afuera, con vosotros.

—¡La abuela me ha comprado un premio!

Birdie les enseñó el desastre de yogur helado color rosa que salía por el borde de un cono de cualquier modo y sorbió un poco de la parte superior.

Nick intentó contener la risa cuando Birdie se acercó dejando un rastro de gotas de helado. Ella miró por encima del hombro de Nick las fotos que había sobre la mesa y señaló con su dedo pegajoso.

—¡Eh! ¡Son Katya y Alina!

Birdie lamió otro bocado pringoso.

—¿Puedo verla?

—Nick la sostendrá —dijo Cassie—. No toques nada con esas manos. Todo esto es antiguo y delicado.

Birdie asintió mientras Nick sostenía la foto de las dos chicas que se le había caído a Bobby unas semanas atrás.

—Sí. Son ellas —dijo Cassie—. Me gustaría tener una hermana como ella.

A Cassie se le puso la piel de gallina y Nick frunció el ceño.

—Birdie, ¿cómo sabes que son Katya y Alina?, —le preguntó Nick.

Birdie se encogió de hombros.

—Solo lo sé.

—Que Bobby le explique historias sobre Katya y Alina es una cosa, pero ¿cómo puede saber el aspecto que tenían?, —le preguntó Cassie a Anna cuando recogían después de comer.

—Estoy segura de que Bobby le ha enseñado la foto —dijo Anna —. Me dijiste que habías visto a Bobby llevándola encima.

—Sí, supongo. —Cassie juntó los ingredientes para preparar bocadillos que había esparcidos por la mesa y empezó a guardarlos.

—¿Qué dice Nick?, —preguntó Anna.

—Me ha dicho cosas muy interesantes sobre creencias que su abuela tenía sobre la muerte y la vida después de la muerte, pero no me ha dado su opinión al respecto.

—Bobby también tiene creencias chocantes —dijo Anna mientras pasaba un trapo por la mesa—. Y si le está hablando a Birdie de ellas, entonces no sería inverosímil que Birdie creyera que habla con Alina.

—Visto así, tiene sentido —dijo Cassie. Pero en el fondo, no estaba tan segura.

—Ahora, explícame lo último que has leído en el diario.

Anna dejó el trapo en el fregadero y se volvió expectante hacia Cassie.

—¿Hasta dónde has llegado?

Cassie hizo una mueca.

—Mama, creo que te tienes que sentar para oír esto.

Para cuando Cassie hubo puesto al día a su madre, las lágrimas rodaban por las mejillas de Anna.

—Mi pobre madre. ¿Cómo ha podido soportarlo? Primero su marido, luego su hijo y luego su hermana. Me alegro tanto de que me pidieras que dejara de preguntarle sobre Alina cuando descubrimos que tenía una hermana.

—No es de extrañar que no quiera hablar sobre esto —dijo Cassie—. Yo apenas he sobrevivido la pérdida de Henry. Si no fuera por Birdie, no sé si habría salido adelante. Y Bobby ha perdido mucho más.

—Tenía a Halya para seguir luchando —dijo Anna.

—Pero ¿qué pasó con ella? Sería tu prima hermana. Al menos podrías saber que existe. —Cassie se frotó las sienes dolorosas, esperando prevenir un dolor de cabeza que se había estado gestando desde que se había enterado de la muerte de Alina.

—Quizás también murió —dijo Anna—. Incluso si no murió, tendría veinte años más que yo. Sería adulta cuando mis padres finalmente emigraron a América en 1950. Podría haberse quedado en Europa, o haberse casado y mudado al país de origen de su marido. ¿Hay cartas de ella en la caja?

—No lo creo, pero eso no significa que no haya más cartas en algún lugar del armario de Bobby. Esta mujer lo guarda todo. Pero, incluso así, ¿por qué no te la ha mencionado nunca?

—No lo sé, Cass, y no sé si ahora quiero saber más.

Anna se levantó y cogió el bolso.

—Tengo que ir al banco.

—¿Qué quieres decir que no quieres saber más? ¿No quieres que te siga poniendo al día de lo que dice el diario?

Cassie no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

Anna jugueteó con la tira del bolso mientras se dirigía a la puerta.

—Quiero enterarme. En algún momento. Pero también quiero enterarme de su final feliz, de cómo se enamoró de mi padre y reconstruyó su vida después de todo esto. Necesito ese equilibrio de felicidad si también he de enterarme de tanto dolor, de modo que creo que prefiero esperar a oír la historia entera después de que termines.

—Pero a lo mejor no habrá el final feliz que esperas, Mama.
Anna se detuvo con la mano ya apoyada en el pomo.
—Lo sé, Cass.

24. Katya

Ucrania, diciembre de 1932

—Katya.

La voz de Mama sonó ronca desde la cama.

—Estoy aquí —dijo Katya sentada en el borde de la cama que Mama no había abandonado en días.

Menguaba lentamente y a un ritmo constante. Había estado dándole toda su comida a Halya durante semanas antes de que nadie se diera cuenta, pues había decidido que la vida de su nieta era más importante que la suya.

Sus pies hinchados le dolían demasiado al caminar, se habían agrietado y supuraban como los de la mujer que Katya había visto en la tienda *Torgsin*. El gran montículo que era ahora su vientre se elevaba bajo las capas de mantas apiladas encima. Katya adivinó que la distensión se debía a las grandes cantidades de agua que Mama bebía para tratar de llenar su estómago. Pero no entendía por qué se habían hinchado sus piernas y manos.

—Debo pedirte unas cosas, hija —dijo Mama.

—Lo que quieras, Mama —respondió Katya. Se le quebró la voz intentando ocultar el miedo que sentía ante la inminente muerte de su madre. Halya protestó en sus brazos y la meció para tranquilizarla.

—Te pido esto por ella.

Mama alargó la mano y la pasó por la mejilla hundida de Halya.

Katya asintió. Su cabeza iba a toda velocidad tratando de averiguar qué querría su madre que Katya no le hubiera dado ya.

—Mama, sabes que haría lo que fuera por ella.

—Lo sé y por esto sé que puedo abandonar este mundo seguro de que harás lo correcto casándote con Kolya.

—¿Casarme con Kolya?

Se le atragantaron las palabras al levantarse de un salto de la cama.

—¿Por qué iba a hacerlo? Es el esposo de Alina. ¡Es como un hermano!

El movimiento repentino provocó el llanto de Halya. La tranquilizó con delicadeza mientras andaba de un lado al otro de la estancia.

—Lo siento, Mama. No puedo hacerlo.

Katya se ruborizó al notar un hervidero de sentimientos opuestos en su interior.

—Haré cualquier otra cosa por ti, pero eso no.

Mama cerró los ojos y apretó los labios.

—Katya, debes hacerlo. Debes casarte. Pronto vivirás aquí sola con él. No está bien.

—¿Te preocupan los chismes en el pueblo? A nadie le importa ya nada. Están muertos, han sido deportados o están demasiado ocupados intentando seguir con vida como para preocuparse de si vivo o no con un hombre con el que no estoy casada.

—¿Y qué pasa con Halya? Eres la única madre que tiene ahora. Que tú estés con su padre es lo correcto. Debes hacerlo por ella. Es lo que hace una familia.

Mama golpeó la cama con el puño para dar énfasis, gastando una energía que no le sobraba.

Katya se volvió a sentar junto a su madre y se inclinó hacia ella.

—Deja de preocuparte, Mama. Estaremos bien.

Mama la miró fijamente. Los ojos azules que una vez habían restallado y brillado llenos de vida, ahora estaban sumidos en sombras, tan hundidos en su cráneo que Katya apenas podía discernir su color. Le dolía el corazón al ver a su madre, que había sido una mujer vibrante, reducida a este lamentable estado. Mama empezó a respirar más rápido y se masajeó el esternón mientras resollaba.

—Por favor, Katya, prométeme que lo harás. No descansaré hasta que no sepa que esto está resuelto.

—Está bien, Mama, lo haré, pero por favor, relájate antes de que acabes encontrándote peor.

Katya intentó controlar el pánico en su propia voz.

—Tienes que calmarte.

El sabor amargo de aquellas palabras permaneció en la boca de Katya mucho después de que estas hubieran salido de sus labios, pero no podía negarle a su madre su última voluntad ni tampoco volverle la espalda a Halya.

Con la promesa de Katya asegurada, Mama se relajó en la cama.

—Ella viene a mí, ¿sabes?

—¿Quién?, —preguntó Katya, aliviada por el cambio de tema.

—Alina. La veo.

Mama sonrió pacíficamente y cerró los ojos.

Katya se estremeció mientras le ponía un trapo frío en la frente ardiente a su madre. No quería pensar en lo que Alina le diría en aquel momento.

Al cabo de unos minutos, Mama cayó dormida y su respiración regular señaló un breve descanso.

Aliviada, Katya se encorvó un poco y se abrió la camisa para ofrecerle el pecho a Halya. Ahora apenas producía leche, pero la bebé la tomaba, ansiosa por ese poquito de alimento. Casi tenía un año y no pesaba prácticamente nada, ligera como una pluma en los brazos de Katya. Su carita, arrugada y marchita, parecía la de una anciana, y su vientre distendido sobresalía en exceso por encima de sus piernas como palitos. Los ojos de Katya se llenaron de lágrimas. Vio su fracaso en el semblante esquelético de Halya, igual que lo veía en la muerte dolorosa de su madre.

Se abrió la puerta y Kolya entró dando pisotones con las botas y sacudiéndose la nieve del abrigo. Tenía la cara más delgada, pero seguía llamando la atención. Su pelo era el mismo pelo indisciplinado, rubio, de Pavlo; tenía los mismos pómulos altos y la misma constitución prominente y robusta, pero sus ojos eran distintos. Los ojos de Pavlo habían combinado una bonita mezcla de varios colores para formar un único castaño, y se le formaban arruguitas alrededor al sonreír. Los ojos de Kolya eran de un color sólido que imitaba el azul intenso del cielo. Quizás, en el pasado, también habían sonreído, pero Katya ya no lo recordaba. Ahora estaban apagados y hundidos, y reflejaban el dolor y aflicción de las pérdidas que había sufrido.

¿Podría amar a este hombre como esposo? Quizás podría amar las partes de él que le recordaban a Pavlo. Había tantas similitudes

entre los dos hermanos. Si se centrara en ellas, quizás habría una posibilidad de amarle.

Pero la traición a Alina y Pavlo la angustiaba. ¿Cómo podía estar bien que sus muertes condujeran a que ella y Kolya se casaran? La confusión le dolió en el corazón y no era capaz de pensar con claridad.

—Necesito ir a ver a la cabra —anunció Katya.

No podía soportar estar en la casa un minuto más. Kolya había tenido oportunidad de escapar, trabajando intermitentemente en el establo de los caballos de la cooperativa durante todo el invierno, pero Katya no había dejado la casa para trabajar en la granja desde que su madre había caído enferma. De todas formas, ahora, en pleno invierno, no tenían comida ni trabajo para ella, así que, ¿qué sentido tenía?

—Está bien —dijo Kolya. Se sacó el abrigo y lo colgó a secar junto al *pich*. Se quedó callado y con expresión inescrutable miró a su hija, que Katya tenía al pecho.

Ruborizada, se cerró la camisa y puso a la niña dormida en la cama.

—Traeré leche de cabra para cenar.

Kolya asintió e hizo un gesto hacia su madre.

—¿Cómo está?

—No está bien —respondió Katya.

Su mente volvía a darle vueltas al problema a tratar y su dificultad para encontrar la manera de decirle lo que Mama le había pedido.

—Ojalá pudiéramos hacer algo para que estuviera más cómoda. Le resulta difícil saber que ya no puede cuidar de nosotros —dijo Kolya.

Katya se frotó las manos, lista para afrontar el problema. Quizás lo mejor sería decírselo y luego irse. Entonces él podría pensar a solas.

—De hecho, nos ha pedido algo.

Sentado en una silla junto al fuego donde se estaba calentando las manos, Kolya levantó la vista.

—Quiere que nos casemos. Por Halya —le espetó a toda velocidad y se puso roja de vergüenza—. No me parece bien, pero me ha hecho prometérselo. No me he podido negar.

Katya bajó la mirada, avergonzada, esperando su condena. Tan solo esperaba que él entendiera que era algo que ella había prometido a su madre moribunda por obligación, y que no era algo que ella deseara.

Él permaneció en silencio durante tanto tiempo que, al final, ella lo miró de refilón.

—¿Por qué no?

Él se encogió de hombros cuando sus miradas se cruzaron.

—¿Qué mal hay en decirle que lo haremos? En cualquier caso, no quedan sacerdotes que nos puedan casar. Para cuando alguien pase por aquí, o bien estaremos todos muertos, o esto será un recuerdo lejano y ella entenderá que ya no era necesario.

Su fría valoración de la situación le dolió. Katya no tenía ningún deseo de que él se acogiera a la idea, pero la completa ambivalencia de su actitud hacía la situación incluso más difícil de aceptar que el rechazo que ella había esperado.

—Muy bien. Entonces, está decidido.

Se puso el abrigo y salió de la casa sin volver a mirar sus ojos inhóspitos y afligidos.

Afuera, el aire frío escoció su cara caliente. Así pues, le dirían a su madre que se casarían. No era mala cosa, la verdad. Haría feliz a Mama. Y, como había dicho Kolya, no tenían que hacerlo. No quedaban sacerdotes para celebrar la ceremonia.

Llegó a la granja abandonada de sus tíos sin recordar realmente haber caminado hasta allí y, en cuanto entró en el patio, notó algo distinto en el aire. Algo estaba fuera de lugar. Algo faltaba.

El miedo se apoderó de ella y corrió al establo. No fue recibida por balidos de entusiasmo. El establo, normalmente impregnado del aroma cálido y almizclado de la cabra, olía ahora a rancio y frío. Honey había desaparecido.

Katya intentó controlar el pánico, pero se metió en ella como un río crecido y un sollozo de abatimiento la atragantó.

Nada de leche. Nada de cruzar de nuevo a Honey para que tuviera una cabrita y leche el otoño siguiente. Tampoco la promesa de carne de cabra fresca en caso de extrema necesidad. Todo para nada. Alguien la había robado.

La Navidad pasó sin celebraciones, ni siquiera el típico plato colocado en la mesa para los miembros de la familia fallecidos. Mama habría puesto el plato si se hubiera encontrado bien para levantarse de la cama, pero Katya no se veía capaz de esperar la visita de Alina o Pavlo o de cualquier otra persona. Ya no estaba segura de sus creencias, pero si alguien tuviera la oportunidad de escapar de este infierno, vivo o muerto, por supuesto que no iba a invitarle a regresar aquí.

En cualquier caso, no tenían una comida de Navidad que celebrar. En lugar de los tradicionales doce platos, Kolya purgó las madrigueras de los ratones de campo para robarles sus reservas de grano. Katya molió los granos con corteza de roble y añadió a la mezcla agua para hacer crepes.

Los días pasaron lentamente y, pocas semanas después de que Katya le prometiera a su madre casarse con Kolya, alguien llamó suavemente a la puerta. Mama apenas se movió al oír el sonido. Su vida en este mundo pendía de un hilo.

Sorprendida, Katya levantó la vista. En estos días no tenían visitas, y las que venían golpeaban con fuerza antes de entrar y les gritaban que hicieran entrega de comida para pagar su cupo.

Kolya entreabrió la puerta y preguntó en la oscuridad:

—¿Quién es?

—Vasyl Petrovich Fediy —respondió una voz débil.

Kolya abrió la puerta del todo.

—Entra —le ordenó, echando un vistazo en la noche antes de tirar de su invitado para que se metiera en la casa.

—¡Vasyl!

Katya rodeó con los brazos a su primo segundo. Le sobresalían los huesos a través de la ropa andrajosa y se le clavaron al abrazarle. Katya se estremeció al notar la fragilidad de su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo aquí? Oí que te habían deportado hace tiempo.

—Sí, supongo que fui de los que tuvieron suerte.

Intentó reír, pero en lugar de ello el resuello se convirtió en un ataque de tos. Cuando se recuperó, continuó:

—Solo me deportaron. A muchos de los miembros del clero les dispararon al instante.

Ordenado sacerdote antes de que empezara todo, Vasyl había

planeado mudarse a la iglesia de un pueblo vecino, pero fue deportado antes de poder marchar. La boda doble de Katya y Alina fue uno de los últimos ritos que condujo como su sacerdote. No lo habían visto desde entonces.

—Sí. Cómo íbamos a olvidarlo —respondió Katya—. Pero a ti no. Y aquí estás, vivo. Explícanos, ¿cómo has llegado aquí? ¿Adónde te enviaron después de dejar el pueblo? ¿Viste a mi padre? Tengo tantas preguntas que hacerte.

Vasyl cerró los ojos, cansado.

—Por favor, prima. Sé que no tenéis comida que compartir, pero anhelo una buena noche de descanso junto a un cálido *pich*. ¿Puede mi historia esperar a mañana? Quizás mi querida prima esté despierta entonces para oírla.

Lanzó una mirada inquisitiva hacia Mama, dormida en su cama.

—Esta noche no tengo energía ni para pensar en mis problemas.

—Por supuesto —dijo Katya, que se ruborizó de vergüenza—. Qué modales tengo. Duerme ahora y hablaremos mañana.

Esa noche, cuando Katya estaba echada en la cama, la aprensión la mantuvo despierta. Un sacerdote había llamado a su puerta poco después de la discusión con Mama sobre la boda. Lo que había parecido una promesa vacía para tranquilizar a su madre, de repente parecía algo real y le provocó náuseas.

Mama no se había despertado al llegar Vasyl. Se había deteriorado tanto en los últimos días que era posible que no estuviera consciente el tiempo que él se alojara con ellos. Y si Mama no sacaba el tema de la boda con Vasyl, Katya podría ignorarlo.

Un sentimiento de culpa agobió a Katya solo de pensarlo. ¿Cómo podía desearle mal a su madre? Por otro lado, ¿cómo podía casarse con Kolya? Lo imposible de la situación la abrumó hasta que finalmente alcanzó un sueño intermitente.

A la mañana siguiente, Kolya se despertó antes del amanecer para ir a comprobar una trampa y regresó con un pequeño conejo. Katya hizo un guiso con raíces de espadaña que había recogido junto al arroyo. Estaban casi podridas y tenían un sabor un poco rancio, pero llenaron sus estómagos. Comieron en silencio, como hacían siempre ahora, metiéndose en la boca bocados pequeños de comida tan rápidamente como podían.

Al acabar de comer, el primo Vasyl hizo una pausa y, con la pata

del conejo limpia aún en la mano, miró el hueso con asombro.

—Esta ha sido mi primera comida de verdad desde… bueno, no lo recuerdo. Gracias.

Su voz se quebró de la emoción.

—Nos complace compartirla contigo —dijo Katya—. Tan solo quisiera tener más.

Cuando terminaron todos, Vasyl empezó a hablar.

—Vinieron en mitad de la noche a por nosotros. Fue solo una semana o así después de oficiar vuestras bodas y los funerales de tus padres.

Le dio unas palmaditas en el brazo a Kolya.

—Tras ir andando hasta la estación de tren, nos cargaron en vagones de ganado.

—Y estoy segura de que nadie tenía abrigos ni mantas.

Katya tuvo un escalofrío y se puso un chal grueso que la cubría a ella y a Halya.

Vasyl cerró los ojos y asintió.

—Ese fue tan solo el principio de nuestro calvario, querida prima. Pasamos días en esos vagones, apretados juntos, lo que proporcionaba cierto calor, pero no el suficiente para todos. Pronto empezamos a perder a los más jóvenes y los ancianos a causa del frío penetrante.

—¿Os daban de comer?, —preguntó Kolya, que se inclinó hacia delante en su asiento, apoyando los brazos en las piernas.

—En cada vagón daban una hogaza de pan para cada diez personas y un cubo de sopa aguada. Eso era todo. Como podéis imaginar, era difícil repartir la comida en partes justas. La gente se volvió loca por el hambre. Unos pocos se ofrecieron a hacerse cargo, intentando asegurarse de que todos tenían la cantidad debida.

—¿Adónde os llevaron?, —preguntó Katya.

—Siberia.

Se encorvó, como si la mera mención del lugar despertara su sufrimiento.

La cara de Tato pasó brevemente por la mente de Katya. Y la cara de Sasha. Siberia fue probablemente su destino. ¿Habían sobrevivido, igual que Vasyl? Su recuerdo ya no la afectaba como antes. A pesar de que las noticias de los que habían muerto y

desaparecido le causaban cada vez renovado estupor, tanto había sucedido en los dos años desde que el Estado se los había llevado que el dolor de aquellas primeras pérdidas parecía el de otra vida.

—El tren nos dejó en medio de un páramo nevado. Sin abrigo. Sacaron los cuerpos de los muertos de los vagones y los arrojaron a los lados de las vías. No nos permitieron enterrarlos, ni tan siquiera rezar una plegaria por su alma.

Vasyl hablaba en voz tan baja que Katya tenía que esforzarse para oírle. Se inclinó hacia delante, igual que Kolya.

—Los que seguían con vida fueron obligados a caminar durante horas en medio del viento y la nieve. Los débiles caían y morían allí mismo. Los pequeños que habían sobrevivido hasta entonces se desplomaban. Algunas madres intentaban cargar con ellos para no abandonar sus diminutos cuerpos, pero ellas también se derrumbaban por el peso, al tiempo que avanzaban con dificultad por la nieve. De modo que tenían que elegir. O dejar que sus bebés murieran solos en la nieve o quedarse con ellos.

Calló y se apretó las manos.

—Los guardas disparaban a las que rehusaban abandonar a sus hijos y continuar.

Vasyl se pasó la mano bruscamente por la mejilla. Se quedaron callados mientras mecía el tronco de aquí para allá por la emoción que le provocaban aquellos recuerdos.

—Nunca en mi vida he visto tal falta de humanidad.

Katya escuchaba, insensible a las palabras. Quería llorar con él, saber que seguía sintiendo compasión y empatía, algo además de desesperación, pero no era capaz. El dolor la había hundido tanto que nunca más podría volver a subir desde la profundidad. Ahora, la melancolía era su compañera habitual y dejaba poco lugar para otras emociones. La envolvía, por dentro y por fuera, y sabía amarga en la boca, como el sabor del diente de león al que se había acostumbrado.

Vasyl continuó.

—Nos detuvimos en la linde de un bosque, sin un solo edificio a la vista, y nos dijeron que teníamos que construir nuestro alojamiento. A pesar de estar agotados, los hombres y mujeres empezaron a recoger ramas para construir un refugio rudimentario hasta que pudiéramos edificar algo mejor. Trabajamos hasta la

noche, intentando asegurarnos de que todos disponían de algún tipo de protección, pero nadie tenía gran cosa.

Al día siguiente nos dijeron a los hombres que talaríamos los árboles que el Estado cultivaba y enviaba a otras regiones y que las mujeres y niños serían los responsables de construir los refugios permanentes. Los días pasaron, fundiéndose. Las únicas constantes eran el frío y el hambre. La gente seguía muriendo a diario, pero aquello no cambiaba nada.

—¿Cómo escapaste?, —preguntó Katya.

—Un día me había alejado con otros dos hombres para talar un árbol. El guarda que teníamos cerca vino a vernos y preguntarnos por qué tardábamos tanto. Nos gritó que éramos unos vagos y unos inútiles. Uno de los hombres con los que trabajaba perdió los papeles. Su esposa había muerto el día anterior y sus cinco hijos lo habían hecho a lo largo de diversos puntos en el viaje en tren y la marcha. Supongo que pensó que no tenía nada más que perder, de modo que se abalanzó sobre el guarda y logró matarle con el hacha antes de que pudiera disparar. Nadie vio el altercado, pero en cualquier momento vendrían en busca del guarda. Cogimos su rifle, su ropa, su cuchillo, y los tres nos pusimos a caminar. No sabíamos adonde íbamos, pero cualquier otro lugar era mejor que aquel.

Se quedaron en silencio. Las palabras de Vasyl resonaban en el aire a su alrededor. Que hubiera sobrevivido y logrado llegar allí era un milagro.

Kolya se pasó una mano por la cara.

—¿Sobrevivieron también los dos hombres que iban contigo?

Vasyl se encogió de hombros.

—El hombre que atacó al guarda caminó con nosotros un tiempo, pero una mañana, al despertar, vimos que se había ido. Supongo que se separó de nosotros en mitad de la noche. El otro hombre logró llegar a Moscú conmigo. Allí trabajamos juntos un tiempo y luego nos separamos.

Katya tomó la mano esquelética de Vasyl.

—Has sufrido tanto. ¿Por qué has venido aquí? Podrían volver a hacerte lo mismo.

—He venido porque sois mi gente. He venido a advertiros que no se rendirán hasta que estemos todos muertos. *Kulaks*, campesinos, todos.

—Y después de advertirnos, ¿qué?, —preguntó Kolya.

Una breve sonrisa apareció en los labios de Vasyl.

—Después de haber hecho todo lo posible aquí, voy a intentar escapar del país e irme a América.

—¿América?

La idea del continente al otro lado del mundo le parecía surreal a Katya, apenas podía imaginarla.

—Es el país de las oportunidades —dijo Vasyl—. Con empleo y comida para todo el que esté dispuesto a trabajar.

América. Katya ponderó la idea mientras la voz de su padre reverberaba en su cabeza. «Mira hacia el futuro».

Mama, que había estado dormida en la cama la mayor parte de la mañana, habló por primera vez desde que Vasyl había entrado en la casa y paró en seco las meditaciones de Katya.

—¡Querido Vasyl! Qué alegría verte. ¿Has venido a casar a Kolya y Katya? Es mi deseo. Y me han prometido que lo harían pronto.

Katya se quedó petrificada. Kolya volvió la espalda a todos y se encorvó al tiempo que Katya se ponía en pie, se acercaba a Mama y le ponía la mano en la frente calenturienta.

La voz de Katya se quebró.

—No hables, Mama. Necesitas comer algo. He apartado un poco de carne para ti. Voy a buscarla.

—¡No, Katya!

Se incorporó. Un ataque violento de tos atormentó su cuerpo. Cuando finalmente se calmó, señaló con el dedo a Katya.

—Me prometiste, hija, que te casarías con Kolya y le darías a Halya una familia de verdad antes de irme. Es la voluntad de Dios. ¿Por qué si no aparecería Vasyl en nuestra puerta justo ahora?

Se dirigió a Vasyl.

—Por favor, cásalos. Es mi última voluntad.

Otro ataque de tos la forzó a echarse de nuevo.

—Por supuesto, prima —respondió Vasyl. Arqueó las cejas al mirar a Katya y Kolya—. Si es lo que ellos quieren.

Katya se dejó caer en la cama y escondió la cara en sus manos. No quería casarse, pero ¿cómo iba a negarle a su madre su última voluntad? ¿En qué clase de hija la convertiría?

Por otro lado, ¿en qué clase de hermana se convertiría si se

casaba con su cuñado? La confusión le provocó un dolor de cabeza palpitante justo cuando Halya rompía a llorar en la cama. Katya cogió a la bebé y, meciéndola lentamente, anduvo por la estancia evitando la mirada inquisitiva de Kolya. «Que hable él. Que le niegue él a Mama su última voluntad, así no recae en mí la culpa».

Finalmente, Kolya habló, pero lo que dijo la sorprendió.

—Casémonos esta noche entonces, Katya. De todas maneras, a ninguno de los dos nos queda nada en el corazón.

La amargura y la decepción que emanaban de él flotaron en el ambiente.

—En serio, ¿qué importa? Es por Halya, ¿no? Todo lo que hacemos es por Halya, de modo que, ¿qué importa una cosa más?

A Katya se le hizo un nudo en la garganta. Kolya tenía razón, pero la traición a Alina y Pavlo seguía golpeándole en el interior. Cerró los ojos y asintió.

Unos minutos después estaban de pie, uno al lado del otro, delante de Vasyl. Katya no fue capaz de distinguir lo que dijo el sacerdote, ni si Kolya pronunció falsas promesas de amor. Ni siquiera fue capaz de decir si ella había respondido. Katya supuso que debía de haberlo hecho, porque Vasyl envolvió sus manos con la tela *rushnyk* y los declaró marido y mujer. Durante todo el tiempo que habló, ella solo pensó en Alina, y que era Pavlo el que debería haber estado allí con ella, y no Kolya. Se avergonzó al recordar la boda de Alina y Kolya en aquella misma estancia; la cara radiante y llena de amor de su hermana.

Katya no fue capaz de forzar una sonrisa. La náusea en su estómago enturbió sus pensamientos y aquel acontecimiento discurrió de manera confusa. Supuso que era mejor así.

25. Cassie

Illinois, junio de 2004

Cassie estaba delante del espejo y, por primera vez desde que había muerto Henry, se miró en serio. Normalmente, apenas echaba una ojeada. ¿Qué más daba? No tenía a nadie a quien impresionar.

La larga melena castaña ondulada le llegaba a los hombros. Necesitaba urgentemente un corte y marcado de pelo. Su cara pálida estaba más delgada de lo que se veía en las fotos de antes del accidente, haciendo que sus pómulos fueran más prominentes y que sus ojos azules parecieran enormes. La ropa que solía quedarle bien le sobraba con su constitución esbelta de ahora. Había perdido peso a lo largo del último año.

Su madre metió la cabeza en el cuarto de baño.

—Conozco a una peluquera fabulosa. Puedo pedir hora, quizás incluso antes de tu cita de esta noche. Yo me quedaré con Bobby y Birdie.

—¡Mamá, por Dios! ¡Un poco de privacidad!

—Vamos, ni siquiera tenías la puerta cerrada del todo. Era como si estuvieras pidiendo ayuda… —dijo Anna moviendo las manos por encima de la cabeza de Cassie como si fuera el genio de la botella— y, ¡puf! ¡Aquí estoy!

Cassie se inclinó hacia el espejo y tiró de la piel de alrededor de los ojos.

—Está bien, puedes llamar, pero solo porque tengo el pelo demasiado largo y me molesta. Nick me recogerá a las siete, o sea que tengo que estar de vuelta mucho antes.

—Estoy en ello.

Anna fue corriendo por el pasillo a por el teléfono.

Si su madre se saliera con la suya, también le pediría hora para

una manicura y pedicura. Cassie suspiró. Mejor dejarla centrarse en esto que en el diario.

Cassie había pensado que su madre cedería y que le pediría más información, pero se había mantenido firme en su decisión. Desde entonces se habían centrado en temas superficiales, como la falta de ganas por parte de Cassie de mejorar su aspecto y su gran cita de aquella noche.

—¿Qué te parece un tratamiento facial?, —gritó Anna dos minutos después mientras tapaba el auricular con la mano—. Suzy tiene un hueco dentro de una hora. ¿Y qué tal una manicura-pedicura?

Tras dos horas en el salón de belleza, Cassie tuvo que admitir que parecía una mujer nueva y que se sentía como tal. Le habían pintado las uñas, hecho una limpieza de cutis, maquillado, y cortado y secado el pelo. Para rematarlo, al llegar a casa, su madre había hecho aparecer como por arte de magia tres vestidos veraniegos que había encontrado de rebajas el día anterior y que «no le sentaban bien».

—Son perfectos para tu figura, Cassie, y me sacarías un peso de encima si te los quedaras para no tener que devolverlos en las diferentes tiendas. Dame el gusto y pruébatelos, ¿quieres?

Cassie suspiró y se llevó los vestidos a su dormitorio. El primero era un poco pequeño, pero los otros dos le quedaban bien. Se dejó puesto el último, que tenía un estampado de cachemir azul claro y verde, y se reunió con la familia en la sala de estar.

—¡Oh! —Anna aplaudió y gritó—. Apenas te reconozco. Estás espectacular.

—Gracias, supongo —dijo Cassie, sin estar segura de si debía sentirse ofendida ante la insinuación de que antes había tenido un aspecto horrible—. ¿Tan mal se me veía?

—No mal —se corrigió rápidamente Anna—. Solo que no habías alcanzado todo tu potencial.

Cassie le sacó la lengua a su madre y Birdie soltó una risita justo cuando sonaba el timbre de la puerta.

—¡Voy!, —dijo Anna levantándose de un salto—. Ve a la cocina, Cassie, y haz tu entrada después de que le deje pasar.

—No voy a hacerlo, mamá.

Cassie cogió su bolso y se dirigió a la puerta.

—Que no voy al baile de graduación.

Anna le puso mala cara a Cassie y luego la cambió por una sonrisa radiante al abrir la puerta.

—¡Nick! ¡Qué alegría verte! Entra, entra.

Cassie sofocó una carcajada al ver el cambio radical de semblante de su madre y luego fijó la vista en Nick. Se le iluminaron los ojos al verla.

—Cassie, estás espectacular.

—Gracias —dijo, sintiendo calor en la cara al recibir el cumplido —. Tú también estás bien cuando te arreglas.

—Hola, Nick.

Birdie tiró de la mano de Nick.

—Hola, Birdie. —Se puso en cuclillas y le dio un tironcito en la trenza—. ¿Cómo te ha ido el día?

—He ayudado a plantar flores y he leído mis libros y he ido a pasear —recitó sus actividades contándolas con los dedos—. Ha sido un día largo.

Nick soltó una carcajada.

—Eso parece. Bueno, la próxima vez prometo llevarte con nosotros. Pero como esta noche no puedes venir, te he traído algo especial.

Metió la mano en la bolsa que había traído y sacó un viejo y manoseado libro de Dr. Seuss.

—Este era mi favorito cuando era niño. No lo he visto en tu estante, de modo que he pensado que quizás quieras leer el mío.

La cara de la niña se iluminó.

—¡Este no lo tengo! ¡Me encanta! Lo cuidaré muy bien.

—Sé que lo harás. Y te prometo que te lo leeré la próxima vez que venga, ¿de acuerdo?

Birdie se aferró al libro.

—De acuerdo, Nick. ¡Abuela, mira! ¿Me lo leerás antes de ir a la cama?

A Cassie seguía emocionándole oír la dulce voz de Birdie. Le tocó la mano a Nicky le miró a los ojos.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Vamos?, —dijo extendiendo el brazo.

—Este sitio es encantador.

Cassie dio una ojeada alrededor del restaurante de ambiente íntimo. Mesas pequeñas —cómodamente separadas y con mantel blanco— llenaban el espacio tenuemente iluminado. En el centro de cada mesa había rosas recién cortadas que proporcionaban a la sala su dulce fragancia. El camarero los acompañó a la mesa que había junto a una gran ventana panorámica que daba a la puesta de sol en el parque.

Nick sacó la silla para Cassie y luego se sentó al otro lado. El camarero les entregó las cartas y tomó el pedido de las bebidas. Todo estaba yendo como debería ir en una cita. Una cita. Había ido a una cita.

Cassie empezó a hiperventilar. Por debajo de la mesa, se apretó la carne entre el pulgar y el índice y bajó la vista. «Recobra la compostura. Esto no es diferente a cuando estás sentada a su lado mientras traduce el diario».

—Esto, Cassie, en todo este tiempo no he descubierto a qué te dedicas.

Nick se inclinó hacia ella con curiosidad escrita en su rostro.

Cassie fijó sus ojos en los de él y la invadió una sensación de calor. Se había recobrado.

—Supongo que, cuando trabajamos en el diario, no hablamos mucho de nosotros, ¿no?

«Porque mi cerebro parece que deja de funcionar cada vez que estás cerca».

—Soy escritora. Bueno, era escritora. Artículos para revistas, sobre todo. Siempre he querido escribir una novela, pero, después de todo lo que pasó el año pasado, he desistido.

—Escritora. Sí, lo veo. Quizás te venga la inspiración y vuelvas a escribir.

—Eso estaría bien, pero no cuento con ello.

Cassie sorbió el vino que había servido el camarero.

Dejaron la conversación para pedir: *fettuccine* Alfredo para Cassie y lasaña para Nick.

—¿Y tú? ¿Cómo te metiste a bombero?, —preguntó Cassie después de devolver las cartas al camarero.

—Siempre he querido trabajar donde está la acción y siempre he querido ayudar a la gente cuando más lo necesita. Esta carrera

reúne ambas condiciones y ahora no puedo imaginar hacer otra cosa.

Nick se inclinó hacia delante.

—Mira, los dos tenemos un pasado. No espero que me hables del tuyo hasta que no estés lista, pero quiero que sepas que, siempre que quieras, estaré encantado de saber detalles de tu vida. De tu marido. De lo que ocurrió.

—¿No te asusta? Vengo con mucho equipaje. «Viuda con hija» no se incluye exactamente en la lista de atributos deseables cuando uno tiene una cita —rio, pero la risa sonó hueca.

—No me asusta en absoluto.

Vaciló.

—Y quiero ser sincero contigo sobre mi pasado.

—¿Tu pasado?

Cassie arqueó las cejas, sintiendo curiosidad.

—Nick, no me debes ninguna explicación.

—Quiero ser totalmente sincero contigo. Mis padres murieron en un incendio cuando yo era bastante pequeño. No mucho mayor que Birdie. Esa es probablemente la razón por la que entré en el cuerpo de bomberos. Las otras cosas que he mencionado antes son verdad, pero perderles hizo que quisiera ayudar a evitar que otras personas sufrieran la misma pérdida. Después de morir mis padres, me crio mi abuela. Era chapada a la antigua, prácticamente recién llegada al país. Me hacía ir a la escuela ucraniana cada sábado por la mañana, como ya sabes, y era muy estricta, pero yo la quería con locura.

Se detuvo para aclararse la garganta.

—Murió el año pasado y me quedé solo. No tenía familia, nadie ante quien responder, nadie que me hiciera responsable, y entonces empecé a hacer locuras. Empecé a salir todas las noches. De fiesta. A ver a muchas mujeres. Mujeres que nunca me hubiera atrevido a llevar a que conocieran a mi *baba*. Bueno, tú ya conociste algunas el otro día. Estoy seguro de que entiendes por qué.

Cassie intentó no hacer una mueca al recordar a las mujeres que flirteaban con Nick.

—El caso es que no me importaba nada. Iba a trabajar y luego hacía lo que me daba la gana. Supongo que mantuve la serenidad suficiente como para no perder mi trabajo.

Sin pensar, Cassie buscó su mano cálida y áspera. Él apretó la de

ella.

—Nick, no tienes que explicármelo.

—Sí que he de explicártelo. Porque, por absurdo que parezca, todo eso ha cambiado. Conocerte a ti y a Birdie ha despertado algo en mí que llevaba dormido tanto tiempo que pensaba que estaba muerto. Has hecho que vuelva a sentir. Has hecho que quiera ser la mejor versión de mí mismo.

Sonrió tímidamente.

—Todo esto es bastante profundo para una primera cita oficial, pero me siento tan cómodo contigo que he querido que supieras que no eres la única con equipaje.

«Sé feliz. Vive tu vida». Las palabras de Henry en su sueño reverberaron en su cabeza y se ruborizó al mirar sus ojos azules.

El camarero interrumpió ese momento para servirles los platos. Cuando atacaron la comida, Cassie se encontró a sí misma sincerándose.

—En el instituto no salí con nadie. Conocí a Henry en la universidad. Fue amor a primera vista, como si fuéramos los únicos en la clase, todos los clichés que te puedas imaginar. Nos casamos al acabar la universidad, viajamos un poco y echamos raíces. Luego llegó Birdie y pensé que no nos faltaba nada. Entonces, un día, todo se hizo pedazos.

Tomó otro sorbo de vino. El alcohol, combinado con el interior cálido del restaurante italiano, le ayudaba a sentirse valiente.

—Se la llevó a tomar helado después de cenar. Ella había aprendido a ir en bicicleta ese día y él quiso celebrarlo. Yo tenía la entrega de un artículo para el trabajo y me quedé en casa.

Cassie cerró los ojos intentando contener la lluvia de sensaciones que la asaltaba siempre que recordaba aquel día.

—Un camión con tráiler se saltó un semáforo en rojo. Henry murió en el acto y Birdie apenas sobrevivió. Los médicos le indujeron el coma. No dejé su lado durante semanas.

—¿Es por esto que no habló durante tanto tiempo?, —preguntó Nick.

Cassie negó con la cabeza.

—No sabemos por qué no hablaba. Le hicieron todo tipo de pruebas, pero no detectaron daño permanente alguno. Me dijeron que era psicológico, lo cual tenía sentido. Se fue una noche a comer

helado y se despertó una semana más tarde para descubrir que su padre había muerto. Eso sería muy duro para cualquier persona, imagina para una niña de cuatro años. No celebramos el funeral de Henry hasta saber si ella estaría bien. No pude siquiera llorar la muerte de Henry hasta que ella despertó. Tenía que asumir una tragedia tras otra y fue demasiado duro pensar en la desaparición de mi marido y al mismo tiempo no saber si iba a recuperar a mi hija. Sigo sintiéndome culpable por ello.

Su voz se quebró.

—Por poner en suspenso mis sentimientos por él, como si no importara que él hubiera muerto.

—Pues claro que importaba —dijo Nick—. Pero estabas en modo supervivencia. Estabas haciendo lo que era necesario para Birdie. Nadie te lo echaría en cara.

—G radas.

Sonrió con tristeza.

—¿Sabes? Nadie te echaría en cara por volverte un poco loco tras perder a toda tu familia. Perdí a Henry, pero sigo teniendo a mi madre, mi hija, mi Bobby, y, la verdad, no sé qué haría sin ellas.

Tras contarle su historia a Nick, Cassie se relajó. La conversación seria dio paso a historias alegres sobre los primeros años de Birdie y episodios insólitos del parque de bomberos. Hablaron como si siempre se hubieran conocido. Nick la hacía reír una y otra vez, y las dudas que la habían invadido durante el día se desvanecieron.

Cuando llegaron a casa de Bobby, Nick rodeó el coche por delante para abrirle la puerta y luego la acompañó hasta el porche delantero.

La luz sombreaba los rasgos de Nick, pero su ancha sonrisa seguía brillando.

—Sé que hemos tenido conversaciones muy profundas, pero lo he pasado muy bien contigo esta noche, Cassie.

Ella sintió mariposas en el estómago.

—Yo también.

Se inclinó y le besó la mejilla.

—Me gustaría volver a verte, si te parece bien. Me refiero a ocasiones que no sean para traducir el diario.

Ella asintió, pero no podía hablar. Sentía un cosquilleo donde sus labios se habían posado y se llevó los dedos a ese lugar como si pudiera capturar esa sensación y guardarla.

—Buenas noches, Cassie.

Nick se alejó sin apartar los ojos de ella.

Cuando hubo recuperado la voz, esta salió en forma de susurro ronco.

—Buenas noches, Nick.

Dentro, su madre y Bobby la esperaban sentadas en el sofá.

—¿Y? ¿Cómo ha ido?

Anna atacó en cuanto hubo cerrado la puerta.

—Ha sido agradable —susurró con la mano aún en la mejilla.

La confusión nublaba sus pensamientos. Había considerado esta parte de ella muerta junto a Henry, y, sin embargo, ahí estaba, con el pulso acelerado mientras el dulce beso que Nick había depositado en su mejilla se repetía en su mente.

—Solo agradable, ¿eh?, —comentó Bobby, soltando una risita—. Me parece a mí que ha sido más que agradable.

—Lo hemos pasado bien. Probablemente he hablado mucho más de lo que debiera. Pero él también. No había hablado con alguien como él desde hace mucho tiempo.

—Lo sabía —dijo Anna dando palmadas—. Es especial.

—Mamá, ha sido una cita. No nos entusiasmemos demasiado.

—Tú no puedes verte la cara. No te había visto tan feliz desde, bueno, desde hace más de un año. Empezaba a preguntarme si te vería regresar a la vida. ¡Déjame disfrutarlo!

Más tarde, esa noche, cuando la casa dormía, Cassie escribió en su diario sobre Henry. Explicó su primera cita, diez años atrás, y cómo la fue a recoger en su viejo coche desvencijado y la había llevado al mejor restaurante de la pequeña ciudad universitaria. La cena debió de haberle costado la paga entera de la tienda de deportes donde trabajaba los fines de semana, pero, a pesar de su intento de compartir los gastos, él insistió en invitarla. Cuando terminó de documentar la historia, pasó la mano por la página que había acabado de escribir y cerró el cuaderno. Una pequeña lágrima rodó por su mejilla y cayó sobre la cubierta.

Entonces sacó otro cuaderno y empezó a escribir sobre su cita con Nick.

26. Katya

Ucrania, enero de 1933

Durante semanas, Katya se había dormido con el sonido de la respiración laboriosa de su madre. Sibilante y ronca, marcaba los minutos como un reloj marca las horas, mientras ellos se hundían cada vez más profundamente en la realidad de pesadilla que eran sus vidas.

Tres días después de su boda con Kolya, Katya despertó con un parpadeo —y sus pensamientos eran una confusa maraña— porque una agitación inexplicable la hizo tiritar. Se levantó de la cama y miró alrededor en busca de la fuente de aquel malestar. La luz de primera hora de la mañana se filtraba por la ventana para ir a posarse sobre la cara pálida e inmóvil de su madre.

Se inclinó hacia ella, con el silencio de la estancia reverberando alrededor, y tocó la mejilla fría de su madre. Había esperado sentir tristeza. Sentirse perdida. Sola. Y sintió todas esas cosas, pero como si estuviera desconectada, como si su corazón se hubiera endurecido tanto que incluso los sentimientos más agudos e intensos ya no fueran capaces de penetrar en él.

Lo que no había esperado fue la repentina oleada de alivio.

Alivio porque aquella carcasa de su madre ya no sufría más. Alivio porque ella ya no tendría que atormentarse por la futilidad de intentar mantenerla con vida. Alivio porque ya no tendrían que ir a dormir cada noche preguntándose si su madre despertaría al día siguiente, porque, finalmente, no lo había hecho.

Ahora, Mama era tan solo otra persona más que no había sido capaz de salvar.

Halya empezó a llorar y Katya respiró hondo, temblando.

—Voy, Halya.

Se puso en pie sobre sus vacilantes piernas y cogió a la bebé sonrosada.

Katya miró su alrededor por la casa vacía. Kolya debía de haber ido a trabajar en la cooperativa. No tenía a nadie que la ayudara, nadie que le dijera qué hacer.

¿Qué haría Mama?

Katya asintió con determinación. Su madre se ocuparía de las cosas necesarias, incluso si no se podían seguir las costumbres funerarias típicas. Le dio a Halya el último pedazo de pan rancio y luego sentó a la bebé en la cama. Halya mordió con las encías la comida y miró a Katya mientras lavaba el cuerpo demacrado de su madre.

Katya le puso a Mama su mejor blusa bordada por la cabeza. Era una obra de arte bordada en hilos de colores vivos que se combinaban formando un diseño deslumbrante de enredaderas y flores en los bordes y las mangas. Mama había pasado horas trabajando en esta blusa cuando Katya era pequeña. Aún recordaba la satisfacción en la cara de su madre cuando finalmente la terminó. Antes de que el Estado aislara el pueblo y prohibiera a los campesinos viajar a las ciudades, Kolya había llevado la mayor parte del trabajo artesanal de su madre y de Mama al mercado de Bila Tservka para venderlo a cambio de dinero para comida. Pero, con el tiempo, dejó de haber gente a quien vender. Todos necesitaban comida en lugar de ropa bonita.

Alisó la blusa, puso derecha la falda y dio un paso atrás. Necesitaba arreglarle el pelo a su madre. Halya lloriqueó. Katya dejó de trabajar y cogió a la bebé en brazos. Consolar a Halya calmaba sus propios miedos e incertidumbres. En Halya, de nuevo, Katya encontró un propósito y se aferró a él.

La niña le tocó la cara a su abuela, luego la de Katya. Katya tomó la diminuta mano y la besó. Luego, juntas, cepillaron la larga melena de Mama como ella había hecho con Katya en tantas ocasiones. Solo entonces se permitió llorar y las lágrimas cayeron sobre los mechones grises y castaños de Mama.

Cuando terminó, Katya se puso súbitamente en pie. Esto era todo lo que podía hacer por ella ahora. Necesitaba a Kolya para el resto, pero, por ahora, tenía que salir de esta casa sumida en el silencio.

La nieve caía silenciosa en el aire frío y penetrante de aquel día de invierno cuando salió afuera y se alejó de la casa en la que estaba su madre muerta. Halya se acurrucó bajo el abrigo de Katya. Su cuerpecito estaba envuelto en una tela que Katya había pasado por sus hombros. Se quedó dormida en poco tiempo.

Katya caminó en dirección sur hasta que apareció la casa de Lena y Ruslan. Aunque no quería hablar de la muerte de Mama, Katya pensó que Lena querría saberlo, y también que le haría ilusión ver a Halya.

Un hilo de humo salía por la chimenea cuando Katya llamó a la puerta. Buena señal. Cualquiera que tuviera fuerzas para encender un fuego estaba bien, por el momento.

Ruslan abrió la puerta enseguida.

—¡Katya! ¡Entra! Lena, es Katya —gritó por encima del hombro mientras la hacía pasar adentro.

En cuanto los ojos de Katya se ajustaron a la oscuridad de la estancia se dio cuenta de que había algo raro. Decidió que los ojos de Ruslan estaban más abiertos de lo normal y que miraba descontroladamente en todas direcciones.

—Oh, Katya, qué alegría verte.

Lena le dio un cálido abrazo. Su tez cetrina enmarcaba unos ojos apagados, pero que seguían rebosando amabilidad. Katya se relajó cuando su prima se inclinó hacia Halya.

—¿Es esta la pequeña de Alina?

Echó una ojeada dentro del abrigo de Katya y Halya abrió sus grandes y adormilados ojos azules cuando el aire frío le dio en la cara.

—Sí. —Katya miró de nuevo a Ruslan, que estaba a un lado observando el diálogo que tenía lugar—. Esta es Halya. Ahora tiene un año.

—¡Qué preciosa! Se parece a su madre —dijo, acariciando la cabeza de Halya—. Siempre quise tener un bebé, ¿sabes? Pero supongo que no estaba escrito.

—Habrías sido una madre excelente, pero qué maravilloso que hayas sido capaz de ayudar a tantas mujeres a traer a sus hijos al mundo como comadrona.

Katya respiró hondo, ansiosa por acabar con la parte difícil de la visita.

—Sin embargo, hay una razón por la que os he venido a ver. Tengo malas noticias.

Lena se tapó la boca con la mano.

—No me digas que son noticias sobre tu madre. Era una mujer tan fuerte. Pensaba que nos sobreviviría a todos. Por favor, siéntate.

Katya se sentó junto a una mesa pequeña.

—La neumonía se apoderó de sus pulmones. Con el hambre, estaba demasiado débil para luchar. Murió anoche.

Katya tartamudeó al pronunciar la última frase. Decirlo en voz alta hacía que fuera mucho más real.

—Oh, pobrecita mía.

Lena agasajó a Katya, derramando un instinto materno que nunca había podido utilizar.

—Esta mañana debe de haber sido horrible para ti. ¿Hay algo que podamos hacer? ¿Necesitas ayuda con el cuerpo?

—O podríamos cuidar de la pequeña mientras tú te haces cargo de tu madre —ofreció Ruslan. Sus ojos brillaban cuando se posaron en los de Katya.

Lena miró con furia a Ruslan. Katya tuvo instintivamente una sensación de incomodidad que no supo identificar y, de repente, ya no quiso estar allí.

—No. He hecho todo lo que había que hacer hasta que Kolya llegue a casa.

Katya se puso en pie y volvió a arropar a Halya dentro de su abrigo.

—Pero muchas gracias. He de irme.

—Sí. Bueno, gracias por venir a contarnos lo de la muerte de tu querida madre. Lo sentimos mucho.

La impaciencia de Lena cuando empujó a Katya hacia la puerta la sorprendió.

Cuando Katya se fue, tropezó con algo que sobresalía por debajo del montón de leña junto a la puerta. Al mirar abajo, vio un zapato pequeño.

Katya se quedó paralizada.

Un zapato infantil.

Lena le dio una patada.

—Lena…

La voz de Katya brotó entrecortada. Levantó lentamente la

mirada y vio el rostro culpable de Lena por un breve y revelador momento antes de que Ruslan le cerrara la puerta en las narices.

27. Cassie

Illinois, junio de 2004

Cassie aspiró el dulce aire de verano y dio un suspiro de satisfacción. En el jardín de atrás zumbaban los abejorros que se detenían a libar en cada una de las bellas flores de Bobby. Prácticamente florecido del todo, el jardín resplandecía con tantos colores que casi le dolían los ojos al contemplarlo. No podía imaginar un paisaje más sereno.

—Tus flores son siempre tan espectaculares, Bobby.

Cassie recogió los utensilios de jardinería y se desplazó al único hueco sin plantar del macizo que recorría la valla trasera. Cavó con la palita a lo largo del estrecho macizo, creando una hilera impecable.

—Pero ¿no es un poco tarde para plantar semillas de girasol?

—Nunca es tarde para intentar añadir belleza al mundo.

A pesar de que Bobby estaba sentada en una silla y no estaba realmente trabajando en el suelo, no había duda de quién estaba al mando.

—Alarga un poco más esa hilera, Cassie.

Birdie daba saltitos con una pierna y otra, y su entusiasmo era contagioso.

—Girasoles y malvas, girasoles y malvas. ¡Me encanta plantar flores, Bobby! Bobby se rio entre dientes.

—Lo sé, pajarito. A mí también. Ahora, abre las manos.

Birdie se quedó quieta mientras Bobby vertía un paquete de semillas en las manos regordetas de la niña.

—¿Las pongo en las hileras que ha hecho mami?, —preguntó Birdie.

Cuando Bobby asintió, Birdie se arrodilló y colocó cada semilla

cuidadosamente en su lugar, dejando un espacio uniforme entre ellas.

—Lo haces muy bien —le dijo Bobby sonriéndole.

De acuerdo con su abuela, Birdie asintió con la seguridad sin pretensiones de los más pequeños, haciendo reír tanto a Cassie como a Bobby.

—Ahora, tapa con la tierra y apisona con cuidado —dijo Bobby.

Birdie trabajó diligentemente hasta que hubo aplanado la última semilla en su lugar y luego se puso en pie de un salto.

—Voy a beber agua. ¡No plantéis más sin mí!

—Sí, señora —respondió sonriendo Cassie—. Ven enseguida cuando estés.

Bobby jugueteó con el paquetito vacío de semillas que tenía sobre el regazo.

—Tienes razón, Cassie. Estas semillas puede que no florezcan este año, pero vale la pena intentarlo. Siempre vale la pena intentar, ¿no crees? Tanto con las flores como en la vida.

Cassie quería hacerle tantas preguntas, pero se reprimió y dijo, finalmente:

—Supongo que eso fue lo que tú hiciste, ¿no? Intentar seguir adelante.

Bobby asintió con lentitud.

—Y es lo que finalmente harás tú.

Era muy buena dándole la vuelta a la tortilla. Pero Cassie no estaba dispuesta a adentrarse en sus propios problemas ahora, de modo que cambió de tema.

—¿Qué te ha hecho decidirte a plantar girasoles? Pensaba que te entristecían.

—He decidido que ya era hora de dejar de tenerles aversión por los malos recuerdos que me traen y de disfrutarlos por los buenos. Es algo en lo que aún estoy trabajando.

Bobby se quedó mirando fijamente el jardín, como si intentara hacer de manera activa lo que acababa de decir.

Birdie salió por la puerta trasera y corrió hacia ellas con la cara radiante.

—¿Sabes qué? Alina me ha dicho que está muy contenta de que plantes los girasoles.

—¿Qué?

Los nudillos inflamados de Bobby se pusieron blancos por la fuerza con la que se agarró a los reposabrazos.

A Cassie se le erizó el vello en la nuca, pero ignoró la desagradable sensación.

—¡Birdie! No deberías inventar cosas así. ¡Le causa angustia a Bobby!

A Birdie se le descompuso el rostro.

—No he inventado nada.

—Lo siento, no quise decir eso —dijo Cassie. Pero ¿qué había querido decir? No creía realmente que su hija estuviera hablando con su tía abuela muerta ahí dentro, ¿o sí?

—Porque casi me ha llegado la hora. Por eso está aquí.

Bobby volvió la vista hacia Cassie.

—Necesito estar segura de que terminarás de leer mis cosas antes de que me vaya. Debo cumplir mi promesa.

Cassie se sacudió la tierra de sus manos temblorosas y se levantó.

—Nick debe de estar al llegar. Tenemos planeado avanzar mucho hoy.

—Bien.

Bobby se levantó de la silla lentamente.

—Voy a llevar a Birdie a hacer la siesta. Le he dicho que le leería un cuento. Luego iré a descansar yo también.

Birdie, cansada de toda una mañana plantando flores, corrió a su dormitorio. Cassie esperó a que Bobby entrara dentro de la casa y desapareciera por el pasillo antes de hacer lo mismo. A pesar de que Bobby insistía en que estaba bien, Cassie estaba preocupada. Procurando que no la vieran, fisgó por la ranura de la puerta y oyó a Bobby leerle con dificultad a Birdie el cuento de *Los tres cerditos*. Cassie se enterneció. Aquella mujer era capaz de hablar y leer ucraniano, polaco y ruso con fluidez, pero seguía teniendo dificultades para leer inglés.

Cuando hubo terminado, tapó a Birdie hasta el mentón con las sábanas y le besó la frente. Cassie sonrió al verlo. Sin duda, su madre había tenido razón al animarla a mudarse aquí con Bobby. Birdie nunca olvidaría esta época que había podido pasar junto a su bisabuela.

—¿Puedes explicarme otra historia sobre ti y Alina?, —le

preguntó Birdie.

Cassie se quedó con la boca abierta y se acercó más a la puerta.

—La de los pasteles de barro —le pidió Birdie—. Es mi favorita.

—Juguemos a un juego —dijo Bobby—. Esta vez, tú me la explicas a mí. ¿Qué opinas?

—Está bien.

Birdie frunció los labios y se dio golpecitos con el dedo en el mentón.

—Vamos a ver. Había una vez… dos hermanas, tú y Alina, que hacían pasteles de barro. Alina decoró el suyo con flores y hierba. Era tan bonito que tú quisiste comértelo.

Birdie hizo una mueca.

—¡Qué asco! Alina te dijo que no podías comer barro, así que intentaste dárselo a los cerdos, pero ellos tampoco se lo comieron. ¡Se revolcaron encima!

Le dio un ataque de risa.

—¿Ha estado bien? ¿Lo he contado bien?

Bobby asintió lentamente.

—Ha estado perfecto. Ahora, descansa. Quizás Alina te vuelva a visitar pronto.

Bobby volvió a arroparla y se puso en pie.

—Si lo hace, me lo dirás, ¿verdad?

Soñolienta, Birdie asintió mientras bostezaba.

Cuando se alejaba del dormitorio, Cassie sintió en la cabeza un hormigueo de ansiedad.

Intentó sumergirse en la transcripción, tragándose sus reacciones, dejando que las palabras entraran en sus oídos y brotaran de sus dedos. Con cada pérdida que Katya iba acumulando —Pavlo, Viktor, Alina, su madre— el dominio de Cassie sobre sus emociones fue debilitándose. Cuando Nick describió la boda de Katya y Kolya, Cassie ya no pudo seguir con la farsa. Soltó un sollozo y se apartó de la mesa.

Nick la miró con la boca abierta.

—¿Estás bien?

—No puedo seguir con esto, Nick.

La voz de Cassie se quebró.

—¿No lo ves? Va a perderle. Ha perdido a todos y él va a morir también. ¡Kolya no era mi abuelo!

Enterarse de la historia de Bobby no solo había puesto sobre el tapete sentimientos pasados. La había arrancado del mundo de fantasía en el que había estado viviendo. La muerte de Henry había sido lo más difícil que había vivido y Cassie no era tan fuerte como Bobby. No podía pasar por aquello otra vez, no podía arriesgarse a abrirse de nuevo a alguien, porque perder otro amor la mataría. Había sido una estupidez creer que sacarse el anillo de boda la prepararía como por arte de magia para una nueva relación íntima.

Estaba rota. Era una mercancía dañada.

Cassie se apartó de Nick y se levantó con piernas vacilantes.

—Será mejor que te vayas.

La confusión nubló la mirada de Nick.

—¿He hecho algo mal?

«Lo has hecho todo bien».

—No. Soy yo. No puedo hacer esto contigo.

—¿El qué? ¿Lo del diario?

Con la frente arrugada por la confusión, Nick se levantó rápidamente y su silla se deslizó por el suelo.

—Todo.

Cassie se mordió el interior de la mejilla.

—Salir contigo. El diario. No estoy preparada para esto, y no estoy segura de que lo esté nunca. Mereces algo mejor que una viuda rota. Lo siento, Nick. Veré si mi madre quiere pasar el resto a máquina contigo, pero yo no puedo seguir escuchando esto, y no puedo estar contigo. —Salió corriendo de la cocina antes de que él la hiciera cambiar de idea.

—¡Cassie, espera!

La voz de Nick la siguió cuando se escondió en su dormitorio y cerró la puerta.

Un ruido sordo en uno de los dormitorios despertó de un susto a Cassie. Saltó de la cama y miró el despertador. La seis de la mañana. Era demasiado temprano para alguien que, como ella, había estado dando vueltas hasta las tres. Corrió a la habitación de Birdie. La pequeña dormía plácidamente con un brazo estirado por

encima de la cabeza y el otro abrazando un perrito de peluche. Cassie cerró la puerta y llamó a la de Bobby. Al no recibir respuesta abrió y encontró a Bobby en el suelo con la mirada fija en el techo. De sus labios brotaba una respiración entrecortada y sibilante.

—¡Bobby!

Cassie se quedó en blanco. Cayó de rodillas y tocó la cara fría y sudada de Bobby. Esta le agarró la mano y en sus ojos abiertos como platos era visible el miedo.

—Estoy aquí, ¿de acuerdo? ¡Voy a buscar ayuda! ¡Quédate conmigo!

Cassie cogió el teléfono de la mesilla de noche y, con dedos torpes, marcó el número de emergencias. Tras darles toda la información, llamó a su madre.

—Voy ahora mismo —replicó Anna por el teléfono.

—Deberías ir directamente al hospital. Llegarás más rápido y puedes encontrarte con la ambulancia.

Cassie iba apretando rítmicamente la mano de Bobby mientras hablaba.

—Estarán aquí en dos minutos.

—Iré a buscarte primero. No quiero que conduzcas cuando estás así de alterada.

—Estaré bien —mintió Cassie.

Su cuerpo temblaba descontroladamente y aún no había decidido cómo evitar que Birdie viera a Bobby así. Esperaba que la pequeña no se despertara ahora y entrara en la habitación.

Sonó el timbre de la puerta y se puso en pie de un salto.

—Están aquí. ¡Tengo que ir!

Cassie dejó caer el teléfono y corrió a la puerta de la entrada.

Dos paramédicos irrumpieron en la casa. Mientras Cassie los acompañaba a la habitación de Bobby, Nick, con el pelo revuelto como si se acabara de levantar, llegó corriendo a la puerta.

Ella le rodeó con sus brazos dándole un fuerte abrazo. Su necesidad de consuelo en aquel momento pesaba más que cualquiera de las cosas que le había dicho la noche anterior.

—Tenía la radio en la mesita de noche. Cuando he oído la dirección he venido corriendo.

Él apretó su mejilla contra el pelo de Cassie mientras la abrazaba con fuerza.

—Gracias —dijo, con la voz quebrada.

—Cassie.

La apartó y la agarró por los hombros.

—¿Dónde está Birdie?

—Todavía duerme —respondió Cassie con la mirada fija en el rostro de Nick. Sus ojos calmados le devolvieron la mirada y los pensamientos acelerados en su cabeza se ralentizaron. Se estrujó las manos—. No quiero que vea a Bobby así.

—¿Quieres ir a su habitación y quedarte con ella? Yo ayudaré a Bobby hasta que la metan en la ambulancia y luego os llevaré a las dos al hospital.

Cassie dejó que su voz tranquilizadora la envolviera y asintió sin decir nada.

Nick miró por detrás de Cassie.

—Está bien. Ahora saldrán con ella. Ve a la habitación de Birdie para que no salga.

Cassie, temerosa de romper el contacto con la presencia física de Nick, vaciló un momento cuando él la acompañó por el pasillo y entró a hablar con los paramédicos. Recobrando la compostura, se metió andando de puntillas en la habitación de Birdie. De alguna forma, la niña era capaz de dormir con todo aquel jaleo.

—Birdie.

Cassie agitó su pequeño hombro.

—Birdie. Es hora de despertarse. Nick está aquí y nos va a llevar al hospital. A lo mejor te lleva al parque mientras yo voy con Bobby a ver al doctor.

Al oír el nombre de Nick, los ojos de la niña se abrieron de golpe.

—¿Nick está aquí?

Saltó de la cama y fue corriendo a su mesita de juguete.

—Voy a llevar una bolsa con ceras y libros, ¿vale, mami?

—Es una gran idea.

Cassie se movió para ponerse junto a la puerta. Cuando los paramédicos sacaron a Bobby en la camilla por la puerta de la entrada, se tuvo que poner una mano en la boca para contener los sollozos.

Nick cerró la puerta, se dio la vuelta y la miró.

—Solo unos minutos más para darles tiempo a salir a la calle —

le dijo en voz baja.

Cassie asintió, cerró la puerta y se volvió a su pequeña.

—Explícame lo que estás metiendo en la bolsa.

Eran las mismas palabras que le había dicho a Bobby para tranquilizarla. Logró sonreírle a su hija mientras la sirena de la ambulancia chillaba fuera de la casa.

28. Katya

Ucrania, febrero de 1933

Katya se acurrucó en torno al cuerpo de Halya, haciendo todo lo posible por mantener a la bebé caliente bajo el montón de mantas. El frío, una fuerza constante, no se podía mantener a raya con la pequeña lumbre y Katya echaba de menos el calor de su hermana o de Pavlo, acurrucado detrás de ella.

Katya hablaba con Halya mientras sostenía una foto de ella y Alina del día de la boda de Olha y Boryslav.

—Ves, Halya, esta es tu madre. Ella era la chica más bonita del pueblo y tú eres igual que ella.

La foto temblaba en la mano de Katya. «Hermanas para siempre». Cuando cerraba los ojos, podía oír la voz clara de su hermana pronunciando aquellas palabras.

—Hermanas para siempre —susurró Katya.

Los grandes ojos de Halya miraron fijamente la fotografía. Ahora casi tenía catorce meses, aunque no lo parecía. Katya le cantaba canciones, le explicaba cuentos y hacía todo lo posible por animar el mundo de Halya, pero seguía preocupándole que no fuera suficiente. Halya no gateaba ni andaba, y solo balbuceaba palabras sin sentido, pero, a veces, cuando Halya sonreía, aparecían en su cara pequeños destellos de Alina. Katya vivía por la alegría que le proporcionaban esos momentos y sabía que Kolya sentía lo mismo. Su amor por Halya, patente en la manera en que la mecía para dormirla y le hacía cosquillas para hacerla reír, era lo que le permitía a Kolya seguir adelante. El Estado les había quitado tanto, pero su amor sobrevivía, incluso en los momentos más oscuros.

Unos golpes en la puerta interrumpieron el silencio y Lena irrumpió en la casa con la cara roja llena de lágrimas y un bebé

diminuto en los brazos.

—¡Lena! ¿Qué pasa?

Katya remetió las mantas alrededor de Halya y se puso un chal en los hombros. Acercó una silla al *pich* e hizo sentar a su prima en ella. Kolya puso uno de los valiosos pedazos de madera del granero en el *pich* y reavivó el fuego.

—Tenía que venir aquí. No podía ir a casa.

En lugar de sentarse, caminaba de un lado al otro de la estancia.

—¿De dónde has sacado a esta criatura?, —preguntó Kolya.

Su pelo, despeinado porque se acababa de levantar, le recordaba a Katya tanto a Pavlo que sintió una punzada de añoranza. Tuvo que apartar la mirada para ordenar sus pensamientos.

—Lo he encontrado. He ido al pueblo para intentar trocar comida y lo he oído llorar en una casa por donde he pasado. Toda la familia estaba muerta. Madre. Padre. Dos otras criaturas. La madre muerta lo tenía en sus brazos en la cama. Si no lo hubiera encontrado en aquel momento, él también habría muerto.

Katya echó una ojeada al bebé que Lena tenía en brazos. Por su tamaño diminuto, calculó que no podía tener más que un par de meses. Estaba envuelto en mantas que solo permitían ver unos ojos que asomaban en una cara demacrada. Ucrania ya no producía bebés sonrosados, de mejillas regordetas.

—¿Y por qué has venido aquí?, —preguntó Kolya.

Lena bajó la mirada.

—No puedo cuidar de un bebé. Y vosotros ya tenéis a Halya aquí, y he pensado que sería más fácil…

Miró a Katya y su voz se fue apagando.

Katya cerró los ojos y vio el minúsculo zapatito negro sobresaliendo bajo la pila de leña. Se estremeció y se apretó el chal.

—Acogeremos al bebé.

—¿Qué? Katya, no sé cómo vamos a cuidar de otro bebé.

Kolya miró a Halya.

—Apenas podemos mantener a la nuestra.

—¡La amáis!, —lloró Lena—. Eso es lo más importante. Aquí. Tómalo en brazos.

Lena le empujó el bebé a Katya, que sintió un desgarro en su vientre. Este bebé liviano le recordaba tanto a Viktor. Le tocó la suave mejilla y él la miró con sus grandes ojos azules.

Lena se limpió la nariz y se dirigió hacia la puerta antes de que Kolya pudiera protestar ni preguntarle más cosas.

—Gracias, Katya. Sin duda, eres hija de tu madre. Debo irme antes de que Ruslan se dé cuenta de que he estado fuera demasiado tiempo.

El bebé gimoteó suavemente y Katya se quedó sin aliento. Se le hizo un nudo en la garganta de la emoción. Su mente racional le advirtió que era mala idea. Ya había perdido un bebé y ahora tenía a Halya, a quien cuidaba como si fuera suya. Pero una parte de ella que había muerto regresó a la vida al mirar a la dulce criatura. ¿Cómo no iba a intentar salvar a un bebé que se parecía tanto al suyo?

Durante tres semanas, alimentó a los dos bebés. Su propia leche había desaparecido hacía tiempo, de modo que preparaba unas gachas aguadas con raíces de espadaña, bellotas y corteza de árbol. Algunos días, Kolya regresaba con algún animal que había caído en las trampas y Katya hacía un caldo de carne para los bebés. Pero la caza era cada vez más difícil de conseguir. Los días se alargaron hasta que pasó una semana desde la última vez que habían tomado un caldo o carne.

Kolya entró en la casa con las manos vacías.

—Otra vez nada.

—No quiere comer nada.

Katya dejó al bebé —que había bautizado Denys, como su primo pequeño— y cogió a Halya. La niña lamió con ganas las gachas que Denys no había querido.

—Me temo que su cuerpo ya no lo puede procesar.

Kolya no respondió. A pesar de los esfuerzos, el bebé se debilitaba a ojos vistas. Katya hizo un gesto de dolor al ver su intento de sonrisa: sus labios delgados se curvaron brevemente hacia arriba, formando más una mueca que una risa. Su cabeza grande se bamboleó por el valeroso esfuerzo, pues su cuello ya no era suficientemente fuerte para sostenerla. Exhausto, se echó sobre la almohada, demasiado débil incluso para llorar.

—¿Quizás podrías pedir otra vez un poco de leche de cabra en la cooperativa?, —sugirió Katya.

—Lo he intentado esta mañana.

Se sentó a la mesa.

—Se han reído en mi cara.

—Solo necesitamos salir adelante hoy. Mañana todo irá mejor —murmuró Katya con la boca en el pelo de Halya.

—¿Qué has dicho? ¿Qué mañana todo irá mejor? ¡Bah!

Kolya resopló asqueado.

—¿Qué podría pasar mañana? ¿Que nos den un pedazo de pan por un día de trabajo duro? ¿O que quizás no vengan a quitarnos la comida de la mesa?

Se pasó el dorso de la mano por los ojos y su voz se redujo a un susurro entrecortado.

—¿Que nos devuelvan a nuestros cónyuges?

Katya se echó atrás cuando la verdad de sus palabras la atravesaron.

—Debemos intentar mantener viva la esperanza.

—Mi esperanza ha muerto —dijo Kolya en un tono monótono y sin vida—. Mañana nada irá mejor. Irá probablemente peor, si es que sobrevivimos.

Katya dejó a Halya, ahora dormida, y cogió en brazos a Denys. No podía soportar dejarlo solo en su estado. Su respiración rápida y burbujeante reverberaba en sus oídos y la miraba implorante, como si le pidiera que de alguna manera lo salvara. Katya sintió escozor en sus ojos y parpadeó.

—Katya, tienes que darte cuenta de que este bebé ya estaba enfermo y muriéndose de hambre cuando Lena lo trajo aquí.

Kolya echó un vistazo al bebé que tenía al hombro.

—No tenía ninguna posibilidad.

—Quizás —dijo ella meciéndolo suavemente de un lado a otro, intentando dormirlo. Si se dormía, al menos no notaría el dolor que debía de estar sufriendo. Así ella podría fingir que todo iba bien.

Kolya la miró y en su cara era evidente la preocupación.

—Esto no es bueno para ti.

—¡No soy yo la que estoy preocupada!, —gritó Katya—. ¡Es por Viktor!

—Querrás decir Denys —respondió en voz baja.

Una oleada de lástima desbordó a Kolya y Katya se ruborizó.

—Por supuesto, Denys. Estoy cansada. Eso es todo.

—Sí. Porque te estás agotando por cuidar a este niño adicional que nunca ha tenido posibilidades de sobrevivir. Deberías poner todo tu empeño en Halya, no en él. Ya estaba medio muerto al llegar aquí. ¿Qué te hace pensar que puedes resucitarlo cuando apenas somos capaces de mantenernos con vida?

Ella miró a Kolya y continuó meciendo al bebé.

—¿Y qué clase de gente seríamos, Kolya? ¿Qué clase de gente seríamos dándole la espalda a un niño, dejándole morir de hambre sin tan siquiera intentar salvarle? No lo haré. Yo no seré esa clase de persona.

Kolya negó con la cabeza, pero, en lugar de responder, le dio la espalda.

—Salgo otra vez a buscar alguna presa. No puedo soportar quedarme aquí a mirar cómo te vuelcas en él sabiendo que va a morir.

Cogió su abrigo y salió dando un portazo que despertó a Halya.

Sintió un fogonazo de indignación. Puede que Kolya no fuera suficientemente fuerte para cuidar de este diminuto niño que tanto sufría, pero ella sí, y haría todo lo posible por darle consuelo.

Katya se sentó junto a Halya y acarició la mejilla de la niña con su mano libre. Se contuvo de decir palabras amargas y forzó una sonrisa vacilante.

—Tato volverá enseguida. Ha ido a buscar comida. ¿Y si te cuento otra historia?

Katya se acurrucó junto a los dos frágiles bebés. Si no le podía dar alimento a ninguno de los dos, les daría todo el amor que tenía. Eso sí que podía hacerlo, a pesar de que, en el fondo, sabía que no era suficiente.

Halya hizo un pequeño sonido que Katya tomó por un sí.

—Bien, veamos.

Arregló las mantas alrededor de ellos y se aseguró de que cada criatura tenía suficientes para mantenerlos calientes.

—Sé la historia perfecta. Te gustará, Halya. Quizás también le gustará a Denys.

Katya notó un movimiento mínimo cuando Halya asintió.

—Es sobre dos niñas a las que les gustaba hacer pasteles de

barro.

Katya cantaba una canción que su madre solía cantarle a ella y Alina cuando eran niñas. No se le ocurrían otras canciones, de modo que seguía cantando la misma una y otra vez. No recordaba cuándo había empezado a cantar, ni durante cuánto tiempo. Sencillamente, cantó hasta que su voz se fue disipando y no era más que un susurro. Parecía que a los bebés les gustaba mucho, de modo que no podía parar.

Kolya entró en la casita pisoteando para desprenderse de la nieve en su calzado. En algún lugar de su cerebro, Katya registró aquel sonido, pero no respondió. Siguió cantando para Halya. Para Denys. Para Viktor.

—¡Katya, tengo carne! A lo mejor los bebés pueden comer algo de caldo.

Katya siguió cantando.

—¿Katya?

Ella lo oyó acercarse y sintió su mirada. Sin embargo, ella seguía cantando. Él alargó la mano y apartó las mantas.

—Oh, Katya. Lo siento.

Se le quebró la voz.

Ella siguió cantando.

—Katya.

Él la agarró por el brazo y la agitó.

—¡Katya!

Ella le oía, allí, a su lado, llamándola por su nombre una y otra vez, pero parecía tan lejos y tan poco importante. Lo importante era que ella cantara la canción para los bebés. La necesitaban ahora y ella no iba a decepcionarles.

La cama se hundió un poco cuando Kolya se sentó junto a ella. Intentó sacarle las criaturas, pero Katya sujetó con fuerza a cada uno, uno frío y la otra caliente, y cantó más fuerte. Su voz sonaba como un profundo gruñido que ella ya no reconocía.

Forcejearon, él intentando sacarle lo que Katya había intentado arreglar, hasta que finalmente, Kolya se alejó. No supo cuánto tiempo estuvo allí cantándole al cuerpo muerto de Denys. Horas. Días. Marcadores sin sentido de su dolor. Cuando su voz finalmente

cedió, dejó que la verdad la inundara. Se había ido, había dejado morir a otra criatura.

—Has parado —dijo Kolya con evidente alivio en su voz ronca —. ¿Katya?

—Se ha ido, Kolya.

Sus palabras brotaron como un balbuceo áspero. Sintió el cuerpo de Denys, rígido y frío, como un peso aplastante en su pecho. Le pasó la mano por su carita pálida.

—Lo sé. Toma agua.

Le puso una taza de agua en los labios y ella dio sorbos. El agua caliente alivió su garganta dolorida. Él dejó la taza y le cogió el bebé de los brazos.

—Siento haberte dejado de aquella manera.

Cuando él puso a Denys en la otra cama, Katya arrastró las piernas hasta el suelo.

—¿Dónde está Halya? ¿Está viva? ¡Dímelo!

Ella intentó ponerse en pie, pero sus piernas no eran capaces de aguantarla. Kolya la agarró cuando caía y la sentó en la cama junto a él.

—Halya sigue viva. Hemos perdido solo al niño. Toma, bebe esto.

Alargó la mano y cogió otra taza, rodeó con sus manos las de Katya y la ayudó a llevársela a la boca. Los ojos de Katya se abrieron como platos, sorprendida por la suculencia del caldo de carne que dio vueltas en su boca y llenó su vientre vacío.

—¿De dónde has sacado la carne?

Kolya no vaciló.

—Era de una rata que estaba en los contenedores de grano.

La saliva se acumuló en su boca.

—¿Quizás puedas encontrar más?

—Incluso los ratones y las ratas escasean últimamente, pero lo intentaré. Siento haber llegado tarde para salvar al niño. Tenías razón. No somos esa clase de gente.

Y bajó la cabeza, avergonzado.

Katya engulló el caldo mientras Kolya la sostenía. La corpulencia cálida y sólida de su cuerpo la acunó mientras ella luchaba por regresar al mundo. Cuando lo hubo bebido todo, él la hizo echarse de nuevo en la cama, la tapó con las mantas y se quedó sentado

cogiéndole la mano. Sus dedos ásperos masajearon su maltrecha mano izquierda hasta que se quedó dormida, no sin antes oírle decir:

—Por favor, Katya. Sal adelante hoy. Mañana todo irá mejor.

Enterraron a Denys cerca de la casa, bajo un sauce, demasiado cerca para que la gente se atreviera a venir. Los perros que habían escapado de ser comidos por los vecinos o de ser disparados por el Estado corrían en estado salvaje y no se acercaban a los humanos por miedo a acabar convirtiéndose en alimento. La mayoría vivía de los cuerpos de los muertos esparcidos por la campiña.

Kolya, que había mostrado desdén y duda cuando acogieron al bebé, trabajó como loco durante horas cavando el suelo congelado para hacer un hoyo lo suficientemente profundo y asegurarse de que permaneciera inalterado. Requirió la poca fuerza que le quedaba y, al final, Katya tuvo que obligarle a parar antes de que se derrumbara.

—No tienes la energía suficiente para trabajar de esta manera —dijo—. ¿Por qué te esfuerzas tanto por una criatura que ni siquiera querías?

Él la miró con cara de contrariedad.

—Que pensara que no podíamos salvarle no significa que sea un cabrón desalmado.

—¡Nunca he dicho eso!

Katya lo miró perpleja por la sorpresa.

—Solo es que me sorprende.

Él gruñó y siguió cavando.

—Trabajar me ayuda a no pensar en otras cosas.

—Trabajar así es lo que te matará.

Se acercó a él y le puso la mano en el brazo.

Jadeando, Kolya se detuvo al notar su roce y siguió con la mirada en el suelo.

—No ha sido culpa tuya, Kolya.

—No estoy apenado por el niño.

Levantó rápidamente la mirada para encontrarse con sus ojos.

—Siento que no hayamos podido ayudarle, pero no es por esto que estoy enfadado.

Katya se estremeció al ver el franco dolor en su rostro y, antes de poder contenerse, levantó la mano y atrapó una lágrima rodando por la mejilla de Kolya.

Él agarró su mano y la apretó contra su pecho con tanta fuerza que Katya notó su corazón acelerado a través de la camisa.

—Cuando no te podías levantar de la cama. Como Alina. Pensé…

Su voz se quebró.

—No puedo hacer esto solo, Katya.

Katya se quedó sin aliento, y por un brevísimo instante, se preguntó cómo sería amarle a él de la manera que había amado a Pavlo. Compartir una vida con él como su esposa y no solo sobre el papel. Tocarle, ser tocada por él, y sentir el calor del deseo emerger de nuevo dentro de ella.

Entonces, la máscara de indiferencia estoica volvió al rostro de Kolya, que soltó su mano como si le hubiera quemado.

—He de terminar esto —dijo con la cara ya vuelta hacia la tumba.

Katya se quedó con la boca abierta y se alejó con su mano temblorosa ahora apretando su propio pecho palpitante.

29. Cassie

Illinois, junio de 2004

—Es posible que se recupere, pero los próximos días son cruciales. No quiero darles falsas esperanzas. Un ataque al corazón a su edad es a menudo fatal.

El médico, un hombre mayor, calvo, hablaba de manera entrecortada y rápida.

—Es obvio que se trata de una mujer muy fuerte para haber llegado hasta aquí.

—No tiene usted idea.

Cassie echó un vistazo a Bobby. La luz estridente del hospital resaltaba cada arruga e imperfección de su pálida piel. Las máquinas emitían pitidos alrededor de ella y una cánula nasal le insuflaba aire por la nariz. No se había despertado desde que le habían puesto un *stent* en el corazón aquella misma tarde.

—¿Cree que va a recuperar la conciencia pronto?, —preguntó Anna.

—Eso esperamos, pero no hay manera de saberlo con seguridad.

Cassie bajó la vista y miró sus manos, agradecida a Nick por mantener a Birdie ocupada en casa. La niña todavía no había visto a Bobby, pero había estado preguntando por ella.

—Las pondré al día en cuanto sepamos más.

El médico les dedicó una sonrisa compasiva y salió de la habitación.

—Cassie, ha sido un día largo —dijo Anna—. ¿Por qué no coges mi coche y vas a casa para estar con Birdie? Yo de momento me quedaré aquí. Si quieres venir mañana, no turnamos.

Cassie se frotó los ojos con las manos. Sentía rigidez en los brazos.

—De acuerdo, me parece bien. Pero te sustituiré definitivamente mañana por la mañana.

Se inclinó a besar a Bobby y luego a su madre en la mejilla.

—Te llamaré en un par de horas.

Regresó a casa como en piloto automático. Allí se encontró a Nick con una boa de plumas alrededor del cuello, lo que parecía colorete en las mejillas y la mitad de las uñas pintadas. Estaba sentado pacientemente en la mesa mientras Birdie trabajaba en las restantes uñas. A pesar de su última conversación con él, su corazón se hinchió de afecto por este hombre que se sometía a un tratamiento completo de maquillaje y manicura para tener contenta a su hija.

—Mira qué guapo estás —dijo Cassie conteniendo la risa.

—¿Tú crees? Birdie piensa que Rosa de Verano es un buen color para mí —dijo agitando su mano libre para mostrar las uñas.

—Es perfecto. Resalta tus ojos.

Cassie ya no pudo evitar reírse.

—Lo siento, creo que el estrés ha podido conmigo.

Cuando finalmente fue capaz de controlar la risa, se enjugó las lágrimas y suspiró.

—Gracias. Lo necesitaba.

Nick puso cara de indignación.

—Bueno, me alegro de que te hayas podido reír a expensas mías. Birdie, creo que no sabe apreciar el trabajo que has puesto en mí.

—Mami, esto no es fácil —coincidió Birdie con seriedad mientras terminaba de pintar el meñique de Nick—. Se mueve mucho.

Cassie volvió a reír.

—Gracias —gesticuló con la boca por encima de la cabeza de Birdie.

Nick le guiñó.

—¿Cómo está?

—Igual.

Cassie se frotó la nuca y suspiró.

—Birdie, ¿por qué no vas a cepillarte los dientes? Iré enseguida a arroparte.

Birdie salió saltando de la cocina y Nick se desenrolló la boa de plumas del cuello.

—Cassie, ¿podemos hablar?

Cassie dejó caer su cuerpo cansado en una silla.

—No hay nada de que hablar. Te estoy muy agradecida por tu ayuda, pero lo que dije anoche iba en serio. Eres un gran tipo y mereces más que un desastre de mujer que no es más que mercancía dañada. No te puedo hacer esto.

—No te preocupes por mí. Sé exactamente en qué me meto contigo y es lo que quiero. Todo. A ti, tu dolor, a Birdie, todo. Tu pérdida forma parte de quién eres.

Nick retorció la boa entre sus grandes manos.

—Mira, sé que solo han pasado un par de meses, pero han sido los mejores de mi vida. Me siento muy cómodo contigo, como si te conociera desde siempre. Puede parecerte una locura que ya te diga esto, pero…

Vaciló y el tormento que padecía empañó sus ojos hasta que se tornaron gris oscuro.

—Creo que me estoy enamorando de ti.

El suelo se derrumbó bajo los pies de Cassie y todos los muros que había levantado con tanto cuidado alrededor de ella temblaron con la fuerza de la admisión de Nick. Se llevó las rodillas al pecho y se meció en la silla.

—Oh, Nick, yo no…

Él lo dejó estar.

—Lo siento. No debería haberte soltado esto ahora y no es necesario que digas nada. Pero necesito que sepas que esperaré todo el tiempo necesario hasta que estés lista, porque vale la pena esperarte. No hay nadie más para mí.

De nuevo brotaron lágrimas de los ojos de Cassie y bajó los pies al suelo.

—No digas esto, Nick. Enterarme de todo lo que perdió Bobby me ha destrozado. ¿No lo entiendes? Me ha llevado de vuelta a tocar fondo. No puedo arriesgarme a abrirme de nuevo a ese dolor. No me puedo arriesgar a amarte y perderte.

—Katya lo hizo —dijo en voz baja Nick. Sacó el diario de la caja que seguía en la encimera y se lo puso delante—. Sé que todavía no hemos descubierto la historia entera, pero sabes que ella se volvió a enamorar. Se abrió. Se arriesgó a sufrir dolor. Y, a cambio, tuvo un matrimonio maravilloso con tu abuelo y una familia que la quiere.

Nick se acercó y le tomó las manos.

—Puede que lo hubiera perdido todo, pero nunca dejó de luchar. Déjame ayudarte a luchar, Cassie. Déjame amarte.

Cassie miró fijamente a Nick mientras la arrollaba una ráfaga de pensamientos y emociones. Su corazón deseaba esto tanto, pero su mente le advertía que sería un error fatal. La mirada de Nick se clavó en sus ojos y este se llevó las manos de Katya a los labios.

—Por favor, Cassie. Dame una oportunidad.

—¡Mami!

El grito de Birdie los interrumpió.

—Será mejor que vaya a ver qué hace.

Apartó las manos del cálido apretón y se levantó sobre sus vacilantes piernas.

—Por supuesto.

Nick estaba desconcertado. La emoción en su cara le resultó devastadora a Cassie.

Se apartó de él con el corazón palpitándole en los oídos, luego se dio la vuelta y fue corriendo al dormitorio de Birdie. Intentó, y fracasó, hacer a un lado sus confusas emociones cuando, sentada en el borde de la cama, acarició el pelo enredado de Birdie.

—¿Qué pasa, cielo?

—Alina ha dicho que tenemos que ir pronto. He de decirle a Bobby lo que Alina quiere que le diga antes de que se vuelva a dormir.

Birdie tiró del brazo de Cassie.

—¡Por favor, llévame ahora!

—Cielo, los médicos no saben cuándo despertará. No podemos ir ahora.

—Se va a despertar. ¡Alina me lo ha dicho!

La voz de Birdie adquirió un tono frenético.

Cassie apretó los dientes. Esta noche no podía lidiar con esto, además de todo lo otro.

—Birdie, tienes que parar con todo este asunto de Alina. Sé que Bobby te ha contado historias sobre Alina, pero ella no está aquí. Ahora es demasiado tarde para ir a visitar a Bobby, pero te lo prometo, mañana a primera hora te llevaré. Ahora intenta descansar.

—Pero ¡mami, tengo que ir! Alina necesita que yo vaya.

—¡No!

Este tono cortante y desconocido en la voz de Cassie acalló el alboroto de Birdie. Cassie se masajeó las sienes y suspiró.

—Lo siento. No quería gritarte. Estoy muy cansada y estoy segura de que tú también. Vamos a dormir y hablaremos mañana, ¿de acuerdo?

Cassie arropó a su hija con las sábanas, pero ella se apartó y se volvió hacia la pared.

—Te quiero, Birdie.

—Yo también te quiero.

Su respuesta apagada no denotaba el habitual entusiasmo.

Cassie cerró la puerta y apoyó la cabeza contra ella. La madera fría fue un alivio temporal al calor de sus muchos fracasos.

—¿Está bien?

Cassie se sobresaltó y se dio la vuelta. Nick estaba al principio del pasillo, mirándola.

—Está muy cansada. Cree que Bobby está despierta y quiere que la lleve ahora al hospital. Dice que Alina le tiene que decir algo a Bobby.

—Quizás sea verdad —dijo Nick.

Cassie se frotó la cara con las manos mientras se dirigía hacia la sala de estar.

—Ya no sé qué pensar.

—No debería haber dicho eso. Esta noche estoy en racha.

Nick se pasó las manos por el pelo.

—Siento lo de antes. Ya tienes suficientes problemas. No era mi intención complicarte las cosas y soltarte lo de mis sentimientos hacia ti.

Cassie se desmoronó en el sofá.

—Ahora mismo me siento tan confundida y exhausta que apenas soy capaz de funcionar. No te puedo dar ninguna respuesta, Nick.

Nick asintió.

—Lo entiendo. No quiero presionarte, Cassie. Me voy.

—Espera.

A Cassie le tembló la voz cuando el peso de todo lo que había ocurrido le cayó encima. No sabía lo que quería para el futuro, pero sabía que se sentía mejor cuando él estaba cerca. Y ahora mismo, necesitaba toda la ayuda disponible.

—Sé que no debería pedírtelo, pero ¿puedes quedarte conmigo? ¿Solo un ratito? Voy a esperar despierta para asegurarme de que Birdie se duerme.

—Siempre.

Se sentó a su lado en el sofá y ella se acurrucó contra él. Se sintió culpable al ver las emociones contradictorias en la cara expresiva de Nick, pero cuando él la abrazó con fuerza, Cassie suspiró aliviada. El corazón de Nick, constante y fuerte, marcaba el paso en su oído, tranquilizando su alma herida.

—Haces que me sienta mejor —susurró ella.

—Me alegro.

Su voz ronca vibró en su pecho y le hizo cosquillas.

Cassie se esforzó por mantener abiertos sus desfallecidos párpados, pero se dejó arrastrar por el peso de aquel día. Lo último que recordó fue a Nick remetiendo una manta alrededor de ella.

30. Katya

Ucrania, marzo de 1933

Denys no era su hijo. No debería haberle importado tanto. Katya se decía aquello una y otra vez, pero eso no la ayudaba a levantarse de la cama. Perder a Denys había abierto todas las cicatrices de la muerte de Viktor que había enterrado e ignorado en su esfuerzo por sobrevivir.

Nada, excepto la cercanía de Halya, parecía tener ya importancia. Sin ella, Katya se habría rendido y muerto. Halya era lo único que le quedaba y Katya no podía fallarle como había fallado a todos los demás.

—¿Por qué no vienes conmigo a buscar madera a la casa de mis padres? Podemos desmantelar lo que queda de los muebles para hacer leña.

La voz de Kolya atravesó el sudario de su tristeza.

—Puede que te siente bien salir de casa.

Ella lo miró y vio las sombras negras difuminadas bajo sus ojos y los hombros que cargaban con su agotamiento y se forzó a asentir. Una chispa de alivio se hizo visible en la cara de Kolya antes de darse la vuelta.

Pensó en el momento que habían compartido cuando él cavaba la tumba de Denys y una extraña sensación le oprimió el pecho. Un nudo de incertidumbre que retorcía y tiraba de su mente en diferentes direcciones. Durante un terrorífico instante, no fue capaz de recordar la cara de Pavlo. Solo la de Kolya. Un grito reprimido escapó de su boca antes de poder ahogar su pena, y provocó que se quedara sin aliento.

«Para —se reprendió a sí misma Katya—. Limítate a hacer lo que debes hacer».

Se levantó con esfuerzo de la cama y se vistió. Luego hizo con un pedazo de tela un canguro que se pasó por los hombros y metió a Halya en la cálida bolsa donde podría descansar cómoda contra el cuerpo de Katya. Se puso el abrigo sobre la bebé envuelta y se aseguró de que Halya pudiera respirar antes de salir afuera. La pequeña, caliente y a salvo, puso su manita sobre el pecho de Katya y suspiró.

Le dolían las piernas al moverlas. Gruesas e hinchadas, le ardían como si docenas de agujas le pincharan a cada paso. Era extraño que se le inflamaran cuando el resto de ella se reducía. No habían empezado a agrietarse ni supurar como las de su madre o la señora que habían visto en la tienda *Torgsin*, de modo que supuso que tenía suerte. Tener suerte significaba en aquellos días tener unos estándares muy bajos.

La nieve alumbrada por la luna iluminaba el mundo, las estrellas brillaban, y, por un instante, embelesada por aquella bella noche, el atisbo minúsculo de una sensación que apenas reconoció se coló por una grieta en su alma rota. Maravilla. Bajo el cielo iluminado, Katya casi pudo olvidar el horror en que vivía. Pudo casi imaginar la vida como era antes de que Stalin enviara a sus hombres a destruirles.

Entonces miró carretera abajo y vio la granja abandonada y todo volvió a su memoria como un puñetazo en el estómago. ¿Cómo podría olvidar jamás, incluso por un instante, lo que había perdido? Merecía cargar con este dolor, sentirlo siempre. Había sobrevivido. Ellos no. La grieta en su armadura se cerró y ella se curtió.

Respiró hondo al entrar en la casa, recibiendo de buena gana el torrente de pérdida que la asaltó. Todo estaba hecho un desastre. No habían sido los únicos en ir en busca de pertenencias y leña.

—Ha venido gente.

Kolya sacudió la cabeza. Señaló la cama donde había muerto Pavlo.

—Voy a desmontar el marco de la cama. Empieza a recopilar toda la madera suelta que puedas. Necesitaremos llevarnos tanta como podamos antes de que desaparezca del todo.

Katya deambuló sin rumbo fijo. Sus ojos veían, pero no registraban nada. Tenía la mente confusa y espesa. ¿Era eso otra señal de inanición? ¿Cuántos días habían pasado desde que había comido por última vez?

Un destello de luz se reflejó en el farol que había traído y le llamó la atención. Un espejo yacía medio escondido bajo una almohada en la otra cama. Katya levantó el pesado elemento decorativo, sorprendida de que no se lo hubieran llevado los ladrones. Se miró en él y una desconocida le devolvió la mirada. Normalmente era capaz de verse por debajo del cuello, ver que le sobresalían los huesos por todas las partes de su cuerpo, como si fuera un esqueleto viviente, pero no se había visto la cara en mucho tiempo. Los pómulos se proyectaban sobre su pálida piel, sus labios estaban secos y agrietados. Tenía unas manchas color morado oscuro bajo los ojos, que ahora parecían enormes. Sin aliento, soltó el espejo sobre la cama.

—¿Qué ocurre?, —le preguntó Kolya.

—Nada —dijo ella rápidamente—. Nada que tenga ya ninguna importancia.

Katya sonrió amargamente y su labio inferior se agrietó por aquel movimiento forzado. ¿Qué importaba ahora su orgullo? Debería haberse esfumado tiempo atrás. Quizás cuando había comido lombrices que había escarbado en el jardín mientras buscaba patatas pasadas, o cuando había hervido un viejo pedazo de cuero para hacer sopa.

Suspiró, asqueada, y le dio la vuelta al espejo.

—Sigues siendo bella, ¿sabes?

Katya se sobresaltó al oír la voz de Kolya tan cerca de ella; luego soltó una carcajada ronca.

—Eres muy amable al decirlo, pero ninguno de los dos tiene buen aspecto ahora.

Kolya se sentó en la cama, junto a ella.

—No, pero tú tienes una belleza interior y una fuerza que siempre te hará brillar.

El rostro de Katya se animó ante su mirada dulce y abrió la boca para responder, pero antes de que se le ocurriera nada que decir, él se levantó rápidamente y se alejó de ella. Katya lo miró alejarse sin estar segura de haber imaginado la conversación, y el nudo en su pecho volvió a estrecharse.

Los primeros signos de primavera aparecieron apenas unas semanas

después de la muerte de Denys, y le tomó a Katya todo ese tiempo para verse capaz de escribir en el diario acerca de su existencia. Apenas apretaba el lápiz, ahora tan pequeño que tenía que pellizcarlo entre solo dos dedos, para ahorrar mina.

Casi lleno, el diario que Pavlo le había dado contenía todo aquello de lo que había sido testigo, todo lo que había perdido. Escribir la tranquilizaba de una manera que no sabía explicar, y lo hacía religiosamente, como si preservar a sus seres queridos sobre papel significara que no estaban realmente muertos.

Kolya se acercó por detrás y le tapó la luz que entraba por la ventana.

—Deberíamos presentarnos en la cooperativa.

Echó una ojeada al diario y luego apartó la vista, como si temiera volver a vivir lo que allí dentro se documentaba. Al no responder, Kolya prosiguió:

—Quizás tengan comida para nosotros, para que podamos ganar fuerza antes de que nos hagan trabajar en la siembra de primavera.

—No creo que les importe nuestra fuerza —dijo Katya.

En una vida anterior, cuando todos a quienes amaba estaban vivos, aquel paseo le resultaba muy rápido. En su estado actual, Katya dudaba que pudiera llegar siquiera a salir del jardín.

—No obstante, creo que deberíamos intentarlo. En cualquier caso, necesitamos salir de esta casa, o nos volveremos locos. Todas las casas que tenemos cerca están vacías. A veces, parece como si fuéramos las únicas personas vivas en el mundo.

—Está bien —accedió Katya. Guardó su diario y se puso el abrigo, metiendo a Halya por dentro.

Katya se concentró tanto al poner un pie delante del otro cuando chapoteaban por el camino embarrado que, antes de darse cuenta, habían prácticamente llegado a la casa de Lena y Ruslan.

—Tendríamos que ver si están bien. —Kolya cruzó la verja, pero Katya no se atrevió a ir más allá.

—Esperaré aquí —dijo cuando Kolya llegó a la puerta y llamó. El sonido retumbante rompió el vacío silencioso de aquel día.

—¡Lena! ¡Ruslan!

Al no responder nadie, Kolya empujó la puerta, pero en lugar de entrar, dio un paso atrás. Lanzó una mirada a Katya mientras se tapaba la nariz con el codo y entraba en la casa. Cuando el olor a

muerte flotó afuera, Katya entendió que no habían sobrevivido. Los actos desesperados y malvados de Ruslan no les habían salvado. Quizás les habían condenado.

Kolya no tardó en salir, sacudiendo la cabeza.

—Están muertos. Los dos.

Se quedó callado un momento, esperando una respuesta, pero Katya no fue capaz de sentir nada sino alivio por no tener que enfrentarse a Lena y Ruslan y su terrible secreto.

—¿Cómo ha sido?, —preguntó finalmente Katya.

Kolya la estudió, como valorando si decirle la verdad o no.

—Ella se ha ahorcado y parece que él fue apuñalado.

Kolya miró a la casa.

—Oí rumores sobre Ruslan. Él…

Ella levantó la mano.

—No quiero hablar de esto. Ya está hecho.

Él tensó la mandíbula, luego asintió.

—Lo siento, Katya. Sé que hubo un momento en que teníais una relación muy estrecha.

—Sí. Pero parece que fue hace toda una vida.

Debería haber sentido más compasión por la muerte de Lena. Pero no la sentía. Era insensible a una pérdida tan insignificante después de tantas importantes.

Kolya quiso ver si podían encontrar a alguien más con vida, de modo que llamó a las puertas de las casas que iban pasando. En unas pocas había supervivientes apenas vivos, igual que ellos, pero la mayoría estaban vacías. Algunas casas estaban deterioradas y en estado ruinoso, abandonadas a la fuerza por sus dueños durante las primeras oleadas de la deskulakización. Otras casas, aún en pie, servían de tumbas llenas de cadáveres: madres y niños, ancianos y jóvenes. Tantos muertos.

En una casa, una mujer colgaba de las vigas. Sus cuatro hijos muertos estaban colocados en la cama grande vestidos con sus mejores ropas. Katya conocía a la familia. El marido había sido deportado el año anterior después de que el caballo que había usado para gradar el campo colectivo quedara cojo y el Estado lo acusara de sabotear la propiedad del gobierno.

A la mayoría de la gente la encontraron congelada en el mismo lugar donde habían fallecido: los hogares donde habían sido felices

eran ahora su lugar de descanso final. Algunos, que se habían desplomado de agotamiento, yacían en el suelo. Otros, suficientemente lúcidos para saber que el fin estaba cerca, se habían puesto sus mejores ropas antes de expirar. Había niños muertos en los brazos de sus madres. Parejas de ancianos abrazados en sus camas. Familias enteras yacían en ruinas, derrotadas por la hambruna forzada de Stalin, tal como la había planeado.

—¿Cómo hemos sobrevivido a esto?, —preguntó Katya—. Tantos no lo han hecho. ¿Por qué nosotros?

—A veces pienso que ellos son los que han tenido suerte —dijo Kolya con voz hueca.

Ella le cogió la mano. Su roce, áspero y duro, se había convertido en un ancla que la amarraba a esta fea vida. Él la agarró con fuerza. No se detuvieron en ninguna de las otras casas.

A medida que avanzaron, el sol fue ascendiendo en el cielo, calentándolos. Katya inhaló el aroma a primavera. El olor de la tierra húmeda que volvía a la vida solía llenarla de alegría. Olía a esperanza. Olía a vida. Este año, también olía a carne podrida.

Los cuerpos de aquellos que habían muerto en los campos, en las calles, en sus casas, habían estado congelados durante todo el invierno, ocultos bajo la capa espesa de nieve que había cubierto el lugar. Ahora, bajo el sol cálido de primavera, los cuerpos habían empezado finalmente a volver a ser polvo. Tantos cuerpos descomponiéndose a la vez soltaban un olor empalagoso y nocivo que invadió la nariz de Katya y penetró por todo su cuerpo hasta que pensó que nunca más volvería a oler otra cosa.

Cuando se acercaron al cuartel general de la cooperativa, el olor empeoró. Los muertos se acumulaban a lo largo del camino y manchaban los campos en diversos estados de descomposición.

—Mira.

Kolya miraba hacia el campo colectivo.

—Murieron en el campo mientras cavaban en busca de patatas podridas. Simplemente se desplomaron, allí mismo, y nadie los movió.

Katya envolvió mejor a Halya para protegerla del olor y se estremeció.

Tal como ella había sospechado, no había comida que los esperara en el cuartel general, de modo que dieron la vuelta y

caminaron fatigosamente entre los muertos desperdigados por el pueblo. La salida de hoy no había aportado más que el entendimiento de que la mayoría de sus vecinos no había sobrevivido.

Stalin debía de estar orgulloso. Los activistas y su OGPU habían hecho bien su trabajo.

Al día siguiente, Kolya irrumpió en la casa como si todo el pueblo fuera tras él.

—Tengo carne —dijo sin aliento, dando un portazo una vez dentro.

—¿Han repartido comida en la cooperativa?, —preguntó Katya con un vago tono de esperanza en la voz. No habían comido carne desde que Kolya había atrapado la rata justo después de morir Denys—. Las trampas llevan tiempo vacías. ¿O has pescado algo?

—No. Tengo carne de caballo.

—¿Cómo?, —dijo Katya, que se incorporó. Halya, echada en la cama a su lado, apenas se movió—. Vigilan a esos caballos muy rigurosamente en la granja.

—Así es. Y una vez mueren, los amontonan en hoyos y los cubren con ácido carbólico para que sean incomestibles.

Se sacó dos paquetes envueltos en tela del interior de cada una de sus botas y los puso sobre la mesa.

—He llegado al caballo antes.

Desenrolló los paquetes y dentro había largas tiras de carne enroscadas en una masa. Estaban cortadas y enrolladas lo suficientemente apretadas para poder envolver los tobillos de Kolya dentro de la bota. El estómago de Katya rugió ante semejante visión.

—No me puedo creer que vayamos a comer carne de verdad.

Katya se puso en pie y, con dolorosos pinchazos en las piernas, se dirigió hacia la sartén y luego miró por la ventana.

—Ya es oscuro. No se notará demasiado el humo. La freiré ahora.

Kolya parecía exultante y, a pesar de su gran afecto por los caballos, no mostraba señales de desesperación por comer partes del animal. Debido al poco de grano y heno, ellos también se estaban

muriendo de hambre como los demás. Y, como a todos los demás, Kolya no podía ayudarles. El Estado creía que el futuro estaba en el uso de tractores en la agricultura, de modo que no les daban a los caballos el respeto ni cuidado que merecían.

Katya encendió una pequeña lumbre en el *pich* con movimientos torpes y lentos. La última leña seca que les quedaba no haría demasiado humo, pero quería que el fuego durara lo menos posible. Los activistas habían tomado la costumbre de registrar y atacar casas cuyas chimeneas humeaban. En aquel momento, consideraban una afrenta cualquier signo de vida de los vecinos del pueblo y se aseguraban de erradicarlo.

—¿Cómo la has conseguido?, —preguntó Katya.

Kolya se detuvo a mirar cómo tiraba la carne cortada en la sartén. Relamiéndose y apartando la vista, prosiguió:

—Ahora soy el único que trabaja en los establos, de modo que los guardas apenas se molestan en controlarme. Cuando el caballo murió, no informé. Lo dejé estar un rato para que la sangre cuajara. Más tarde, regresé y, usando un cuchillo del establo, le corté la lengua. Es rápido y fácil. Ahora que tenemos un tractor en la granja colectiva, puedo transportar los cadáveres al hoyo yo mismo. Nadie más se acerca al caballo lo suficiente para darse cuenta de que le falta la lengua.

El olor de la carne frita llenó el aire y fue necesario mucho autocontrol para no arrancar la carne de la sartén y comérsela medio cocida. Durante unos minutos quedaron los dos en silencio, saboreando el aroma. Finalmente, Katya se volvió para mirar a Kolya.

—Nuestra salvación puede que dependa de la muerte de estos pobres caballos. ¿Quedan muchos?

Él negó con la cabeza, pero sonrió.

—No, pero puedo intentar volver a hacerlo la próxima vez.

El alma de Katya se enterneció cuando le devolvía la sonrisa al hombre que ahora consideraba marido, pero que durante toda su vida había conocido como amigo. Quizás pudieran capear este cambio en su relación y pasar por alto la vergüenza e incomodidad de su matrimonio forzado.

Cuando eran niños, habían disfrutado de la compañía del otro. Él había asumido el papel de hermano mayor que ella nunca había

tenido, enseñándole cosas y haciéndole bromas como si fuera su hermana pequeña. Después de que él y Alina se casaran, incluso después de haber muerto ella, siguieron unidos, siempre trabajando con el mismo objetivo en mente: seguir vivos y mantener con vida a Halya. Era lo que los unía.

Pero esa camaradería había desaparecido en el momento en que pronunciaron los votos nupciales. Arrojó luz a una faceta de su relación que ninguno de ellos quería explorar. Su sólido vínculo como hermanos ahora rezumaba duda y culpa.

Ese sentimiento de culpa obsesionaba a Katya. ¿Qué pensaría Pavlo? ¿Entendería que había tenido que casarse con Kolya? ¿La odiaría? ¡Y Alina! Si su hermana pudiera ver a Katya en su lugar como esposa de Kolya, ¿la perdonaría alguna vez?

Unos meses atrás, habría jurado que nunca más amaría a otro hombre. Ahora, viendo a Kolya darle de comer trocitos de carne con tanto cariño a Halya, ya no lo tenía tan claro.

El engañoso deshielo de primavera les hizo pensar que el invierno había pasado. Entonces, una tormenta de invierno arrojó treinta centímetros de nieve sobre el pueblo. La temperatura cayó y todos los primeros signos de la primavera que habían recibido con alegría ahora yacían enterrados bajo la nieve y el hielo.

—Seguro que los activistas ni siquiera viajarán con este tiempo. ¡Hace un frío glacial!

Katya temblaba acurrucada en la cama con Halya.

Ahora, Halya dormía tanto que Katya tenía que comprobar a lo largo del día que siguiera respirando. Cada vez que iba a tocar a la niña, el corazón le palpitaba en los oídos y se preparaba mentalmente para una Halya fría y rígida. Igual que Denys. Igual que Viktor. Y cada vez que la criatura respondía a su caricia y Katya notaba que el cuerpo caliente y letárgico se movía cuando lo tocaba, el alivio hacía que le temblaran las piernas.

Katya entonces la despertaba y la forzaba suavemente a comer unos pocos bocados de comida o a beber un poco de caldo. Había descubierto que pocas cantidades de comida distribuidas a lo largo del día eran más fáciles de asimilar para la pequeña. Mientras Halya comía, Katya le solía hablar del futuro.

—Cuando acabe todo esto, Halya, dejaremos este lugar impregnado de miedo y muerte. Construiremos una nueva vida en la que todos los días podrás comer tanto como quieras. Te lo prometo, igual que se lo prometí a tu madre. Te daré todo lo que pueda darte.

Las palabras de Vasyl sobre América danzaban en su cabeza.

—Quizás crucemos incluso el océano.

La pequeña la escuchaba y sus grandes ojos seguían la boca de Katya al hablar, pero ella nunca respondía. Tenía que encauzar toda su energía hacia el acto de comer.

Buscar alimento a través de la gruesa capa de nieve requería más energía de la que disponían Kolya o Katya. Por suerte, tenían dos cuervos —atraídos por la falsa primavera— y unos cuarenta granos de trigo que habían encontrado escondidos en el dobladillo de una vieja falda. No pasarían hambre durante unos días y en plena tormenta de nieve.

—¿Crees que podrás comer los cuervos?, —preguntó Kolya.

—Claro que podré. He comido cosas mucho peores.

Se le empezó a revolver el estómago al pensar en lo que comían aquellas aves, pero la boca se le hizo agua ante la mera idea de comer.

—Aunque el acto de comerme un pájaro que recientemente se ha dado un festín con un cuerpo humano parece siniestramente cercano al canibalismo.

Los ojos de Kolya se ensombrecieron.

—No puedes pensar en eso. Piensa que se trata de pollo.

—Me alegro de que tengas tan buena puntería con un tirachinas —dijo Katya.

—Es difícil fallar cuando se reúnen por docenas sobre los cadáveres no enterrados en el cementerio. Si tuviera fuerzas, cavaría tumbas para esa pobre gente.

Asqueado, bajó la vista a sus manos ásperas y agrietadas.

—Resulta horrible verlos tirados por ahí de aquella manera, pero no hay nada que nadie pueda hacer. El suelo estás congelado.

Katya le puso la mano sobre el hombro para reconfortarle, pero él se apartó al notarla y se levantó de un salto.

—Iré a llenar un cazo con nieve para el caldo.

Las palabras le salieron a trompicones cuando se dirigía a la

puerta dando un traspiés.

—Está bien.

A Katya le ardieron los ojos y apretó las manos con tanta fuerza que se clavó las uñas en la palma. Solo quería consolarle. ¿Tan repugnante le resultaba que era incapaz de soportar su roce?

Esa noche, Katya no podía dejar de tiritar y vio que Kolya, en la otra cama, tenía el mismo problema. Sus cuerpos ya no tenían grasa que los protegiera y casi no les quedaba leña. El escaso fuego en el *pich* apenas calentaba.

Se cruzaron miradas a través de la oscura estancia y entonces él apartó las mantas y se levantó.

—Esto es ridículo. Démonos calor, Katya.

Siempre pronunciaba su nombre cuando se dirigía a ella, como para recordarse a sí mismo que ella no era ni nunca sería su Alina.

Cruzó silenciosamente la estancia llevando las mantas y Katya tembló de algo más que de frío. Hacía tan solo unas horas a él le había repelido su roce. ¿Y ahora quería meterse en la cama con ella? La incertidumbre se enroscó como un muelle en su interior, constriñendo sus pulmones.

—¿Qué estás haciendo?

Kolya estaba delante de ella con solo su ropa interior raída y, por primera vez, vio cuánto peso había perdido. Todo huesos, le recordó a los muñequitos de palitos que Tato solía dibujar en el barro para hacerla reír.

—Sobrevivir. Katya, sácate la ropa y nos daremos calor. No es distinto a cuando tienes en brazos a Halya, y puede que sea la única manera de sobrevivir las próximas noches de frío con tan poca leña.

Katya se quedó inmóvil, insegura de qué hacer. Sí, él era su esposo, pero nunca habían compartido el lecho, nunca se habían visto sin ropa. Ella pensaba que era así como él lo quería. Ahora, no estaba tan segura. Quizás quería una unión más tradicional y todo lo que ello conllevaba. Y ella, ¿qué quería? De repente, Katya tampoco estaba segura.

Él se metió en la cama y puso sus mantas encima.

—Vamos —dijo con más severidad—. ¿Quieres morir de frío después de todo el esfuerzo que hemos hecho para seguir con vida?

En el fondo, sus palabras tenían lógica. De esta manera, estarían más calientes. Puede que fuera la única manera de sobrevivir, pero no podía negar que parecía inapropiado.

Katya tomó rápidas bocanadas de aire cuando empezó a desnudarse debajo de sus propias mantas y sacó la ropa afuera con manos inseguras.

Kolya, respirando agitadamente, se volvió. Cuando Katya acabó y se echó con solo la camisola puesta, él se inclinó para remeter las mantas alrededor de ellos y luego colocó la ropa desplegada por encima. Cuando él se situó y acopló su cuerpo al de ella, de la misma manera que ella se curvaba alrededor de Halya, Katya se puso tensa, sintiendo hormigueos en la piel.

—Sigues temblando —le dijo Kolya con la voz muy cerca del oído.

No podía decir si temblaba del frío o de la sensación arrolladora que le provocaba tener el cuerpo de él tan íntimamente pegado al suyo. Su cálido aliento danzaba por su mejilla y el fuerte olor almizcleño a sudor llenó su nariz. La mera energía de su roce, de la conexión física con otro ser humano que entendía exactamente por lo que ella estaba pasando, la conmovió hasta las lágrimas. Pensó en la pérdida de su marido, de su hermana y de su padre. Todas las personas que la amaban y que la hubieran abrazado ahora, cuando había tocado fondo, ya no existían. Las dos personas en aquella cama que estaban con ella en aquel preciso momento eran las únicas que le quedaban en su frío y oscuro mundo.

El calor del cuerpo de Kolya no tardó en llegarle y finalmente Katya se relajó junto a él y se durmió. Unas horas más tarde se despertó al notar que Kolya temblaba.

—¿Qué ocurre? ¿Es Halya?

Katya puso la mano en la espalda de Halya, esperando el oscilar que indicaba que la criatura seguía con vida, y cuando confirmó que Halya estaba bien, se dio la vuelta para verle la cara.

—¿Te encuentras mal?

Kolya negó con la cabeza.

—Estoy bien —habló con voz ronca.

—No tienes buen aspecto.

La luz de la luna entraba por la ventana y sumergía la estancia en sombras grises, y Katya pudo ver la expresión de su rostro

macilento y agotado.

—Yo solo… No lo sé.

Katya alargó la mano y le tocó la cara llena de lágrimas. Se le aceleró el pulso y se ruborizó de vergüenza ante la respuesta involuntaria de su propio cuerpo.

Kolya apretó la mano de ella contra su mejilla.

—¿Puedes abrazarme? Por favor.

Cuando lo abrazó, los labios de Katya se abrieron para dejar pasar un pequeño suspiro. Ese abrazo sucedió sin dificultad y le sorprendió lo natural, lo bien que se sentía sosteniendo a Kolya en su pecho. Enroscados, con la cara de él metida en el cuello de ella, Katya acarició suavemente su pelo hasta que las lágrimas cesaron y él se quedó dormido.

Las palabras que Pavlo había dicho antes de unirse a la rebelión sonaron en su cabeza. «No tienes de qué preocuparte. Si algo me ocurre a mí, Kolya me ha prometido que cuidará de ti».

«No quiero que Kolya cuide de mí. ¡Te quiero a ti!», había respondido.

¿Qué quería ahora? Azotada por el sentimiento de culpa y confundida, permaneció despierta con la mente llena de pensamientos traicioneros sobre el hombre que tenía en sus brazos. Su cuñado. Su esposo.

31. Cassie

Illinois, junio de 2004

—¿Mami?

Una manita abierta le estaba dando palmaditas en la mejilla a Cassie y sus ojos parpadearon al abrirse.

La sala estaba envuelta en oscuridad y le dolía la nuca debido a la mala postura al dormir en el sofá. Alargó la mano y encendió la lámpara. Nick estaba tumbado en el sofá de dos plazas. Su cuerpo largo colgaba medio fuera de los cojines.

A pesar de que estaba al otro lado de la sala, el bochorno hizo que Cassie se ruborizara al incorporarse. Tenía los músculos rígidos.

—Nos debemos de haber quedado dormidos. Tengo que despertar a Nick y decirle que se vaya a casa.

—Él también puede venir —dijo Birdie.

Cassie llevó sus piernas al suelo con un giro del cuerpo y se frotó la cara.

—¿De qué estás hablando? ¿Ir adónde?

Birdie le tocó de nuevo la mejilla a Cassie. Sus dedos regordetes eran suaves y persistentes.

—Bobby ya está despierta. ¿Podemos ir? Por favor, mami.

Un tipo de fatiga distinta le sobrevino a Cassie y, cansada de pelear, cedió.

—Está bien. Ve a vestirte. Iremos ahora.

Sonó el teléfono justo cuando Cassie le ponía la tapa a su vaso de café para llevar. Nick había saltado del sofá con ojos brillantes y animado —dijo que era un requisito laboral— pero Cassie necesitaba cafeína para enfrentarse al día a hora tan temprana.

—Bobby acaba de despertarse hace unos minutos —dijo, sin aliento, Anna.

—¿Lo dices en serio? ¿Está despierta?

A pesar de la insistencia de Birdie, Cassie no había creído realmente que hubiera habido ningún cambio en el estado de Bobby.

—¡Claro que lo digo en serio! ¿Por qué iba a bromear? No ha hablado mucho y no estoy segura de que haya entendido todo lo que yo le he dicho, pero está despierta.

Birdie tiró de la manga de Cassie.

—Te lo he dicho, mami. ¡Vamos!

Cassie miró fijamente a su pequeña.

—Está bien, mamá. Estamos de camino.

Cassie le cogió la mano a Birdie mientras se asomaba a la habitación de hospital. Un tubo de oxígeno se ondulaba por debajo de la nariz de Bobby y un gotero le insertaba suero en el brazo. Cuando Anna se sentó en la cama con ella. Bobby pestañeó y abrió los ojos.

—¿Qué ha pasado?

—Has tenido un ataque al corazón.

Anna alargó las manos y le arregló el cubrecama.

—Estabas sola en tu dormitorio y te caíste al suelo. Cassie oyó el golpe y te encontró. Por suerte, llegaste aquí a tiempo.

—No me gusta que Cassie me encontrara de esa manera.

Cassie quiso entrar y decirle a Bobby que estaba siendo ridícula. Pasaría por lo mismo cien veces si eso significaba salvar a Bobby. Pero Anna había decidido que era mejor que ella entrara primero sola, así que cerró el pico.

—¡Yo me alegro de que te encontrara! Menos mal que ahora vive contigo. Si ella no hubiera llamado a urgencias, podrías no haber sobrevivido.

Bobby se encogió de hombros.

—Quizás me tocaba morir. Ha llegado mi hora, lo sabes.

—No empecemos otra vez con esto. Todos han venido a verte.

Anna les hizo un gesto a Cassie, Birdie y Nick para que entraran en la habitación.

Birdie vaciló, pero cuando vio a Bobby, su cara se iluminó.

—¡Mi pajarito!, —dijo Bobby abriendo los brazos—. Ven volando a mí.

—Cuidado —advirtió Cassie a Birdie cuando trepó a la cama y se acurrucó en los brazos de Bobby.

—Te he echado de menos, Bobby.

La dulce vocecita de Birdie seguía emocionando a Cassie.

—Yo también te he echado de menos, Birdie. Pero ahora volvemos a estar juntas.

Birdie se incorporó y miró a los ojos de Bobby.

—Tengo que decirte una cosa. Pero solo a ti.

Bobby asintió y giró la cara para orientar la oreja hacia la niña.

Birdie se puso la mano al lado de la boca y se acercó a Bobby. Intentó hablar bajito, pero su voz reverberó en la habitación esterilizada.

—Alina dice que no está enfadada contigo. Nunca lo ha estado. Está contenta de que hayas tenido una buena vida. ¿Vale?

Bobby se puso blanca y el monitor cardíaco lanzó una advertencia. Anna se dispuso a ir a buscar a una enfermera y Cassie fue a apartar a Birdie de la cama.

—Esperad —dijo con voz ronca Bobby. Dejó caer la cabeza sobre la almohada—. Estoy bien. Birdie, dímelo otra vez. Por favor.

Birdie puso la mano sobre la mejilla de Bobby.

—Hace mucho que te lo quiere decir. Dice que no está enfadada y que te quiere. ¿No te pone contenta? A Alina le puso contenta decírmelo.

Cassie y Anna intercambiaron una mirada. Así que este era el «mensaje» que Birdie tenía que darle a Bobby. Cassie seguía sin saber qué pensar de todo aquello, pero era innegable que las palabras de Birdie, cualquiera que fuera la cosa que las inspiró, afectaron a Bobby. A Cassie se le hizo un nudo en la garganta.

El monitor cardíaco volvió a la normalidad. Bobby cerró los ojos y una lágrima serpenteó por cada arruga y grieta que fue encontrando.

La anciana abrazó a la pequeña.

—Sí, pajarito. Me pone muy contenta.

Anna frunció los labios y negó con la cabeza.

Bobby le dirigió una dura mirada.

—Sé que no crees en estas cosas, Anna, pero nuestra relación con los muertos era muy distinta en el viejo mundo.

—Solo parece… —empezó a decir Anna, pero Cassie le dio una patada a escondidas.

—No tienes que creerme. Yo solo sé lo que sé —dijo Bobby—. Y quiero disculparme con las dos. He sido tan buena enterrando las partes dolorosas de mi pasado que también enterré los buenos recuerdos. Había mucho más que podría haber compartido con vosotras, pero abrirme a mi antigua vida era demasiado doloroso. Así que lo mantuve todo bajo llave y vosotras habéis salido perdiendo.

—No es verdad, Mama. Me has pasado recetas ucranianas. Preparábamos *pysanky*. Me enseñaste a bordar —dijo Anna cogiéndole la mano a Bobby—. Mama, me has dado una vida maravillosa.

—Gracias por decirlo, Anna, pero podría haber hecho más, y eso no puedo cambiarlo. Este remordimiento es algo que me llevaré a la tumba.

Bobby se volvió hacia Cassie.

—¿Has terminado el diario?

Cassie sacó la tela *rushnyk*, el diario y las fotos de su bolso y colocó todo sobre la cama.

—Casi, pero no del todo.

Notaba los ojos de Nick clavados en su nuca, pero no podía soportar devolverle la mirada.

Bobby pasó la mano por la tela y tocó cada símbolo.

—Mi madre hizo esta tela para mi boda con Pavlo, y el sacerdote nos envolvió las manos con ella. La corona abierta simboliza las vidas que tenemos por delante. Las alondras, la alegría y el vigor. Los girasoles, la fertilidad y prosperidad, y las amapolas, el amor.

Miró a Cassie.

—Puede que te cueste creerlo, pero una vez, hace mucho tiempo, me gustaba escribir. Le prometí a Pavlo que escribiría nuestra historia y le explicaría al mundo lo que nos había pasado. Lo que nos habían hecho. Hice lo que me había pedido. Lo escribí aquí.

Señaló el diario.

—Pero nunca fui capaz de explicárselo al mundo. Tenía demasiado miedo. No solo quiero que conozcas mi historia, Cassie. Quiero que la escribas por mí. Comparte mi historia, nuestra historia, con todos, para que lo que nos ocurrió a nosotros no se repita nunca más.

Cassie miró con sentimiento de culpa a Nick.

—Oh, Bobby, no sé si yo podría hacerle justicia. Y, además, creo que mamá va a terminarla con Nick, en vez de Nick conmigo.

—¿Yo?, —dijo Anna. Al mismo tiempo, Bobby desestimaba las palabras de Cassie—: ¡Bah! Tú eres la escritora en esta familia. Tienes que ser tú. Por favor, haz esto por mí. Será lo último que te pida jamás.

«Buena manera de hacerme sentir culpable». Cassie miró a Nick a los ojos y se sintió acalorada. Sus sentimientos por él eran tan confusos y complicados. No sabía cómo podría soportar trabajar con él sin hacerle daño ni hacérselo ella misma, pero ¿qué remedio le quedaba?

—Está bien, si a Nick no le importa ayudarme, lo haré por ti.

—Haré cualquier cosa que necesites —dijo Nick.

Bobby exhaló, visiblemente relajada.

—Gracias. No creo que hubiera podido irme sabiendo que había fracasado en mi promesa.

Bajó la vista a la fotografía de encima de la pila y la cogió.

—Oh. Siempre me ha gustado esta.

—Esta es Alina y esta eres tú.

Birdie señaló a cada una de las chicas.

—Alina parece la misma, pero tú estás distinta.

Bobby soltó una risita y se tocó la cara arrugada.

—Sí. Estoy muy distinta, ¿verdad?

32. Katya

Ucrania, mayo de 1933

Esa primavera, cuando la tierra volvió a la vida, también lo hizo la cooperativa y corrió la voz de que de nuevo había disponible trabajo y comida. Katya supuso que el Estado había llegado a la conclusión de que cualquiera que quedara vivo estaba suficientemente destrozado para hacer lo que se le ordenara, y tenía razón. Hubo una vez en que todo el mundo había maldecido la cooperativa. Ahora, Kolya y Katya con Halya a la cadera, junto con otros supervivientes, hacían con ganas el trayecto hasta la granja para ir a trabajar todos los días. Plantaban los cultivos de la temporada, apenas capaces de permanecer en pie cuando sembraban. Pero, por cada día de trabajo, recibían un bol de sopa aguada y un pedazo de pan. Todos los días, más gente aparecía con ojos angustiados, ojerosos y mirada perdida, todos medio muertos y vacíos de emociones. Apenas hablaban entre ellos. ¿Qué había que decirse?

Aun así, la gente seguía muriendo. Algunos en los campos, justo antes de que se repartiera la comida, y otros después de comer, pues sus cuerpos no eran capaces de procesar el alimento que tan desesperadamente necesitaban. De alguna manera, Katya, Kolya y Halya sobrevivieron a esto también. Cada comida que les daban era poca y diluida, pero era la mayor cantidad de comida que habían disfrutado de manera constante en meses.

Para suplementaria, Katya cogía flores de las acacias, lombrices que se movieran por el suelo, renacuajos del estanque y los dientes de león que brotaban en su jardín, y, poco a poco, sus cuerpos empezaron a recuperarse.

A medida que su fuerza fue volviendo, la vida empezó a

recobrar un ritmo. Se levantaban temprano y caminaban juntos a los campos. Trabajaban con los vecinos que quedaban y los recién importados rusos —traídos para reemplazar a todos los ucranianos muertos— viviendo día a día sin la promesa de un futuro. Comían la comida que les daba la cooperativa, agradecidos y con mucho cuidado de no derramar ni una valiosa gota.

Cuando subieron las temperaturas y llegó el verano, Katya trasladó a Halya a una camita-nido para que pudiera dormir hasta más tarde cada mañana sin que Katya tuviera que molestarla cuando ella se levantaba. Lentamente, pero sin pausa, Halya iba ganando fuerza y crecía. Cuando se deslizó sola por la cama por primera vez, Katya lo celebró como si Halya hubiera dado sus primeros pasos o leído sus primeras palabras. Cada hito, no importaba cuán pequeño, era un triunfo.

También pensó que Kolya volvería a su cama, pero no lo hizo. Cada noche, ella se quitaba la ropa excepto la interior y se metía en la cama, y cada noche, él se metía en la cama con ella.

«La vieja Katya le habría dicho algo —escribió en su diario—. Le habría preguntado por qué sigue yaciendo conmigo, pero ahora tengo miedo de decir o hacer algo que pueda interrumpir una de las pocas fuentes de alegría que tengo a diario. Me doy cuenta cada vez más de que lo quiero pegado a mí, de que disfruto sintiendo su cuerpo delgado tocando el mío».

La vergüenza la sobrecogió al componer aquellas palabras tan desleales. Sus sentimientos por Kolya no estaban bien ni eran recíprocos, pero tampoco sabía qué hacer al respecto.

Una noche se despertó encima de él, con los brazos y piernas enredadas, y la cabeza apoyada en su pecho. Su cuerpo vibraba bajo el de Katya, como el aleteo de un colibrí.

Ella se incorporó y se lo encontró con los ojos bien abiertos, mirándola. Aspiró una bocanada de aire.

—Lo siento. Me moveré.

Tenía la cara de él a pocos centímetros. Dijo, con voz ronca:

—No. No.

Ella se quedó petrificada. El corazón le golpeaba las costillas.

—¿Que no me mueva?

Él alargó la mano y se la pasó por el pelo.

—Me gusta tenerte cerca.

—¿De verdad?

Su voz flaqueó al notar la sensación electrizante que la punta de los dedos de Kolya provocaba en su piel.

—Sí. Lo siento, Katya. He intentado ser fuerte. Luchar contra esto. Pero creo que ya no quiero luchar más.

Katya fijó la mirada en sus ojos, su propio dolor reflejado en ellos como focos gemelos de angustia. Sintió el dolor que emanaba de él en oleadas, pero otro sentimiento ajeno lo acompañaba. Ella inclinó la cabeza, estudiándolo, intentando controlar al mismo tiempo su pulso acelerado. ¿Sentía él lo mismo que ella?

Kolya tomó el mentón de su esposa con la mano e inclinó la cabeza de Katya hacia su boca. Se detuvo, esperando a ver si ella se resistía o participaba, y cuando ella se relajó, cediendo a su abrazo, Kolya dio un gemido contenido de derrota. Sus labios se tocaron y Katya notó las lágrimas saladas de sus pérdidas compartidas, y algo más. Algo prometedor. Sentimientos que ella había creído muertos tiempo atrás se desplegaron en su corazón frío como una flor abre sus pétalos al sol el primer día de primavera. Susurros de posibilidades de una nueva vida, un nuevo amor, llenaron su alma, y el repentino anhelo que sentía por él la mareó.

Él se retiró un poco.

—¿Estás segura de que es esto lo que quieres?

Katya exhaló lentamente, luego alargó la mano y le tocó los labios. Él le besó los dedos, luego inclinó su cabeza contra la palma de la mano. Ella no entendía por qué ni cómo había podido ocurrir esto, pero sabía que era algo real con cada fibra de su ser. Lo deseaba. Lo amaba.

—Sí —dijo. Entonces, ella apretó sus labios contra los de él.

Se aferraron el uno al otro, dos almas en un mundo roto, buscando consuelo en la pareja más improbable.

Continuaron pasando las noches juntos, conectando físicamente tanto como podían con sus cuerpos frágiles y rotos, y sus corazones volviendo lentamente a la vida. Pero a la luz del día, Kolya apenas hablaba con ella, y cuando lo hacía, nunca se refería a lo que ocurría en la oscuridad. Así, ella reprimía su confusión y seguía adelante como si nada hubiera cambiado, contando las horas hasta

el anochecer, cuando ella cobraba vida en sus brazos.

—¿Estás lista para ir a la granja?, —gritó Kolya desde la puerta.

—Ve sin mí. Tengo cosas que hacer aquí.

Katya lo miró fijamente, esperando que dijera algo más. Que le pidiera que fuera con él. Que le dijera que quería su compañía.

Pero no dijo nada. Igual que cada día. Seguían sin haber hablado de su relación física. Durante el día era como si el amor que compartían por la noche no existiera y seguir con aquella farsa de indiferencia la estaba desgastando. Quería hablar sobre aquello. Quería saber qué sentía él. Quería decirle lo que sentía ella. Pero su corazón, cansado de batallar, ya no tenía fuerzas para luchar por sus deseos.

Esperó veinte minutos, luego se dirigió al campo de patatas que le habían asignado y sentó a Halya a un lado junto con las otras criaturas. No corrían ni jugaban como hubieran hecho normalmente, pero, de vez en cuando, le llegaba el alborozo de una risa infantil y aquello le daba esperanza. No lograba olvidar a Kolya, pero el ritmo del trabajo le convenía, e intentaba concentrarse en el movimiento de su cuerpo y no en los pensamientos que le pasaban sin control por la cabeza.

Cuando terminó el trabajo en el campo y los enviaron a todos a casa, ella ya no podía silenciar sus preocupaciones. ¿Cómo podría explicar jamás que ella le había quitado la vida a su hermana? ¿Qué se había casado con su marido, criado a su hija y que ahora tenía la audacia de enamorarse? ¿Qué intentaba empezar una nueva vida con los fragmentos rotos de lo que ellos fueron una vez?

¿Cómo podría nadie perdonar aquello?

Kolya se abrió paso a través de la neblina de su mente agitándole el brazo. Su cara reflejaba preocupación.

—Katya, ¿me has oído? Voy al establo. Le prometí a Halya que la llevaría a ver los caballos nuevos que han traído. Llegaremos a casa más tarde.

Se inclinó para mirarle la cara de cerca.

—¿Estás bien?

Katya asintió rápidamente, quizás demasiado rápido. La mano de Kolya abrasaba su piel, le provocaba el deseo de abrazarse a él,

de hablarle de su amor, de sus secretos.

—Estaré bien. Os veré en casa.

Pero no quería entrar aún en su hogar, donde la presencia de Kolya persistía en cada superficie, en la taza de la que bebía, en la silla en que se sentaba, en la cama que compartían. En lugar de ello, subió al pajar donde había pasado tantas horas soñando y hablando con Pavlo, ocultos a salvo en su pequeño nido, y sacó el diario del escondrijo en la pared.

El olor a heno secado al sol y los recuerdos de Pavlo la envolvieron en un cálido abrazo. Se llenó los pulmones con el aroma dulce mientras el dolor ascendía por su garganta. Casi pudo oír el eco de la voz de su amado cuando se dirigía hacia la gran puerta que se abría al patio.

«Katya, quédate aquí conmigo para siempre. Aquí no tenemos que pensar en lo que ocurre afuera. Aquí estamos a salvo, nos tenemos el uno al otro. Quizás nunca bajemos».

«Pero algún día me gustaría tener una casa —respondía ella bromeando—. Sería muy difícil tratar de criar a nuestros hijos en un pajar».

Abrió la puerta y la luz del sol inundó el espacio. Desde la altura a la que se encontraba, podía ver la vieja granja de Pavlo y Kolya.

La voz de Pavlo le susurró al oído.

«Entonces tendrás la casa más imponente. Allí, ¿ves aquel espacio abierto? Mi padre me dijo que me lo daría como regalo de boda. Construiremos nuestra casa allí. Una casa fuerte, sólida, que llenaremos con nuestros bebés. Nuestros hijos correrán por estos campos igual que hacíamos nosotros. ¿Lo ves?».

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Katya ya no lo podía ver. Solía verlo tan claro como el agua. Ahora, la cara de Pavlo se confundía con la de Kolya, y eso la desconcertaba.

«Quiero flores alrededor de toda la casa. Amapolas y girasoles».

«Entonces, las plantaremos».

Apretó sus labios contra la cubierta del diario y dejó que las palabras en su interior permearan su alma. Sus recuerdos. Su historia de amor. Su Pavlo.

Justo cuando ella apartaba el diario de su cara, Kolya cruzaba el patio con Halya subida a los hombros. Katya lo vio avanzar hacia la casa, con sus piernas largas, desgarbado, con una gracia masculina

que le rompió el corazón. Tenía el pasado en sus manos y su futuro dispuesto delante de ella, pintados el uno y el otro en dramático contraste, pero ¿cómo reconciliar ambos? La vida la había llevado por un camino que nunca imaginó que recorrería, y ahora estaba atrapada con un pie en cada mundo: el antes y el después.

Dirigió la vista a los campos. El suelo titilaba ante ella por las lágrimas que había contenido y que ahora finalmente derramaba. El área olvidada de los girasoles, enterrada bajo la mala hierba en el descuidado patio, le sonrió. El palacio de girasoles. El sitio secreto de ella y Alina. A pesar de todo, las flores luchaban por crecer, por vivir, por levantarse en medio de la ruina de esta tierra, floreciendo de algún modo justo allí, para ella.

Como ella.

En el fondo, bajo los bordes afilados de su culpa y sus recuerdos, quería que su matrimonio funcionara. Quizás Kolya no la amara ahora, pero a lo mejor, algún día, él la dejaría entrar en su corazón, igual que ella había encontrado espacio para él en el suyo. Su unión representaba todo lo que habían perdido, todo el esfuerzo hecho para vivir. ¿Por qué había luchado por sobrevivir si no era para vivir su vida y volver a tener esperanza?

Los labios de Katya temblaron cuando pronunciaron en forma de suspiro el nombre de su hermana.

—Alina, perdóname, hermana, pero le amo. Solo es que no sé si él me amará alguna vez.

—Katya.

Katya se dio la vuelta al oír la voz de Kolya. Estaba en el otro extremo del pajar con las manos apretadas a los lados.

—Halya está en la cama. Preguntaba por ti.

Katya se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y dejó el diario en su escondrijo.

—Lo siento. Vengo aquí a veces para pensar. Iré a cantarle ahora.

Kolya avanzó hacia ella lentamente. La mirada en su rostro era indiscernible.

—¿Con quién hablabas?

Katya se ruborizó y se puso tensa.

—Nadie.

Él se detuvo a unos centímetros de ella. Levantó una mano para

tocarle la mejilla. Con voz penetrante, dijo:

—¿A quién amas?

Katya no era capaz de mover la boca para responder a la sencilla pregunta que le había hecho. Respiró entrecortadamente e intentó apartar los ojos de la mirada de él, pero él levantó la otra mano para tomar su cara.

—¿A mí?

—¿Por qué?

Katya dirigió la pregunta al espacio que había entre ellos, dos palabras que sintetizaban tantos interrogantes. Y liberaron algo dentro de ella, liberaron la frustración que la había estado sofocando durante meses, y así encontró su voz.

—¿Por qué te importa? Puede que me ames como a una esposa por la noche, pero durante el día, apenas me miras.

Kolya bajó las manos y miró al suelo.

—Lo siento. Sé que te he apartado, pero he estado muy confundido respecto a mis sentimientos. Respecto a Alina y Pavlo. ¿Me perdonas?

—No hay nada que perdonar. Yo también he estado confundida.

Katya recogió los fragmentos rotos de sí misma y los juntó, encontrando fortaleza, y tomó el mentón de Kolya y le levantó la cara para poder mirarle a los ojos.

—Pero ahora necesito saber lo que sientes por mí, Kolya.

Kolya la miró fijamente. Sus radiantes ojos azules brillaban como el cielo de verano.

—Estoy irremediablemente enamorado de ti, Katya. Ya no puedo negar lo que de verdad siento. Y no creo que Alina ni Pavlo querrían que negáramos estos sentimientos. Después de lo que hemos vivido, querrían que fuéramos felices.

Kolya deslizó la mano por la nuca de Katya cuando la besó. Sus labios firmes presionando los de ella reafirmaron todos los sentimientos que él le había confesado. Katya le devolvió el beso. Las esquirlas rotas en su interior se allanaron para formar un bello camino hacia el futuro.

33. Cassie

Illinois, junio de 2004

Cassie colocó el plato de *varenyky* sobre la mesa delante de Nick. Birdie ya estaba dormida en su dormitorio y Nick había venido después de trabajar para ayudar a Cassie a terminar el diario. Por suerte, Bobby tenía una buena provisión de *varenyky* que Cassie pudo hervir rápidamente y servir con cebolla frita en mantequilla. Los cuartos crecientes rellenos de patata y carne eran, con diferencia, la comida favorita de Cassie, pero nunca había dominado la técnica de darles forma y cerrarlos que Bobby hacía que pareciera tan sencilla. De ningún modo iba ella a prepararlos sola sin la ayuda de Bobby o Anna, y sabía que a Bobby no le importaría que usara su reserva para darle de comer a Nick.

—Gracias por esta cena a última hora —dijo Nick cuando se sirvió tres *varenyky* de carne en el plato y luego los cubrió con crema agria que Cassie había cogido de la nevera—. ¿Qué noticias hay del hospital?

—No ha despertado desde que hablamos con ella ayer.

Cassie se levantó a apagar el fogón antes de que el hervidor empezara a pitar. Vertió agua en su taza y se sentó al lado de Nick.

Antes de meterse el tenedor en la boca, Nick se detuvo para preguntar:

—¿Qué dice Birdie? ¿Sigue mencionando a Alina?

—No. Ni una palabra sobre ella desde que le dio a Bobby su «mensaje».

Cassie hizo el gesto de las comillas al pronunciar la palabra mensaje.

—Bueno, fuera lo que fuera lo que ocurriera, parece que le ha dado algo de paz a Bobby. Al final, probablemente sea esto lo más

importante.

—Tienes razón. Debería dejarlo estar.

Cassie tiró de la caja por encima de la mesa y sacó el diario.

—¿Sabes?, ha sido muy duro esperar a que vinieras para poder leer esto.

Un destello pícaro brilló en los ojos de Nick.

—¿Qué ha sido duro? ¿Esperarme a mí o esperar a saber lo que había dentro?

—Supongo que las dos cosas. —La respuesta se le escapó antes de darse cuenta y se ruborizó. Se suponía que tenía que contenerse, pero charlar con él le resultaba tan fácil. Todo era fácil.

Se enderezó en la silla y abrió el portátil, luego encauzó la conversación en la dirección correcta.

—Así que ahora sabemos por qué Bobby se siente tan culpable respecto a Alina.

Nick fue al fregadero a lavarse las manos.

—Y sabemos que, con el tiempo, tu abuela acaba siendo feliz con tu abuelo.

Nick habló con cierto tono de indiferencia, pero ella pudo notar la intensidad subyacente en sus palabras y su mente empezó a acelerarse.

«¿Cómo pudo Bobby abrir su corazón después de tan trágicas pérdidas? ¿Seré capaz algún día de hacer lo mismo?».

Cassie se aclaró la garganta.

—Correcto, pero aún no lo ha mencionado, y ahora está casada con Kolya.

Nick se quedó quieto.

—Espera. ¿Cómo se llamaba tu abuelo?

—De hecho, se llamaba Nicholas.

Nick abrió los ojos como platos.

—Ay, Dios. El sentimiento de culpabilidad de tu abuela alcanza aquí un nivel completamente diferente. No es de extrañar que esté tan disgustada.

—¿De qué estás hablando?

Nick esbozó una sonrisa irónica.

—Sí que ha mencionado a tu abuelo. Cassie, tu abuela no perdió a dos esposos. En ucraniano, Nicholas es Mykola. Su forma abreviada es Kolya.

34. Katya

Ucrania, julio 1934

El primer año tras la hambruna, la vida siguió su curso. La OGPU se disolvió y se convirtió en la NKVD. Continuaron purgando a los enemigos del Estado a un ritmo alarmante, pero aflojaron el nudo corredizo de la inanición que una vez había sofocado a los vecinos y permitieron que la comida entrara a cuentagotas en el campo. Todos se movían lentamente y con cautela, siempre temerosos de ofender a un activista o de que los atraparan con demasiada comida, pero se logró sembrar y recoger una pequeña cosecha. Sus vientres vacíos anhelaban cantidades adecuadas de alimento, pero disfrutaban de las exiguas cantidades que tenían disponibles en comparación con el invierno. La gente seguía muriendo y los seguían sacando de sus casas en mitad de la noche, pero no como antes.

Halya prosperaba gracias a las dotes de Katya y Kolya para encontrar alimento. Esto, sumado a la comida que repartía la cooperativa, significó que su pequeño cuerpo finalmente tuvo la oportunidad de crecer. Ya no pasaba los días en la cama, durmiendo, sino que exploraba la casa y el patio junto a Katya.

—¿Comida?

Su vocecita sonaba tan dulce a oídos de Katya.

—¿Sí, Halya?

Katya se inclinó para poder oírla.

—¿Quieres comida?

Halya asintió. Su cabeza, aún demasiado grande para su constitución pequeña, se bamboleaba mucho menos que el año anterior.

Katya sirvió un poco de *kasha* **[15]** en un bol y lo puso sobre la

mesa.

—Ven, siéntate conmigo y te ayudaré a comer.

Halya trepó a su regazo y Katya la ayudó a coger la cuchara con su manita. A los dos años y medio, Halya iba muy por detrás en desarrollo respecto a criaturas de su edad en circunstancias normales, pero cada día progresaba y sus sonrisas radiantes al aprender le proporcionaban a Katya la esperanza necesaria para seguir intentando más.

—¿El desayuno está listo?

Kolya venía del granero. Ahora que habían sido sometidos y se los consideraba buenos ciudadanos del Estado, se les permitía de nuevo tener gallinas y una vaca. Eran pequeñas mejoras, pero significaron una gran diferencia en su vida cotidiana.

Kolya le hizo cosquillas a Halya debajo del mentón hasta que la niña rio, entonces fue a servirse un bol y se sentó enfrente de Katya.

Su complexión larguirucha se estaba llenando poco a poco y sus mejillas tenían un aspecto menos demacrado. Su sonrisa al oír las carcajadas de Halya iluminaba su rostro. Una oleada de emoción inundó a Katya. Nunca había querido enamorarse de Kolya. No lo había planeado. Pero cuando lo miraba darle vueltas a Halya hasta que la pequeña temblaba de la risa, o cuando la subía a un caballo para que ella pudiera «montar», veía al hombre que quería. El exterior duro que había levantado para sobrevivir se había agrietado, la pena y el dolor había desaparecido de su rostro, y, en respuesta, algo cálido y brillante había florecido en ella. Amor.

No era como el amor incontenible que sentía por Halya. Su supervivencia era la razón de existir de Katya. Las sonrisas de Halya, cada vez más frecuentes ahora, la hacían seguir adelante. Sus palabras colmaban de alegría los oídos de Katya. Pensaba que nada podía compararse a su amor por la pequeña, porque unido a ese amor estaban los sentimientos de pena, pérdida y culpa. No era justo para Halya, pero Katya no podía cambiarlo, igual que no podía traer de vuelta a todas las personas que había perdido.

Tampoco era como el primer amor puro que había compartido con Pavlo. Su amor por Kolya venía de un vínculo de supervivencia que compartían. Lo que habían padecido, lo que habían visto, había dejado una marca indeleble en los dos y había creado una conexión que ella no podía explicar por mucho que lo intentara. Él se había

convertido en su refugio en un mundo aterrador. Se habían unido para mantener a Halya viva y para mantenerse vivos ellos. Los sentimientos que siguieron ocurrieron sin que ninguno de los dos los sugiriera, pero no podían negarlos ni ignorarlos.

Después de desayunar, se dirigieron al campo de trigo cercano a su casa. Allí, Katya dejó a Halya con una chica que se cuidaba de las criaturas y se fue a trabajar.

Kolya avanzaba delante de ella. Los músculos delgados de su espalda se flexionaban y doblaban al mismo ritmo que los de los otros hombres en el campo. Se movía lentamente, metódicamente, pasando la guadaña por grandes franjas de trigo. Los tallos caían formando montones sueltos, y Katya iba por detrás con las otras mujeres recogiéndolos para formar haces que ataban con paja. Cuando tenían suficientes haces, los apilaban en gavillas para que se secaran. Era la técnica utilizada durante la cosecha, antes de que los líderes de las granjas colectivas trajeran la nueva maquinaria. Como que esas máquinas rotaban por los diversos campos, tenían que trabajar a la manera tradicional. A pesar de que el trigo no era solo de ellos, la familiaridad del trabajo tranquilizaba a Katya y las horas pasaban rápidamente.

Katya suspiró al agacharse para recoger el trigo y proseguir con su trabajo. Nada había resultado tal como había esperado. Los sueños en los que aparecía Pavlo habían empezado a disiparse. A veces, pensaba en cómo habría podido ser su vida con él, pero le dolía demasiado y no lo hacía con frecuencia. Ahora había desaparecido de su vida y su recuerdo era una inolvidable y dulce melodía que vibraba en su corazón, pero que ya no le dolía constantemente. Había seguido adelante a su manera porque había tenido que hacerlo para sobrevivir, pero nunca le olvidaría, nunca podría.

Kolya hizo una pausa para secarse la frente con el brazo y se volvió hacia ella.

—¿Qué tal estás?

Alargó la mano para tocarle la mejilla.

Ella puso su mano encima de la de él.

—Me siento de maravilla.

Él se inclinó hacia delante y la besó con sus labios suaves y salados por el sudor y luego se apartó con una sonrisa en la boca.

—Entonces yo también, Katya. Yo también.

Katya escarbó con los dedos desnudos de sus pies la tierra cálida y volvió la cara al agradable sol. La voz de su padre reverberó en sus oídos. «Mira hacia el futuro». La vida seguiría con o sin ella, de modo que había elegido luchar.

Había elegido vivir.

35. Cassie

Illinois, junio de 2004

—Es todo. Aquí acaban sus entradas de diario.

Nick cerró el libro y lo dejó sobre la mesa frente a Cassie.

—Tenías razón. Se enamoró de Kolya. El marido de Alina y hermano de Pavlo. Mi abuelo. Perdió tanto, pero encontró de nuevo la felicidad.

Cassie puso la mano sobre la cubierta desgastada del diario. El tema del amor tras una pérdida no le pasó por alto, y aunque aún no estaba preparada para enfrentarse sin rodeos a sus propios problemas, se preguntó si Bobby no le había hecho leer el diario por más de una razón.

—Es una historia asombrosa —dijo Nick—. Pero el sentimiento de culpa debe de haber sido devastador.

Cassie respiró hondo.

—No me lo puedo imaginar. Ya es difícil superar la muerte de un esposo, ¿y luego encima te enamoras de tu cuñado por doble partida?

—Pero no perdió a dos maridos —remarcó Nick—. Bueno, al menos no hasta mucho más tarde. Encontró su final feliz.

—En el amor sí. Pero ¿qué pasó con Halya? ¿Por qué no he oído hablar nunca de ella?

Cassie se puso en pie con todas esas preguntas rondando por su cabeza.

—Tengo que ir a verla.

—Claro. Me quedaré con Birdie, si quieres —le ofreció Nick.

—¿Seguro que no te importa? No me gusta nada aprovecharme de ti otra vez, pero no creo que la conversación de hoy sea apta para una niña.

—No seas tonta. Para esto están los amigos.

Nick inspeccionó sus uñas.

—Quizás me pueda hacer las uñas de nuevo. Tienen mal aspecto.

Cassie soltó una carcajada y cogió el bolso.

—Gracias, Nick. Estoy en deuda contigo.

—Acepto pagos en *varenyky* —le gritó cuando ella ya salía por la puerta.

Una hora más tarde, después de que hubiera recogido a Anna y la hubiera puesto al día, Cassie acercó una silla a la cama de hospital. Bobby tenía los ojos cerrados y parecía frágil y pequeña, como si la vida estuviera poco a poco agotándosele.

Anna se sentó al pie de la cama, perpleja, y le hizo un gesto a Cassie.

—Empieza. Estoy procesándolo todo.

Cassie tomó la mano arrugada de su abuela.

—Bobby, he acabado el diario.

Bobby pestañeó al abrir los ojos y le apretó la mano a Cassie.

—Finalmente.

Cassie se rio entre dientes.

—No es una lectura fácil.

—No fue una vida fácil.

Bobby miró a Anna y sonrió.

—¿Tú también lo sabes?

Anna apenas asintió.

—¿Qué pasó con ella? ¿Con Halya?

Bobby cerró los ojos de nuevo.

—La perdí.

—¡Por favor! Basta de respuestas vagas, Mama. Merezco saber la verdad. ¡Era mi hermana!

Con el rostro sombrío, Bobby buscó la mirada enfadada de Anna.

—Tienes razón.

—Tómate tu tiempo.

Cassie le lanzó una mirada de advertencia a su madre y Anna bajó la cabeza. Meterse en caliente no ayudaría.

Bobby intentó con dificultad incorporarse un poco.

—Tras la hambruna, las cosas nunca volvieron a la normalidad.

La colectivización de las granjas cambió la vida del pueblo para siempre y los soviéticos continuaron con las purgas, deportando a la gente a los gulags por las razones más nimias. Fuera de nuestras cuatro paredes, el mundo era aterrador, pero en nuestro hogar, solos los tres, yo podía fingir que nada de aquello estaba pasando.

Bobby apretó la mano de Cassie.

—A Halya le encantaba plantar flores, igual que a ti, Cassie. Iba al colegio, se enamoró de la poesía, y cada día se parecía más a su madre. Tu abuelo y yo la adorábamos y agradecimos cada instante que pasamos juntos.

»Cuando los alemanes nos invadieron durante la guerra, pensamos que quizás las cosas mejorarían, pero ellos fueron tan nefastos como los soviéticos. Destruyeron nuestros pueblos, mataron a la población y se llevaron a ucranianos para trabajar en sus fábricas y granjas de Alemania. A muchos ucranianos.

Volvió a tumbarse sobre la almohada y habló en voz baja.

—Se llevaron a Halya.

Su respiración era entrecortada y el dolor era visible en su cara, tan actual como si todo hubiera sucedido ayer y no décadas atrás.

—Era tan preciosa y buena. Las mejores partes de Alina estaban vivas en ella.

A Cassie se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Y nunca volvió?

Bobby negó con la cabeza.

—La fábrica donde trabajaba fue bombardeada por los aliados.

—Después de todo lo ocurrido, ¿murió en un bombardeo?, —preguntó Anna.

—Es lo que nos dijeron.

Bobby tironeó del extremo del cubrecama.

—Huimos del pueblo cuando el frente oriental empezó a acercarse. No podíamos volver a vivir bajo los soviéticos y el combate estaba tan cerca que podíamos oír las explosiones de mortero. Así que cargamos nuestra carreta y partimos. Íbamos a encontrar a Halya y empezar de cero en un sitio nuevo.

Respiró hondo y miró a Cassie a los ojos.

—Viajamos a través de Polonia y acabamos en la zona de Alemania ocupada por los aliados cuando terminó la guerra. Después, pasamos unos años en los campos de personas

desplazadas. Seguimos buscándola, por si acaso, pero había tantos refugiados. Millones de personas desplazadas sin hogar, sin país, sin familia. Era como buscar una aguja en un pajar. Pasaron los años y nos dimos cuenta de que teníamos que aceptar que nos habían dicho la verdad, que había muerto en el bombardeo. La perdimos, igual que a mi padre, y, al igual que mi padre, nunca encontramos más respuestas.

Bobby reprimió un sollozo entrecortado.

—La mantuve a salvo durante todo el *Holodomor*, pero no la pude salvar de la guerra.

—Oh, Mama.

Lágrimas brotaron brillantes de los ojos de Anna cuando se inclinó hacia Bobby.

—¿Por qué no nos lo explicaste nunca?

Bobby acarició la mejilla de Anna.

—Descubrí que estaba embarazada de ti el mismo día que en el campo de personas desplazadas nos dieron permiso para viajar a América. Nunca había olvidado que mi primo Vasyl había hablado de venir aquí y supe que en este lugar podríamos empezar una nueva vida. Tu padre y yo decidimos que, si queríamos realmente seguir adelante y ser felices, no hablaríamos de las cosas dolorosas de nuestro pasado, mantendríamos aquellos recuerdos enterrados y solo miraríamos hacia el futuro. Y nuestro futuro eras tú, Anna. Nuestra bebé milagro.

Trémula, Anna respiró hondo.

—¿Y lo que os hizo Stalin? Se tendría que haber explicado a la gente lo de la hambruna.

Bobby suspiró.

—Tienes que entender que nadie hablaba de aquellas cosas. Stalin negó que hubiera una hambruna y el mundo le creyó porque necesitaban su influencia para derrotar a los nazis. Hablar sobre aquello o dar a leer mi diario solo habría hecho que llamar la atención, y detenían a la gente por hacer cosas así y los enviaban durante décadas a campos de trabajo. No podía arriesgarme.

—Pero ¿y cuando os fuisteis? Lo podrías haber explicado a la gente entonces —dijo Cassie.

—Los soviéticos tenían una presencia enorme. En los campos, después de la guerra, repatriaban a diario a gente como nosotros a

la URSS, diciéndoles que regresaban a casa, pero realmente mandándolos a gulags o campos de trabajo por «colaborar con el enemigo». Incluso aquí, en América, teníamos miedo de decir nada.

Cassie pensó en la llamada de teléfono de la organización benéfica de la policía y el dinero que Bobby había intentado darles para asegurarse de que no la detuvieran en mitad de la noche. El sentimiento de culpa podía con ella. Las cicatrices resultado de vivir bajo un régimen opresivo eran profundas, y Cassie no se había dado cuenta del alcance de las heridas de su abuela.

Bobby sonrió con tristeza.

—Cuanto más tiempo pasaba sin decir nada, tanto más fácil se hizo mantener aquella parte de mi vida bajo llave. Éramos tan felices. Nos teníamos mutuamente, teníamos una preciosa hijita y la oportunidad de comenzar una nueva vida. Juramos aprovechar cada día al máximo, vivir cada momento.

—Pero nunca estuvo verdaderamente bajo llave, ¿verdad?, —dijo Cassie—. Siempre estaba allí, siempre presente.

—Sí —asintió Bobby lentamente—. El amor no se olvida, Cassie, tú lo sabes. Ahora, al final de mi vida, es en lo único en que pienso.

Cassie cogió suavemente la mano nudosa de Bobby y, como un fogonazo, le pasó por la cabeza la imagen de cómo se la aplastaban con una puerta.

—Bobby, pasaste por situaciones impensables. Hiciste todo lo que pudiste.

—Nunca lo sabré, ¿verdad?, —dijo Cassie—. La vida es una serie de decisiones, y cada una te impele hacia la siguiente. Quizás, si hubiera tomado decisiones distintas al principio, las cosas habrían sido muy distintas.

—O quizás habrían sido peores —dijo Cassie.

Bobby encogió un hombro huesudo.

—Quizás. Pero lo hecho, hecho está, y ahora no lo puedo cambiar. Lo único que puedo decir es esto: cometí un error pensando que lo podría enterrar todo. Mirar hacia el futuro no significa que debas olvidar el pasado. Puedes tener ambas cosas, Cassie, y ser tanto más afortunada.

—¿Crees que lo escribirás todo, como quiere Bobby?, —le preguntó

Nick a Cassie aquella noche cuando llegó a casa—. ¿O cambiarás alguna cosa?

—No cambiaría nada. Es una historia importante.

Cassie se sentó a su lado y su imaginación ya estaba dándole vueltas a maneras de ejecutar el proyecto.

—Lo es —dijo Nick.

—Espero poder hacerle justicia. ¿Sabes?, hasta que empezó a escribir esas cartitas a Alina, si es que se las puede llamar así, nunca había visto escribir a Bobby. Quizás, cuando no pudo cumplir la promesa hecha a Pavlo, se dio por vencida. Me encantaría rectificarlo.

Mientras hablaban, Cassie jugueteaba con el dedo en el que había llevado el anillo de casada. Desde que se lo había sacado, se descubría constantemente tocando el lugar que había ocupado.

—Y su petición está ayudándote a corregir el hecho de que tú ya no escribes. Es un círculo completo de curación —dijo Nick.

«Entonces, ¿por qué sigo sintiéndome rota?».

Se aclaró la garganta de palabras no dichas y forzó una sonrisa.

—Bueno, pues tienes suerte, supongo. Ahora ya no tendrás que pasar tu tiempo libre aquí, descifrando viejos textos en ucraniano escritos a mano.

Su intención era sonar frívola, pero en su estómago se asentó una sensación de vacío al pensar que ya no lo vería con regularidad.

—Tienes razón —coincidió Nick. Bajó la mirada a sus manos—. Seguro que estarás contenta de que ya no te moleste.

Cassie se hundió en la silla. No debería haber esperado una respuesta distinta. Le había dicho que ya no quería tener una relación y él, como buen caballero, la había dejado tranquila.

«Sé feliz. Vive tu vida».

Las palabras de Henry palpitaban en su mente. Cerró los ojos y oyó la voz de Bobby. «Mirar hacia el futuro no significa que debas olvidar el pasado. Puedes tener ambas cosas».

Pero ¿qué quería? ¿Qué elección quería poner en marcha?

Nick levantó la vista. Sus ojos azules la miraron fijamente y Cassie sintió que por sus venas circulaba calor.

Esto. Elijo vivir.

La sensación de vacío en el estómago se transformó en decisión. Miró a Nick durante tanto tiempo y tan intensamente que él se tocó

la boca.

—¿Qué ocurre? ¿Tengo algo en la boca?

Un discernimiento hizo que Cassie se pusiera en pie.

—¡Solo tengo treinta y un años!

Nick se puso las manos en la nuca y sonrió.

—Hubiera dicho veintiocho, veintinueve.

Se ruborizó.

—Ese no es el tema. Pero gracias. El tema es que aún soy joven. Bobby perdió mucho más que yo, y, sin embargo, encontró una manera de seguir adelante. Quizás yo también pueda. Creo… Creo que Henry querría que viviera mi vida.

Una expresión de esperanza se dibujó en el rostro de Nick y su voz bajó de tono.

—Entonces deberías hacerlo.

Antes de siquiera pensar o analizar la situación, Cassie se inclinó y le besó. Los labios suaves de Nick se movían en los de ella de manera distinta a los de Henry, pero su roce envió oleadas de excitación a través de su cuerpo y su corazón se alzó por encima del dolor de la pérdida en el que había estado atrapado durante tanto tiempo.

Los brazos de Nick la rodearon, envolviéndola en su calor y fuerza.

—¿Estás segura, Cassie?

Ella asintió y habló con los labios pegados a los de él.

—Sí.

Cuando, finalmente, se separaron, una sonrisa cubría su rostro.

—Lo siento. No sé qué me ha pasado.

—Sea lo que fuera, espero que sea un estado permanente —dijo Nick, y la volvió a besar.

36. Katya

Palacio de girasoles, julio de 2004

Las piernas que corrían debajo de ella no eran las suyas. O, si lo eran, eran las de una versión de ella mucho más joven. Eran demasiado ágiles para su viejo cuerpo, la sostenían, con fuerza y seguridad, y cada paso era un salto hacia el siguiente. Miró sus manos. Lisas y flexibles. Los nudillos nudosos habían desaparecido. No sentía dolor, no tenía los dedos retorcidos. Se tocó la cara. La piel firme y joven era elástica al tacto. Alrededor de ella, el trigo se desplegaba como una sábana dorada formando ondas. Respiró hondo y el olor fuerte de la tierra y los granos de trigo tostándose al sol llenó su alma. Esto era Ucrania. Era su hogar.

Los girasoles ondeaban en la distancia. Sus tallos altos se balanceaban y mecían por encima del trigo. Se dirigió hacia ellos y oyó que la llamaban por su nombre. Las voces le provocaron escalofríos. Alina. Pavlo. Kolya.

La estaban esperando.

Si esto era un sueño, no quería despertar.

Corrió a toda velocidad hacia los girasoles.

Epílogo. Cassie

Illinois, mayo de 2007

—¡Allí, Mama! ¡He encontrado a Bobby!

La voz de Birdie sonó por encima de los pájaros que cantaban en el cementerio. Llena de excitación, corrió por delante de Cassie y Nick hacia una tumba situada bajo un manzano silvestre en flor.

—¿Puedo poner las flores en el jarrón?

El ramo de girasoles en miniatura se bamboleaba en su mano. Una sonrisa se desplegó entre sus mejillas sonrosadas y su melena oscura ondulada bailó en la brisa.

Cassie levantó un pulgar y luego volvió a coger de la mano a Nick. Miró a Birdie dividir el ramo y poner la mitad de flores en el jarrón de la lápida de Bobby y la otra mitad en la lápida de al lado.

—A Alina también le gustaría tener unas cuantas —explicó a Cassie y Nick cuando se acercaron—. ¿Os acordáis? Son sus flores favoritas.

Alargó la mano y pasó el dedo por las palabras grabadas sobre la lápida que habían colocado al lado de la que Bobby compartía con Dido.

EN RECUERDO DE ALINA BILYK, PAVLO BILYK
Y TODOS LOS QUE DESAPARECIERON
EN EL *HOLODOMOR*

—Pues claro que Alina debería tener sus flores —dijo Nick poniéndose en cuclillas para ayudar a Birdie.

Cassie se llevó la mano a su vientre redondeado al notar que el bebé daba una patada y sus dedos rozaron el anillo que Nick le había dado dos años atrás en una íntima ceremonia celebrada en el jardín, donde habían unido sus manos envueltas en la tela *rushnyk*

nupcial de Bobby. Este hombre, y el ejemplo de Bobby, le habían dado una segunda oportunidad de ser feliz. La inundó el amor que sentía por todos ellos y sus ojos se humedecieron.

Le tocó el hombro a Nick.

—¿Me podéis dejar un momento sola? Quiero decírselo.

Él la besó en la mejilla.

—Claro. Ven, Birdie, vamos a pasear un poco.

Cuando se alejaron, cogidos de la mano, Cassie abrió el bolso y sacó un sobre que su editor le había enviado. Ya había leído el contenido una docena de veces, pero le seguía pareciendo increíble.

—Hola, Bobby, Dido.

Cassie hizo un gesto con la mano hacia la lápida de sus abuelos y la de Alina y Pavlo.

—Supongo que esto será una novedad para vosotros, de modo que espero que me podáis oír. Ayer recibí por correo una cosa que querréis saber. Algo que desearía que hubiese llegado cuando aún estabais vivos. Esto lo cambia todo.

Desdobló un fino pedazo de papel.

> Querida Cassie:
> Por favor, perdóname esta intrusión, pero he leído recientemente tu libro sobre el *Holodomor*. La historia me resultó muy familiar, pero, cuando leí la nota del autor, supe que tenía que escribirte. Verás, yo conocí a una Kateryna Viktorivna Bilyk en otra vida, pero nos separamos durante la guerra y pensaba que había muerto. Pensaba que toda mi familia había muerto. Pero parece que estaba equivocada. Por favor, llámame al número de abajo cuando puedas.
> Sinceramente,
>
> Halyna Mykolayovych Bilyk

Cassie sacó un pañuelo y se enjugó los ojos.

—No fracasaste, Bobby. Vivió. Halya vivió. La mantuviste con vida y tu historia la ha ayudado a encontrarnos finalmente. La llamé enseguida y volará la semana próxima para conocernos a todos. También quiere venir a verte. A todos.

Una oleada de emoción la golpeó con tanta fuerza que casi la

tumbó y tuvo que agarrarse a la lápida, apoyándose en el frío granito.

—¡Mami! ¡Mira!, —gritó Birdie.

Una ráfaga de viento cruzó el cementerio haciendo remolinos y el manzano silvestre soltó, como en una tormenta de nieve rosa, una lluvia de pétalos alrededor de la niña.

Birdie dio vueltas con los brazos extendidos, riendo mientras los pétalos caían a su alrededor.

—¡Mira! ¡Están contentas, mami! ¡Bobby y Alina están contentas!

Nota de la autora

Espero que te haya gustado *La guardiana de recuerdos de Kyiv*. Esta historia es muy importante para mí.

La Bobby de Cassie es, en muchos sentidos, mi Bobby. Mi bisabuela ucraniana era una mujer fuerte que sobrevivió las ocupaciones polacas, soviéticas y alemanas, que nunca malgastó la comida, que amaba sus parterres y que, hasta que mi madre no intervino, pensaba que tenía que dar dinero a cualquier teleoperador que recaudara fondos para la policía estatal para evitar que vinieran a arrestarla a medianoche. A instancias de su hermana moribunda, ella también se tuvo que casar con su cuñado viudo y criar a su hijo. No sabremos nunca si fue una historia de amor o no; era un tema del que no hablaba jamás.

Mi viaje por la historia de Ucrania empezó con el intento de comprender las historias que ella me explicaba cuando yo era pequeña: cómo ella, mi bisabuelo y sus tres hijos huyeron de su pueblo en el oeste de Ucrania durante la Segunda Guerra Mundial. Pero cuantas más cosas descubría sobre el *Holodomor*, más convencida estaba de que primero tenía que escribir esta novela y que su historia serviría para inspirar la que escribiera después. La ayuda de mi tío abuelo y su paciencia fueron claves a la hora de entender los detalles de la cultura y la lengua ucranianas. Sus recuerdos, junto a los que mi madre y yo teníamos de mi abuelo y mi bisabuela, me ayudaron a dar vida a la ascendencia ucraniana de Cassie. Les estoy eternamente agradecida, y cualquier error que pueda haber en la novela es mío.

Aunque mis bisabuelos oyeron de primera mano lo que explicaban los supervivientes del *Holodomor*, esta no es la historia de mi familia. Afortunadamente, ellos no fueron víctimas de este horror. Inspirada por los fragmentos de historias que mi bisabuela nos legó, llevé a cabo una investigación exhaustiva de las

entrevistas orales y escritas a los supervivientes, de revistas académicas, libros y museos. A pesar de que la licencia artística siempre es presente en una obra de ficción —como el hecho de situar la rebelión de Pavlo en 1931 en vez de 1930, cuando se produjo la mayoría de rebeliones, o usar *Slava Ukrayini* como un brindis y no como salutación— los hechos de esta atrocidad fueron tan espantosos que no me ha hecho falta adornarlos. Ojalá pudiera decir que he exagerado los detalles históricos de esta novela, pero la verdad es que el *Holodomor* —o muerte por inanición— fue terriblemente cruel y solo una parte del gran ataque de Iósif Stalin contra el pueblo de Ucrania.

Entre 1932 y 1933, uno de cada ocho ucranianos murió en esta hambruna provocada. Y es que realmente lo fue, de provocada. Durante esos años, la URSS exportó toneladas de manzanas y puré de tomate, barriles de conservas, miel, leche y, en 1932, casi dos millones de toneladas de grano. Los depósitos con la cosecha, que a veces se estropeaba a la espera de ser exportada, estaban vigilados por guardias en las estaciones de tren o en los lados de las carreteras, con gente muriéndose de hambre justo delante. Las cuotas de obtención de grano se mantuvieron exageradamente altas, aunque ya les habían confiscado el grano para plantar en primavera y a los agricultores de Ucrania ya no les quedaba nada más por dar.

En toda la Unión Soviética, la escasez de alimentos resultante del caos de la colectivización y la deskulakización, sumada a la negativa de Stalin de reducir las cuotas del grano, provocó alrededor de 8,7 millones de muertes. Esta cifra incluye gente de la Ucrania soviética, de Kazajistán y de ciertas provincias de Rusia. En agosto de 1932, Stalin emitió un decreto estatal conocido como «Ley de las Cinco Espigas» que pedía diez años de prisión, y en algunos casos hasta la muerte, para cualquiera que fuera pillado robando propiedad del Estado —que, para que nos entendamos, lo incluía *todo*: desde un puñado de cereales hasta patatas podridas de un campo o un pescado de un arroyo. Activistas armados patrullaban las zonas rurales y se colocaban en torres de vigilancia, disparando, apaleando y arrestando hombres, mujeres y niños que intentaran evitar morir de hambre comiendo los productos que ellos mismos habían plantado o recogiendo alimentos de la tierra donde habían vivido desde siempre.

Las medidas de Stalin afectaron a todo el territorio, pero Ucrania fue atacada con decretos todavía más brutales en un intento de subyugar el nacionalismo y la cultura ucranianos por considerarlos una amenaza para la ideología soviética. Los guardias cerraron las fronteras del país y un nuevo sistema de pasaporte interno prohibía viajar entre pueblos y ciudades, convirtiendo Ucrania en un campo de exterminio inmenso. El Estado empezó a poner en la «lista negra» a las comunidades que no llegaban a la cuota estipulada de grano, cosa que comportaba castigos como la prohibición de comerciar, recibir comida o productos manufacturados —incluyendo el queroseno, la sal o las cerillas—, o nuevas cuotas todavía más altas de entrega de alimentos. Para cubrir estas cuotas, los activistas visitaban las casas y destrozaban hornos y paredes, revolvían con varas metálicas el heno, la tierra de los patios y las sábanas hasta encontrar el último trozo de comida escondida y quitársela a los campesinos ya muertos de hambre. Todo esto fue acompañado de un constante ataque a las preciadas tradiciones ucranianas. Fueron prohibidas festividades y acontecimientos como la Navidad, la Pascua, los casamientos y las misas dominicales, se profanaron iglesias y se fundieron campanas para aprovechar el metal, y los sacerdotes fueron detenidos y deportados en masa.

Debido a la falta de registros precisos, el número total de víctimas ha variado mucho a lo largo de los años. Aunque nunca podremos hacer el cálculo completo de todas las pérdidas, estudios hechos en 2018 estiman que 3,9 millones de ucranianos murieron en el *Holodomor*.

Como crudo recordatorio de la efectividad de las políticas antiucranianas de Stalin, Ucrania perdió el 12,9 % de la población. Solo en la provincia de Kyiv ya murieron más de un millón de personas. Pese a que el pueblo de Katya, Sonyashnyky, es ficticio, el raión, o distrito de Tetiiv donde lo situé es real y tuvo un índice de mortalidad del 50 %. Durante el punto álgido de la hambruna, morían aproximadamente 28 000 ucranianos al día, el 30 % de los cuales eran niños. Desesperada, la gente se alimentaba de la corteza de los árboles, de hojas, césped, hierbas, del grano escondido en las madrigueras de los animales, de gusanos, renacuajos, crías de pájaro, cadáveres de ganado en descomposición, cuervos, gatos, perros y mazorcas de maíz.

A pesar de estas cifras horripilantes —que no reflejan los centenares de miles de deportados durante la deskulakización ni el asesinato en masa de líderes políticos, religiosos y culturales ucranianos— la existencia de la hambruna fue simplemente negada. Walter Duranty, periodista del *New York Times*, ganó el premio Pulitzer por sus artículos donde se alababa el éxito de la colectivización y se restaba importancia a la hambruna, que iba en aumento. Cuando el censo de 1937 mostró un descenso significativo de la población, Stalin arrestó y ejecutó a muchos de los funcionarios del censo y ordenó que se hiciera uno nuevo con números falsos que indicaran un excedente de población. La colectivización fue declarada un éxito y, necesitados del poder de Stalin contra la amenaza de Hitler, los líderes mundiales ignoraron la verdad del *Holodomor*. Cualquier ucraniano que se atreviera a hablar era arrestado y la realidad de la hambruna fue relegada a la historia oral y a las páginas de los periódicos escondidos en paredes o bajo tierra.

En esta nota de autor, solo puedo tocar una minúscula parte de lo que fue el *Holodomor*, pero te animo a seguir investigando por tu cuenta porque, como bien sabes, la historia se repite. Dos libros que recomiendo encarecidamente para empezar son *Hambruna roja: La guerra de Stalin contra Ucrania*, de Anne Applebaum, y *Execution by Hunger*, de Miron Dolot. Para ver una lista completa de los libros y las fuentes que he usado durante mi investigación, incluyendo visitas virtuales a museos, crónicas de supervivientes, investigaciones recientes acerca de las estadísticas de la hambruna y enlaces a organizaciones dedicadas a mantener viva la memoria de las víctimas del *Holodomor*, puedes visitar erinlitteken.com.

Agradecimientos

Estoy inmensamente agradecida a todas las personas que me han ayudado y animado a lo largo de este viaje. A mi agente, Lindsay Guzzardo de Martin Literary Management, porque sus consejos y entusiasmo por el libro me ayudaron a que este sueño se hiciera realidad. A mi editora, Tara Loder, que con su pasión y buen ojo me ayudó a hacer mucho más fuerte esta novela. Al equipo de Boldwood Books; vuestro apoyo ha sido fenomenal. A Jeni Chapelle porque, cuando estaba a punto de rendirme, tus consejos editoriales y tu amabilidad me dieron esperanza. A los primeros lectores, por vuestros ánimos y sugerencias: Lisa Herron, C. H. Williams, Susannah Wiley y Jen Johnson. A Andrea Green, porque nuestro intercambio de mensajes constante hizo que no perdiera la cabeza durante el proceso de publicación. A la comunidad de escritores en línea, en particular a los grupos #HFChitChat y #MomsWritersClub, que han sido muy importantes para mí en un trabajo a veces tan solitario. A los académicos e historiadores que trabajan para desenredar la telaraña de informaciones enterradas sobre el *Holodomor*: estáis haciendo una tarea importantísima.

A mi tío abuelo, que tanto me ha enseñado de nuestra historia y de Ucrania. Estoy más que agradecida por nuestro vínculo. A mi abuelo y cuentacuentos familiar, a quien perdí el día antes de firmar el contrato para este libro. A mi padre, que comparte mi amor por todo lo que tenga que ver con la historia. A mi abuela y compañera de investigación genealógica. A mi madre, que me acompañó en cada paso de este proyecto sin dudar nunca de que lo conseguiría y que me lo recordaba cada vez que lo necesitaba. A Kurt, mi calma en la tormenta y mi defensor acérrimo. A Calla y Owen, mi inspiración y esperanza. No lo habría hecho sin vosotros. Os quiero a todos.

Y a mi Bobby, que me enseñó a decir mis primeras palabras en

ucraniano y que hacía los mejores *nalysnyky* (o *blintzes*, como decía a veces). El vínculo que compartimos me ha hecho ser quien soy en muchos aspectos y te echo de menos cada día. Cuando necesito ser fuerte en la vida, sigo tu ejemplo.

ERIN LITTEKEN es licenciada en Historia, desde una edad temprana quedó cautivada por las desgarradoras historias que su familia contaba sobre la Segunda Guerra Mundial. Forma parte de la Women's Fiction Writers Association y de la The Historical Novel Society. Reside en Illinois con su marido, sus dos hijos, y su multitud de mascotas.

Notas

[1] Como los *pierogi*, o los *dumplings*, son trozos de masa, rellenos o no, que se hierven en agua. Es un plato típico de Europa del Este y central, y tiene origen en China. (*N. de la T.*). < <

[2] Hojas de col rellenas de carne, arroz y cebolla. (*N. de la T.*).
< <

[3] Papá, en ucraniano. (*N. de la T.*). < <

[4] División administrativa de la República Socialista Soviética de Ucrania. (*N. de la T.*). < <

[5] Birdie significa pajarito. (*N. de la T.*). < <

[6] Sopa de remolacha que se suele servir con crema agria. (*N. de la T*). < <

[7] Versión envasada de un plato de macarrones y salsa queso que, en este caso, están deshidratados y se preparan con mantequilla o leche. (*N. de la T.*). < <

[8] Pseudónimo de Theodor Seuss Geisel (1904-1991), autor de conocidos libros infantiles como *The Grinch* o *The Cat in the Hat. (N. de la T.)*. <<

[9] Por la manera de hablar de Cassie en la línea anterior, Nick se refiere al título *Oh, the Places Go. (N. de la T.)*
You'll
. < <

[10] Actos de protesta por parte de las campesinas que se resistieron a la colectivización entre los años 1928 y 1932. (*N. de la T.*). < <

[11] Política soviética para deshacerse de los *kulaks*, campesinos considerados ricos, que poseían una granja de gran tamaño, varias cabezas de ganado o que eran capaces de contratar mano de obra o dar tierras en alquiler. (*N. de la T.*). < <

[12] Forma de béisbol más sencilla para niños pequeños. (*N. de la T*). < <

[13] Típico de las ferias americanas, es un dulce que consiste en freír en aceite una masa que, mediante un embudo, se vierte haciendo círculos. (*N. de la T.*). < <

[14] Tiendas administradas por el estado donde se podían intercambiar joyas, oro o moneda fuerte y que fueron establecidas por Viacheslav Molotov
(1890-1986),
supervisor, entre otras cosas, de la colectivización de las granjas. (*N. de la T.*). < <

[15] Plato típico en la cocina eslava, consiste en cereal hervido con agua o leche. Semejante nuestras gachas. (*N. de la T.*). < <